

TULIO FEBRES CORDERO

OBRAS COMPLETAS

COLECCION DE CUENTOS

---

VIDA PROVINCIANA

MEMORIAS DE UN MUCHACHO

TOMO VI

*Prólogo del doctor Rafael Caldera*

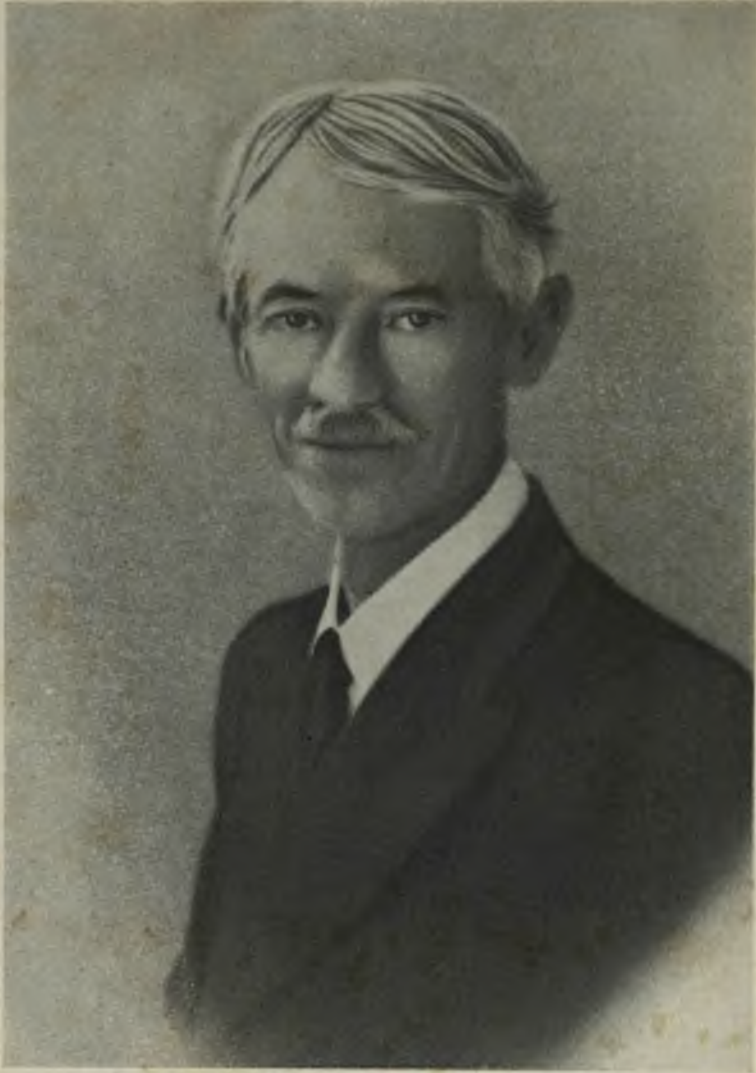
(Véase Tomo I)

DE LA BIBLIOTECA VENEZOLANOS

EDICION CONMEMORATIVA

1960





DOCTOR TULIO FEBRES CORDERO



CEL 1921

086.1  
F289  
V-6

TULIO FEBRES CORDERO

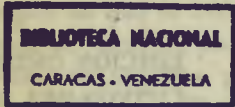
OBRAS COMPLETAS

COLECCION  
DE CUENTOS

TOMO VI

*Prólogo del doctor Rafael Caldera*

(Véase Tomo I)



EDITORIAL ANTARES LTDA.

1960



COMISION EDITORA DE LAS OBRAS COMPLETAS  
DEL DOCTOR TULIO FEBRES CORDERO

**PRESIDENTE: ERNESTO JEREZ VALERO.**

**VICEPRESIDENTE: CARLOS CESAR RODRIGUEZ.**

**SECRETARIO GENERAL: RAMON DARIO SUAREZ.**

**SECRETARIO DE RELACIONES: P. N. TABLANTE GARRIDO.**

**ASESOR: J. R. FEBRES CORDERO.**

EDICION ORDENADA POR EL EJECUTIVO DEL ESTADO MERIDA, EN HOMENAJE AL AUTOR, CON OCA-SION DEL PRIMER CENTENARIO DE SU NACIMIENTO.

## PROSPECTO

*Si la obra que ofrecemos al público tuviese forma de diccionario, semejaría una enciclopedia en miniatura, porque en ella se trata de todo un poco, predominando el ramo de la historia, ora en monografías, rectificaciones y apuntes sueltos, ora en tradiciones, anécdotas y leyendas. Es una compilación algo parecida a la que publicó en Barcelona de España, en 1862, el erudito doctor don V. Joaquín Bastus con el título medioeval de El Trivio y el Cuadrivio, en el cual se encuentra de todo como en botica.*

*Los documentos y estudios históricos que la obra contiene versan en realidad sobre asuntos diversos, casi todos concernientes a América y especialmente a Venezuela, en forma de noticias compendiadas sobre hechos del descubrimiento, de la conquista, de la época colonial y, con mayor abundancia, sobre el glorioso período de la Independencia, consagrando a Bolívar y a algunos de sus egregios tenientes, páginas informativas, curiosas unas, anecdóticas otras, y de férvida admiración todas ellas.*

*Es un archivo manuable, coom su nombre lo indica, que contiene además de los artículos sueltos publicados en revistas y periódicos, la reproducción íntegra de los trabajos que han aparecido en cuadernos más o menos voluminosos, que están unos al agotarse y otros agotados por completo, a saber: Estudios sobre Etnografía Americana, El Nombre de América, La Legislación Primitiva de América, Los Mitos de los Andes, Datos sobre la Imprenta en Mérida, Actas de la Independencia de Barinas, Actas de la Independencia de Mérida, Trujillo y Táchira, Tradiciones y Leyendas, Biografía del Canónigo Uzcátegui, Pancriollismo, y El Alma de Gregorio Rivera.*

*Una cosa nos atrevemos a garantizar, de halago para el lector en estos tiempos en que se vive tan de prisa, y es la concisión y forma breve de los escritos, pues por natural inclinación siempre hemos aspirado en nuestras producciones a exponer las ideas con lacónica sencillez, sin divagaciones ni encumbramientos fantásticos, sobre todo en trabajos del género histórico.*

*Personas, hechos, cosas, lugares y fechas, son las materias primas con que se construye el monumento de la historia. Obra del investigador es examinar detenidamente estos elementos a la luz blanca de la filosofía, para poder fijarlos con toda claridad y precisión.*

*En esta obra figuran también escritos sobre literatura, artes, industrias, vida social y, en una palabra, sobre nuestra cultura, en el sentido de apartar de ella los exotismos innecesarios, a fin de que predomine el criollismo como orientación permanente, por ser esto lo más ventajoso y lo más conforme con la razón y el patriotismo.*

*Así mismo hallará el lector informaciones en diversas formas sobre costumbres, folclore y otros temas de carácter nacional; y en el género puramente literario, también hemos echado nuestro cuarto a espadas, interpolando una que otra especie recreativa, juguetes o quisicosas, que vengan a ser como sonrisas momentáneas que interrumpen la obligada seriedad de la obra, vista por su faz de compilación histórica.*

*Se han agrupado algunos trabajos en que hay conexión de materia, aunque no todos ni por riguroso orden cronológico. Los artículos llevan siempre al final el año en que fueron publicados, indicación conveniente en los que tratan de historia, para prevenir observaciones sobre puntos que hayan sido esclarecidos después con el hallazgo de nuevos datos; y en materia de usos, costumbres y artículos de carácter crítico, para que se conozca el tiempo a que corresponde el estado de cosas que pintan, el cual puede ya no existir o haberse modificado.*

*Para terminar, debemos decir que no nos tranquiliza el hecho de que los trabajos que ahora se reproducen hayan sido ya benévolamente juzgados, muchos de ellos desde fines del siglo XIX, porque en materia de crítica histórica y literaria no hay ni puede haber exención de cosa juzgada: cada generación conoce y juzga según el espíritu de su época. Esta la causa de nuestro justo temor, pues si llegare el caso de que se nos retase para salir al campo del debate crítico, nuestra avanzada edad no nos permite ya ser combatientes, ni salir a más campos que a los muy bellos y pintorescos de los contornos de la ciudad nativa, a donde solemos ir en pos de fuerzas físicas y de la dulce cuanto esquiva tranquilidad de espíritu. Las leyes de la naturaleza son invariables: la juventud se desvive por la lucha y la ancianidad por el reposo.*

EL AUTOR.

Mérida, 1930.



## PREFACIO DE LA SEGUNDA EDICION

*Tres series de cuentos contiene esta segunda edición, a saber: los publicados en 1902, los que aparecieron en 1917 con el título de En Broma y en Serio, y los que ahora agregamos, algunos inéditos. Entre estos últimos figuran Educación del Eco, que publicó en 1920 la revista zuliana "Alma Latina", y El Collar de Salomé, escrito en 1921 para un certamen argentino, que en el presente año ha publicado como folletín el diario merideño "Patria".*

*Sólo tenemos que añadir a los prólogos de las ediciones de 1902 y 1917, que se reproducen, la observación de que siendo los gustos muy diversos en materia de cuentos, a muchos les parecerán pasados de moda los que hoy nuevamente ofrecemos, entre otros motivos, porque casi todos ellos tienen moraleja, cosa poco usada ya en esta clase de escritos.*

*Sólo aspiramos a que cualquiera que sea la inclinación literaria o psicológica del que lea estos cuentos, tenga siempre en cuenta que han sido escritos con la mira de procurarle un rato de honesto pasatiempo. Así es que, realizar, aunque en parte, este vivo deseo, es la más preciada recompensa que puede tener nuestra labor ocasional de cuentista, por más que vengan y sobrevengan observaciones y reparos sobre la forma literaria, que es por extremo sencilla y falta buena calidad.*

EL AUTOR

Mérida. 1930

## TROVOS DE LA PRIMERA FICCIÓN

En el momento en que se publica este libro, el mundo de la ficción está en un estado de fermentación. Los escritores de la generación de los años veinte y treinta están buscando nuevas formas de expresión y de comunicación. El mundo de la ficción está en un estado de fermentación. Los escritores de la generación de los años veinte y treinta están buscando nuevas formas de expresión y de comunicación. El mundo de la ficción está en un estado de fermentación. Los escritores de la generación de los años veinte y treinta están buscando nuevas formas de expresión y de comunicación.

### PRIMERA PARTE

En el momento en que se publica este libro, el mundo de la ficción está en un estado de fermentación. Los escritores de la generación de los años veinte y treinta están buscando nuevas formas de expresión y de comunicación. El mundo de la ficción está en un estado de fermentación. Los escritores de la generación de los años veinte y treinta están buscando nuevas formas de expresión y de comunicación.

En el momento en que se publica este libro, el mundo de la ficción está en un estado de fermentación. Los escritores de la generación de los años veinte y treinta están buscando nuevas formas de expresión y de comunicación. El mundo de la ficción está en un estado de fermentación. Los escritores de la generación de los años veinte y treinta están buscando nuevas formas de expresión y de comunicación.

En el momento en que se publica este libro, el mundo de la ficción está en un estado de fermentación. Los escritores de la generación de los años veinte y treinta están buscando nuevas formas de expresión y de comunicación. El mundo de la ficción está en un estado de fermentación. Los escritores de la generación de los años veinte y treinta están buscando nuevas formas de expresión y de comunicación.

En el momento en que se publica este libro, el mundo de la ficción está en un estado de fermentación. Los escritores de la generación de los años veinte y treinta están buscando nuevas formas de expresión y de comunicación. El mundo de la ficción está en un estado de fermentación. Los escritores de la generación de los años veinte y treinta están buscando nuevas formas de expresión y de comunicación.

## PROLOGO DE LA PRIMERA EDICION

Por dos motivos no hemos solicitado la pluma de algún ilustrado amigo para que nos escriba el prólogo de este libro: primero, por no ponerlo en el compromiso de faltar a las reglas de la buena crítica, ora callando los defectos de la obra para no desagradar al autor, ora recomendando por mera bondad lo que acaso no creyere en justicia digno de recomendación; y segundo, por no exponer al lector, en vista de un hermoso preámbulo, a que padezca una desilusión semejante a la del viajero que visita un edificio atraído por la belleza artística de su portada, y se encuentra con un recinto desmantelado y lóbrego.

En esta colección de cuentos hay algunos que no son propiamente cuentos en el sentido de que sean invenciones, sino hechos verdaderos, como los que describen escenas originadas de nuestras guerras civiles, los que pintan algún cuadro de costumbres y aquellos en que relatamos alguna especie meramente personal. Todos podrán pecar por incorrectos y faltos de gracia, pero de lo que sí podemos responder al lector es que ninguno contiene en la forma ni en el fondo cosa contraria a la honestidad y buenas costumbres, de suerte que pueden servir de inocente pasatiempo en el seno del hogar doméstico, si tal favor merecieren, lo que importa declarar tratándose de cuentos, sobre todo en los tiempos literarios que corren, tan calamitosos para la moral cristiana.

No se ha guardado en la colección un orden rigurosamente cronológico, pero sí lleva anotado cada cuento el año en que se ha escrito o publicado, siguiendo en esto el parecer de nuestro notable escritor de costumbres Sales Pérez, que ha dicho con mucha razón, en caso semejante, que cada época debe cargar con las censuras que le pertenecen.

Sólo el titulado *La viuda de Pedro* ve la luz por primera vez. Los demás se han publicado en "El Lápiz" y, después de la suspensión de éste, en otros periódicos que nos han exigido colaboración, excepto *Un cántaro ilustre*, el cual fue escrito para el certamen literario promovido en la ciudad de Coro por la interesante revista "Miniaturas", y obtuvo el premio, según lo anunció "El Cojo Ilustrado" de Caracas.

La circunstancia de que la mayor parte de estos cuentos han sido reimpresos en periódicos de dentro y fuera del país, nos estimula ciertamente a reproducirlos en forma de libro, pero de ninguna manera creemos que tan manifiesto favor del público disimule en lo más mínimo los defectos que tengan, ya sean incorrecciones gramaticales, ya faltas contra el buen estilo, en lo cual nos sometemos dócil-



mente a la crítica sensata, con la agravante de que no podríamos incurrir en la temeridad de achacarlos al editor ni al cajista, como suele acontecer, porque en el presente caso no hay esa escapatoria, desde luego que autor, editor y cajista son una misma persona responsable.

Es claro que se han limado algo al pasar nuevamente por las manos del autor en la caja de imprenta, y si otra vez pasasen, con toda seguridad serían limados de nuevo, y de ello es una prueba la fe de erratas puesta al fin del libro; pues, aunque sea mala la comparación, sucede con las correcciones literarias lo que con el barrido de las casas, que por más frecuente que sea, siempre la escoba arrastra alguna basura; y si de esto, que es achaque de la humana flaqueza, no están libres las obras de los maestros de la lengua, empezando por el mismísimo Cervantes, pondérese cuánto ripio no arrastrará la escoba de la crítica cada vez que pase por los escritos de un simple aficionado.

Figuran aquí, como es natural, algunos americanismos o voces del lenguaje criollo, unas de procedencia indígena o formadas por los conquistadores, y otras castellanas, pero que usamos en acepciones desconocidas para España. Sirvan de muestra las siguientes: *acomedido*, por oficioso, solícito; *allanorado*, por franco, abierto, despejado en el trato; *ardita*, por ardilla; *atillo*, por atado, atadizo; *camisón*, por traje de mujer; *catire*, por rubio; *cobija*, por manta o frazada; *chimó*, especie de jalea o conserva de tabaco; *guarapo*, por aguamiel; *jalón*, por tirón; *joropo*, por jaleo, baile popular; *papelón*, por azúcar sin purgar o mascabada; *parar*, por poner en pie; *pena*, por vergüenza, encogimiento, y en la misma acepción usamos a *apenar* y *penoso*; *pesebre*, por la representación del Nacimiento del Salvador; *solar*, por huerto o corral; *pisco*, por pavo; *troja*, por barbacoa, cañizo o zarzo. También figuran varios modismos y dichos proverbiales de igual naturaleza que alían el lenguaje hispanoamericano.

El uso general y constante de una voz en todo un país, aun prescindiendo de su buena formación y limpia procedencia, que en este caso concurren, es título bastante para incorporarla oficialmente en el habla. No nos parece, pues, racional ni patriótico que se tengan como advenedizas e impropias tantas voces y locuciones que son parte interesantísima del castellano en América, y lógicamente las debemos usar los que en ella hemos nacido y en ella hablamos y escribimos, por más que arruguen el entrecejo los puristas españoles.

El autor no es exigente. Así que bastará para quedar satisfecho y pago de su obra, que uno solo de estos cuentos le caiga en gracia al lector o mueva en su ánimo algún sentimiento de aprobación y simpatía.

Mérida.—1902.

## LA REGLA DEL CARPINTERO

Es el caso que la *regla*, envalentonada por el hecho de ser el único instrumento que el carpintero sacaba a lucir como emblema del oficio, y llena de orgullo a este respecto, miraba siempre de reojo a los demás instrumentos. Estos, movidos por los celos y envidiosos de la privanza de la *regla*, conferenciaron secretamente sobre la manera de vengar su agravio; y un día, domingo por más señas, en que la favorita no salió a la calle como de costumbre, agrupóse toda la herramienta en son de *meeting*, y dando mueras a la *regla* y vítores a la igualdad, pusieron en confusión la carpintería.

Grave era el peligro que corría la *regla*: el serrucho la amenazaba con sus agudísimos dientes, sacaba chispas el martillo, bramaba el hacha y, en fin, todo aquel pueblo de azuelas, escoplos, cepillos, sierras, clavos, cuñas, estacas, etc., hervían en deseos de trabajar sobre el lomo de la infeliz *regla*. Solo el compás y la escuadra guardaban silencio y compostura. De resto, hasta el cacharro de la cola había tomado el asunto por lo serio.

Viéndose la *regla* en tan grave aprieto, y queriendo a todo trance contener aquel ímpetu fiero e inusitado de la herramienta, subió de un salto sobre el banco del taller y habló en estos términos:

—Compañeros, deponed vuestro enojo para que ya en calma entreis en razón. Mirad que soy la *regla* y que sin mi amistad andareis *desarreglados*. Esta es la única causa de mi preeminencia. . . .

—¡Alto ahí! gritó el martillo, montado en cólera, que en cuanto a preeminencia a nadie cedo la palma. Soy un instrumento de origen mitológico: yo abrí el cerebro de Júpiter y nació Minerva. Yo trabajo en todos los talleres: herreros, zapateros, albañiles, impresores, plateros, escultores, todos los artesanos, en fin, me emplean a cada paso. En las obras más difíciles yo doy siempre en el clavo (*prolongados aplausos*). Tengo el poder de atar y desatar, porque en ocasiones sí por un lado clavo por el otro desclavo. ¿Quién me sobrepuja? . . . Nadie. Asumo, pues, el primer puesto en la carpintería, honor que en vano tratará de disputarme ese listón de madera raquíutico e infatuado que acaba de hablar.

—¡Viva el martillo! Pido la palabra para alegar mis títulos como su inmediato pariente, gritaba el mazo, lleno de orgullo y de contento.

—¡Abajo el martillo! ¡Fuera el usurpador! Yo soy el instrumento decano, gruñía entre dientes el descomunal serrucho.

El grupo de sierras armó los dientes y cerró filas. El conflicto iba creciendo por momentos. La tenaza entreabrió las desnudas quijadas con raro estrépito y puso el grito en el cielo.

—¡El martillo es un fariseo! Clavó en una cruz al adorable hijo del más célebre de los carpinteros (*profunda sensación: la carpintería recuerda su página bíblica*).



La tenaza continuó enternecida: yo, yo fui quien en hora feliz desclavó al divino hijo de José del madero de la cruz. Reverenciadme, pues, en acatamiento a este timbre glorioso.

—¡Llor a las tenazas! ¡Vivan las tenazas! ¡Atrás el judío! vociferaba toda aquella turba erizada de filos y dientes.

El deseo de vengarse de la *regla* había traído pleito sobre merecimientos, y, por lo visto, ningún instrumento quería ceder la palma en la empeñada lid. La cristiana alusión de la tenaza había aplacado un poco los exasperados ánimos, coyuntura que aprovechó el talentoso compás para subir sobre el banco-tribuna y arengar al férreo auditorio.

—Así tan débil y pequeño como soy he de meteros a todos dentro de un zapato. Aquí, mal que os pese, mandamos y mandaremos en jefe la *regla*, la escuadra y yo, que aunque tres personas distintas representamos una sola y verdadera medida. Diariamente, antes de clavar, aserrar o hacer cualquiera otra operación, nosotros dirigimos vuestros pasos, señalándoos la línea de conducta sobre el palo.

—En ese caso, yo soy el verdadero jefe, gritó el lápiz con vocécita de tiple.

—Todos sois súbditos del trazo y la medida; y, entendedlo bien, eso lo representamos nosotros. Con que silencio, y a su puesto cada uno, viles instrumentos de la fuerza bruta!...

Ruido siniestro, extraordinaria conmoción se apodera repentinamente del espacioso local; se vuelca el banco, echando por tierra cepillos, barrenos, escoplos y cuanto encima tenía, inclusive el triunvirato que trataba de implantar el último orador; derrámase la cola, y se generaliza un terror pánico aun entre los tiesos y juiciosos maderos que poblaban los rincones del taller. El hacha se había manifestado con toda la fiera de su carácter altivo e indómito, blandiendo en el aire la espantable cuchilla y gritando con voz de trueno:

—¡Rayos y centellas! ¿He de soportar impasible tamaña insolencia?... No, aquí estoy, con toda mi bravura, para haceros entender que por ministerio de la fuerza os gobierno a todos. Qué trazos ni medidas ni que pan caliente: soy el instrumento primitivo. Yo talo los montes y os doy material para el trabajo. Nadie me resiste. Soy bárbara pero omnipotente; en manos de Atila hice temblar la tierra, y ya antes, desde los tiempos le Hércules, simbolizaba el imperio del mundo.

A este crítico punto llegaba la gresca, cuando se presentó bruscamente el carpintero, quien del lado fuera de la puerta había estado oyendo el rarísimo altercado.

—Acabados sean cuentos, que donde manda capitán no manda marinero. Esto dijo al entrar, y luego, mostrando a la herramienta su robusto brazo, exclamó: Este es el primer instrumento del taller. ¡Y replicadme, vive Dios!

Oyóse entonces una voz clara y simpática que partía del suelo.

—Yo os replico, señor dijo la *regla*, pues ese tan poderoso instrumento a mí me obedece también en el trabajo.

Abrió las entendederas el carpintero, y como comprendiese que la *regla* tenía mucha razón, recogióla del suelo con muestras de gran cariño, y paseándola en alto por todo el taller, hizo que la herramienta la reconociese en lo sucesivo como reina y señora de la carpintería.

La *regla* había triunfado.

MORALEJA: Ojalá en todos los asuntos de la vida triunfara siempre la *regla*, que entonces andaría el mundo más *arreglado*.

(1886).



## EPISODIO CASERO

### Un tribuno de corral — Su trágica muerte — Causa célebre. Horroroso suplicio.

Era un parlanchín famoso. Cuando hablaba, encaramado en la estaca y con una ala extendida sobre el auditorio, parecía verdaderamente un orador en la tribuna.

Trozos de letanías, coplas, refranes y otra retahíla de cosas echaba por el pico en buen romance el ilustrado animalito. Era un prodigio de palabra: la gente se admiraba de oírlo, y sus dueños estaban orgullosos.

Cierto día circuló rápidamente por toda la casa una noticia terrible: el loro había aparecido muerto al pie de la estaca. ¡La voz del alado tribuno no resonaría ya más por los ámbitos del corral!

Aquello fue un día de juicio: el sentimiento subió de punto; hubo lágrimas, sollozos y otras muestras de gran pesadumbre. Al ser recogido el cadáver, una circunstancia, hasta entonces inadvertida, hizo por extremo viva la dolorosa exaltación de los habitantes de la casa. ¡El loro había muerto asesinado!

La justicia doméstica no se para en fórmulas; todo procedimiento es sumárisimo y singularmente eficaz.

Un tribunal constituido de súbito en el teatro del suceso abrió la averiguación correspondiente. Se pregonó comparecencia universal de puertas para adentro: no faltó ni el gato.

Los quehaceres domésticos quedaron en suspenso.

Del sumario resultó: 1º Que el loro tenía en la mitad del pecho un terrible picotazo. 2º Que mediaba disgusto anterior entre el difunto y un pavo. 3º Que el loro maltrataba de palabra al pavo, lanzándole epítetos mal sonantes y penetrantes silbidos; y 4º Que más de una vez los testigos habían visto al pavo montado en ira y rojo como una amapola, embestir al loro; pero que éste, riéndose a todo pico, trepaba a lo más alto de un árbol, dejando con un palmo de narices a su formidable enemigo.

Se decretó inmediatamente la detención del indiciado, la cual se efectuó sobre la marcha en medio de gritos, carreras y grande aparato. Las demás aves del corral estaban atónitas .

El reo fue encerrado en un saco y llevado a la presencia del tribunal.

En los estrados, el fiscal, echando una mirada de enojo sobre el saco-cárcel, exclamó indignado:

—¡Ese animal debe matarse!

Aprobación en las barras.

El defensor quiere probar la coartada, pero cuando más empeñado estaba en la prueba hubo el pavo de asomar la cabeza ensangrentada, por la boca del saco, y ¡adiós defensa! La turba gritó con la misma indignación del fiscal:

—¡Que se mate! ¡Que se le tumbé el pescuezo!

Caliente aún el cuerpo del loro, fue publicada la sentencia que condenaba al pavo al último suplicio: el saco quedó convertido en capilla.

El fallo se apoyaba en razones concluyentes: entre otros fundamentos, el tribunal hacía valer, como circunstancias agravantes, un artículo del almanaque de pared que recordaba ser feriado el día siguiente, y el dictamen de la cocinera, declarando gordazo al animal.

Los detalles de la ejecución eran horribos: el pavo sería decapitado, pasado luego por agua hirviendo y, últimamente, horneado!...

Al día siguiente, a la hora de almuerzo, el ajusticiado, envuelto en un sudario de salsas y guisos, humeaba sobre la mesa entre cuatro botellas de buen vino.

¡Qué sabrosa es la pena de muerte cuando cae en cabeza de pavo!

(1887).

## LAS VOCALES EN CONGRESO

Cierto día amaneció un gran cartelón pegado en la propia roca del Parnaso, el cual decía lo siguiente:

*República de las Letras. Se convoca al pueblo para un congreso extraordinario que ha de reunirse en esta altura a más tardar antes de que se generalice el volapuk.*

Firmaba el presidente Apolo y refrendaba el llamamiento la musa Calíope, Secretaria de Estado en el departamento del tono épico.

En la república de las letras ¿quién es propiamente el pueblo? Claro está que las letras. Pues todo el alfabeto lió petacas y fuese cuesta arriba hasta dar con el empinado lugar de las sesiones, donde las cinco vocales, a fuer de vocales, asumiéron la representación nacional y se constituyeron en junta.

¿Quién preside? fue la primera cuestión parlamentaria. Para evitar quisquillas y largos debates, sugirioles Apolo la idea de que probasen primero cuál era la más rica en palabras sin el auxilio de las otras, y que desde luego sería directora del congreso la vocal triunfante.

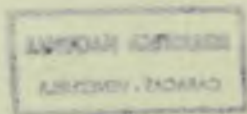
Dicho y hecho. La *A*, seguida de toda la corte de consonantes, escaló la tribuna. Las otras vocales prometieron no meter su cucharada en el discurso.

—Camaradas: ¿Hablar tan amarrada?... ¡Cáscaras! mal parada anda la chanza, *ca* faltan trazas hasta para lanzar las más claras palabras. Harta maña va gastada para nada. Salga, salga ya a la plaza la galana *E*, a arrancar a la garganta charla tan tartaja. Camaradas, batan palmas: va ganada la parada!

Ruidosos aplausos partieron de las barras, en tanto que la *E* subía temblorosa a aquel potro de tormentos.

—Seré breve. Debe tenerse presente ke meterse en este tren es perderse, desde ke el sér ke me precede merece preferentemente ser el jefe. Ven, entremétete, endeble *I*, ke debe ser de verse ese destemple.

Entre las risas y exclamaciones del auditorio, subió a la tribuna la raquítica vocal aludida y, contra toda regla de urbanidad, habló sin quitarse su redondo e inapelable sombrero, o sea, el punto.





—Nihil... nihil... Difícil, sí, difícilísim....

No cayó la *I* en la cuenta de que había menester de una *O* para completar la palabra, de suerte que fue interrumpida bruscamente por esta vocal.

—No soporto robos! O somos o no somos (rugió la *O* con ronco acento). Yo como no topo voz con poco lo compongo. Con los otros tonos, hombro con hombro, codo con codo, todos somos cónsonos, sonoros. ¡Oh dolor, solos, sólo somos como pozo con poco fondo.

Después de largo y atronador aplauso, que muy merecido se lo tenía la *O* por haber probado elocuentemente que en la unión están la fuerza y la armonía, todos los ojos buscaron con ansiedad a la *U*, la más obesa y cachazuda de las vocales, la cual con gran majestad se encaminaba ya a la tribuna. El auditorio era todo oídos.

La última vocal requirió el pulmón, tragó saliva, miró al soslayo y soltó la lengua:

—Runrún, runrún, runrún...

La rechifla fue estupenda. No quedó pecho sano en el Parnaso. Dicen que el último mono siempre se ahoga, y fue la pobre *U* la que vino a pagar el pato.

Por eso, caro lector, cuando algún orador disparata o queda mal en la tribuna, se oye en el público ese tremendo cuanto elocuente *runrún*, que no es otra cosa que el insólito discurso de la *U* en el nunca bien ponderado congreso de las vocales.

(1886).

## LO QUE SON LAS PREOCUPACIONES

Pablo se ausenta por primera vez del lugar de su nacimiento.

Sale solo, pobre, enfermo, todo lloroso y preocupado. Va a atravesar hondos precipicios, páramos temibles y climas mal sanos; y, a mayor abundamiento, hay peste en la ciudad a donde lo lleva el destino.

Salió Pablo un día martes, lluvioso y triste, a tiempo que tocaban a difuntos en el campanario vecino. Item: era 13 del mes y corría año bisiesto.

Durante su ausencia canta tristemente y a deshoras el gallo del corral, maúllan los gansos bajo las ventanas, y el viejo mastín de la casa prorrumpe de continuo en lastimeros aullidos; apáganse algunas velas sin causa aparente; óyense a media noche voces dolientes y ruído de pasos; y una mariposa, una maldita mariposa negra aparece cierto día prendida, como lazo funerario, sobre el vacío lecho del viajero.

Llega el primer correo... Pablo no escribe. La peste aumentaba.

La familia pasa los días muda, angustiada, presa de horrible ansiedad. Un sentimiento fatal oscurece los ánimos.

¿Y qué sucedió, por último?



Que llegó Pablo bueno y sano, robusto y alegre como un día de pascua. Volvió rico y, por añadidura, loco de amor y con anillo de esponsales.

Veamos, ahora, el contraste.

El afortunado Pablo vuelve a salir: va acompañado y en són de paseo, por caminos amplios, climas frescos y saludables, lleno de dulces impresiones y departiendo alegremente con un grupo de amigos.

Durante su ausencia llovieron felicidades: hubo bailes y cumpleaños, fiestas públicas y repique general de campanas. Derramóse el vino a torrentes, cantaron dulcemente los pájaros bajo el alero, y corrióse la nueva de que en la cocina la leña había chisporroteado con grande animación.

Fue una temporada felicísima.

Llega, por último, un día de correo. En la casa hay novedad: el piano ha cesado repentinamente. Oyense voces, gritos y otros rumores inusitados. El vecindario acude, crece el movimiento y pronto el estrecho zaguán da cabida a la gente.

¿Qué pasa? Pablo, el venturoso Pablo ha llegado otra vez, sano, robusto y, por complemento, ligado a una muchacha ojinegra de singular hermosura.

¡Eso son las preocupaciones!

Resta el epílogo. Otra vez se ausentó Pablo, no hubo nada de lo dicho y... tampoco se murió.

(1886).

## LOS ANTEOJOS MARAVILLOSOS

Y va de cuento.

La escena pasa en la parte más alta de un edificio tan común como admirable, en esa especie de cúpula en que remata la arquitectura del cuerpo humano: la cabeza.

El Entendimiento, dueño de la casa, es un señor de muchas campanillas, de porte señorial y mirada chispeante. Vive pared de por medio con la Memoria, señora grave y circunspecta, que lleva pintadas en el semblante la melancolía del pasado y toda la amargura de los desengaños.

Alguna empresa literaria se tenía D. Entendimiento, cuando menos la redacción de un periódico, porque cierto día entróse de rondón en los aposentos de la Memoria y, con gran sorpresa de ésta, empezó por pedirle cuenta minuciosa de cuanto allí tenía en calidad de depósito.

—¡Un inventario formal! replicó la Memoria, cada vez más asombrada de ver a su flamante compañero en tales andanzas.

—Es cabalmente lo que deseo. Quiero saber cuánta es la copia de mis recursos científicos y literarios, fruto, como sabéis, de grandísimos empeños en el campo del estudio, pues entiendo que estos aposentos deben de rebosar en letra menuda.

—Nada de eso, respondió fríamente la señora de los recuerdos, acompañando sus palabras con una sonrisa de compasión que llenó de espanto al Entendimiento.

—¡Qué decís!...

—Que nada, señor, tenéis en mi poder. Entra aquí de ordinario algo así como un vientecillo destructor que todo lo consume luego a luego. He tapado muy bien las rendijas, puesto vidrieras a los postigos, cerrado, en fin, el cuarto del archivo, pero todo ha sido en vano. Por lo visto, señor, la casa en que vivimos es muy ventosa.

El Entendimiento, que no daba crédito a lo que oía, precipitose bruscamente en el archivo, pero ni con el auxilio de un velón encendido, porque era mucha la oscuridad del sitio, pudo hallar una letra siquiera en aquellos fríos y empolvados estantes.

D. Intelecto, aunque chispeante y de natural donaire, era un poco casquivano. Se sorbía, a la verdad, libros enteros, pero nunca tales lecturas fueron calentadas en el mágico hornillo de la reflexión.

—Vuesa merced me perdone, dijo la Memoria, compadecida de tan cruel desengaño, pero tengo para mí que el mal está en los ojos de mi señor Entendimiento; y yo me permito ofrecerle los anteojos que ha menester en sus lecturas.

—¡Yo, cegatón! no, mi señora. Gozan mis ojos de un alcance prodigioso; así penetran en la inmensidad del espacio y en los senos de la tierra, como descubren a maravilla los extensos campos de la filosofía y el derecho.

—Pero es lo cierto que yo, que soy vuestra tesorera, nada guardo por cuenta de tales lucubraciones.

—Mi desgracia es cierta, no lo niego, pero lo que son mis ojos no necesitan auxilio, porque ven demasiado.

—Precisamente, señor, os viene de perilla el verso de D. Miguel Agustín Príncipe:

*El ciego más desgraciado  
No es, amigo Bernabé,  
El ciego que nada ve  
Sino el que ve demasiado.*

Con que aceptad el remedio que os ofrezco: leed meditando, que la meditación es un cristal maravilloso que deja grabada indeleblemente en la memoria las páginas del libro. Sin este bello prisma delante de vuestros ojos, toda concepción será fugaz, todo esfuerzo intelectual inútil; y, a pesar de vivir entre la luz, siempre lo pasaréis a oscuras.

Hízolo así D. Intelecto, y es fama que lo primero que vio al través de los anteojos fue este letrero en caracteres muy gordos: *Leer no es estudiar; quien no medita no aprende.*

(1888).

## UN DISCURSO POR UN QUESO

La cosa pasó así.

Cierto día llamaron a la puerta.

—Adelante, mi amigo, dije a un hombrecito que a tiro de ballesta mostraba ser un lugareño recién llegado a la capital.

—Usted es el que escribe en *El Lápiz*? me preguntó.

—El mismo, para servir a usted.

—Vengo a ver si me puede sacar de un apuro.

—Estoy a sus órdenes.

—Pues es el caso que allá en el pueblo están de fiesta, y a mí me han nombrado para que eche un discurso el día del Santo, que ya está encima; y ya usted puede comprender que...

—Sí, comprendo perfectamente.

—Yo quisiera que usted me arreglara el discurso. Una cosa corta y bien bonita.

—Yo no entiendo nada de eso. Hágalo usted a su gusto que yo le quedaré muy agradecido.

—Pero es el caso que estoy muy ocupado, mi amigo.

—Si eso es obra de nada. Yo le traeré en cambio un queso, si usted no lo lleva a mal.

—No, hombre, qué a mal lo he de llevar.

—¿Conque cuento con usted?

—Pues, francamente, amigo, debo confesar que me seduce la oferta del queso, pero como en proponer no hay agravio y mientras más amistad más claridad, bueno es que convengamos antes en el tamaño del discurso y en el tamaño del queso. ¿Cuánto queso me trae usted por cada llana de papel escrito?

El hombrecito, que por lo visto no esperaba semejante previa tasación, se rascó la cabeza, miró la hoja de papel que yo le mostraba y acabó por preguntarme a su vez.

—Y cuántas llanas serán, poco más o menos?

—¡Oh! por eso no se alarme usted, mi amigo: cuatro o cinco, nada más.

—Pues bien, le traeré una libra por cada llana.

¡Cinco libras de queso! el negocio era brillante para quien estaba acostumbrado a trabajar discursos *gratis et amore*. Aquel iba a ser un discurso del género lácteo, una verdadera novedad en el campo de las letras.

—¡Ah! dije a mi hombre que ya se iba, dígame siquiera cuál es el santo de la fiesta?

—El santo es San Lorenzo, pero yo quisiera que me le echara unas florecitas al señor Cura y al Jefe, porque siempre es bueno estar bien con todos.

—En horabuena, mi amigo, pero cuento a mi vez con el queso.

—No tenga usted cuidado.

Recordé al instante las parrillas en que asaron al santo mártir, y me felicité por haber hallado materia para ganar mucha parte de queso, pues esto se enla-



zaba con el Escorial, cuya planta representa las susodichas parrillas; y de aquí fue fácil seguir con Felipe II, Carlos V, la Inquisición y las Comunidades de Castilla. Más allá hablé de los Reyes Católicos, del descubrimiento de América, del yugo español, de la independencia sur-americana y de las estrellas de la Federación: le eché unos piropos a las libérrimas instituciones y al progreso del país, e hice, para remate de la obra, un elogio cabal del señor Cura y del ciudadano Jefe de la parroquia.

Pues no lo creerán ustedes. Las fiestas se llevaron a cabo, sin duda, y nuestro orador tomaría por asalto la tribuna, pero lo más grande del caso fue que me dejó con el discurso hecho y las ansias de saborear el queso!

Después supe que, arrepentido de haber ofrecido tanto queso por un discurso, cortó el nudo aprendiéndose al dedilo la vida del santo en el *Año Cristiano*.

Yo guardé mi burlado discurso, poniéndole las siguiente inscripción para perpetua memoria:

*Este, Fabio ¡ay!, dolor! que ves ahora  
Discurso sin igual, mustio, empolvado,  
Tuvo un queso por musa inspiradora,  
Un queso prometido y no pagado.*

## UN CONGRESO INFANTIL

Ya es raro hallar muchachos que jueguen al escondite, como en otros tiempos, o que, montados en cañas, salgan por esas calles de Dios, luciendo en la punta superior de los carrizos aquellas vistosas cabezas de caballo, hechas de trapo y adornadas con borlas de colores y brillantes lentejuelas.

Los chicos del día miran con desdén tales bagatelas. Sus juegos no estriban ya en la tradición sino en los acontecimientos presentes, cualquiera que sea su clase e importancia, siempre que metan ruido y tengan alguna apariencia de novedad o que revistan carácter de espectáculo público con música, tiros, banderas y repique de campanas.

Es el caso que en tiempo de una ruidosa asamblea legislativa, en que la crónica era puramente parlamentaria, quince o veinte chicos, constituidos de la noche a la mañana en sendos diputados por los sitios más notables de la capital en que se efectuaba aquella junta política, instalaron con gran seriedad una cámara infantil. Y como el dinero es, aun entre los chicos, uno como maravilloso ungüento que pone suaves los resortes de todo negocio humano, era condición expresa que cada diputado había de consignar un centavo antes de abrirse la sesión, para que el congreso tuviese rentas propias y, sobre todo, base en qué cimentar sus actos.

Pero tomemos puesto en la barra, que este congreso promete ratos de gusto a los espectadores.

Detrás de un cajón, que a primera vista indica su procedencia, porque dice *Fábrica de Tabacos* en letras muy visibles, y tiene a modo de carpeta un gran pañuelo encarnado, está muy orondo en su silla el chico elegido presidente de la cámara, después de una elección en que los candidatos llegaron a ofrecer hasta tres caramelos por un voto!

Completaba el ajuar de la presidencia la campanilla, que era un embudo de hojalata con su correspondiente piedrecita pendiente de un hilo a modo de badajo.

El presidente agita con mucha gravedad el embudo y queda abierta la sesión. Pero sucedió que el chico de la casa donde se reunía este descomunal congreso, advirtiendo que el presidente metía con disimulo la mano dentro del cajón, se levanta airado y discurre en estos términos:

—Ciudadano presidente: pido permiso para sacar del cajón una cosa que me pertenece y que está corriendo gran peligro.

—¡Negado, negado! Que se registre el cajón! gritó toda la cámara avanzando en cuerpo hacia la presidencia.

*Un diputado* (con medio cuerpo dentro del cajón)—¡es una chirimoya madura!

*El presidente* (casi sofocado por los diputados y agitando el embudo desesperadamente).—¡Al orden, al orden! es necesario hacer las cosas con seriedad.

*Otro diputado*.—Tengo un proyecto sobre la chirimoya y pido que se vote.

El presidente, que era un famoso perillán, abrazándose a la fruta y cubriéndola con el sombrero, declaró ex-cátedra que la chirimoya se reservaba para después de la cuenta.

En este momento se oyó en la puerta una voz que preguntaba a gritos:

—¿Compran alfeñiques?...

Un toque de rebato no conmueve tanto a un pueblo como aquel grito a los honorables chicos.

*Un diputado* (relamiéndose los labios)— Propongo que todos los fondos existentes se gasten ahora mismo en alfeñiques.

—No apoyo, gritó un optimista, porque eso está destinado para un globo que se elevará el día de año nuevo.

—No señor, dijo desde su asiento el diputado-tesorero; de comernos las rentas, que sea en pastelitos horneados, que yo sé donde los hacen muy buenos y grandes.

—Pero antes que todo, gritó otro chico que no apartaba sus ojos de la puerta, propongo que se nombre una comisión para que le diga al muchacho de los alfeñiques que no se vaya mientras se resuelve el punto.

*El Presidente* (sin soltar el fardo de la chirimoya).—Que diga el diputado-tesorero lo que hay en caja y quiénes son los que han pagado.

El funcionario interpelado saca unos centavos del bolsillo, los cuenta dentro del sombrero y duégo informa:

—Ciudadano presidente: hay por todo real medio y un centavo, pero no han pagado todavía los diputados...

Aquí arde Troya: los bribonzuelos morosos meten gran ruido de voces con ánimo de interrumpir el informe rentístico y los puntuales en el pago levantan también la voz para alegar sus derechos a la caja, a tiempo que el rapaz secretario de la cámara, aprovechándose del acaloramiento del debate, pugnaba en la barra por arrebatarse al muchacho el azafate de los alfeñiques para llevarlo a la mesa de la secretaría y poder dar cuenta de él... parlamentariamente, se entiende.



El embudo iba y venía por el aire llamando al orden, pero qué campanilla ni qué pan caliente: todos los diputados andaban por el salón discutiendo a raja tabla sobre las tres cuestiones palpitantes y de bulto: los centavos, la chirimoya y los alfeñiques.

De improviso se abre una puerta en el fondo de la cámara y aparece una figura espantable para los chicos, que apenas les da tiempo de recoger aire a boca abierta y emprender carrera hacia la calle en completo desorden. El dueño de la casa, que no pudo soportar más aquella bulla y alboroto, bien como un rey tiránico, tomó el partido de disolver el parlamento a latigazos.

.....

Cuatro diputados se encuentran casualmente al voltear una esquina solitaria. Son el presidente, que pudo salvarse con la campana y la chirimoya; el tesorero, que lleva todavía en las manos gran parte del erario, y dos rapaces más.

El presidente manifestó, en vista de lo sucedido, que era necesario proceder inmediatamente al reparto de los centavos y, en seguida, suena el embudo y declara abierta de nuevo la sesión, pero el diputado-tesorero, que era un consumado táctico en materia parlamentaria y un bribonzuelo de marca mayor, salió de estampida con el sombrero en una mano y las rentas en la otra, diciendo a gritos:

—No hay *quorum*, no hay *quorum*!...

Sorbiéndose los vientos y cruzando calles fue a parar a la puerta de una fonda de suburbio, donde lo recibió la fondista con gran sorpresa.

—¿Qué te pasa, muchacho, que vienes ahí echando el corazón por la boca?

—Fue que... ¡escóndame, que después le digo!— pudo medio articular el ministro del tesoro, entrándose de rondón hasta la cocina.

Es fama que cuando el honorable chico salió de su escondite, se había comido en pastelitos horneados todas las rentas de famoso congreso.

(1889).

## HISTORIA DE UNA A

### CONTADA POR ELLA MISMA

Me llamo *A* y pertenezco a la sonora estirpe de las vocales. Desciendo en línea recta de un jeroglífico egipcio que representaba a Ibis, ave sagrada parecida a una cigüeña, que devoraba las serpientes, las langostas y otros reptiles. Por eso la *A* mayúscula tiene esta figura casi triangular, que imita una ave cuando remonta el vuelo por el espacio.

Soy la más noble entre las letras, porque desde que el fenicio Cadmo introdujo el alfabeto en la Grecia, 1.500 años antes de Cristo, ya ocupaba yo el primer puesto en la fila de los caracteres. Refiero esto como gloria de familia meramente, puesto que, por lo que toca a mi típica figura, tuve la desdicha de nacer minúscula, lo que me priva de muchos honores concernientes exclusivamente a mi clase como encabezar cartillas, índices, diccionarios, etc.



Esto en cuanto a la escritura, porque en la pronunciación desaparece toda casta de mayúsculas y minúsculas y hay para mí sola tres puestos distinguidos en el habla castellana, a saber: *a*, preposición, *ah*, interjección, y *ha* inflección del verbo haber. La *h* que me acompaña en estos casos es un mero escrúpulo de los gramáticos, que en nada altera mi gracioso sonido.

Pero no voy a escribir la historia de la *A* en general, sino la mía exclusivamente como tipo de imprenta.

Soy yankee de nacimiento, porque me fundieron en New York la víspera de un 4 de Julio, aniversario de la independencia de aquel país portentoso. Por eso fui idólatra de la libertad desde mi cuna, e hice propósito firme de dedicarle mis servicios en la prensa, mi único asilo sobre la tierra después de la caja. Un buque de vapor me llevó a playas remotas, y fue grande mi alegría al saber que estaba destinada a una imprenta de Caracas, porque odiaba el inglés, lengua para mí muy árida e inhospitalaria.

—¡Oh, me dije, entre New York y Caracas, qué diferencia! *Caracas*, ciudad hospitalaria como ninguna, me ofrece tres puestos en su solo nombre.

El habla castellana me encantaba, porque veía en ella baundancia de *aes*; pero era orgullosa y quería estrenarme en la composición de alguna palabra noble y significativa. La sola idea de perder el brillo de mis perfiles en algún *cada*, *hasta*, *para* u otro insípido vocablo por el estilo, me llenaba de angustia.

Pertenecía a una caja de *english*, y un día extendió el cajista ante mis ojos un escrito patriótico, en que aparecía el nombre de Bolívar repetido muchas veces. Empezó la composición, y es indecible la ansiedad con que sentía pasar por encima de mí la mano vertiginosa del operario.

¡Momentos amargos! a cada palabra temblaba por el temor de ser cogida. Vino el primer *Bolívar*, y la mano del cajista, después de recorrer rápidamente las casillas de las demás letras, cayó como un rayo sobre la de las *aes*. Allí estaba yo, virgen y sin mancha todavía, acaso temblorosa por la primera impresión de amor. ¡Bolívar! yo quería ser esa *a* afortunada, quería inscrustarme en ese nombre mágico aunque se empañase para siempre el brillo de mi pureza! El plomo de mi sér se conmovió, y no sé si sería ilusión, pero hubo un momento supremo en que pareciéndome que tenía vida propia, salté sobre la mano del cajista y... héteme ya oronda, radiante de júbilo, ocupando un puesto en el nombre de Libertador de Sur-América.

Mi ambición estaba satisfecha: había servido a la Libertad, dando forma al nombre de uno de sus más preclaros defensores. Después llegué a ocupar puesto único en *paz*, *libertad*, *independencia*, *república*, *justicia*, y otras muchas palabras de distinguida alcornia. Y, cosa extraña, aunque metida en *política* y *partidos*, nunca figuré en *elecciones*, ni hubo puesto para mí en *gobierno* ni en *ejército*. Tampoco corría el riesgo de verme en *revolución*, pero no sucedía lo mismo con *guerra* ni *tiranía*. Un día, el día de mi muerte, los dedos del cajista oprimieron mi débil cuerpo, temblé de miedo, perdí el sentido... pero no hubo remedio: estaba en la palabra *guerra*! Desde entonces cambiósese mi estrella: estuve en *conspiraciones* y *revueltas*, luégo en *cárceles*, en *bóvedas* y hasta en *capilla*.

Y como a fuer de letra era letrada, comprendí perfectamente que ya en *capilla*, el verdugo del cajista me pondría también en *horca* o en *guillotina*. Pero no se tomó ese trabajo el operario, pareciéndole mejor enterrarme viva. Toda resistencia fue vana: caí, al fin, en *sepultura*!...

Entonces, gastados por el uso mis perfiles y llena el alma de tristeza por los de-sengaños del mundo, tomé de nuevo la forma de Ibis, el ave misteriosa de las márgenes del Nilo, y en raudo vuelo me separé de la tierra, remontándome hasta el cielo que es la verdadera patria de las letras.

(1884).

## LAS PAREDES HABLAN

Un día, hace de esto algunos años, tuvimos ocasión de pasar un rato en una casa de campo, distante pocas leguas de Mérida. El mayordomo nos brindó franca hospitalidad y puso a nuestra disposición la casa, que por aquel tiempo estaba deshabitada. Era un edificio antiguo, cuyos negruscos tejados apenas se distinguían de lejos por entre los árboles que daban sombra a un extenso catefal, única riqueza de la finca.

Mientras mi compañero trataba el negocio principal del viaje con el mayordomo, yo me entretuve paseando las desiertas habitaciones de la casa, un tanto dominado por la melancolía que se apodera del ánimo en las horas de soledad y de silencio. Había en el extremo de un corredor un cuarto que convidaba a la meditación y al recogimiento. Por entre los balaustres de una ventanilla que miraba al occidente, se veían allá, en la loma vecina, las parejas de bueyes que iban y venían lentamente rompiendo el suelo con el arado, y más cerca de la casa, ceibos enormes que, azotados por el viento, vertían sus flores color de grana como lágrimas de fuego que iban a perderse en la callada y sombría arboleda del café.

Distraídamente fijé mi atención en un letrero escrito con lápiz sobre la amarillenta pared. Estaban allí a un lado de la ventanilla, dos corazones toscamente dibujados y al pie de ellos esta leyenda, en caracteres que a primera vista revelaban haber sido hechos con especial cuidado: *3 de Enero.—D. y P.*

El campo tiene el mágico poder de inspirar bellos pensamientos. Leer esto e imaginarme haber hallado la clave de un idilio, todo fue uno. Aquí, en este mismo sitio, pensaba yo, ha estado alguna pareja de amantes con las manos juntas y los corazones mucho más, jurándose amor eterno a la puesta del sol, hora en que se tiñen de rosa los collados y cantan las aves, ya ocultas entre el follaje, su melancólica despedida. Pero ¿quiénes eran ellos? . .

Al punto abandoné aquel sitio y empecé a registrar las paredes por todas partes, con un interés particular, en que se mezclaban la curiosidad y un sentimiento de irresistible simpatía. Allá, detrás de una hoja de la puerta, muy arriba, como para que ningún curioso diese con él, divisé otro letrero, nuevo dato que había de ponerme en camino de descubrir toda una historia de amor, pero de amor puro e intenso como me imaginaba que debía sentirse en aquel campo, a la vista de tan encantadores paisajes. Montado sobre una silla trasladé a mi cartera dicho letrero: era la misma fecha, *3 de Enero*, pero al pie decía con todas sus letras *Domingo y Paula*.

He aquí, me dije, los nombres de los amantes; y como ya tenía puestos los cinco sentidos en aquellas simpáticas inscripciones, me ocupé en el examen de todo el cuarto. Otros letreros había, pero ninguno sobre Domingo y Paula. Salí a un co-



redor, nada tampoco; penetré en la sala, menos; invadí un aposento y después de abrir de par en par la ventana, repasé las paredes minuciosamente. Por poco se me saltan las lágrimas al descubrir cerca del sitio donde debió estar el altarcito de la familia, este sentido cantar, de puño y letra de mujer:

*Llorando cogí la pluma,  
Llorando cogí el papel,  
Llorando escribí tu nombre,  
Llorando por tí, mi bien.*

¡Pobre Paula! Cuánta amargura revelaban estos renglones, escritos allí a la indecisa claridad de la lámpara encendida ante algún santo de su devoción, en alguna noche de cruel insomnio, ahogada por el llanto y fijo el pensamiento en su inolvidable Domingo. Recorrí toda la pieza con viva ansiedad, buscando como el anticuario en los monumentos, la luz de una historia en breves y elocuentes inscripciones.

En el corredor hallé, al cabo, en letra muy diversa y entre otros apuntes ajenos completamente al asunto, este rengloncito escrito al parecer con mucha precipitación: *Se llevaron a Domingo, 14 de Agosto.*

Estaba copiándolo cuando llegaron el mayordomo y mi compañero.

—Hágame el favor, amigo,—dije inmediatamente al primero —de informarme para dónde se llevaron a Domingo?

—¿Qué Domingo, señor? —me preguntó sorprendido.

—Pues Domingo, el prometido de Paula, —le contesté con toda seguridad.

—Yo no sé nada de eso. Cuando vine, hace tres años, a encargarme de la hacienda, hallé la casa tal como usted la ve ahora.

—Dígame entonces ¿dónde habrá por ahí más letreros como éste?

—Si mal no recuerdo, hay unos cuantos en el cuarto de la herramienta.

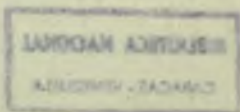
—Pues si usted me lleva allá, se lo agradeceré muchísimo.

—No hay ningún inconveniente.

Ya me parecía que no llegaba al cuarto de la herramienta. El mayordomo cogió al paso una llave que estaba colgada de un clavo, y después de prolongar mi ansiedad, batallando un rato con la cerradura, abrió de un golpe las hojas de la puerta.

¡Cuántos letreros había allí! Las lágrimas de Paula, el paradero de Domingo, aquella historia de un amor desgraciado, vislumbrada al través de unas líneas tan lacónicas como expresivas, tenían cautivo mi corazón y en constante divagar mi pensamiento.

Rápidamente fui leyendo cuanto había escrito y sufriendo al propio tiempo tristes desengaños. Aquel cuarto había sido indudablemente el del dueño de la finca. Lo que existía eran apuntes de cuentas, memorandum de negocios, nombres extraños seguidos de números, fechas aisladas y multitud de notas indescifrables. De pronto dejé escapar una exclamación de dolorosa sorpresa, tan viva que mis compañeros se miraron entre sí con asombro. La última partida de una de aquellas listas decía claramente: *Misas por el alma de Domingo, 4 ps.*





En dos palabras les expliqué el por qué de mi sorpresa y todo lo que me habían dicho las paredes.

—Eso debe de ser muy viejo —dijo el mayordomo— y el único que puede aquí saber algo es el *taita* Matías, que es el peón más viejo de la hacienda.

El *taita* Matías, por quien yo averigüé en el acto, era efectivamente un anciano y se hallaba a la sazón desyerbando una acequia a inmediaciones de la casa. Le dije lo que quería de él, y mirando entonces el viejo hacia un gigantesco maitín que daba sombra a la corriente por aquella parte, me dijo estas o semejantes palabras:

—Allí, junto al tronco de ese árbol, solían sentarse los dos. Eran huérfanos, hijos del campo y criados con mucha estimación en esta hacienda. Estuvieron en la ciudad algún tiempo, y allí aprendieron a leer y escribir. Todos los queríamos mucho, porque eran buenos y trabajadores. ¡Pobres muchachos! Un día cogieron a Domingo en el propio patio de la casa y se lo llevaron para la guerra. La pobre Paula, cansada de esperar todas las tardes subida en el maitín la vuelta de Domingo, con quien estaba para casarse, comprendió que la engañaban con falsas noticias, mucho más cuando se supo que las tropas habían salido de Mérida en busca del enemigo. Entonces no pudo contenerse y abandonó la hacienda: se fue al lugar de la guerra, pero la infeliz llegó tarde. Doblado sobre una trinchera encontró el cuerpo de Domingo, acribillado por las balas. Dicen que dio gritos espantosos y que huyó por los campos, sin que nunca hasta hoy se haya sabido de su paradero.

Puede imaginarse la impresión que me causaría este sencillo relato. Las bestias estaban ya listas y nos despedimos del mayordomo. Pronto fueron desapareciendo a nuestra vista los vetustos tejados de la casa y la frondosa copa del maitín señalado por el anciano. Acaso mi compañero regresaba pensando en el negocio que lo llevó a la finca, como era natural, pero yo tornaba pensando en cosas demasiado tristes y sombrías, después de saber la desdichada suerte de Domingo y Paula.

Estas son las víctimas ignoradas de la guerra civil, estos los dramas desgarradores a que dan origen nuestras frecuentes revueltas políticas. Allá, en la ciudad, resuenan por las calles públicas los vítores y dianas de triunfo con que termina alguna revolución, mientras que en el interior de los hogares, principalmente bajo el pajizo techo de la casa de campo, sólo se oyen los gritos desesperados de la tribulación y del infortunio.

En vista de esta historia, el lector quedará tan convencido como yo de que *las paredes hablan*.

(1889).

## LA MATA DE CENTAVOS

Aficionado Dominguito a los centavos como todo muchacho (afición que dura hasta la vejez), un día en que jugaba con su hermano mayor, correteando por toda la casa, tuvo un pensamiento súbito, una gran inspiración. Detúvose de pronto e interpeló a su compañero.

—¿Juan, los centavos nacen?

Juan era un rapazuelo de ocho años que explotaba de lo lindo la candidez de Dominguito. Cuando le veía alguna golosina en las manos, se le allegaba muy

grave, como hombre de negocios formales, y poniéndole las manos sobre los hombros, le decía:

—Mira, Dominguito, hagamos un negocio.

—¿Qué negocio?

—Pues que tú me des ahora la mitad de ese dulce y yo te daré uno entero cuando mi padrino me dé plata.

—Sí, pero que sea bien grande como este.

—Está dicho.

Y Juan se comía la mitad del dulce; pero media hora después, por cualquier pellizco, por cualesquiera dimes y diretes, Juan se declaraba desligado del convenio. Así y todo vivían en la mejor armonía.

—¿Nacen los centavos?

Ante esta inusitada pregunta del chico, Juan abrió tamaños ojos y se puso a reflexionar como un filósofo que quiere dar en la clave del enigma.

—Pues mira que sí nacen.

—Y entonces ¿dónde están las matas?

—¡Tonto! las matas están muy bien guardadas para que no se las roben.

—¿Tú las has visto?

—No, pero me han contado.

—Pues deben de ser los centavos para que retoñen.

—¡Ah! pues yo voy a hacer la prueba.

—¿Dónde tienes los centavos?

—Aquí tengo dos no más.

—Bueno, pero no vayas a decírselo a nadie: entre los dos solitos.

Juan se hizo en el momento a un cuchillo de la casa. Se arrodillaron los chicos y emprendieron la obra.

—No muy hondo, Juan.

—Así está bueno, como para sembrar cebollas.

Hecho el hoyo, Dominguito echó con mano trémula sus dos centavos, que la tierra cubrió en el acto. Se puso una señal en el sitio y ambos chicos se entregaron luego a discurrir sobre el caso, forjándose para lo porvenir mil doradas ilusiones.

Dominguito se acostaba preocupado con aquello, y en sus sueños inocentes veía la mata de centavos grande y coposa como un mamón, cuajada de racimos por todos lados. Tan luego saltaba de la cama, corría al solar, y después de cerciorarse de que no había por allí alma viviente, se acercaba al consabido sitio a ver si ya estaba apareciendo el retoño.

Como pasasen los días sin asomar nada, consultó a Juan sobre remover la tierra para ver el estado de los centavos, pero el rapazuelo puso una cara muy grave y le dijo que aquello no convenía por ningún respecto, puesto que se romperían los retoños que ya debían subir.

Un día, por último, en que vendían buñuelos a la puerta de la casa, Dominguito, creyendo que ya no se levantaba la mata, corrió al solar, metió las manecitas en la tierra con febril agitación, abrió un hoyo y otro hoyo, buscó aquí y más allá, rebuscó por todas partes y nada...

Mucho tiempo hacía que la semilla, por artes químicas del bribonzuelo Juan, había tomado la forma de dos brillantados caramelos.



Pero el cuento sigue: veinte años después, como diría en el epílogo cualquier novelista, Dominguito, hecho todo un hombre de negocios, llamó a su hermano Juan y le dijo:

—¿Te acuerdas, Juan, de aquella mata de centavos?

—Y de los sabrosos caramelos que me produjo también me acuerdo.

—Pues, mira, yo he persistido en la idea: la mata de centavos existe. He cultivado este campo con tesón, lo he sellado de café, maíz y otros frutos, y ya ves que cosecho centavos todos los días.

Dominguito tenía razón.

La mata de centavos con que soñamos en la infancia existe. Se siembra en todas partes, en el campo, en las fábricas, en los talleres; se riega con el sudor de la frente y pronto crece, prospera y rinde el codiciado fruto.

La mata de centavos es el TRABAJO.

(1894)

## UN CANTARO ILUSTRE

### *Cuento semi-histórico*

Allá por los tiempos de Colombia, vivía en Caracas el maestro Antón, viejo fornido que, a pesar de sus sesenta años, era muy capaz de derribar a un cristiano de un solo puñetazo, pero el maestro Antón era tan fuerte de cuerpo como manso de espíritu. Herrero de oficio, él figuraba a la cabeza del gremio no tanto por su habilidad artística como por la popularidad y buena fama de que gozaba.

En la herrería del maestro Antón había una caja de madera respetable por sus dimensiones y su antigüedad. Era uno de esos muebles deformísimos, que sirven a varias generaciones y resisten, sin quebrantarse, el oleaje de los acontecimientos, mostrándose siempre sólidos y flamantes en su sitio, como mudos representantes del pasado. Son, en punto a muebles, las esfinges del servicio doméstico. Se creía que la caja del maestro Antón había sido del servicio de una sacristía antes del terremoto de 1812, y que la había mandado hacer el obispo D. Juan López Agurto de la Mata, cuando en 1636 se trasladó la primera catedral venezolana de la ciudad de Coro a la de Caracas.

El maestro Antón compraba al peso y por muy bajo precio cuanto hierro inútil le iban a vender, y todo aquello lo echaba en la gran caja, de suerte que con los años vino a convertirse esta en una arca de Noé, por la muchedumbre y variedad de cosas que contenía; y de allí sacaba todos los días el pedazo de metal apropiado para el remiendo que tenía entre manos, pues nunca pasó de herrero remendón el pobre viejo.

Clavos despuntados, piernas de tijeras, argollas, aldabones, pailas, fragmentos de barras, azadas, fusiles, cuchillos y otras armas e instrumentos, en fin, de todo había en la enorme caja: reposaban allí los restos de casi toda la herramienta gastada en Caracas durante medio siglo.



—¡Qué frío tengo! —decía de cuando en cuando el mango de una sartén—. Si el maestro Antón me volviera a mis antiguos lares, qué gozo para mí oír de nuevo chisporrotear la leña y calentarme entre los tizones!

—Cállate, por Dios, fierro grasiento y ahumado, que mayor pena sufro yo viéndome en este miserable estado después de haber ocupado un puesto eminente por largos años.

—¿Y quién eres tú, sino un clavo mohoso, para que así mandes callar a quien acaso llegó a freír más huevos que estrellas hay en el cielo?

—Clavo, dices bien, clavo mohoso, pero en un tiempo me mantuve tieso que tieso, sosteniendo el dosel del muy ilustre Ayuntamiento, hasta que vencido por la edad, dejé ir la carga al suelo con espanto de los cabildantes.

—Yo también serví al Gobierno, fijo en la puerta de la cárcel pública —dijo un pedazo de cerrojo—, y cuidado que nadie entraba ni salía sin tocar previamente conmigo, incluso el señor alcalde y todos los ministros de la justicia.

—Qué me venís a mí con todas esas ínfulas —interrumpió con gran sonoridad una especie de barretón sumamente cascado y cubierto de orín—. Yo he metido más ruido en la ciudad que todos vosotros juntos. Casi cien años estuve encumbrado en la torre, pregonando las tristezas y alegrías del público. Era el badajo de la campana mayor, la lengua que se agitó en aquella gran boca para lanzar a los cuatro vientos la voz conmovedora del campanario, ora repicando alegremente en las fiestas públicas, ora despidiendo a los muertos con lúgubre tañido.

—Pues prepárese usted, ruidosísimo señor, para sufrir mayores desengaños que los que de presente padece, porque el día menos pensado lo manda el maestro Antón a retostarse en alguna parrilla o lo clava como cerrojo en la puerta de alguna taberna, sin parar mientes en su antiguo encumbramiento.

—¿Y dónde habrá aprendido estas filosofías una herradura? —preguntó el badajo.

—Yo no metí tanto ruido ni viví tan alto como vos, señor, pero tengo también un pasado glorioso. En mi origen fuí arma de un prócer de la Independencia, la lanza de un soldado valeroso que cayó muerto en la batalla sin abandonarme jamás. ¿Y sabeis en qué vine a parar al cabo de mil peripecias? En la vil herradura de un caballo de carga ¡Quien merecía un puesto en los museos llegó a verse humillada en el polvo, pisoteada por un bruto!

Hubo algunos momentos de profundo y elocuente silencio. Las filosofías de la lanza-herradura penetraron hasta lo más íntimo de aquellos corazones de hierro.

Por allá en uno de los rincones de la monstruosa caja, se oyó entonces un altercado a media voz entre una débil lámina de hierro, que luchaba por levantarse, y una hacha desportillada que la tenía bárbaramente oprimida. Al cabo de muchos esfuerzos, el fierro logró ponerse encima de todos sus compañeros, y con voz clara y armoniosa habló en estos términos:

—Muy beneméritos son los hierros que me acompañan en este cuartel de inválidos; y ya que habeis puesto en competencia nuestros méritos individuales, quiero contaros mi historia, la más notable e ilustre que aquí se haya referido. Miradme bien: apenas mido un palmo de largo por dos pulgadas de ancho, y soy flaca como la hoja de un cuchillo; y, sin embargo, esta pequeñísima superficie ha sido una como inmensa plaza, donde se han organizado en batalla los ejércitos de la

idea. Os hablo de los renglones del libro y del periódico, de los versos del poeta, de las cuentas del matemático, de las producciones, en fin, del ingenio en el vasto campo de las ciencias y la literatura, que han venido aquí a recibir forma, a ser hiladas de nuevo para que la prensa las multiplique por el mundo con su maravilloso poder.

La lámina de hierro se había transformado. No hablaba ya sino que vibraba sobre la herramienta como tocada por una corriente eléctrica. Un ¡hurra! atroz resonó por todo el ámbito de la caja.

—Yo visité las costas de Venezuela en 1806 con el ilustre Miranda; y aquí, sobre esta superficie gastada por el uso, se formaron las primeras proclamas de la Independencia patria. Vine después a Caracas, en 1808, con los empresarios Gallagher y Lamb, y aticé la llama de la gran revolución suramericana de 1810. En una palabra, yo fui el primer *componedor de imprenta* que vino a Venezuela, y estos deterioros que me veis son como la huella luminosa de las ideas que por aquí han pasado a la posteridad!

El maestro Antón, que a todas estas se ocupaba como de costumbre en pegar un remiendo, se acercó a la caja y cortó bruscamente el discurso del ex-componedor, asiéndolo con las tenazas y llevándolo a la fragua.

La lanza-herradura lanzó un profundo suspiro y dijo a media voz:

—¿Qué os decía yo, amigo badajo? Ved como paga el mundo los inmortales servicios de ese hierro de imprenta. Asomaos y vereis como el maestro Antón está remendando con él el fondo de un cántaro de cocina!

El ex-componedor se encargó entonces de ponerle la moraleja al cuento, hablando a sus compañeros desde el yunque, en donde lo estropeaba de lo lindo el maestro Antón para adaptarlo al cántaro a fuerza de martillo.

—Recordad que el gran Epaminondas, nombrado por sus enemigos para el bajo destino de limpiador de las calles, aceptó el cargo, diciendo que no debe juzgarse de los hombres por los empleos, sino de los empleos por los que los sirven. No me aflige, pues, mi nuevo destino, porque de hoy en adelante este será un cántaro ilustre!

Entró luego a la herrería el dueño del cántaro, averiguando por el valor del remiendo, y el maestro Antón le dijo, frotándose las manos:

—Deme usted dos reales por mi trabajo, que lo que es el hierro invertido no vale la pena!

*Sic transit gloria mundi.*

(1896).

## HISTORIA DE UN GRITO

La noche era fría como todas las de diciembre. Quejábase el viento sobre las vecinas playas, y de momento a momento el lejano y misterioso Catatumbo encendía el espacio con sus relámpagos. Sólo se percibían muy vagamente el rumor de los ríos y las perdidas notas de una flauta, que acaso en aquella hora silenciosa vertía en cadenciosos sonos los pesares o alegrías de inocente amor.



En la desierta encrucijada de una calle de Mérida dos jóvenes se detienen cautelosamente, hablando en voz baja y con misterio.

—Hemos llegado, Marcos.

—¡Ah! ¿es esta la pared del fondo?

—La misma de que te he hablado. Salta y nada temas, pues conozco bien estos lugares. Mira, ¿ves por entre el follaje de aquellos árboles una pared iluminada? Es el interior de la casa. Por la mitad del huerto hay un camino que conduce allá. ¿Lo oyes?... tú sabes lo demás.

—Pero dime ¿estás cierto de haber dado con su paradero?

—Cierto y muy cierto: he comprado un espía, acaso el más temible de nuestros enemigos.

—¡A quién? —preguntó Marcos con vivo interés.

—A Felipe.

—¡Felipe!... ¡el disfrazado!

—¡Silencio!... ¿no has oído? Pronto, pronto, que podemos ser descubiertos.

Marcos escala rápidamente la tapia, que no era muy alta, y de un salto se precipita en el solar, perdiéndose a poco bajo la espesura de los árboles.

Su compañero cruza entonces la calle, acelera el paso y, con gran excitación, llega al pie de una ventana, donde alguien espera con suma ansiedad; oyesse un grito ahogado y luego ruido de pasos precipitados.

Una sonrisa de triunfo apareció en los labios del compañero de Marcos.

—¡Pobre amigo!... ¡qué trama tan bien combinada!... pero lo he vendido villanamente!

Esto decía para sí el desleal amigo en tanto que Marcos, con paso cauteloso y palpitante el corazón, andaba por entre los árboles del huerto, atento el oído al menor ruido.

El aspecto del cielo era en aquellos instantes bello e imponente; la luna, rodeada de nubes fantásticas, apareció sobre el filo del monte, y la alta sierra, medio oculta entre la niebla, recibió un beso de melancólica luz sobre la nieve que corona sus erguidos picachos.

Marcos sintió un leve ruido que partía del interior de la casa, y se detuvo a escuchar: el crujido de una puerta por allí cerca lo hizo retroceder algunos pasos. Huír era ya imposible, así fue que, rápido como el pensamiento, se apartó del sendero y se ocultó en una zanja profunda, cuyos bordes apenas se distinguían por entre la maleza. Con los pies hundidos en el barro y la inquietud que es de imaginarse, esperó algunos instantes. ¡Cuán lejos estaba de pensar en que aquel su compañero y confidente había vendido su secreto y lo tenía entregado a sus enemigos!

Pero no siempre con la traición se obtiene el triunfo.

En el umbral de una puertecita medio oculta que había hacia un ángulo del solar, apareció la airosa figura de una mujer. Caminaba en puntillas, y con mirada inquieta y anhelosa dominó instantáneamente todos los sitios, creyendo, sin duda, distinguir alguna persona bajo el tupido ramaje de los árboles.



La luna bañaba de frente su hermoso rostro, que pasaba súbitamente del temor a la confianza, del sobresalto a la tranquilidad. Al fin, movida por estas impresiones tan diversas, se atreve a dar algunos pasos, pero una voz robusta, vibrante, eco de una exaltación sin límites, llena los aires y arranca un grito indefinible a la bella aparecida.

—¡Mis aguinaldos!... le había gritado Marcos con toda la fuerza de sus pulmones.

Y al silencio en que se había desenvuelto esta romanesca aventura, sucedió una algarabía extraordinaria, pues, de las copas de los árboles, del seno de las malezas, de los tejados, de todas partes salieron, como por obra de magia, voces, gritos y ruidosas carcajadas.

A los lectores que conozcan la costumbre de apostar a cuál primero pida los aguinaldos en el día u hora que se fije, no les sorprenderá ciertamente la originalidad de este episodio, y considerarán de justicia que Marcos, a pesar de todo, hubiese ganado la apuesta, y que su dulce y encantadora enemiga tuviese que pagarle los aguinaldos.

(1888).

## LA LLUVIA DE ORO

Había un pueblo muy descontento de su suerte, a pesar de que Dios le había dado por asiento un valle extenso y delicioso, donde la naturaleza era pródiga en toda clase de frutos.

Pero los hombres empezaron a renegar de su pobreza desde que tuvieron noticia de que otros pueblos de lejanas tierras gozaban de grandes riquezas, tenían oro en abundancia y vivían en hermosos palacios, entre sedas y pedrería, entre músicas y perfumes.

—¿De qué nos sirve —decían— que esta tierra nos dé toda clase de frutos si no nos da el oro que necesitamos para construir palacios y salir por mar y tierra a buscar todo ese cúmulo de riquezas y comodidades?

Y los hombres del fértil valle, descontentos de los dones con que la Providencia los favorecía, andaban tristes, comidos por la envidia y maldiciendo de su suerte.

Un anciano les había contado que en época muy remota, habiendo ocurrido una gran sequía, los habitantes del valle se habían acercado a su santo patrón, que era San Antonio, y le habían quitado de los brazos la imagen del Santo Niño, diciéndole que no se lo devolverían hasta que no les enviase la lluvia de que tanto necesitaban sus campos tostados por el sol.

Que el santo, muy apesorado por la separación del Niño, lloró y suplicó en el cielo hasta alcanzarles la bendecida lluvia, que cayó a torrentes y fecundizó la tierra, porque el pueblo era bueno y Dios oyó su súplica. Y entonces le devolvieron en triunfo el Niño, entre cánticos y alabanzas.

He aquí que un día, cuando los campos estaban cubiertos de verdura y empezaban a cuajar los frutos, los moradores del valle, aguijoneados por el espíritu malo,

devorados por la sed de lujo y de riquezas, se acercaron al patrón, y sin respeto alguno le quitaron otra vez de los brazos al Santo Niño, diciéndole:

—Hace mucho tiempo que nuestros antepasados, en una gran sequía, te pidieron agua para esta tierra, y tú se la diste en cambio del Niño: hoy nuestros campos están florecientes, pero tenemos necesidad de mucho oro para hacernos ricos y poderosos por mar y tierra; y no te devolveremos el Niño hasta que no nos envíes las riquezas que pedimos.

Y se llevaron al Santo Niño, quedando San Antonio muy triste, no tanto por esta nueva separación, sino por la ingratitud y temeridad de aquellos malos hombres para con Dios, quien, lleno de bondad, los mantenía siempre en buena salud para el trabajo y con las despensas provistas de frutos.

En aquel mismo instante el cielo empezó a cubrirse de nubes amarillas color de fuego y a oírse un gran ruido metálico que atronaba el espacio de oriente a occidente y del septentrión al mediodía; y, en seguida, cayó una granizada formidable, una lluvia de oro que en breve tronchó todos los plantíos, sembrando el espanto entre racionales y brutos. Los rústicos techos de las casas se hundieron con el peso del metal y, al cabo, todo el suelo del valle quedó cubierto por una capa enorme de oro, sobre la cual continuaba resonando de un modo tético la caída de aquellos tejos metálicos que, al hender el espacio, vibraban como si fueran espadas blandidas por la cólera del Señor.

Largo rato duró el tremendo castigo. Cuando hubo cesado la lluvia de oro y brilló de nuevo el sol en lo azul del firmamento, los habitantes del valle, salvados milagrosamente en las grutas y cuevas, salieron como espectros, con los vestidos rasgados, cubiertos de heridas y cegados por el vívido resplandor que despedían sus campos enchapados de oro por todas partes.

Fueron a apagar su sed, y no encontraron agua: el oro había cubierto las fuentes y secado los arroyos. Fueron a aplacar el hambre, y no hallaron ni una hoja verde, ni un tallo siquiera: el oro lo cubría todo. Subieron a un monte para ver si se divisaba algo verda en lontananza, y dando un grito de horror, cayeron de rodillas clamando misericordia: toda la comarca, de uno a otro confín, era un desierto de oro; y aquel suelo metálico horriblemente amarillo, calentado por los rayos del sol, les quemaba los pies y les asaba todo el cuerpo.

Entonces se les apareció San Antonio y les dijo:

—¡Desdichados!... esta es la lluvia de oro que habeis pedido y que Dios os manda. ¿Dónde está el Santo Niño?...

Pero aquellos infelices estaban tan confundidos y aterrados que no podían articular más que estas palabras:

—¡Perdón, perdón! ¡Misericordia, Señor!...

Compadecido el santo de su terrible infortunio, los consoló, diciéndoles que iba a pedir por ellos; y elevando sus ojos al cielo con angelical dulzura, empezó a recitar la oración dominical.

—Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; venga a nos tu reino y hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

Y los pecadores arrepentidos continuaron con todo el fervor de su alma:

—El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy, y perdona nuestras deudas, así como



nosotros perdonamos a nuestros deudores; y no nos dejes caer en la tentación, más libranos de mal.—Amén.

Y entonces descendió en una nube resplandeciente el Santo Niño hasta los brazos de San Antonio, que lo recibió en dulcísimo éxtasis; y la tierra se alegró con su presencia y en un instante se tragó todo el oro; y brotaron de nuevo las cristalinas fuentes; y el suelo se cubrió de verdura; y volvió la paz al corazón de aquellos pecadores, que tentaron a Dios, pidiéndole oro y riquezas, cuando El mismo nos enseñó que no debemos pedirle sino *el pan nuestro de cada día*.

(1898).

## LA VIUDA DE PEDRO

En las faldas de la Sierra Nevada de Mérida vivía una infeliz mujer, de treinta años de edad, poco más o menos, de continente simpático, a pesar del estrago que en ella hacían la miseria y las penas del alma. Era viuda, con cinco hijos pequeños y sin más amparo que un rancho de paja desmantelado y triste, situado a la boca de un monte, en lugar recóndito y solitario.

Esta pobre campesina había gozado de más desahogo y mejor vida en tiempo de su esposo, que era hombre trabajador y sin vicios; pero el aquilón de la guerra civil sacudió de raíz su choza querida, arrebatándole en una noche al compañero de su alma y padre de sus hijos, sin que valiesen súplicas ni lágrimas.

El honrado Pedro salió de recluta para la guerra, y cuando, pasados algunos meses de cruelísima angustia, meses de hambre y de llanto para aquel ignorado hogar, regresaron los reclutas con las banderas desplegadas y al son de las cornetas y tambores, entre los vítores del partido triunfante, la esposa angustiada, la infeliz campesina salió a la ciudad a recibir a su esposo, llevando en sus manos, como es costumbre, alguna comida preparada para obsequiarlo; pero sólo halló a otro recluta amigo que le dijo sin ningún otro preámbulo:

—No lo busque porque no viene.

—¿Y por qué se ha quedado? ¡Virgen Santísima!...

Al recluta se le aguaron los ojos, y haciendo un gran esfuerzo, dejó caer como un plomo sobre aquella desgraciada estas cortas palabras:

—A Pedro lo mataron en la última pelea. ¡Pobrecito!...

Entonces la infeliz mujer, tambaleando de dolor y de hambre, cayó al suelo con los ojos extraviados y el rostro lívido. ¡No hubo quien le ofreciese un trago de agua siquiera en aquellos momentos!

—¿Estará ebria esta mujer? —preguntaban unos.

—Es que le ha dado un mal —contestaron otras buenas mujeres que se le acercaron para ayudarla a parar, tomándola por una loca.

En este horrible desamparo corrió en busca de consuelo a los pies de quien sólo puede darlo, buscó a Dios en su inmensa desventura. Con la cabeza sin cubrir, fuera de sí, penetró en el templo y se dejó caer sobre las frías baldosas, lanzando



de su pecho sollozos que eran gritos ahogados, en tanto que en la plaza resonaban la música y la pólvora, y centenares de pechos se enronquecían gritando.

—¡Viva el pueblo libre!... ¡Viva la libertad!...

Ya tarde volvióse a su retiro de la montaña, donde estaban sus hijos, sola, sola como hoja que avienta el huracán en noche tempestuosa.

Era la hora triste y pesadosa del crepúsculo; los árboles no eran ya verdes sino negros; los colores del cielo eran rojos y sombríos; en el bosque y las barrancas reinaba un silencio profundo y en el oscuro y retirado rancho, los cinco muchachitos de Beatriz, que este era el nombre de la viuda, lloraban de hambre y de miedo, sin más compañía que la de una boba muda y harapienta que nada ingeniaba para consolarlos.

Cuando Beatriz llegó a la miserable vivienda, dio un grito que espantó a los pequeñuelos y cayó desplomada sobre el jergón nupcial, exclamando con voz extenuada:

—¡Pedro, Pedro de mi alma!... me has dejado sola!...

La conformidad cristiana, tan común en las gentes sencillas, vino con el tiempo a atenuar los rigores de la pena en aquella inocente víctima de nuestras pasiones políticas, y fuerte, con la fortaleza sublime que inspira el amor de madre, se concretó a velar por sus hijos.

Ya el mayorcito tenía nueve años, y era un simpático pilluelo que se sabía al dedillo todas las entradas y salidas del monte. Pedrito era una chispa, y ayudaba a su madre en los oficios de la casa, e iba a la ciudad a vender sobre un pollino, que era todo el haber de la viuda, ora una carguita de leña o algunos manojos de pasto, ora algún atillo de plátanos o yuca, con lo que se procuraban la sal y el dulce necesarios para las comidas y la vela de sebo para alumbrarse de noche.

Pedrito tenía otra industria que ejercía no muy ostensiblemente por los regaños maternos que le había provocado, cual era la de cazador de pájaros. Era una ardita para trepar a los árboles en busca de un nido con pichones; y el fruto de esta peligrosa cacería, que consistía en algunos centavos que le daban en la ciudad por los pájaros, iba a manos de Beatriz, que estaba encantada con el chico y apesarada, a la vez, porque no podía mandarlo a la escuela, convencida como estaba de que llegaría a doctor, tal era para ella la precocidad y talentos del industrioso muchachito.

Al clarear el día, la pobre madre saltaba del lecho sin hacer ruido para no despertar a los chicos, a quienes dejaba encerrados para preservarlos del frío intenso de la mañana, sin más abrigo que su propio pañolón, casi deshecho por el uso, pues no tenía manta ni otra tela con qué abrigoarlos, ni remota esperanza de poderlas conseguir!

¡Ah, y qué miserable era el desayuno de estos infelices! Algunos plátanos cocidos desde el día anterior y unas jícaras de guarapo hervido, eso era todo. Sin embargo, con cuánta alegría despertaban los chicos sobre la troja de cañas en que dormían, metiendo ruido con las manos y los pies, como pájaros que aletean contra el suelo antes de remontar el vuelo; y con cuánto gusto iban a devorar, en seguida, tan pobrísimo alimento!

En una de esas frías y pintorescas mañanas de diciembre, Pedrito, que acompañaba a su madre en la ramada donde hacían de comer, patio de por medio con

la humilde choza, notó que Beatriz tiritaba de frío y tenía las espaldas y los brazos amoratados por el viento helado de la Sierra Nevada, que se erguía límpida y brillante sobre el azul bellissimo del cielo andino.

El pobre niño no tenía sobre sí qué darle. Unos pantaloncitos y una camisa rotos en las rodillas y en los codos, respectivamente, era todo su ajuar. Dentro de la choza aun dormían calienticos los otros niños.

—¡Mamá, hace mucho frío!...

—Sí, hijo, pero tenemos que aguantarlo así, porque ¿cuándo podremos comprar más ropa? —dijo con desaliento la pobre rústica.

Silencio de honda pesadumbre siguió a estas palabras. El frío arreciaba demasiado, y Pedrito, casi oculto en el regazo de la madre, procuraba abrazarla para comunicarle el calor de su cuerpecito de nueve años!

Aquel día promovió él mismo con vivo interés que Beatriz le enjalmase el pollino y lo despachase con la carga para la ciudad, donde ya tenía personas amigas, entre ellas una señora, a quien acostumbraba ofrecerle la leña con preferencia, pues no le regateaba mucho el precio, en gracia, sin duda, de la simpatía que le había inspirado semejante leñaterito, el cual, por su parte, le profesaba especial cariño. Fuese, pues, derecho allá, y vendida la leña, esperó la ocasión de hablar a solas con la señora.

—Quiero decirle una cosa en secreto.

—¡Un secreto! —le dijo la señora con amabilidad.

—Sí, señora, porque me da pena que oigan los demás. Yo sé que usted es muy buena, y por eso le voy a pedir una cosa por amor de Dios.

—Vamos a ver qué será.

Mirando entonces el chico a todas partes indeciso, tembloroso, vacilante entre el temor y la esperanza, se acercó más a la señora, que lo autorizó con una sonrisa para que hablara, y le dijo, al fin, muy quedo lo que deseaba, quedándose luego como acusado, que va a oír la sentencia, con las manos juntas y la cabecita caída.

—¡Pobrecito! —exclamó la señora, mirando a Pedrito con agradable sorpresa y haciéndole una señal para que esperase un momento.

La bondadosa dama trajo, en seguida, un envoltorio y lo dio a Pedrito, quien recibió aquella dádiva con tales muestras de alegría y reconocimiento, que no atinando a dar las gracias con palabras, cayó de rodillas a los pies de la señora, ahogado por la emoción.

—No seas cándido, que eso nada vale, le dijo ella, conmovida por la escena, y lo obligó a que se levantase.

Ni con el nido del ave más esquivaba de la montaña, ni cuando le regalaron los pantalones y la camisa, nunca, en fin, había regresado Pedrito más contento. En cambio, el desventurado pollino recibió aquel día más palos que nunca.

En las inmediaciones de la casa, dentro de una espesa montañuela, ocultó el chico su precioso fardo, y nada, absolutamente nada dijo a Beatriz de tal adquisición, ni siquiera nombró a la señora. En la noche, sin embargo, estaba tan alegre e inquieto, que su madre le preguntó qué tenía.



—Pues ¿qué voy a tener, mamá? sino que mañana es sábado, día de la Virgen, y ella nos va arropar para no sentir tanto frío como hoy.

Beatriz se rió de la salida del muchacho, lo ayudó a rezar devotamente y lo hizo acostar. Pedrito, al ver la tela raída del pañolón de Beatriz que les servía a ellos de cobija, se sonrió con picardía y volvió a decir:

—¡Mañana es día de la Virgen! Mañana no hará tanto frío!

Serían las seis de la mañana, cuando Beatriz abrió, como de costumbre, la puertecita de la choza y salió a hacer fuego en la ramada que les servía de cocina. La mañana era espléndida: en las nubecillas del cielo y en lo alto de los montes fulguraban ya los destellos del sol naciente; los cristalinos arroyos, casi helados, que se precipitan de la Sierra, sonaban con dulce estrépito, acordes con el viento, que pasaba silbando por entre los árboles a lo largo de las cañadas.

Pero el frío era intenso, implacable, encalabraba los miembros y hacía dar diente con diente. La triste viuda, en tanto cogía fuerza el fuego dentro de las piedras del fogón, se había acurrucado, con las manos escondidas en el regazo, trémula y amoratada por el frío, dando la espalda medio desnuda a la puerta de la choza.

De pronto sintió ruido y trató de volver la cabeza, pero no vio sino una hermosa tela, un pañolón grande y pesado que caía sobre sus yertos hombros, a tiempo que Pedrito le decía en un trasporte de júbilo:

—¿No le dije que hoy era el día de la Virgen, y que ella nos iba arropar?

—Pero, hijo, ¿qué es esto?... le preguntó Beatriz, llena de asombro.

—Pues no ve que es un pañolón ya usado, pero muy bueno, que me regaló ayer aquella señora de la ciudad.

La madre, anegada en llanto, estrechó contra su corazón al buen hijo, y mientras lo colmaba de caricias, aparecieron en la puerta de la choza los otros chicos, los cuatro al ver aquel desayuno de besos y de abrazos que daban a Pedrito, corrieron celosos al regazo de la madre, quien los estrechó a todos en un solo abrazo, calentándolos bajo los pliegues de su nuevo e inesperado abrigo, como calienta el ave bajo las alas a sus tiernos polluelos.

Los primeros rayos del sol cayeron como una lluvia de oro sobre el pajizo techo, trinaron alegremente los pájaros en el follaje, y resonaron con dulzura al oído de aquellos infortunados las brisas de la montaña y el lejano estruendo de las cascadas. ¡En aquellos instantes el genio amable de la felicidad estaba con ellos!

Muy vivas y frecuentes serán las alegrías de la fortuna, pero son más puras y sublimes las alegrías de la miseria!

(1898).

## UN CUARTILLO DE CULANTRO

Si yo fuera académico de la lengua, emplearía todo el tiempo de mi inmortalidad en probar con razones de mucho peso que valc tanto decir “estar de mudanza”, como “estar metido en camisa de once varas”, y que *gotera* y *calamidad* son vocablos rigurosamente sinónimos.



Pues bien, una gran calamidad que se abrió en el techo de mi cuarto y otros descalabros en las paredes, me pusieron en el disparadero de una mudanza dentro de la misma casa. Tuve que asilarme en la sala de recibo con todo el cargamento de libros, papeles y . . . el arca de Noé, por espacio de tres días, terminó en que, al fin, quedó el albañil después de acalorada discusión y repetidas instancias de mi parte para que despachase con prontitud el trabajo.

La mudanza fue obra de casi medio día. Yo no me cansaba de repetir al muchacho que compartía conmigo las fatigas de tal empresa:

—¡Mucho cuidado! ¡Cuidado con botar algún papel! Vaya poniéndolos allá con sumo cuidado.

Al cabo de un rato noté que el portador se tardaba más de la cuenta en cada viaje. Salto allá, y encuentro a mi hombre seriamente ocupado en hacerme un servicio, a su modo de ver las cosas, se entiende.

—¿Qué es eso, muchacho? —exclamé al verlo tirar mis papeles aquí y allá con un entusiasmo que me heló la sangre en todo el cuerpo.

—Es que estoy acomodando en un solo puesto todos los cuadernos y papeles de un mismo color. Mire usted: aquí están los azules, allí los amarillos, allá los colorados, y lo que son los blancos, no tenga cuidado, porque los estoy echando en aquel rincón para arreglarlos después por tamaños.

Figúrese el lector qué cara pondría yo en vista de este método empleado por el chico para arreglar mis papeles. ¡Yo que había sudado la gota trabajando por someterlos a un mediano orden cronológico!

Redoblé la vigilancia, multipliqué mis súplicas y recomendaciones, y continué mudándome, lleno de sobresalto a pesar de todo esto, porque ya me parecía que iba a ser víctima de nuevo atentado, y temblaba a la sola presencia de aquel mi flamante bibliotecario de doce abriles, que no sabía leer y acometía resueltamente el arreglo de mis papeles por colores y tamaños!

Pronto quedó convertida la sala en un inextricable laberinto de papeles. Sobre cada silla se levantaba una verdadera columna de libros, el suelo quedó cubierto de impresos, y por todas partes rodaban muebles, cuadros, retratos, mapas y multitud de baratijas envueltas en el torbellino de la mudanza.

La mesa del escritorio resultó que estaba próxima a sufrir una completa dislocación en toda su armadura, y me puse a componerla con alma, vida y corazón, poniéndola patas arriba en la mitad de la sala. Parecía una balsa flotante en un océano de papeles. Le dí martillo sin misericordia, y al compás de los golpes iba pensando en una verdad de a folio, esto es, que de periodista a carpintero o cualquier otro oficio no hay más que un paso, porque, dada la falta de medios, la necesidad nos obliga a hacerlo todo por propias manos. La necesidad unida a la paciencia obra prodigios.

Queriendo aprovechar la mudanza para coleccionar muchos periódicos que tenía en confusión, entre los cuales había algunos de grandes dimensiones, puse en práctica un sistema de que esperaba felices resultados. A lo largo de la sala tendí tres o cuatro cuerdas por el aire, atadas fuertemente en los extremos y separadas convenientemente entre sí, para poner en ellas los periódicos, ni más ni menos que como las cuerdas de que se valen las lavanderas para secar la ropa. En un instante quedó la sala colgada de periódicos por todas partes. No se podía dar un paso sin estropear un papel o tropezar con algo. Se caminaba por allí a saltos y brincos.

En esto, tocan pausadamente en la puerta de la casa. Quedéme por un instante sin resuello. Un recuerdo cruzó por mi mente. ¡El señor obispo me había ofrecido visita, y era aquel el día señalado!...

Semejante recuerdo me hizo estremecer de pies a cabeza. ¿Dónde recibiría al ilustre prelado? El cuarto, en manos del albañil, y la sala, próxima a reventar, víctima de una indigestión de papeles. Lo primero que se nos ocurre en un conflicto de este género es huír, pero en el caso esto era imposible, y no responder a los toques, todavía peor. Pronto saldría cualquiera otra persona del interior de la casa y revelaría inocentemente la verdad.

¡Suena el segundo toque!

Ya no hay remedio. El señor obispo debía entrar, debía recibirlo; pero ¿dónde, Dios eterno? Si yo mismo estaba allí casi asfixiado en medio de tal baraúnda de papeles, si no había ni una silla libre, ni un espacio para acomodar otras.

¡Suena el tercer toque!...

Con las manos, con los codos, con los pies, con todo el cuerpo reviento las cuerdas, derribo los bultos columnarios aquí y allá hasta despejar algunos asientos y medio descubrir la entrada; y rápidamente me echo afuera, en dirección al zaguán, más muerto que vivo, articulando ya la palabra *adelante*, con los labios trémulos y la cara encendida como un tomate.

¡El señor obispo no estaba por todo eso!...

Era una pobre verdulera que andaba de puerta en puerta vendiendo ¡un cuartillo de culantro!....

*Moraleja:* Bueno es culantro, pero no tanto.

(1889).

## ¡LE COMPRO LA BOMBARDA!

Había en cierto barrio de cierta ciudad, en cierta República, un cierto señor llamado don Mateo Sandoval, tenedor de libros, cincuentón, soltero, de mediana fortuna, hombre de pasta en cuanto era enemigo de contiendas, muy respetuoso del derecho ajeno y, en fin, buen ciudadano y excelente amigo, hablando al estilo de las necrologías.

Pero era don Mateo un hombre nervioso hasta la pared del frente. Si le caía encima una cucaracha o se tropezaba con un ratón, daba un salto mayor que el del Tequendama. Cualquier ruido desapacible le destemplaba los dientes y le erizaba el cuerpo; y un mal olor o sabor bastaba para ponerle el estómago más revuelto que una República democrática en tiempo de elecciones.

Don Mateo tenía un vecino con quien llevaba siempre relaciones muy corteses y diplomáticas, en atención a que, sin ser un mal sujeto, era lo que se llama un hombre tormentoso, un bohemio a carta cabal, que en oficios profesaba el gran principio de la alternabilidad. En treinta y tres años, Pígalión, que así se llamaba, había recorrido todos los talleres e iniciádose en todos los oficios, siempre limpio y pelado, pero siempre lleno de ideas de gloria artística y bienes de fortuna.



En Pigmalión, como en otros muchos, el licor que solía tomar le producía el efecto que denota esta escala:

El primer trago le despertaba las ganas.

El segundo, le hacía subir la sangre a la cabeza.

El tercero, le soltaba la lengua tribunicia.

El cuarto, lo hacía desafiar a todo el mundo.

Y con *Esteban V*, se ponía de todo punto inaguantable.

De aquí, pues, la diplomacia con que trataba el pulcro y bonancible de don Mateo al gran Pigmalión, a quien soportaba pacientemente todo el cúmulo de incomodidades, inconveniencias y peligros que ofrecía como vecino.

Ya hemos dicho que don Mateo era por extremo nervioso, y Pigmalión por extremo mudable en sus oficios.

Un día, muy de mañanita, despertó don Mateo de un salto, como tocado por una máquina eléctrica. Sólo un delgado tabique separaba su dormitorio de la pieza en que vivía Pigmalión, quien aquel día iniciaba su carrera de músico, aprendiendo a tocar clarinete con verdadero furor.

Don Mateo, con las manos en la cabeza, recorría toda la casa, aturdido, fuera de sí, completamente trastornado todo su organismo con aquellos descomunales clarinetazos que le taladraban los oídos cual si fueran espadas toledanas o lanzas moriscas.

Cuando cesaba el clarinete, recogía aire don Mateo para dar gracias a Dios, pero en seguida resonaba con mayor fuerza, pues Pigmalión, dominado por el vértigo del entusiasmo musical, soplaba la boquilla con ímpetus de ciclón.

Al fin, don Mateo no pudo resistir más. Se fue a la casa del vecino, resuelto a emplear toda su diplomacia y buenas maneras con el fin de ponerle pacífico término a aquel inesperado conflicto.

Pigmalión le contestó el saludo y cortesías sin soltar la boquilla del clarinete y con los ojos fijos en las notas del pentagrama.

—¡Un negocio, Pigmalión!

—¿Cuál puede ser, don Mateo?

—¡Le compro el clarinete!

Pigmalión se quedó en suspenso, abriendo tamaños ojos con la mayor sorpresa, pero, al cabo, rendido por las súplicas de don Mateo, quien le dijo que era encargo de un sobrino y otras cosas por el estilo, cedió y ajustó la venta, con gran placer del comprador, que tornó a su casa satisfecho de verse libre de un martirio semejante.

Pero Pigmalión quedó más contento todavía, pues, dándose palmaditas en la frente, exclamó al verse solo y con el dinero en las manos:

—¡Oh, Paganini, mi genio inspirador! ya tengo como comprar tu divino instrumento, el clásico violín, regocijo de los dioses y delicia de los mortales.

Diciendo esto, se caló el sombrero y se botó a la calle tarareando la *Marsellesa*.

Al tercer día, don Mateo despertó de nuevo de una manera violenta, o mejor dicho, saltó de la cama como una pelota de caucho en el primer rebote.



Mauilido de gatos, bramido de fieras, gritos, lloros y lamentos, toda una infernal algarabía resonaba en la pieza del vecino. Don Mateo corrió de una parte a otra aturrido y confuso, preguntando como el poeta:

—¡Oh, Dios! ¿quién se queja? ¿quién llora? ¿quién grita?...

—Pues es Pigmalión, que se está adiestrando como violinista.

Le respondió del otro lado del tabique el borrascoso y apasionado discípulo de Paganini.

Esta vez don Mateo no reflexionó siquiera para dar el segundo golpe de diplomacia, y disparado como una bala, se fue a la pieza del terrible vecino.

—¡Otro negocio, Pigmalión!

—Diga usted, don Mateo.

—¡Le compro el violín!

—Pero, don Mateo, por lo visto usted se ha propuesto cortarme bruscamente mi carrera de músico con esos negocios a quemarropa.

—Nada, Pigmalión, le compro el violín, dándole a ganar lo que quiera.

—Pues venga el dinero y... ¡adiós mis sueños artísticos!

Hecho el negocio, don Mateo volvióse a su casa con el violín debajo del brazo, ni más ni menos que como regresa un vencedor, llevando en sus manos el arma del vencido.

Pasaron muchos días en silencio. Pigmalión no se sentía. Sin duda estaba ausente o, por lo menos, de temporada en alguna fonda o café cantante, derrochando alegremente el valor del clásico instrumento.

Don Mateo, pasada la exaltación nerviosa, había reanudado sus pacientes, laboriosas y tranquilas tareas de escritorio.

Pero he aquí que una mañana, don Mateo deja caer la pluma de las manos, da un brinco de acróbata y se lanza a la calle lleno de espanto. Oíase un ruido sordo y prolongado, ruido de temblor de tierra, que hacía retemblar el pavimento y paredes de la casa. De súbito el ruido se convirtió en truenos y estallidos, y en un instante llegó a tal grado el estruendo, que el infeliz don Mateo creyó hallarse al borde de un volcán en erupción.

Corre desalado a la casa del vecino, y se queda estupefacto al ver a Pigmalión aferrado con entrambas manos a una descomunal bombardita, inflados los cachetes, cerrados fuertemente los ojos y encendido como una amapola, por el esfuerzo titánico que hacía en medio de un nuevo y tempestuoso desbordamiento de musical entusiasmo.

Don Mateo lo llamó a grandes voces, y viendo que no le contestaba ni lo veía, se le acercó resueltamente, no ya como un diplomático, sino como un hombre en el último trance de la desesperación, y le gritó en las propias orejas:

—¡Pigmalión!... ¡Pigmalión!... ¡Le compro la bombardita!...

Entonces Pigmalión, soltando el monstruoso instrumento, le contestó jadeante, bañado en sudor y con la voz entrecortada, pero de una manera terminante:

—Nada, don Mateo, lo que es la bombardita no se la puedo vender. Me la han prestado por tres meses, y no la suelto hasta que no sea un consumado bombardista!

En la noche se leía en todos los diarios de la ciudad este lacónico aviso:

“Don Mateo Sandoval vende su casa sin pararse en el precio”.

(1899).

## EL SILBIDO DE LAS BALAS

Dicen, y es verdad, que donde menos se piensa salta la liebre.

La escena pasa en una fonda de parroquia, en torno de una mesa ennegrecida por el uso y grasienta a fuerza de recibir chorrerones de caldo y chispazos de manteca derretida; en torno de esta mesa, veterana del servicio, que ha resistido en el curso de los años millares de empellones y puñetazos; en torno, repetimos, de tal antigualla, centro y reliquia de la fonda del tío Blas, se agrupaban cuatro hombres de distintas cataduras.

Sobre la mesa había un botellón de color indefinible y cuatro envases, esto es: dos copas, una larga y delgada como ánima en pena, y la otra rechoncha y labrada como una ánfora de estilo babilónico; y dos vasos desiguales en edad, forma, tamaño y color, y desportillados por añadidura.

Entre trago y trago se hablaba allí de una cosa bien original y miedosa, se trataba del silbido de las balas. Todos iban echando su cuarto a espadas en punto a lances de tiros y cuchilladas, en tanto que el más viejo de la partida, que tenía aspecto de viajero, se estaba en su silla callado como una tumba.

El más joven, después de un trago, se limpió los bigotes y tomando una actitud de caballero andante, soltó esta fanfarronada:

—Pues, señores, pocos se habrán visto tan cerca de las balas como yo. Figúrense ustedes que en noches pasadas, a la salida de un baile, me asaltaron en una encrucijada tres hombres armados de revólver y me vaciaron encima los tres tambores de cápsulas sin causarme el menor rasguño.

—¿Cómo así?— exclamó uno poco crédulo y sencillote.

—Pues es claro, cuando yo les adiviné la intención, salté como un gato por sobre la barda de la tapia de un solar vecino, y aguanté la descarga con la pared de por medio.

El viejo miró al muchacho con lástima, se sonrió y no dijo esta boca es mía.

Vino otro trago. El licor tiene el mágico poder de inspirar heroísmo aunque sea puramente en las palabras. He aquí, pues, que habló otro parroquiano, agricultor de oficio, quien echó un cuento miedoso de un trabucazo que le dispararon entre un maizal, tan a quema ropa, que le ahumaron la tapa de la camisa, tendiéndole patas arriba en la mitad del barbecho, pero que después se había registrado el cuerpo y no se había encontrado ninguna herida, por lo que vino en la cuenta de que el trabuco estaba cargado con pura pólvora!

Los ojos del viejo empezaron a fulgurar bajo las pestañas cenicientas que los cubrían, pero se contentó con mirar al cándido labriego, sonreírse otra vez y guardar silencio como una esfinge.

Y vino otro trago. Habló entonces con gran prosopopeya el tercer parroquiano, que tenía las trazas de un sargento retirado y la palabra de un bachiller en letras. Dijo que él había estado en la guerra y peleado a cañonazos!

Aquí los otros abrieron tamaños ojos menos el viejo, que empezaba a ponerse colorado como un pisco y tenía ya erizadas las canas del bigote como las cerdas de un cepillo.



—Cuando menos esperaba— continuó el sargento— caí en tierra aturdido por una bala de cañón, que me roncó en las orejas con más estruendo que el volcán del Cotopaxi. No supe más de mí hasta que el cirujano del ejército me volvió el sentido en la sala del hospital militar.

Y vino otro trago, que fue el último, porque ya los ojos del viejo mudo echaban chispas, toda la sangre se le había subido a la cabeza y en vez de la sonrisa sardónica con que había contestado hasta allí, temblaban sus labios no se sabe si de cólera o de entusiasmo; y de chico que parecía, enclavado en su silla, se irguió de pronto como un gigante delante de los aterrados parroquianos, dio un terrible puñetazo sobre la mesa histórica de la fonda y reventó como un trueno con estas palabras:

—Yo estuve en la llanura de Arauca con el taita Páez, y cuando volvimos caras contra el ejército de Morillo, nos rociaron con una granizada de balas jamás vista. Mi zaino sacudió la crin y yo grité con los demás: ¡viva la patria!... y ¡adentro!...

¿Qué cara pondrían los compañeros? El nuevo parroquiano del tío Blas era nada menos que uno de los ciento y cincuenta héroes de las *Queseras del Medio*, y en punto a silbido de balas, sabía mejor que nadie donde le apretaba el zapato!

(1899).

## EL CATIRE ESTANISLAO

### *Tipo nacional*

Era un mocetón de los llanos de Apure, franco, valiente y no mal parecido, que montaba un potro zaino con mero bozal, sin más jaeces que la silla vaquera forrada en cuero crudo, ni más acicate que el talón pelado. Un calzón de uña de pavo, una camisa de listado desabotonada en el cuello, que le dejaba ver hasta la cruz del rosario, y un enorme sombrero de paja echado para atrás, completaban el traje del llanero, cuyo esbozo literario vamos a escribir, por más que el lector se haga cruces de asombro ante las letras de un guapetón de los llanos.

El catire Estanislao era un pozo de ingenio, todo un poeta, chispeante, elocuentísimo, lleno de aquella inspiración que mana a chorros del talento natural, como mana el agua pura de un roca solitaria y se desborda rompiendo por todas partes. El mismo lo decía:

*Si yo me hubiera aprendido  
Los libros del padre cura,  
Hubiera asombrado al mundo  
Con cada jalón de pluma.*

Era un Orfeo americano, Orfeo de a caballo, que recorría los llanos embobando el ganado con la magia de sus cantos y los sonos de su guitarra. No conocía el catire Estanislao la vida de ciudad sino de nombre.



*Yo que nací en la sabana  
Y en la sabana me crié,  
No me amaño en las ciudades,  
Porque no hay donde correr.*

Había en su carácter ese espíritu de rebeldía que viene del sentimiento innato de la libertad en su estado primitivo. Cuando la famosa ley del estampillamiento ( y pase el término), lo nombraron en una ocasión padrino de bautizo, y con mano larga hizo los gastos y obsequios del caso, porque como buen llanero era generoso hasta la pared del frente, pero en llegando a la estampilla que le pidieron para el certificado del registro civil, cerró la bolsa y se paró en treinta y uno.

*Que vengan por la estampilla,  
Que venga el mismo Guzmán,  
Y no le daré ni un chipe,  
Aunque queme en mis narices  
Todo el parque nacional!*

Esto dijo frente a la Jefatura, golpeó luégo con los talones los ijares del zaino, y... ¡ojos que te vieron ir, paloma turca!... Las pampas no tienen fin.

Como poeta lírico Estanislao era una eminencia. La primera vez que se acercó a Ramona, morena pálida de ojos chispeantes y porte gentil, que desde el corral de un ható le había sogueado el corazón, el catire le echó estos piropos al són de la guitarra:

*Si mis suspiros volaron  
Como vuelan las abejas,  
¡Cuántos enjambres irían  
Donde quiera que tú fuéras!*

---

*Solito camina el sol  
Por el firmamento azul.  
Y por la mitad de mi alma  
Solita caminas tú.*

---

*Quisiera hacerte un regalo,  
Pero me falta escalera  
Para subirme a los cielos  
Y bajarte las estrellas.*

Ramona era una muchacha de mucho juicio y trabajadora, que ordeñaba diez vacas en un santiamén, y hacía una arepa y colaba un café capaces de resucitar un muerto. El catire era un buen partido, pero ella, sin embargo, no se fue de las primeras.

—Oye, Estanislao: si tú me quieres de veras, vuelve de aquí a tres meses, y entonces yo te diré sí o nó como Cristo nos enseña.

Estanislao no se dio por ofendido. Se fijó bien en la fecha, habló a solas con los padres de Ramona y no volvió a presentarse en el ható.

Los tres meses pasaron como un suspiro. En la tarde del último día, el catire Estanislao, montado en un nuevo potro, atravesaba la inmensa llanura con la rapidez de un jinete árabe.

El sol, convertido en un enorme globo de fuego, empezaba a hundirse en el confin remoto de los llanos; y en aquellos momentos de indecisa claridad, melancólicos y silenciosos, parecía que llegaba de muy lejos en el aire tibio que rizaba levemente la sabana, el eco de las campanas que llamaban a la oración. Estanislao era un buen cristiano: refrenó el potro, que se detuvo templando, púsose en tierra de un salto y, sosteniendo al brioso animal por el rejo de la barbada, dejó caer la cabeza sobre el pecho y se puso a rezar en medio de aquella soledad imponente.

Se acordó entonces de su madre, de su amada y de sus amigos, a quienes no veía hacía tres meses, y se le aguaron los ojos, pero él se limpió las lágrimas con las mangas de la camisa y continuó su marcha a galope tendido.

Pronto brilló una lucecita en el horizonte, luego aparecieron como fantasmas los sauces que rodeaban la casa del ható, y por último, se dibujó perfectamente entre las sombras la figura de una mujer que levantaba en alto un candil para alumbrar la entrada al viajero.

Estanislao dio un grito de gozo al reconocer a Ramona, y arrojándole de lejos el sombrero, la saludó de este modo:

*Traigo cien pesos en oro  
Y un potro de novedad,  
Ya sólo me faltas tú  
Para completar mi ajuar.*

Tal es el esbozo del catire Estanislao, uno de esos tipos legendarios de los llanos de Venezuela, que se ríen del mundo entero cuando le ponen la pierna al corcel heráldico de nuestras pampas!

(1895).

## EL PLATO AZUL

Erase un veterano de la Independencia, capitán de infantería, ya setentón, que vivía pensionado por el Gobierno en época en que el procerato era todavía prenda común de toda una generación, diezmada, en verdad, pero generación robusta y venerable que llevó con dignidad sobre sus hombros el peso de las nacientes repúblicas hispanoamericanas.

El Capitán, mutilado en un brazo, se había retirado por su invalidez a vivir la vida de paisano, solo, porque no se le conocía familia, de suerte que no lo acompañaban sino los criados del servicio.

Entre la vajilla del Capitán había una joya de humilde apariencia, pero apreciable por su antigüedad y los recuerdos, reliquia consagrada por el afecto. Era un plato azul de otros tiempos, salvado por milagro de las vicisitudes domésticas, por el cual manifestaba el Capitán una especie de culto inexplicable para los que con él vivían, que no podían convencerse de que se pusiera tan singular cariño a una cosa baladí y por extremo frágil como un plato de loza.

La sola idea de que aquel plato se rompiera erizaba el cabello a toda la servidumbre del Capitán, hombre muy serio, que no gastaba chanzas con nadie y



vivía dominado casi siempre por cierto abatimiento nostálgico, que tanto podía atribuirse a su retiro involuntario de los campamentos como a recuerdos de mejores días en su vida íntima.

El plato tenía ya un portillo, y la fecha de este descalabro se recordaba en la casa como un día de juicio. Cuando los criados tomaban dicha alhaja para limpiarla o conducirla de un lugar a otro se ponían a rezar el credo y a hacerse cruces.

Pero sucedió, al fin, lo que era natural que sucediese. Terrible silencio siguió por un momento al ruido peculiar que produce la caída al suelo de un objeto de loza. El Capitán se levantó de su butaca como tocado por un resorte eléctrico, y corrió al sitio del desastre, que estaba solitario. Llamó, gritó, zapateó, echó espuma de puro bravo, pero nadie acudió. Hasta el gato había huído espantado al sentir sus pasos.

En efecto, dos muchachos de servicio que tenía, ganaron prontamente la calle huyendo de la borrasca; y la cocinera, que oyó el ruido de la quiebra, pálida y sin resuello, se salió también de la casa. Todos tres se asilaron en la casa vecina, haciendo mil comentarios del caso.

—Pero ¿quién ha sido? —se preguntaban mutuamente.

—Yo no.

—Ni yo tampoco.

—Ni yo menos, dijo la cocinera. El diablo, sin duda, ha quebrado el dichoso plato ¡Qué cara tendrá el Capitán, Dios eterno!...

El Capitán se vio en el caso de ocurrir al alcalde para hacer que volviesen sus criados, los cuales vinieron temblando a su presencia.

—¿Por qué han abandonado ustedes la casa?

—Señor, porque sentimos caer una cosa en el comedor y... creíamos que era el plato azul...

—Pues, francamente, yo creí lo mismo, pero me desengañé al instante: era el gato que había volcado la tapa de una sopera.

A los sirvientes les volvió al alma al cuerpo.

—Ahora, para evitarme estos disgustos, agregó el Capitán arrugando el entrejejo, les prohibo a ustedes, en absoluto, volver a tocar ese plato.

Efectivamente, desde aquel día el misterioso plato pasó del servicio activo en que había estado, a figurar como inválido al lado de la ya mohosa espada del veterano, lo que fue para la servidumbre motivo de plácemes, y aun para el mismo Capitán, a quien la prudencia aconsejó aquel buen partido.

Pasados algunos años, llegó un día en que el Capitán no pudo levantarse, porque la edad y achaques consiguientes lo tenían ya postrado. Hizo llamar a uno de sus antiguos amigos, y con lágrimas de hondo sentimiento le reveló sus temores de próxima muerte.

—¡Ah, mi amigo, yo he vivido en una soledad espantosa después de terminada la guerra! Cuando me separé de mi pueblo en 1810, tenía apenas veinte años. Mi madre quedó anegada en llanto, lo mismo que una hermanita, a quien que-

ría entrañablemente. Los tres componíamos la familia, porque mi padre ya había muerto. ¡No supe más de ellas!... Las vicisitudes de la guerra me llevaron hasta el Perú. Cuando vine, muchos años después, nadie me conocía en el lugar; de mi casa, que era alquilada, no había señales: otro edificio se levantaba allí. Mi pobre madre había muerto en la miseria, y mi inocente hermanita, arrebatada por el infortunio y al verse sola en el mundo, salió a buscarme por extrañas tierras. ¡Dios mío, quién sabe cuál habrá sido su suerte... En una casa vecina donde me contaron estas tristezas, descubrí por casualidad este plato, que era de mi madre, de mi hermanita y mío, en fin, en el que todos habíamos comido en dulce compañía. Me apoderé de esta reliquia querida, y con el alma traspasada de dolor, me alejé de mi pueblo otra vez, huí de mi suelo nativo con este plato, única prenda salvada de las ruinas de mi idolatrado hogar!...

El Capitán se detuvo para abrazarse a su amigo y deshacerse en lágrimas.

—Quiero, pues, que cuando muera no me separen del pecho este plato querido: entiérrame con él, te lo suplico, porque en él veo representada mi familia, mi suelo nativo, mi juventud, todos los recuerdos de mi vida íntima!...

Pocos días después murió el Capitán. Sobre la caja mortuoria se colocaron los distintivos del prócer y sus medallas de mérito, junto con la corona de laurel que mano patriótica tejió para su tumba; pero solamente el viejo amigo y los criados del finado vieron lo más conmovedor de las exequias. ¡Sobre el pecho del prócer iba el plato azul, sirviendo de losa funeraria a su yerto corazón!

(1901).

## LOS RECADOS

En las ciudades pequeñas, donde todos somos compadres, amigos, o por lo menos, conocidos, los recados de casa a casa, de persona a persona, forman buena parte de la trama de la vida.

No acababa uno de dejar la cama cuando oye en el zaguán de la casa esta fórmula rutinaria:

—Que le manda decir doña Fulana que cómo han amanecido por acá, y que le preste el martillo para colgar un santo, y que dónde compró usted la tela del cazado.

Y como este es un servicio recíproco, no tarda uno mismo en llamar al sirviente y decirle:

—Vaya usted a la casa de mi compadre Bruno, y le dice que yo lo mando saludar, y que si tiene desocupado el burro me haga el favor de facilitármelo para cargar un poco de pasto.

Es un continuo dar y recibir recados desde la mañana hasta la noche; pero en esto no hay nada de particular. Lo serio del caso está en las confusiones y dolores de cabeza que los muchachos del servicio ocasionan a los amos de casa. Hay veces que el chico, distraído en los juegos que halla por la calle, olvida el recado, y si lleva varios los confunde, resultando de aquí una torre de Babel.

La prueba al canto.



Doña Joaquina era una señora muy puntual y comedida. Cierta día mandó al chico que tenía de servicio, a la casa del señor Cura con un poco de chocolate, obsequio que quería hacerle por ser el día del santo de éste; pero a fin de que el mandadero no perdiese tiempo en idas y venidas, encargóle también otra diligencia para la casa de una señora amiga que vivía en el tránsito, y todo esto con presteza, porque doña Joaquina estaba para salir. ¡Aquí ardió Troya!

El chico llegó a la casa del Cura y le dijo muy cándidamente:

—Que doña Joaquina lo manda saludar, y que le haga el favor de prestarle el sombrero que cargaba el domingo.

El Cura le hizo repetir el recado varias veces, y todavía sin salir de su sorpresa ni explicarse tan rara exigencia, tomó el gran sombrero de teja, *galerus canaliculatus*, y lo envió a doña Joaquina.

El pobre Cura quedó seriamente atormentado por la curiosidad.

—Pero, señor, es bien particular ¿qué irá a hacer doña Joaquina con mi sombrero?— se preguntaba dando grandes paseos.

—¡Ah, ya caigo en la cuenta! —le dijo de pronto el ama de llaves, que era una viejecita muy suspicaz —¿no ve su merced que hoy es día de su santo? pues, sin duda, doña Joaquina quiere darle el alegrón de cambiarle la cinta y cordones al sombrero, que en realidad están pidiendo remuda.

—Sólo que por eso sea, pero siempre es muy original el caso. En fin... espere-  
remos.

A todas estas, ya doña Joaquina se hallaba en compañía de dos o tres familias que iban con ella a una boda en el campo. Era pasada la hora, y se había engalanado a toda prisa. Estaba, pues, renegando contra el chico por la tardanza, y en la espera del sombrero que debía mandarle la amiga para completar su tocado, cuando apareció aquél con el descomunal envoltorio.

—¡Qué es esto Dios mío!... ¡el sombrero del señor Cura!... exclamó la pobre señora.

El chico, sin caer todavía en la cuenta de aquella catástrofe, le dijo con mucha naturalidad en presencia de los sorprendidos circunstantes:

—El señor Cura le manda decir que con mucho gusto le prestaba el sombrero, pero que ojalá se lo desocupara tempranito, porque tiene que salir esta tarde para la iglesia a cantar vísperas.

Epílogo: El muchacho se llevó una buena pela; el sombrero volvió inmediatamente a poder del Cura con mil disculpas y aclaraciones, pero sin el regalo del chocolate, por la sencilla razón de que a doña Joaquina le fue muy penoso mandar por él a casa de la amiga, tanto más cuanto que ésta le había devuelto el canastillo, manifestándole que le agradecía en el alma tan sabroso obsequio y que le había llegado muy a tiempo.

Los recados tienen, pues, sus inconvenientes como todo en esta vida; pero nadie puede dudar de sus ventajas. Ahora mismo, por ejemplo, en vista de que nada valen los oficios, las cartas, los telegramas ni los constantes reclamos de la prensa para conseguir un camino, vamos a proponer que recomendemos a cuantos vayan a Caracas para que toquen en la casa del señor Ministro de Obras Públicas y le den el siguiente recado:

—Los merideños lo mandan saludar, y que les haga el favor de mandarles abrir el camino de Mérida al lago de Maracaibo, que están pidiendo al Gobierno desde hace más de sesenta años!

Y estamos ciertos de que si el Ministro trasmite el recado al Presidente de la República, éste lo contestará con el decreto correspondiente y Mérida tendrá al fin el encantado camino.

(1896).

## PLEITO DE COMPADRES

Dícese vulgarmente que cuando pelean los compadres se descubren las verdades; pero lo que no todos saben es cómo pelean los compadres por estos trigos de los Andes venezolanos.

El compadrazgo es un vínculo muy estrecho entre nosotros. El parentesco espiritual que, a virtud del sacramento del bautismo, contraen los padrinos con el bautizado y los padres de éste, llega a ser considerado por nuestros sencillos labriegos hasta de mayor fuerza que el parentesco de la sangre.

Entre primos y parientes suele haber las de san Quintín en los velorios, convites y demás ocasiones semejantes, en que el pícaro licor saca de sus casillas al más quieto; pero entre compadres son raros los encuentros, y cuando ocurren precede una ceremonia por extremo curiosa.

En cierta ocasión, regresaban de la ciudad de las nieves y las flores, después del mercado, dos robustos hijos del campo; e iban a medio palo, acompañados de parte de sus respectivas familias, platicando y cantando alegremente por efecto de las libaciones de ordenanza.

Quién sabe qué chanzoneta muy pesada le dirigía el uno al otro, o qué cuenta atrasada tendrían pendiente, es el caso que empezaron a insultarse de lo lindo, sin que valiese la prudente mediación de las atribuladas mujeres, llegando al punto de plantarse en la mitad del camino en actitud de pelear; pero ¡cosa sorprendente! aquellos hombres, que se habían ultrajado de palabras en grado máximo, que echaban espumarajos de cólera por la boca y llamaradas de ira por los ojos, que tenían erizado el pelo y demudados los rostros por el furor, en el instante crítico en que se iban a precipitar simultáneamente uno contra otro, de súbito se contienen como sofrenados por una fuerza invisible y poderosa, acabando por hacer un gesto de impotencia y cruzarse de brazos. ¡Habían recordado que eran compadres!...

Como para todo hay remedio en la vida, menos para la muerte, el más ofendido se revistió de aparente calma, y acercándose al compañero le dijo:

—Compadre, deme acá su sombrero, que aquí está el mío.

—Está dicho, compadre.

Y en el acto pusieron los sombreros a un lado del camino, uno dentro del otro, declarando con solemnidad que allí dejaban el compadrazgo por un rato, considerándose entre tanto desligados del parentesco y en libertad de romperse la crisma sin sacrilegio alguno, como lo hicieron desde luego con terrible bravura.



Tocóle la peor parte al que propuso depositar el compadrazgo, y cuando iba de para atrás en la riña, atarantado a puñetazos, corrió hacia donde estaban los sombreros, aprovechándose de un respiro, se puso en el acto el que le pertenecía y le dio el otro al contendor, diciéndole:

—Compadre, póngase otra vez el sombrero, porque yo no peleo más.

Y así terminó la gresca, siguiendo su camino uno y otro tan amigos y compadres como antes.

Desde que supimos tal especie, tenemos por regla de conducta que los asuntos entre compadres deben arreglarse siempre con el sombrero puesto, y así no habrá riesgo de que la cosa pueda terminar en puños!

(1900).

## EL VIOLINISTA POPULAR

La escena pasa en una simpática, casita de campo de los alrededores de Mérida, situada entre gigantescos ceibos, a la falda de un cerro pintoresco lleno de plantíos, con agua, pájaros y flores por todas partes, a donde habíamos acudido como a campana tañida muchos vecinos de la ciudad a tomar parte en una *paradura del Niño*, en fraternal consorcio con los sencillos y piadosos moradores de aquella Arcadia tropical.

Todo estaba listo: humeaba la cocina con los preparativos que se hacían para la suculenta merienda; hacía burbujas la chicha en el ollón de barro; e iban y venían entre los hombres, sexo fuerte para beber, los labrados vasitos de cristal llenos del afamado cocuy tocuyano. Pero la fiesta tardaba, y el sol, único reloj de nuestros campos, después de pasar la raya del mediodía, como que había apresurado su marcha por aquel cielo de diciembre, siempre azul y resplandeciente.

Una inquietud manifiesta se advertía en todos los concurrentes, que salían al patio y contornos de la casa a mirar por entre los árboles hacia el camino del cerro que subía haciendo ondas por entre las labranzas hasta perderse en el filo de la loma, distante apenas un tiro de fusil.

Faltaba un personaje principalísimo, que todos esperábamos por momentos. Hubo un instante en que la expectativa y la ansiedad, unidas al entusiasmo, llegaron a su colmo. Un árbol que había junto a la casa fue asaltado por varios mozos para mejor atisbar, a tiempo que las rústicas zagalas y toda la femenil concurrencia dejaban la sala, los aposentos y la cocina para salir al patio, y que los muchachos emprendían carrera, en derechura del cerro, para ganar las primicias del recibimiento.

Efectivamente, blanqueaba la figura de un hombre por entre los matorrales que bordaban las orillas del camino. Más de cien ojos centellantes y anhelosos estaban fijos en aquel punto, cuando de repente resonó por las vegas y collados vecinos un grito unánime:

—¡El es!... ¡él es!... gritamos simultáneamente todos cuando el hombre salió a lo limpio del camino y lo reconocimos desde luego por la bolsa encarnada que traía a las espaldas. Era realmente el violinista.

Y en tanto hendía los aires el primer cohete y crecía el movimiento general, el pobre rústico, el personaje anhelado, sudando la gota gorda y atropellado por una comitiva que lo abrumaba a saludos, vítores y agasajos, llegó a ocupar en la sala el puesto de honor que le estaba destinado. Sobraron manos para servirle la primera copita. Luego pidió chimó, y más de una docena de cajetas se abrieron delante de él para que lo tomase.

Después de limpiarse el sudor con un pañuelo que tenía todos los colores del arco iris, el rústico profesor desembolsa el violín, se cerciora de que el guitarrero y el maraquero están listos, requiere el arco, domina con una mirada arrogante todo el auditorio, como pudiera hacerlo un monarca entre sus súbditos, y rompe a tocar con paganínica bravura, dando así comienzo a la fiesta y haciendo subir el entusiasmo al último grado.

Un detalle interesante. De los tres músicos nombrados, debido a escasez de sillas, solamente estaban sentados el violinista y el guitarrero, lo que motivó que el maraquero, después de haber aguantado a pie firme varias e interminables piezas, entonase de voz en cuello y al sno de las maracas esta elocuentísima copla:

*El oficio e maraquero  
Es oficio esesperao:  
Para todos hay asiento,  
¡Y el maraquero parao!*

Lo que le valió una caja de cerveza, vacía se entiende, para que se sentase.

La *paradura del Niño* es una ceremonia acostumbrada en la comarca merideña, que consiste en parar o poner de pie al Niño Jesús en el mismo nacimiento o pesebre donde ha estado expuesto y reverenciado desde la Nochebuena. Al efecto, se le conduce primero en procesión con el respeto debido por los alrededores de la casa o por el contorno de las sementeras, si se trata de un conuco pequeño. Generalmente se le coloca en un paño bordado o en un pañuelo de seda, cuyas cuatro puntas toman respectivamente los padrinos y madrinan del acto, y así es llevado en medio de velas encendidas, que llevan también los padrinos, con acompañamiento de música, cantos y estrépito de pólvora. Concluída esta piadosa ceremonia, empiezan los festejos profanos, baile y festín, tomando en algunos casos la precaución de cubrir el nacimiento con una cortina o con la mejor colcha de la casa, para que estén velados los santos mientras dura la fiesta.

Pero volvamos al violinista. Hemos oído decir que entre los instrumentos más difíciles de tocar se cuenta el violín, que a la verdad, es clásico en el arte, pero lo que es en Mérida, el violín figura al lado de los instrumentos más comunes de la música popular.

No hay joropo campestre ni velorio de angelito en que no resuenen por nuestros fértiles campos las notas del violín, ora alegres y frenéticas, produciendo el vértigo en los danzantes, ora dolientes, profundamente tristes, provocando las lágrimas de los que van tras la caja mortuoria del párvulo en camino para el cementerio.

Si no hay más violinistas es porque el instrumento es caro y no está al alcance de todos. Y no se crea que tocan así, como se dice, por reventar las cuerdas, no, señor, que hay verdaderos artistas.

Todavía recordamos a uno que nos conmovió profundamente. ¿Qué se ha hecho el popular Deogracias, el inspirado violinista de los campos de Albarregas? Un



día, hace muchos años, cruzábamos a caballo la extensa arboleda de ceibos que hay frente a la ciudad, más allá del cristalino Albarregas, en camino para el cerro de las Flores, cuando nos detuvo el eco armonioso de una música que salía del cafetal sombrío, como canto de misteriosas aves. Aquello nos pareció un hechizo. Los ceibos sacudidos por el viento y el rumor del río acompañaban de un modo fantástico al ignorado músico, que no era otro sino Deogracias, quien tocaba al aire libre el mágico violín, bajo el alero de una casa pajiza, con la mirada fija en el alto perfil de nuestras montañas, sin más auditorio que los árboles, los pájaros y las fuentes, bien así como tocaba la lira el fabuloso Orfeo por los dilatados campos de la Tracia.

Puede asegurarse que el violín es el instrumento rey en las faldas de la Sierra Nevada, pues no falta en los regocijos campestres, sobre todo por San Juan y los alegres días de pascua. De aquí se ha originado que en la ciudad de Rubio, donde es numerosa la colonia emeritense, nos den broma diciendo que todo merideño es consumado violinista.

Y para darles en la vena del gusto, diremos al terminar este cuadro de costumbres, no que levantamos la péñola, sino que embolsamos el violín y nos vamos con la música a otra parte.

(1901).

## LOS APUROS DEL ABUELO

Estaba el anciano sentado en su poltrona, contemplando al nietecito, que corría montado en una caña de uno a otro extremo del salón. El chico era una preciosa criatura de cinco años, alegre, locuaz e inquieto como un pajarillo apresado en la jaula.

—Te voy a preguntar una cosa, papacito —dijo el niño deteniéndose de súbito frente al abuelo.

—Vamos a ver qué quiere el señor preguntón.

—Maruja la cocinera, está haciendo un camisón para la entrada del siglo. ¿Quién es el siglo, papacito?

—¡Oh, hijo, esas son cosas que tú no puedes saber todavía!

—¿Y cómo lo sabe Maruja? Yo quiero saber también cómo es el siglo.

—Pues, hijo, el siglo son muchos años, pero ya ves que tú no sabes tampoco lo que es un año.

—¿El año no es aquel papel que está allí pegado en la pared?

—¿Qué dices, pilluelo?

—¿Que si el año es el almanaque?

—Algo te acercas, en fin, pero lo mejor es que sigas corriendo y jugando, y me dejes tranquilo, contentándote con saber que un siglo son muchos años, uno tras otro.

—¿Es decir que un siglo son muchos almanaques?

—No, hijo, ya te he dicho que tú no puedes comprender esas cosas. El siglo no es cosa de papel sino de tiempo.

—Pero ¿qué es el tiempo?

—Vamos de mal en peor —dijo el abuelo tratando de alejar al chico— eso te lo diré yo más tarde. Por ahora, vete a jugar.

—No, papacito, yo quiero saber cómo es el siglo que va a llegar, y para qué le están haciendo tantas cosas. ¿Llegará de día o de noche?

El pobre anciano estaba en mil aprietos. ¿Cómo explicarle al nietecito lo que era un siglo? Al fin, viendo que era imposible hacerlo desistir de tal empeño, y que la contrariedad iba a terminar en llanto, optó por representarle a lo vivo lo que tanto deseaba saber.

—Oye, hijo mío, con mucha atención lo que voy a decirte, que esto sí lo comprenderás al momento. Yo que estoy ya tan viejo y enfermo, con los cabellos blancos de canas, la voz temblorosa y las piernas casi tullidas, este su pobrecito abuelo es el siglo que pasa, el siglo viejo, el siglo que se va a morir; y tú, hijo del alma, que apenas te levantas como un pimpollo, con el color de la aurora en tus mejillas, sin penas ni desengaños en el corazón, risueño, alegre y bullicioso como la fuente que brota de suelo virgen; tú, hijo mío, eres el tiempo que viene, el siglo nuevo, la alborada de una nueva existencia. ¡Yo soy el pasado y tú el porvenir!

Y a tiempo que el anciano abrazaba a su nieto, derramando lágrimas de profunda tristeza, el candoroso niño reía iluminado por el sol naciente de las esperanzas y de la vida!

(1900).

## EL REMEDIO INGENIOSO

Los que viven en lugares donde hay ferrocarriles, tranvías, o por lo menos, carreteras para todas partes, no pueden apreciar en su justo valor lo que es una bestia de silla ni el cariño que se le pone.

Es proverbial el dicho de que el buen viajero primero debe atender al acomodo de la cabalgadura que al suyo propio, aunque no todos lo hacen así, sino que, por el contrario, se olvidan del pobre animal que los carga, dándole la ración en plata, como dicen, sin duda para que conserve liviano el estómago, y pueda entregarse a profundas reflexiones filosóficas sobre el vacío cajón del establo.

Don Eustaquio, señor de alguna edad y montado a la antigua, era un hombre tan apasionado por su bestia de silla que dormía pared de por medio con la caballeroza para atenderla y acariciarla mejor. No soportaba que en su presencia se dijese que había otra bestia mejor, y esto le provocaba constantes altercados, porque casi todos los dueños de cabalgaduras cojean del mismo pie.

—Sepa usted, mi amigo, que habrá muy buenas bestias en el mundo, pero como mi macho rucio... lo dificulto. Fino, manso, voluntario, firme, buen tamaño y un verdadero tragaleguas. En fin, el rey de los machos.



—No tenga de esas, don Eustaquio, que donde se para mi caballo no se para ninguna otra bestia. No he querido por él cuarenta onzas de oro, y le aseguro a usted que si el General Bolívar viviera, ese sería su caballo de batalla.

—Me río yo de esas aleluyas —dijo un tipo medio allanorado— porque no hay bestia como mi potro: buena rienda, buenos pasos, buena figura, y sobre todo, una cascadura de hierro. Puede ir por tierra de Caracas a Bogotá sin necesidad de herradura.

—No pongo en duda todas esas grandes cualidades —añadió otro contertulio— pero si del macho, del caballo y del potro se hiciese un solo animal, no serviría ni para cargarle el pasto a mi mula parda. ¡Esa sí es mula! Tiene más enamorados que una muchacha bonita, pero no la vendo por todo el oro del mundo; y cuando se muera la hago enterrar en sagrado.

Don Eustaquio se ponía de mal humor y, acabada la disputa, se iba a la cabailleriza a acariciar su macho y darle de comer en desagravio de aquellas ofensas que le irrogaban los envidiosos de su fama. No era rico, pero primero faltaba el sol que la ración diaria para el macho, que era un tragón de siete suelas. Cuando le daba a este un cólico u otro accidente, al punto reunía en el establo toda una facultad de veterinarios, quedando de hecho en suspenso los trabajos domésticos y toda otra ocupación mientras duraba la enfermedad del macho.

Sucedió, pues, que tuvo don Eustaquio que ir en viaje de negocios a la antigua villa de Mucuchíes, la más fría de Venezuela, donde no se conocen las heladoras ni las máquinas para hacer sorbetes, por la sencilla razón de que el agua, en ciertos meses, amanece coagulada dentro de las mismas casas.

Una de las penalidades para el viajero en este lugar es la escasez de pasto fresco para las bestias, porque solo se consigue paja seca de trigo o granzón, que los animales de otro clima se niegan rotundamente a comer, acostumbrados a la yerba verde de nuestros prados, al nutritivo malajo y la jugosa caña de azúcar. A don Eustaquio se le agrió el gusto del viaje y empezó a sufrir torturas indecibles en vista de la desgana del macho y la imposibilidad de procurarle pasto fresco.

Todos los días ensayaba un nuevo método para ver si lograba que el macho comiese la paja seca y amarilla que se conservaba intacta en la pesebrera.

—Mójesela con agua de harina, le dijo un acomedido.

—Salpíquela con sal molida, le aconsejó otro.

—Remójesela con agua de papelón, y verá como la pasa.

Tal fue el último consejo que le dieron, pero al macho no le entraba la paja seca ni más que se la dorasen, en términos que ya don Eustaquio estaba por dejar el negocio, su utilidad y cuantos intereses pudiera tener en Mucuchíes, para volverse a Mérida, de donde era vecino, y devolver a su idolatrado macho la buena gana de comer, brindándole cuanto pasto verde y gustoso producen los fertilísimos campos del Chama y Albarregas.

Hallábase, a la sazón, en la misma casa donde vivía don Eustaquio, un estudiante de la Universidad de Mérida, que estaba allí de temporada. Aunque su nombre de pila era José Vicente, y su apellido el mismo del célebre príncipe de la Paz, ministro de Carlos IV, en el colegio se le llamaba *Carrasquilla*, y era la pata de Judas, el autor incuestionable de todas las travesuras que se hacían en la Universidad en aquella época.

Desde que se impuso de las tribulaciones y angustias de don Eustaquio, concibió la idea de hacer comer al macho por fas o por nefas, pero necesitaba para ello un objeto tan extraño y desusado que no podía averiguar por él sin provocar la curiosidad y la risa, tanto más cuanto que el único que por allí lo tenía y usaba era el mismo don Eustaquio, a quien el estudiante quería sorprender con el peregrino remedio. De aquí sus apuros para sacarle a hurtadillas el tal objeto nada menos que del bolsillo del gabán; pero un estudiante de las trazas de Carrasquilla no se paraba en pelillos.

Un día, al levantarse por la mañana don Eustaquio, notó que le faltaba algo, y se puso a buscar por todo el cuarto con mucha inquietud. Se hallaba en esto, cuando acertó a entrar el dueño de la casa ahogado por la risa, pero se contuvo al ver el rostro contrariado de su huésped.

—Es particular, mi amigo, pero creo que anoche me han robado.

—¡Que lo han robado a usted en mi casa!...

—Pues sí, porque me faltan mis anteojos de viaje.

El posadero no pudo menos que soltar la carcajada con harto asombro de don Eustaquio, que lo interpeló enojado:

—¿Y se ríe usted de eso?

—¡Cómo no he de reirme! si precisamente venía a comunicarle una novedad que tiene el macho.

—¿Mi macho rucio?...

—Sí, señor, que ha amanecido hoy de anteojos, y ahora caigo en la cuenta de que son los mismos de usted.

No había acabado de oír tal especie don Eustaquio, cuando se plantó en la caballeriza y vio que lo dicho era muy cierto. ¡El macho tenía bien puestos sus propios anteojos!

Iba a quitárselos, montado en cólera por la burla y el perjuicio, cuando apareció en la escena el pícaro estudiante, que desde la noche había hecho retirar de la pesebrera toda la paja, e interponiéndose entre el macho y el amo, le dijo a este con aire de triunfo:

—No se los quite usted, don Eustaquio, si quiere verlo comer ahora mismo.

—¿Cómo así?...

—Pues póngale la ración y verá.

Efectivamente, tan luego volvieron a poner en la pesebrera la paja amarilla de trigo, el macho dio un sonoro resoplido de contento y empezó a devorarla con una hambre atrasada de más de tres días.

—¡Pero esto es un prodigio! —exclamó don Eustaquio.

—Prodigios de la óptica —le contestó el estudiante— ¿no observa usted que los anteojos son verdes y que al través de ellos el macho ve verde la paja seca? Con que, mi amigo don Eustaquio, mándese hacer unos anteojos de estira y encoge, para que le sirvan a usted en el camino y al macho en las posadas, y le respondo que comerá hasta paja de colchón, tomándola por malojo tierno.

Y, lector, si dejeses ser comento, como me lo contaron te lo cuento.

(1902).



## LA CUESTION DEL POLLO

No se trata de ningún conflicto internacional ni de asunto que le interese un bledo al público, sino de una bagatela, pero capaz de sacar de quicio al mismísimo santo Job.

Cierta vez compraron en casa un pollo de a real y medio, que era ya un gallito adolescente y tenía trazas de llegar a ser gran lidiador porque a todo le embestia sin ningún respeto ni miramiento.

El tal pollo era nacido y criado a toda sabana, y por ello se manifestaba muy inquieto en su nuevo estado. El corral le parecía estrechísima cárcel, y de aquí que se pasease por toda la casa con el mayor desenfado, sin que valiese espantarlo a cada momento.

Y había que aguantarle al pollo, porque uno de los chicos, pilluelo de cuatro a cinco años, lo miró desde el principio con ojos de dueño absoluto y compañero inseparable; y era hombre que todas las mañanas ponía gran cuidado en saber si ya cantaba y en observarle las canillas para ver cuánto le habían crecido las espuelas durante la noche.

—¿Quién tronchó la matica de rosa?

—El pollo.

—¿Quién tumbó las tejas de la barda?

—El pollo.

—¿Quién rasgó la cortina?

—El pollo.

—¿Quién desportilló la jarra?

—El pollo.

Y todo era el pollo; y por dondequiera saltaba el pollo; y volaba el pollo por todas partes.

Ya no quedaba en la casa sitio que fuese inviolable para el alado invasor. Se había encaramado hasta en la peana del altar; y de continuo se le veía paseándose por sobre la mesa de comer convertido en un explorador, a caza de migas de pan. Y las bravatas eran cosa de cada momento, pero se espantaba el pollo y no había más nada.

Mi propio escritorio fue teatro de un asalto inusitado. El pollo se subió a la mesa, y con sus patitas embarradas dejó pintadas unas grandes y vistosas estrellas sobre un memorial que estaba escribiendo para el ilustre Ayuntamiento. Afortunadamente para el pollo no estaba yo presente, porque en tales casos la justicia debe hacerse en caliente; y de aquí que quedase sin inmediato escarmiento este acto de *póllica* barbarie.

Pero al día siguiente la cosa subió de punto. Como de costumbre, me senté a escribir de espaldas para la puerta del cuarto, y cuando más distraído estaba, entra el persistente pollo, alza vuelo y se posa en mi cabeza, como un loro sobre su estaca.

Atónito e indignado salto del asiento, pero el pollo vuela de nuevo, desbarajusta los papeles y huye para el corral. ¡No era posible soportar tamaña osadía!

—¡Hoy sí se mata el pollo! —grité en los cuatro ángulos de la casa para que la orden fuese oída de todos.

¡El animalito me había llegado ya a la coronilla!

Y la mayor desdicha fue que se mató el pollo, en efecto, pero resultó que estaba flaco!...

(1896).

## EL CUARTO DEL TESORO

Hay recuerdos de la infancia que son imborrables, entre ellos los de los cuentos fantásticos que oímos de boca del aya, encabezados de ordinario con esta fórmula sacramental: "Este era un rey que tenía tres hijas, etc."

El cuento que vamos a relatar principia del mismo modo, con la diferencia de que el rey solo tenía una hija única, que era la niña de sus ojos y la contemplación de todos sus vasallos. Entre el rey la joven princesa había la más dulce intimidad. Raro era el día en que mutuamente no se comunicasen entre padre e hija sus penas y alegrías, sus caprichos y propósitos, en fin, todos los pasos de su vida.

Pero en medio de esta tierna confianza y entrañable cariño, una nubecilla empañaba la felicidad de la princesa. Había un secreto en la vida del rey, que este no le había revelado, por más que ella hubiese tentado averiguarlo en distintas ocasiones.

Cerca de la alcoba real había un cuarto misterioso, a que no entraba sino el rey. En el palacio nadie sabía qué era aquello ni en qué se ocupaba el rey las horas que allí permanecía encerrado. El *cuarto del tesoro* lo llamaban todos, creyendo que era el depósito de las joyas de la corona; pero, a pesar de esta versión, que era la de más visos de certidumbre, entre los criados y dueñas se contaban mil especie fantásticas del misterioso cuarto. Que se oían dentro golpes de martillo y otros ruidos extraños; que de noche solía aparecer un resplandor rojizo en lo alto de un torreón que pertenecía a dicho cuarto; y los espíritus timoratos, no obstante las virtudes que adornaban al rey, llegaron a creer que este tenía comunicación con el diablo. De modo que no era ya mera curiosidad sino terror supersticioso lo que inspiraba el secreto del cuarto.

Cierto día la princesa, acariciando con dulzura al rey, le dijo resueltamente:

—Padre mío, si supieras que me inquieta desde hace tiempo una curiosidad.

—¿Cuál puede ser, hija?

—Conocer el *cuarto del tesoro*.

—Lo conocerás —le contestó el rey con cariño —pero debes saber que para penetrar en él se necesita un traje especial.

—¿Y no lo tengo yo?

—No lo tienes.



—Pero dime cuál sea para procurarlo al momento.

—Ahí está la dificultad y mi capricho. Quiero que tú atines en el traje sin que yo te lo indique.

—¡Ah! —exclamó con desaliento la joven— ¿cómo podré yo adivinarlo si no me lo dices?...

—No te apenes, hija, por eso, que yo abrigo la esperanza de que tú, consultando mi inclinación y mis gustos, llegarás a vestir ese traje; y entonces no solo conocerás el secreto de ese cuarto, sino que obtendrás en premio cuanto él encierra, que es todo para ti.

No se atrevió la princesa a replicar más a su padre, aunque, en realidad, en vez de satisfacer su curiosidad y calmar su inquietud, le había resultado todo lo contrario, porque desde aquel día el secreto del cuarto la embargó de tal suerte que se desvelaba pensando en las cosas que allí habría y en el traje que fuese del agrado del rey.

Hizo venir a su costurera de más confianza para encargarle un vestido raro, en nada parecido a ninguno de los que tenía; y la costurera extremó su habilidad para darle gusto, haciéndole un traje que deslumbró a las damas de la corte por su riqueza y elegancia. Pero el rey nada le dijo sobre el particular.

Entonces, desengañada de esta primera prueba, se ocupó en la hechura de otro traje ideado en una noche de insomnio, en cuya ejecución, que duró muchos días, trabajaron los artistas más afamados y las costureras de mayor renombre. El traje era de finísima tela color de rosa, traída de la China, cubierto todo con una primorosa redecilla de oro y perlas.

No hubo quien no lanzase un grito de admiración al ver a la princesa luciendo por primera vez aquella maravilla de arte, riqueza y elegancia. El rey mismo le manifestó su admiración, pero nada más le dijo, y bien comprendió la princesa por esta reserva de su padre que tampoco era ese el traje de su gusto.

Después de varios días de suma tristeza y cruel desengaño, una idea súbita le devolvió sus perdidas esperanzas. Recordó haber oído en boca del rey ciertas palabras, en no lejano tiempo, y palpitó de gozo su corazón, porque creyó haber dado en la clave del enigma.

La costurera, que recibió orden de presentarse inmediatamente, compareció en seguida, esperando oír el encargo de algún nuevo y caprichoso traje, pero cuál no sería su sorpresa al escuchar de labios de la princesa estas palabras:

—Os he mandado llamar para que me enseñéis a coser. Seré vuestra discípula por todo el tiempo que sea necesario, prometiéndoo la mayor docilidad y atención en el aprendizaje.

Dicho y hecho: desde aquel mismo día la princesa no se volvió a ver en los jardines y azoteas del palacio sino en ocasiones muy determinadas, pues pasaba casi todo el tiempo con la aguja y el dedal en las manos al lado de su hábil maestra; y fue tan asidua y perseverante en sus nuevos quehaceres, con los cuales se había encariñado en extremo, que al cabo de pocos meses cosía ya como la mejor colegiala, y había aprendido a cortar y hacer un vestido con la misma habilidad de su modista.

Grandes preparativos se hacían en la corte para el cumpleaños del rey, que estaba próximo. La princesa se veía poco, muy poco, en términos que entre los

cortesanos llegó a sospechase que algún mal la afligía; pero salieron de sus temores la noche misma en que se abrieron las salas del palacio para cumplimentar al rey. Toda la corte estaba allí vestida de gala, cuando se presentaron el rey y la princesa para dar comienzo al besamanos.

La princesa estaba hermosísima, y una alegría inefable, un gozo inmenso llenaba su corazón, porque el rey no cesaba de mirarla, y más de una vez la había felicitado por el traje que lucía esa noche.

Como es costumbre que en tales días hagan los príncipes alguna merced extraordinaria, cuando terminó la ceremonia, el rey, que rebosaba también de contento, levantó la voz para decir a la corte estas palabras:

—Ha llegado el día de mostrar a la princesa mi hija el *cuarto del tesoro*. Podeis acompañarnos, si gustais.

Indecible fue la sorpresa que tales palabras produjeron en los presentes, de suerte que en los primeros momentos reinó un silencio profundo; y cuando corrió la voz de aquella novedad por las galerías del palacio, fue menester certificar que eran palabras del mismo rey para que se les diese crédito.

La princesa perdió el color y sintió en todo su cuerpo un estremecimiento nervioso, a tiempo que muchos cortesanos y la generalidad de los criados no se las tenían todas consigo, pues aquel cuarto venía siendo para ellos la mansión del diablo, y mayor era el miedo que la curiosidad que les infundía.

Precedidos de multitud de antorchas, y con mucha pompa se dirigieron el rey, la princesa y toda la corte al *cuarto del tesoro*. Cuando el rey en persona abrió la puerta, todos retrocedieron instintivamente, y fue necesario que usase de su autoridad para hacer que entrasen delante sus aterrorizados pajes. Las hachas y bujías iluminaron súbitamente el recinto.

La princesa y el real séquito no pudieron contener un grito de sorpresa. El cuarto no tenía en sí nada extraño ni medroso: era un taller completo de platería, en que por todas partes brillaban la plata, el oro y las piedras preciosas en obras de exquisito gusto.

El rey tomó en sus manos un aderezo espléndido, y dirigiéndose a la princesa le dijo:

—Oye, hija mía: el poder y la riqueza suelen acabar inesperadamente, y solo nos queda entonces la habilidad de nuestras manos para ganarnos el pan. El rey mi padre me enseñó el oficio de platero, que yo no he descuidado, como lo prueban las joyas que aquí ves, y en especial este aderezo, que hoy coloco sobre tu pecho, porque has adivinado mis deseos, aprendiendo a coser y vestirme por ti misma. Luce, pues, hija, sobre ese traje, que es trabajo de tus manos, estas prendas que son también trabajo de las mías en este retiro, que tanto anhelabas conocer y que justamente han llamado el *cuarto del tesoro*.

*Moraleja:* El trabajo es una ocupación digna y meritoria, y sus bellos frutos satisfacen al corazón lo mismo en la casa del pobre que en el palacio de los reyes.

(1902).



## ¡USTED ME OYE EL CUENTO!

El verbo *carpetear*, derivado de *carpeta*, no existe en el diccionario, pero esto no quiere decir que no sea en Venezuela de muchísimo uso, sobre todo en los negocios públicos. Significa, en dos palabras, barajar algún asunto, sacarle el cuerpo o darle carpetazo. ¡Cuántos reclamos, solicitudes y negocios carpeteados!

Pues bien, como broma muy pesada, por cierto, púsose en boga ahora años en esta ciudad de Mérida de los Caballeros, el *carpetear* los cuentos en las tertulias y círculos de mozos, lo que en buen romance se llama degollar o despachurrar el cuento. Llegó la cosa hasta el grado de que ya nadie alcanzaba a ver terminado un cuento o chascarrillo, porque eran tales las interrupciones que de propósito se le hacían a quien lo echaba, que éste, al fin, dando la fiesta al diablo, se declaraba corrido.

Un señor, que no vivía en Mérida sino en la vecina ciudad de Ejido, de temperamento nervioso y carácter más explosivo que un barril de pólvora, ignorante, por supuesto, de tal broma, empezó en un grupo de amigos a echar un cuento.

—Escuchen ustedes el cuento de las cucharas. Había en Ejido...

—Mira, chico, que te quemas con el cigarro.

—¡Ah! gracias por la advertencia.

—Pues bien, había en Ejido un viejo que...

—¿Cuánto te costó ese sombrero?

—Espera, hombre, a que acabe de referir el cuento.

—¡Oh, si es un sombrero muy elegante!

—Y cómodo —añadió otro.

—Pero escuchen, mis amigos. Había en Ejido un viejo que comía con dos cucharas...

—A propósito de cucharas ¿en qué día cae este año la nochebuena?

Comprendiendo entonces el de Ejido que aquello era estudiado para interrumpir el relato, súbito como un relámpago le echa mano al interlocutor que le quedaba más cerca, y asiéndole por el cuello, en actitud de estrangularlo, lo recostó a la pared, gritándole encendido por la cólera:

—¡Lo que es usted me oye el cuento!...

Los demás contertulios huyeron espantados de aquel *león* enfurecido.

Y en tan trágica actitud nuestro pobre interlocutor, que era un excelente sujeto, tuvo que oírle el cuento con una atención jamás vista.

Pero no fue esto lo más célebre del caso, sino que el cuento era jocoso, y el señor de Ejido, viendo que su único y atribulado oyente no tenía trazas de reirse, lo amenazó a puño cerrado, diciéndole:

—Ahora, riase usted, porque el cuento es de risa!...

El otro, más muerto que vivo, hubo de medio reirse, pero aquella no era su risa sino su terror pánico.

Es fama que hasta aquí llegó en Mérida la mala costumbre de *carpetear* los cuentos.

(1902).

## HISTORIA DE UN ROTULO

El siguiente relato merece los honores del estilo novelesco, y por ello empezaremos con una de sus frases sacramentales.

Corría la primavera del año de 1875.

Por la calle de Serrada en la ciudad de Mérida, había entonces una imprenta, la misma que ahora es del Estado y que primeramente fue del doctor Eusebio Baptista.

Es el caso que cierto chico, casi adolescente, pasaba largos ratos frente al taller, asomado a las ventanas por la calle, mirando la prensa, máquina que le parecía enorme comparada con las de coser, únicas que conocía, y sorprendido de ver también la muchedumbre de hierritos que llenaban las cajas.

El jefe de la casa, don Pedro Baptista, que era hombre de carácter amable y de suma perspicacia, adivinando en esta muda y perseverante contemplación los encubiertos deseos del chico, lo llamó un día y le dijo:

—¿Como que te gusta el oficio?

—Sí, señor, me gusta mucho.

—Pues entonces, en vez de estar perdiendo tiempo allí por fuera de las ventanas, ven acá.

Y haciéndolo entrar, le brindó banco en el taller y lo declaró aprendiz, recomendándolo al señor Martín Vega Alvarado, que era el prensista y director.

Demás estará pintar el gran contentamiento del chico, cuando se vio de repente en camino de realizar un sueño dorado, una gran aspiración que le traía inquieto, cual era ver su nombre impreso por primera vez en letras de molde.

Al principio del aprendizaje estuvo a punto de perder la salud, pues no comía con formalidad por despacharse presto y correr a ocupar su puesto en la caja, excepto los ingratos días en que, como a todo aprendiz de imprenta donde la entintación no sea automática, le sacaban el nepe, obligándole a sudar la gota gorda con el rodillo en las manos, dando tinta a la forma en la prensa.

Pero así y todo, el chico volvía con la ansiedad de quien espera el momento propicio para dar cima a una empresa largo tiempo preparada en la mente con probabilidades de brillante éxito.

Un día, por fin, en que la prensa estaba desocupada y solitario el taller, porque todos se habían ido a almorazar, el muchacho se resuelve a acometer la obra y pálido por el susto y la alegría, compone rápidamente su nombre en mayúsculas de breviarío, primer tipo que halló a la mano; luego lo entinta, lo pone en el centro de la prensa con una hoja de papel encima, baja la frasqueta y el pesado tímpano, hace correr el lecho de la prensa sobre los rieles, hasta ponerlo debajo de la pieza superior, y montado entonces sobre una silla, echa toda la fuerza posible y tira del manubrio con verdadero frenesí. ¡Se trataba de una enorme prensa de palanca del sistema llamado aquí *Washington!*

Quien conozca algo de imprenta podrá imaginarse el resultado. El fracaso fue completo. Rotos los tipos en muchos pedazos, fueron recogidos y ocultados con



mano trémula por el desventurado aprendiz, que vio en un instante deshechas sus ilusiones y esperanzas.

Horas después, fue el prensista a imponer una forma, y al momento advirtió el daño.

—¿Qué es esto, mis amigos?... ¿quién se ha metido con la prensa?...

—Yo no —dijo Jesús María Godoy, que estaba allí muy jovencito iniciándose también en el arte de Guttemberg.

—Ni yo tampoco —dijo Rafael Salas Baptista, que era ya oficial, pero quizá el más chico de la partida.

Pues aquí aparece rota la frasqueta y dañado el tímpano, que yo dejé intactos. Alguno ha tenido que hacer con la prensa, y debe confesarlo.

Por sabido se calla que las sospechas recaían en los más muchachos. Sin embargo, todos fueron excusándose con la energía que da la inocencia, excepto el nuevo aprendiz, que tenía las orejas encendidas, como un tomate y a cada pregunta se inclinaba más sobre la caja sin decir esta boca es mía.

Ya su silencio y encogimiento bastaban para condenarle, cuando el prensista, que continuaba examinando el daño y fulminando anatemas contra el entrometido, exclamó de pronto:

—¡Aquí está el nombre! Acérquense y verán lo que dice aquí.

Efectivamente, sobre la tela y papeles del tímpano había quedado grabado de un modo indeleble este nombre: *Tulio Febres Cordero*.

Confundido y sin disculpa que dar, opté por el gran recurso de los niños en las contrariedades de la vida: ¡me cubrí la cara con las manos y eché a llorar!

Como todo no ha de ser rigor, el percance movió a compasión, y las iras del prensista se tornaron en risa y simpatía, hasta el grado de ayudarme, días después, a realizar mi encantado propósito, mi primer sueño literario!

No sería tan apretado el nudo gordiano que cortó el célebre Alejandro, como el que yo sentí en la garganta al verme con un puñado de rótulos impresos en que estaban mi nombre y apellido con todas sus letras. En el acto hice un rápido inventario de todos mis bienes rotulables: cama, mesa, sillas, libros de estudio, todos los objetos de mi propiedad quedaron desde luego marcados con el flamante letrero, inclusive un becerro ya grande que tenía, al cual le pegué en los cachos sendos rótulos.

Tal es el destino del hombre. Un capricho efímero, una mera ilusión de niño puede llegar a determinar la vocación para una carrera o el aprendizaje de un oficio. Yo, que entré a una imprenta con el único propósito de hacer un rótulo, jamás pude imaginarme que iba a quedar allí preso de por vida, pues han transcurrido nada menos que veinticinco años y todavía estoy sobre el banco del taller, componiendo y distribuyendo, y dándole al manubrio de la prensa como a violín prestado. ¡Ese es mi oficio!

(1900).





## SEGUNDA PARTE

## PARTIDA DE NACIMIENTO

### *Prólogo de la 1ª Edición*

Viene al mundo este librito desnudo de galas y méritos, y por ello lo presentamos al Público para que lo apadrine y lo ampare en su corta o larga vida contra los tajos de la crítica, por ser cristiana obligación de los padrinos hacer en ocasiones las veces de padre con respecto al ahijado, por más que este haya nacido privado de gracias y atractivos.

Verdad es que si estuvieran en vigor las leyes de Licurgo sobre los niños que nacen débiles o defectuosos, este libro, por semejanza, sería precipitado en el acto desde la roca del Taigete sin miramiento alguno. Pero los tiempos ya no son tan severos ni rigurosos, sino de extrema tolerancia. Por desdicha para la gaya ciencia, ahora nacen y se crían estos hijos del intelecto, aunque desde el principio se advierta que son tuertos, cojos, mancos o jorobados, porque entre los derechos literarios que el progreso garantiza, está el muy amplio de poder fastidiar al Público en prosa y en verso, desde las páginas del libro y las columnas del periódico.

Creemos que bien pueden tolerarse pacientemente tales lecturas, cuando los defectos son de mera dicción y gusto literario, pero no cuando el pecado está en lo sustancial del asunto, en la libertad con que algunos poetas y escritores, pervirtiendo el naturalismo, exhiben en verso y prosa, sin reboso alguno, cosas vedadas, que no son para dichas ni descritas en buena sociedad, por más que las presenten adornadas con las flores más bellas del lenguaje.

La mayor parte de estos cuentos han merecido una especie de tácita aprobación, a juzgar por la acogida que les han dado periódicos de dentro y fuera del país. No parecerá, pues, presunción del autor el creer que, ya coleccionados en un volumen, puedan captarse por lo menos la benevolencia y atención de lectores no muy exigentes.

Tal es la partida de nacimiento del presente librito, que hemos bautizado *En Broma y en Serio*, porque en realidad tanto tiene de lo uno como de lo otro, y que aparece en humilde forma, porque no ofrece tampoco en su lenguaje ricos atavíos, sino claridad y sencillez en los relatos, y muy recta intención respecto a no ofender en lo más mínimo la moral ni las buenas costumbres.

Mérida, Venezuela. 1917.



## EL SECRETO DE MI AMIGO

Hace más de veinte años tuvo lugar la sencilla historia que vamos a referir, historia íntima que manifiesta los caprichos del destino y los más recónditos pesares del alma. Los que no gustan de lecturas tristes y sentimentales, doblen esta página sin leerla, porque ella habrá de causar dolorosa impresión a las almas sensibles.

Todo joven, a la edad de veinte años, poco más o menos, siente una necesidad casi instintiva de desahogar su corazón, contando a los amigos, en el seno de la mayor intimidad, sus ilusiones y esperanzas, sus tristezas y desengaños, sobre todo después de los bailes, paseos y demás reuniones en que tiene ocasión de acercarse a la mujer que adora.

Entre mis amigos íntimos figuraba Noel, que me llevaba algunos años de edad y a quien de preferencia había hecho depositario de todos mis secretos, porque me parecía el más juicioso y discreto. Noel era todo un caballero, dotado de clara inteligencia y de nobles y bellos sentimientos: tenía criterio de filósofo y alma de poeta. Me quería como a un hermano, y yo comprendía que era su preferido entre los demás amigos; pero a pesar de esto, Noel no era franco ni comunicativo conmigo. En las largas horas del día y de la noche en que lo pasábamos juntos, yo desahogaba mi corazón en el suyo y él me oía con interés particular, pero en cambio nada me revelaba de lo íntimo de su alma; y cierta vez que le hice cargo sobre esto, me contestó con amarga sonrisa:

—¡Yo... nada tendría que contarte sino tristezas. Pregunta a los demás, y verás como tampoco les comunico nada.

Efectivamente, Noel era lo mismo con sus otros amigos; y yo, todavía sin experiencia en el mundo, me explicaba aquella reserva como un rasgo de carácter, sin sospechar que mi fiel amigo y confidente fuese víctima de alguna historia oculta.

Una noche me presenté inopinadamente en el cuarto de habitación de Noel y le dije:

—Te necesito para que me acompañes a dar una serenata.

—¿A quién? —me preguntó instintivamente.

—Eso no se pregunta. Tú debes saberlo demasiado.

—Bueno, cuenta conmigo, pero ¿quienes más irán?

—Fuera de los músicos, tú y yo, y nadie más.

A las diez de la noche, en que ya no cruzaba ni una alma por las calles, salimos Noel y yo en solicitud de los músicos, que eran cuatro y a quienes encontramos en el sitio convenido. Después de recorrer con ellos varias calles, nos detuvimos muy quedo frente a una casa en el centro de la ciudad.

Ni el más leve ruido interrumpía el silencio de la noche. Mi corazón latía con violencia y mi rostro debía estar en aquellos momentos tan pálido por la emoción, como la luna que alumbraba de lleno las paredes de la casa que teníamos delante, muda y fantástica como un palacio encantado.

La música se inició con un vals colombiano muy en boga entonces, dulce, conmovedor, profundamente apasionado. Noel estaba, como siempre, cariñoso y atento a mi lado, sin atreverse a interrumpir el éxtasis de mi amorosa ansiedad.

Cuando cesó la música, sintióse crujir la ventana que nos quedaba encima, y simultáneamente la mano angelical de una mujer dejó caer a la calle un ramo de preciosas flores que perfumó el ambiente.

Por una casualidad, el ramo cayó a plomo sobre mi cabeza, y de aquí fue a dar a los pies de Noel, quien inmediatamente lo cogió del suelo y lo puso en mis manos. Transportado de gozo, no advertí la súbita transformación efectuada en el semblante de mi caro amigo.

Los músicos tocaron algunas piezas más, y luego me despedí de ellos con presteza, porque Noel me pareció enfermo. Con el sombrero caído sobre los ojos y sin pronunciar palabra había permanecido allí aquel heroico amigo, inmóvil como una estatua.

—¿Cómo que te sientes malo esta noche?

Por toda contestación Noel sacudió la cabeza como quien vuelve de una horrible pesadilla, miró a todos lados para cerciorarse de que ya estábamos solos y me dijo con voz trémula:

—No puedo ocultarte por más tiempo lo que me pasa, querido amigo. He callado hasta ahora, he devorado en silencio mi desgracia que es muy grande; pero no quiero que mi reserva pueda dar motivo a sospechas contra mi fidelidad de amigo y el cariño fraternal que te profeso. Pero alejémonos de este sitio que me hace daño, mucho daño...

El aspecto de Noel me dio miedo. Aquella confidencia inesperada sobre una historia que yo ignoraba en absoluto, la extraña exaltación de sus palabras y su semblante pálido y demudado por completo, me conmovieron de tal suerte que no supe qué contestarle. El me llevó de brazo a su cuarto y allí, a la indecisa claridad de una lámpara que empezaba a extinguirse sobre la mesa de su escritorio, me habló en estos términos que no olvidaré jamás:

—Una tristeza inmensa, un pesar profundo me agobia a toda hora y en todo lugar. Salgo al campo, y el cielo, los montes, los ríos, los árboles, todo me parece sombrío; busco las reuniones, los bailes, los paseos, las tertulias y el contento de los demás me parece un horrible sarcasmo, y se me oprime el pecho de tal manera que me obliga a alejarme; porque las lágrimas podrían descubrir el secreto de mi alma. Llevo el contagio de la tristeza a todas partes. Un solo pensamiento embarga todo mi ser, el pensamiento en una mujer seductora que el destino ha atravesado en mi camino solamente para desesperarme y hundirme en el abismo del dolor. Es un amor desgraciado, una pasión inmensa, un fuego que me consume, sin consuelo, ni esperanza!... ¡Ella ama a otro con toda su alma!...

Noel se había levantado y se paseaba como un loco por todo el cuarto. Yo le seguía, procurando calmarlo y devorado por la curiosidad de saber quién era ella. Un raudal de lágrimas ardientes largo tiempo contenidas, brotó de sus ojos, y echándose en mis brazos como un niño que busca amparo, me dijo con voz ahogada por los sollozos:

—¡No puedo ocultarte más!... ¡Tengo que decírtelo todo, todo!...

Y de sus labios se escapó entonces un nombre, un solo nombre, revelación terrible que nos separó de súbito como si un rayo hubiese caído entre los dos. Hay impresiones tan vivas y profundas en la vida, que quedan a perpetuidad grabadas en la mitad del corazón.



¡Pobre Noel! Yo había sido inocentemente su peor verdugo. La mujer a quien él amaba con tal vehemencia era la misma que tenía cautivo mi corazón, la misma cuyo nombre adorado le repetía yo a toda hora en las confidencias más íntimas y apasionadas de mi alma, la misma que, en testimonio de su afecto, correspondía aquella noche con un ramo de preciosas flores a los obsequios de mi amor inmenso!

.....

Algunos meses después Noel se ausentó de la ciudad para siempre. Yo le acompañé algunas leguas, y por el camino me manifestó, como de costumbre, el mayor cariño, hablándome con vivo interés de mis estudios, de mis aspiraciones y de mi futura felicidad!... Ni un reproche, ni el más leve asomo de despecho advertí en sus palabras, que eran sinceras a la verdad, pero llenas de amargura y de extrema melancolía. ¡Oh, amigo noble y abnegado!

Cuando llegó la hora de separarnos, se me hizo un nudo en la garganta y le eché los brazos en silencio. El me estrechó contra su corazón, deshecho en lágrimas, sin poder tampoco articular una sola palabra, y prontamente picó la mula y se alejó. Quedé por algunos momentos mudo e inmóvil ante aquella dolorosa despedida; y cuando miré hacia adelante para saludarle por última vez con mi pañuelo empapado en lágrimas, ya mi pobre amigo se perdía en las vueltas del camino, con la cabeza caída sobre el pecho, agobiado por la inmensa tristeza de su alma!

Ese es el mundo; la felicidad de unos suele ser la desdicha de otros.

(1903).

## EL CIRUJANO Y LA INDIA

Este cuento es de los tiempos de María Castaña, y por ello es natural suponer que en lo sustancial del asunto, ya haya sido escrito con más donaire por otras plumas; de suerte que solo en forma y detalles podrá tener alguna originalidad el puntualísimo relato que en seguida hacemos del peregrino caso, según y como lo oímos referir, sin quitarle ni añadirle la más mínima cosa.

Viajaba un naturalista europeo herborizando por la jugosa tierra equinoccial, extraño por completo a las costumbres del país. Tres días tenía de permanencia en una retirada aldea, cuando tuvo que guardar cama, por la rápida inflamación de un pie, acompañada de fiebre y una comezón extraordinaria, que era lo más desesperante.

Inmediatamente telegrafió al cónsul de su patria en la ciudad vecina, exigiéndola el envío de un médico. Llega éste sin pérdida de tiempo, examina el pie del enfermo, y luego le dice con la sequedad propia de los fallos científicos:

—Se requiere una operación quirúrgica.

—¡Una operación! exclama sorprendido y conturbado el pobre naturalista.

—Es el único remedio eficaz. Se trata de un caso avanzado de *pulex penetrans*.

—¡Oh, doctor! ¿y yo sufrir mucho con la operación?

—No será dolorosa, pero sí delicada por el peligro de un accidente tetánico. Sin embargo, confíe usted en el buen éxito, porque se tomarán todas las precauciones del caso.

Miró el sabio Esculapio las paredes y techo de la habitación, y dirigiéndose al posadero le manifestó que caso de no haber en la casa otra pieza de mejores condiciones, debía acomodarse al enfermo provisionalmente en otra parte, a fin de darle a aquella en que estaban una buena lechada de cal, en tanto iba a la ciudad en busca de lo necesario para la operación.

Posadero y paciente se sometieron con entera humildad a las órdenes del médico, el cual regresó a la ciudad con presteza, para volver veinticuatro horas después, acompañado de un practicante y una acémila cargada de cuanto la cirugía moderna ha inventado para aserrar, acuchillar y punzar el cuerpo humano, con menor riesgo de la vida, es cierto, pero con mayor espanto del pobre paciente.

Se necesita mucha valentía para no amilanarse al ver venir a los operadores con hábito talar y albos birretes, especie de monjes blancos, sacerdotes de un sacrificio científico, que articulan palabras desconocidas para el vulgo, y se mueven en torno de la mesa operatoria armados de complejos y flamantes instrumentos; y ora encienden la lámpara que ha de caldear el hierro quirúrgico, ora hacen abluciones al paciente y purificaciones en el aire, o ya componen los algodones, las compresas y vendajes, todo con una actividad y destreza admirables para el mero observador; pero el asustado doliente sólo ve en todo esto un cuadro sombrío, casi fúnebre, que le hiela la sangre en las venas, como sucedió al asandereado naturalista, quien apenas pudo decir, con voz extenuada y suplicante:

—¡Oh, doctor! yo querer cloroformo para no sentir dolor.

—No hay necesidad, mi amigo. Un poco de serenidad y de quietud es lo que exigimos de usted, y nada más.

Un suceso médico de esta entidad atrajo la curiosidad de los sencillos lugareños, que se contentaron con rodear la casa, porque había prohibición absoluta de penetrar en ella, manteniéndose en la calle en silenciosa actitud, esperando saber de la suerte del enfermo.

No obstante la palabra empeñada del cirujano, en el sentido de que no sentiría mayor dolor el paciente, éste levantó el grito como elocuente protesta contra el aguijón de la lanceta, en el instante supremo de la operación.

En seguida, se impuso al enfermo completa quietud y rígida dieta. Por varios días cirujano y practicante le renovaban a mañana y tarde los algodones fenicados y los vendajes, repitiendo los asperges antisépticos, conforme a los ritos de la profilaxis.

En resumen: el naturalista quedó con el pie sano, pero con el bolsillo exhausto. Los honorarios del cirujano y del practicante, los gastos de botica y la cuenta del posadero, inclusive la blanqueadura de la habitación y el lavado del suelo, que también se preceptuó, fueron otros tantos lancetazos para el infortunado discípulo de Linneo.

Pero he aquí que a los pocos días nuestro sabio viajero regresa del campo a la posada de su mala ventura, cojeando del otro pie. Los mismos síntomas anteriores: la hinchazón rápida, la fiebre creciente y la comenzón insoportable.

Una india parameña de raza pura, que le servía de criada, y que había presenciado días antes, con ojos de asombro, tantas idas y venidas, tantas vueltas y



revueltas, y tanta muchedumbre de cosas raras e inexplicables en torno del enfermo; esta india, decimos, compadecida de la doble desesperación de su señor, que se quejaba del dolor que padecía, no menos que del temor de una nueva operación quirúrgica; ante cuadro tan lastimoso, la fiel criada se le allega humildemente, le pide el pie enfermo, que el naturalista le alargó sin chistar. La india lo examina con presteza, y le dice con sonrisa de triunfo:

—Espera un poco.

Y sin decir más palabra ni acatar la venia del enfermo, sale al huerto, toma una espina de naranjo, vuelve al lado del paciente, le toma de nuevo el pie, y rápida como el pensamiento, le hace allí una operación, con tal suavidad y destreza, que apenas da tiempo al paciente para exclamar:

—¡Oh, oh, qué quieres hacer?

—Ya lo hice, señor, le contestó con prontitud la india, mostrándole en la punta de la espina una como finísima perla.

—¿Pero qué me has hecho?

—Lo mismo que el cirujano, señor, sacarte la nigua que te atormentaba.

El sabio viajero abrió tamaños ojos, y luego dejó caer la cabeza sobre el pecho, ogobiado por un mundo de reflexiones. ¿Qué pensaba? ¿Qué decía? Es fácil adivinarlo, pues tuvo después otros casos de *pulex penetrans*, y por toda providencia, llamaba a la india, y le alargaba el pie, con entera confianza, para que le extrajese la nigua, operación que no duraba ni medio minuto.

—¡Oh, decía, valer mucho la experiencia: ser más barato y hacer mejor este oficio la india que el cirujano!

## LA MALETA DEL RECLUTA

La cuesta de Pilatos, al noroeste de Mérida, es una cuesta larguísima, áspera y solitaria. El fastidio, la melancolía, todos los sentimientos tristes se apoderan del ánimo cuando se hace lenta y fatigosamente una de estas interminables ascensiones en los frágosos caminos de la Cordillera.

Dos campesinos subían un día la cuesta de Pilatos cargados con sendas maletas. Llevaban los rostros encendidos y abrillantados con las gotas de sudor. El sol era ardiente y las maletas muy pesadas.

A la mitad de la cuesta los alcanzó un hombre que viajaba escotero, sin más carga que un garrote y la cobija terciada sobre el pecho. El polvo del camino había cambiado por completo el color primitivo de su blusa y pantalones, en los cuales de descubrirían todavía las franjas rojas que guarnecían el traje habitual del soldado criollo. Era efectivamente un pobre recluta que regresaba a su tierra.

El semblante desencajado y pálido del desconocido, que era muy joven, contrastaba visiblemente con las caras rozagantes de los labriegos montañeses, a quienes se había incorporado en la marcha.

En el primer descanso que les ofreció la empinada cuesta, los labriegos soltaron las pesadas maletas, dando un sonoro resoplido de cansancio, y se sentaron en el

suelo a descansar. El recluta, ahogado también por la fatiga, se detuvo junto a ellos, silencioso y triste, miró fijamente a sus rollizos compañeros, que libres de la carga, conversaban alegremente, y les dijo con profundo desconsuelo:

—¡Pudiera yo también descansar de la pesada maleta que llevo a cuestas!...

—¿De qué maleta hablas si vienes escotero?

—De la que llevo aquí dentro, dijo el recluta, comprimiéndose el pecho y enjugándose los ojos.

Los dos labriegos lo miraron con curiosidad y sorpresa.

—¿Tienes alguna pena?

—No una, sino dos, porque mientras estaba en la guerra, se murió mi madre y se casó mi novia. ¿Le parece poco?

—¿Y no tienes más familia?

—No me queda más nadie en el mundo. Por eso vuelvo a mi tierra para vender mi rancho y mi labranza, hablarle al señor cura para que diga unas misas por el alma de mi madre, y voltear otra vez, con mi garrote y mi cobija, a caminar por tierras extrañas, sin rumbo fijo, como el judío errante.

Y el recluta se rió, con una risa seca e irónicamente expresiva. ¡Iba a convertirse en un vagabundo!

Los sencillos labriegos nada le contestaron, porque las grandes pesadumbres reclaman siempre el silencio.

—Ya ven, pues, cuán dichosos son ustedes que pueden descansar del peso que los agobia, poniendo las maletas en el suelo. ¡Para la carga que yo llevo no hay descanso ni en el cerro, ni en lo llano, ni en el mar!...

Esta es la historia de siempre. Cuando no es una herida en el cuerpo o en el alma, es la destrucción del conuco o una enfermedad incurable. ¡Tal es la maleta con que regresa a su tierra el pobre recluta!

1903.

## EL CLAVEL DE LA CAPACHERA

El anciano padre Justo, cura de la ciudad de Rubio, pedía limosna un día para cierta obra de su iglesia en honor de la Santísima Virgen. ¿Quién no ha oído hablar entre nosotros de la caridad y mansedumbre del presbítero Justo Pastor Arias? El pueblo lo respeta y lo ama como a un varón justo, como a un pastor angélico. Cuando salía a hacer alguna colecta piadosa entre sus feligreses, nadie le hacía mala cara ni se excusaba de contribuir aunque fuese un hereje o renegado.

Al pedir limosna a una hermosa zagala de Capacho, que se hallaba en el mercado de Rubio, ésta se encoge, se ruboriza y no halla qué contestarle, por la sencilla razón de que no tenía la pobre en aquel momento ni un céntimo partido por la mitad.

—No te apenes, hija, que otro día me darás, le dice el padre Justo.



Pero la piadosa muchacha, vuelta en sí de su sonrojo, se llevó la mano a la cabeza, y arrancándose del sencillo tocado un clavel hermosísimo, que era su mayor gala, le dijo con religioso respeto:

—Ya que no tengo dinero, llévenme esta flor a la Virgen, en prueba de mi buena voluntad.

El padre Justo aceptó el encargo con su genial benevolencia. El clavel era realmente extraordinario por su hermosura, lo que le sugirió un pensamiento que en el acto lo puso en práctica. Abandonando el mercado se fue directamente a la casa de una señora respetable y de proporciones.

—Vengo de parte de la Virgen a proponerle un negocio, le dijo, mostrándole el clavel de la capachera.

—¡Oh, con mucho gusto! ¡Pero qué clavel tan hermoso, padre!

—Es una maravilla, en realidad, y el negocio es que Ud. se lo compre a la Virgen, a quien pertenece.

—¿Y cuánto vale?

—Pues la Virgen está ahora muy necesitada... con que póngale usted el precio que crea conveniente.

Comprendiendo al punto la señora la mente del padre Justo, tomó el clavel con amable sonrisa y le dio en pago una moneda de cinco bolívares. El rostro del noble anciano se llenó de alegría, dióle el *Dios se lo pague* a la compradora, y ya para despedirse le propuso otro negocio.

—Bueno, ya el clavel es suyo: ahora de mi parte le voy hacer una exigencia.

—Con mucho gusto, padre.

—La exigencia no es otra, sino que me regale la flor para dársela otra vez a la Virgen. ¿Qué mejor destino puede dársela?

Rióse la piadosa dama de los negocios del padre Justo y le devolvió con agrado la simpática flor, que estuvo aquel día en manos de muchas matronas y señoritas pudientes, que la compraban y la devolvían, por exigencia del padre Justo, quien regresó a su casa rendido de cansancio; pero trasportado de gozo con más de cien bolívares en efectivo que le había producido a la Virgen el bello presente de la zafala de Capacho.

Cuando en la tarde del mismo día, las voces del órgano, las nubes de incienso y los cánticos sagrados llenaban el templo en honor de la Reina del Cielo, porque era el mes de la primavera, el mes de Mayo, el Mes de María, entre las muchas flores que adornaban el altar, descollaba fragante y gentil el precioso clavel de la capachera, crecido allá en el suelo húmedo de ignorado cortijo y destinado a ser joya de gran valor y ofrenda de gran mérito ante el ara sublime de la piedad cristiana.

1903.

## EL TURPIAL Y LA GOLONDRINA

Un turpial travieso, escapado de la jaula, se subió al tocador de la hermosa niña a quien pertenecía, y saltando aquí y allá por encima de los preciosos objetos de adornos que allí había, acabó por voltear un frasco de finísimo perfume, que se derramó íntegramente sobre el mármol de la mesa.

El día era caluroso, y a la vista del agua vertida, el turpial resolvió bañar en ella su vistoso plumaje y salir volando para el jardín a recibir las caricias del sol.

—¡Qué oloroso vas!— le dijo una golondrina que estaba en el alero de la casa.

—Gracias, golondrinita. ¿Quieres tú perfumarte también? Mira, entra por esta ventana y allí mismo ¿lo ves? está derramada una agua fragantísima. Vuela pronto, golondrinita, báñate en ella y quedarás tan perfumada como yo.

La propuesta era seductora, y por más que a la tímida golondrina no le pareciese aquello propio de sus costumbres, pues jamás había penetrado en aquel aposento, era tal la fragancia que despedía su peligroso amigo, que cayó en la tentación de perfumarse también, y voló al sitio indicado.

Pero tuvo muy mala fortuna la inocente avecilla, pues fue a estrellarse contra el espejo del tocador, que la engañó con su luz refleja; y a tiempo que caía aturdida sobre el mármol con las alas lastimadas, entró en la pieza la hermosa niña, que le dijo con dulzura al verla aletear contra la dura piedra.

¡Pobre golondrinita! ¿Qué ha sido eso?...

Pero advirtiéndole allí mismo el fracaso del perfume, cambió de tono y la amenazó con crueldad.

—¡Ah, traviesa, si me has derramado mi mejor perfume! Pues ahora te castigaré como lo mereces.

Y la pobre avecilla fue aprisionada en la vacía jaula del turpial.

Retiróse la niña, satisfecha de su justicia, y a poco llegó el turpial a la jaula.

—¿Qué es eso golondrinita?... ¿Qué haces dentro de mi jaula, cuando tus compañeras están inquietas buscándote por todas partes?

—¡Ah, pajarillo afortunado! Estoy pagando el daño que tú hiciste.

—¡Cómo! ¿Te han encerrado de propósito?

—Prisionera soy de tu ama, mientras tú, el travieso, el culpable, el seductor, vueles y cantas con entera libertad.

El turpial que la oía con gran sobresalto, prendido por fuera de los hierros de la jaula, le contestó con presteza:

—Pues lo que soy yo, amiga mía, pido tus órdenes y me alejo en seguida.

¿Conque me abandonas, ingrato? Tú que conoces mi inocencia y que podrías libertarme?

—¿Qué hacer, prenda mía? Si la fragancia que despido me condena y corro el riesgo de perder mi libertad para siempre. ¡Adiós, adiós, mi pobre golondrinita!...



Y mientras ésta quedó gimiendo cautiva por un daño que no había hecho, el arrogante turpial volaba y cantaba libremente por todo el jardín, galanteando a las tiernas avecillas que hallaba a su paso y embriagándolas con la fragancia de su bello plumaje.

\*

*Post-scriptum.* La primera mujer que leyó esta fabulita exclamó en seguida:

—Así como ese afortunado turpialito son los hombres con las pobres mujeres. Nosotras, siempre presas dentro de la casa sin culpa alguna; y ellos con su fardo de culpas, siempre en completa libertad, volando alegremente por todo el mundo.

¿Tendrán razón?

1903.

## ¿ME COMPRA EL GALLO?

Hombre manso, apacible, incapaz de matar una mosca, tal era el doctor Ciefuegos. Pero cuando llegaba a ponerse bravo, era un polvorín, estallaba como una bomba; por lo cual él mismo procuraba dominar su carácter irascible hasta donde las circunstancias lo permitían.

Cierto día estaba muy ocupado redactando un alegato, cuando fue bruscamente interrumpido.

—Tun, tun, tun.

—¿Quién es?

—Buenos días, doctor. ¿Me compra este gallo?

—No señor, no compro gallos.

—Está gordo.

—No lo necesito, ni gordo ni flaco.

—Es de buena cría.

—Le digo que no le compro el gallo.

—Se lo doy muy barato.

—Aunque así sea.

—Es nuevo y bien emplumado.

—No, mi amigo, no le compro el gallo.

—¡Qué lástima! Deja usted de hacer un buen negocio. Vamos, hasta por cinco reales.

—Ya le he dicho que no necesito gallos.

—Pero véalo usted: es una preciosura.

—Aunque sea, no se lo compro; y hágame el favor de retirarse, porque estoy sumamente ocupado.

—Mire, doctor, que estas ocasiones no se presentan todos los días. Anímese, pues, y me compra el gallo.

—Al fin, mi amigo... al fin me pone usted en el caso...

—De comprarme el gallo, verdad?

A Cienfuegos le estalla el apellido por todos los poros del cuerpo, y arremete contra el tenaz vendedor, a quien rompe las narices y saca a trompadas hasta la puerta de la calle.

Gran escándalo. Acuden los vecinos y la policía. El hombre muestra la cara ensangrentada, y el doctor bufa de pura cólera. La policía lo arresta; y entonces el malferido vendedor, volviendo a coger del suelo su gallo se interpone entre la autoridad y Cienfuegos, diciéndoles:

—Yo no pido cárcel para el doctor, sino otra cosa; y todo quedará arreglado.

—¿Qué cosa? —preguntó la policía.

—Que el doctor me compre el gallo.

—¡Ah, grandísimo bellaco! —exclamó Cienfuegos, yéndosele encima.

—No se enfade otra vez doctor: el gallo es bueno y barato.

Al fin el doctor, aconsejado por la policía y para cortar el escándalo, porque la gente llegaba como a campana tañida, resolvió aceptar la transacción.

—Tome, pues, amigo, los cinco reales, y asunto concluído.

—Mil gracias, doctor. Dígame ¿a qué horas lo hallaré mañana en su casa?

—¿Y qué más quiere usted conmigo?

—Es que tengo otro gallo mejor que éste.

—¡Otro gallo!

—Sí, señor, para ver si me lo compra.

—Un trabuco naranjero es lo que voy a comprar ahora mismo, para quitármelo a usted de encima —exclamó Cienfuegos dispuesto a cometer una diablura, y con razón.

1907.

## EL GARRAFON DE ABSINTIO

Cansado de esperar Apolo que llegase algún poeta original entre la turba que a diario tocaban las puertas del Parnaso, procedentes del Nuevo Mundo, tomó la capa, se ciñó la espada y fuese de incógnito a ver con sus propios ojos lo que pasaba en aquellas comarcas, y dónde diablos se ocultaban los buenos poetas, porque era fama que sí los había.

Llegó a una República de Hispano-América (el cronista olímpico no dice cuál), y allí un alma caritativa le indicó los sitios donde podría hallar algo de lo que buscaba.

Todo estaba lleno de libros, opúsculos y periódicos, que formaban grandes montones de trecho en trecho; y como notase que se movían, metióse en medio de ellos y empezó a revolver con la espada uno de aquellos montones de papel impreso para saber qué había dentro.

No bien lo hubo entreabierto, cuando apareció la cabeza desgreñada y el rostro pálido de un poeta decadente.



—¡Cáspita, muchacho! ¿Qué haces allí sepultado entre esos papeles?

—Son mis amigos, mis maestros, los mentores de mi carrera.

Con gran curiosidad calzóse los anteojos el célico viajero y se puso a examinar toda aquella baraúnda de papeles, en que estaban las obras de Zolá, Musset, Verlaine, Baudelaire, etc.; los últimos folletines del *Petit Journal* y una cifra incalculable de revistas cómicas y sensacionales del París alegre: todo, todo francés, sin mezcla de español alguno.

Hallábase en esto Apolo, cuando vio de improviso una cosa sólida y voluminosa que el poeta tenía abrazada contra el pecho.

—¿Qué diablos es eso?

—¿No lo véis? Un garrafón de absintio, de ajeno puro, del cual saco una copa para derramarla en cada verso. Es el néctar de las Musas, el jugo de la moderna inspiración.

Al oír Apolo que mentaba tan en mala parte a las Musas, sus hermosas compañeras, a quienes trataba y quería como hijas, no pudo reprimir la cólera que ya encendía su pecho y soltando la capa del incógnito, se le presentó tal como era, con la clámide resplandeciente del monarca olímpico, rey de literatos y poetas.

El desdichado poetastro se restregó los ojos, aterrado ante aquella súbita aparición; y quiso recitarle, para contentarlo, unos versos neuróticos, pasionales y psíquicos, en señal de homenaje; pero el divino Apolo no esperó la descarga poética, sino que, levantando la flamígera espada, lo sacó a planazos del montón de papeles, y del primer golpe le partió en dos el garrafón de absintio, diciéndole con voz de trueno:

¡Pedazo de alcorneque! ¿Acaso he venido yo a Hispano-América para saber lo que dicen y piensan los poetas y escritores franceses? Mejor lo oiré de labios de ellos mismos, y no de los tuyos, que mal los imitas y peor los traduces. ¿Eres tú francés, por ventura?

—No, divino Apolo: soy más criollo que la tusa del maíz.

—Pues come y viste de lo tuyo, imbécil, y no vayas como perro mostrenco a lamer platos y roer huesos en casa extraña. Aquí tienes —le dijo mostrándole el cielo y la tierra que los rodeaba —aquí tienes el brillante mundo tropical, nuevo por el espíritu y nuevo por la forma; ese es el gran libro que debes consultar, el libro de la naturaleza, en el cual estudia el sabio, y debe inspirarse el verdadero poeta.

Dicho esto, Apolo lo dejó confuso y deslumbrado en la mitad del campo, y se volvió de mal humor a referir a las Musas lo que pasaba, que no era bicoca.

—Pues, mis adorables hijas, mal estamos en Hispano-América.

—¿Por qué, divino Apolo?

—Porque los nuevos poetas de allá tienen otro Parnaso, otro Apolo, y otras Musas.

—De modo que nos han suplantado?

—Sí, pero no ha sido con mitos americanos, sino con Francia, que es su Parnaso, con Zolá, que es su Apolo y...

—A nosotras, padre querido, con quién nos han suplantado? preguntaron temblando las nueve Musas.

Apolo se echó a llorar como un niño y les dijo lleno de cólera y de pesadumbre:

—Con un garrafón de absintio, hijas mías, que es ahora el numen verde de los poetas azules!...

1903.

## POR NO QUEBRAR EL TUBO

El caso es rigurosamente histórico.

Tomás vivía en el campo con su familia, entregado a las faenas agrícolas, pero como se había criado y educado en la ciudad, la soledad y sencillez de la vida rural no se avenían por completo con su carácter, y por ello le gustaba correr de cuando en cuando alguna aventura en el poblado, tanto más cuanto era por naturaleza de agudo ingenio y temperamento un tanto parrandero.

Todos en este pícaro mundo cojeamos por alguna manía, cual más cual menos. Unos se preocupan demasiado por el vestido, otros por la cama, que debe ser así y asao, no pocos lo pasan bien con todo, menos con la falta de determinadas comidas; en fin, de idiosincrasias y manías por el estilo está el mundo repleto.

Tomás, nuestro querido protagonista, no estaba libre de estas manías, y la principal de ellas, como jefe de familia, era el alumbrado de la casa, que debía ser lo más claro y profuso que se pudiese. Otro detalle de la vida de Tomás, que importa conocer antes de pasar adelante en el relato de esta historia jamás vista en los anales de la caballería andante: Tomás tenía la costumbre de accionar con el sombrero en la mano cuando se entusiasmaba en la conversación, que la tenía por cierto muy chistosa y amena; y por sabido se calla, que, iluminado por algunos tragos, las acciones pasaban a mayores, de suerte que el pobre sombrero iba y venía por el aire como soplador de leña en manos de una cocinera nerviosa.

Un día le anunció la esposa la rotura del tubo de una de las lámparas de la casa, fracaso que contrarió mucho a Tomás, no por lo que el tubo valiese, sino por la inevitable falta de luz clara y brillante durante algunas noches. Hizo, pues, el propósito de traerlo del pueblo vecino en la primera salida, o solicitarlo como hubiese lugar, porque a fuer de hacendado muy puntual en sus negocios, salía todas las semanas a hacer el mercado.

En estas salidas al pueblo, el roce expansivo con los amigos y compadres era un justo motivo para apurar más de una copa, lo que daba por resultado que Tomás tornase demasiado alegre a su casa de campo y, en ocasiones, a deshoras de la noche.

Llegado el día de mercado, Tomás enjaezó la mula, como de costumbre, y partió para el pueblo. Despachó todas las diligencias y reservó para lo último la del tubo, pues una cosa tan frágil no podía encomendarla a los peones ni llevarse en carga ni maleta ordinaria. Conseguido el tubo, se vio en calzas prietas para transportarlo con seguridad. En el anca de la mula, era muy expuesto, lo mismo que en las cañoneras de la silla de montar, y en los bolsillos de la ropa no cabía



cómodamente. Entonces resolvió porque no había otro recurso, llevarlo sobre el ala del sombrero, sujeto a la copa con una cuerdecita, como llevan nuestros sencillos labriegos algún rollo de papel sellado o la escritura del conuco.

Con tan delicadísima carga en la cabeza, regresó a la hacienda muy juicioso y a la hora conveniente, pues refieren las crónicas que el pobre Tomás no solo le sacó el cuerpo al roce con los amigos, sino que ya de camino, se llevaba la mano a la cabeza para asegurar el tubo, picaba la mula y pasaba de carrera con la cabeza inclinada por delante de las ventas y tiendecitas provocadoras, para huir de toda tentación. La esposa se alegró en extremo de verlo llegar con tanto fundamento, y comprendió al instante que Tomás se había moderado aquel día en los tragos por no quebrar el tubo.

A la siguiente semana, la buena esposa le informó antes de partir que se había roto otro tubo, nada menos que el de la lámpara del corredor principal, y que allí el viento no permitía encender bujía.

Tomás, todo amostazado, ofreció traer el tubo, y lo trajo efectivamente de la misma manera y con las mismas precauciones que el primero, regresando como la otra vez muy temprano y en perfecto buen estado, por no quebrar el tubo.

Pasó otra semana, y ¡zas! otro tubo roto.

—Malo, dijo Tomás, es mucha casualidad que todas las semanas se rompa un tubo. Una de dos, o los tubos son de mala clase o no los tratan con cuidado; pero sepan que yo también voy a reventar si sigue la reventazón.

A pesar de esto, Tomás trajo otro tubo del pueblo con el mismo cuidado que anteriores, porque no le gustaba por ningún respecto ver la casa a media luz.

Pasó otra semana y ¡zas! la misma cosa: otro tubo roto. Tomás, al saberlo, estuvo a punto de reventar también.

—¿Pero a qué horas se rompen esos malditos tubos? Eso de caminar uno a caballo dos o tres leguas como la vela en el candelero es un suplicio atroz. Prefiero más bien traer a las costillas un tubo de chimenea, que no un tubo de lámpara en el ala del sombrero.

La verdad era que en su presencia no había reventado ninguno, pero los fracasos eran evidentes, porque la víspera de los días de mercado, en vez de la brillantez de la lámpara, aparecía en la sala o en el corredor la escasa luz de alguna bujía, lo que ponía muy nervioso a Tomás.

Al partir ya para el pueblo, con toda la pereza y mal guiso del caso, uno de sus pequeñuelos, que le había oído bravar por la quiebra de los tubos, se le acercó en secreto y le dijo con mucha naturalidad:

—Papá no traigas más tubos.

—¿Por qué, hijo?

—Porque mi mamá tiene escondidos todos los que usted ha traído y yo los vi ahora dentro de una caja, pero ella me dijo que cuidado le iba a decir nada.

Tomás abrió los ojos lleno de asombro y se quedó pensativo largo rato. Dándose, al fin, una palmada en la frente, cayó en la cuenta del enigma, y se fue para el pueblo como hombre a quien alivian del peso de un enorme fardo.

Aquel día Tomás llegó tarde y tan alegre, que en la hacienda oyeron sus voces mucho antes de que llegase al patio de la casa, y salieron a ver qué novedad política habría, porque venía dando vivas y mueras con gran exaltación.

La esposa, que ignoraba la revelación del chico, le salió al encuentro:

—¿Qué es eso Tomás?... ¿Y el tubo?...

—Qué va a ser, querida mía, sino que hoy no traigo tubo —y arrojando a lo alto el sombrero en señal de triunfo exclamó— ¡Viva la libertad! ¡Muera el tirano!...

La cándida esposa comprendió con tristeza que Tomás había descubierto el secreto y que el tirano era el tubo!

Ahora, carísimo lector, admirémonos siempre de la virtud de Tomás, porque hay muchos en la viña del Señor que no harían el sacrificio de los tragos ni aunque llevaran sobre el ala del sombrero una docena de tubos de cristal!

(1903).

## EL BIRRETE DE JUDAS

Había un pueblo de los llanos de Venezuela, cuyo nombre no viene al caso, en donde se observaba rigurosamente la costumbre de quemar a Judas el sábado santo, al tiempo de cantar *Gloria*.

En uno de los años del famoso septenio de Guzmán Blanco, cuando estaba todavía en toda su fuerza la división de partidos en liberales y godos, o sea en *amarillos* y *rojos*, sucedió que le pusieron a Judas en la cabeza, no se sabe si con intención o sin ella, un birrete de papel amarillo, que había servido para unos disfraces en el pueblo.

Cuando el jefe político vio tal cosa, montose en cólera y mandó incontinenti que le quitaran el birrete amarillo, por ser un ultraje contra la bandera imperante, ultraje que no estaba dispuesto a tolerar, como decidido sostenedor de la causa, amigo incondicional del Ilustre Americano, etc., etc.; y cosa natural, se desahogó contra los godos, mandando que, en represalia, le pusieran a Judas birrete *rojo*.

Los liberales aplaudieron la orden, y por el molde del otro birrete, hicieron con gran presteza uno rojo, con que coronaron la grotesca efigie de Judas.

Pero he aquí que un propietario del pueblo llamado don Pedro, hombre popular y prestigioso, godo de origen, pero incorporado con los amarillos en obsequio de la paz del terruño, tan luego vio a Judas con birrete rojo, tomó también la cosa a ultraje contra el partido de sus simpatías, y apoyado en gran parte del pueblo, protestó contra la burla.

La situación era crítica: liberales y godos estaban para romper lanzas capitaneados por el jefe y el propietario. Intervino el cura, que iba ya para la iglesia cuando vio el nublado que había en la plaza; y llevándose para la sacristía al jefe y a don Pedro, los hizo entrar en tratados. Se convino en que no se pondría a Judas birrete amarillo ni birrete rojo, con lo cual se calmaron los ánimos, y el cura empezó los oficios que preceden a la misa del sábado santo, oficios retardados por el incidente.



Pero por sugestión del mismísimo Judas sería. que los amarillos, respetando el tratado de paz, optaron, sin embargo, por hacer a la carrera un birrete azul y ponérselo a Judas, creyendo que este tercer color, aunque también de significación política, no provocaría las mismas cosquillas banderizas.

El palo en que estaba izado Judas en la plaza, quedaba frente a la puerta mayor de la iglesia. La hora precisa se acercaba. Ardía ya el fuego y solo se esperaba la voz de la campana para consumir la quema.

Cuando el cura sale de la sacristía para el altar a dar principio a la misa, y ve allá en la plaza a Judas con el nuevo birrete, en vez de iniciar el santo sacrificio, se vuelve al sacristán y le ordena:

—Dígales de mi parte al jefe y a don Pedro, que la soga no ha de reventar por lo más delgado, y que yo también se defender mi partido. Que si no le quitan a Judas el birrete azul, no canto *Gloria*.

El sacristán salió corriendo a cumplir la orden, dejando al Cura en el altar y a los fieles en suspenso.

Y no hubo medio: el cura no cantó *Gloria*, sino cuando ya vio a Judas sin el nuevo birrete. Entonces empezó la misa, después de exclamar con satisfacción:

—¡Si estarían pensando que no había en el pueblo quien defendiera a los azules!

(1909).

## ALHAJA MALDITA

La casa de campo del viejo Andrés se hallaba situada a corta distancia del camino real, en la áspera y triste subida de un gran páramo, y, aunque no era de hospedaje, como no faltaban en ella los recursos, venía a servir de refugio a los viajeros retardados por causa del mal tiempo o cualquier otro accidente.

Cierta tarde, después de una fuerte nevada, cuatro viajeros de porte distinguido pidieron hospitalidad al viejo Andrés. Era este un anciano de continente venerable. Sus cabellos y barba, blancos como los copos de nieve que cubrían las alturas del páramo, parecían aun más blancos al lado del pañuelo encarnado que a manera de turbante ceñía su cabeza, y del pesado bayetón azul que cubría su cuerpo, según la costumbre tradicional de los que viven en aquellos ventisqueros.

Grata impresión de respeto y simpatía produjo en los viajeros el aspecto del dueño de la casa, quien los recibió con amable cultura, prodigándoles las comodidades necesarias.

En toda la comarca era tenido el viejo Andrés como un hombre singular. Para unos, era un sabio, un filósofo que leía y meditaba en el silencio augusto de las cumbres andinas; para otros, era un personaje del gran mundo, caído en desgracia, que vivía, resignado en el retiro, y para la rústica gente de los contornos, aquel anciano era un oráculo, un bienhechor, que los aconsejaba como padre, los recetaba como médico, les dirimía sus pleitos como árbitro, y los edificaba, en fin, con el ejemplo de la virtud y del trabajo.

Sin embargo, en la vida del viejo Andrés había algo desconocido: no se sabía de dónde era ni cuándo había venido a los Andes. Esto era un misterio.

Los viajeros no tenían motivo para conocer estas cosas, porque eran de lejanas tierras, pero a fuer de caballeros discretos, comprendieron que bajo aquel pañuelo encarnado había una cabeza inteligente, y bajo aquella burda cobija palpitaba un noble corazón.

Después de la frugal comida, los viajeros se cubrieron con sus abrigos, porque el frío era intenso, y se pusieron a conversar en la sala, a la luz de un farol colgado del techo, cuya claridad era tan vaga y melancólica, que apenas permitía distinguir los escasos muebles que había en la pieza. Al lado de la puerta que comunicaba con los aposentos interiores, se veía un antiguo sillón de brazos, cuya comodidad era provocativa, pero que ninguno se atrevió a ocupar, no obstante la invitación del viejo Andrés porque comprendieron al punto que era la silla patriarcal del anciano. Por el contrario, obligaron a este a sentarse en ella y tomar parte en la amigable tertulia.

Algo original y fantástico tenía aquel grupo, pálidamente alumbrado por la luz vacilante del farol, que era sacudido de cuando en cuando por alguna ráfaga de viento helado, que hacía estremecer de frío a los viajeros e iba a azotar la lengua barba del anciano, cuyo rostro grave y bien parecido, con el turbante rojo, hacía recordar a los magos y sabios encantadores de los cuentos moriscos.

La conversación fue rodando de asunto en asunto hasta llegar a las calamidades públicas, en lo cual se dividieron los pareceres sobre cuál sería la peor de todas: que la guerra, que la peste, que el hambre, que los terremotos; cada cual hablaba con calor, defendiendo sus ideas.

Solo el anciano permanecía callado como una tumba. Al cabo, uno de los viajeros se atrevió a decirle:

—Quisiéramos, señor, saber vuestro juicio, ya que podeis darlo con toda la autoridad de la experiencia.

—La experiencia, es verdad, pero ¡cuán caro cuesta! —contestó el anciano como evocando todo un pasado de amargura; y luego con voz firme les habló así:

—Todas las plagas y calamidades que afligen a la humanidad tarde o temprano pasan, y la tranquilidad vuelve. Pasan las grandes crecientes de los ríos que inundan vastos territorios: pasan las nubes de langosta, los granizos y las grandes heladas; pasan los huracanes, los ciclones y las fuertes tempestades; pasan las erupciones volcánicas y las tremendas sacudidas de tierra; pasan las pestes y las hambres que diezman los pueblos; pasan las guerras con su pavoroso estrépito y sus horripilantes escenas de fuego y de sangre; pasan los incendios, las sequías, los calores asfixiantes, y las calamidades todas pasan al fin, y la tranquilidad vuelve. Pero hay una calamidad moderna que no pasa nunca, sino que día por día crece y se multiplica por todas partes... ¡Ah! pero cuanto mejor sería que hablásemos de otro asunto.

Y el anciano calló, concentrándose en sí mismo con profundo abatimiento.

—Continuad, continuad —exclamaron los viajeros, interesados vivamente en saber cuál sería esa gran calamidad, e ignorando los motivos que tenía el viejo Andrés para no querer hablar de ella.

—Continuaré —dijo con resolución el anciano —pero sin daros el nombre de esa calamidad fatídica, porque he jurado no pronunciarlo jamás. Es ella la causa



de la eterna tristeza de mi vida, y la que aún tortura mi alma, en las noches de insomnio como un instrumento infernal...

Los viajeros se miraron sorprendidos: la figura del viejo parameño iba tomando a sus ojos las proporciones de un personaje raro, casi novelesco. Con viva exaltación continuó diciéndoles:

—Es una espada de Damocles pendiente a toda hora sobre la cabeza de inocentes y culpables; es una plaga destructora, que diariamente causa estragos en el seno de la sociedad; que arrebató vidas preciosas, con intención o al acaso, dejando por todas partes luto y lágrimas; plaga más dañina que un animal feroz, y tan alevosa como el reptil solapado que escupe el veneno y vuelve a su escondite; siniestra y mortífera como el rayo que el cielo fulmina.

A la escasa luz del farol, brillaban los ojos del anciano de un modo extraño. Los cuatro viajeros estaban en suspenso y pendientes de sus labios.

—Esa plaga terrible, más que los terremotos, los incendios, las tormentas y todas las calamidades que produce la cólera de los elementos; esa plaga diabólica e indestructible, que se ríe de la Ley y sacrifica millares de vidas, es sin embargo, una invención moderna, una alhaja reluciente del progreso, que el hombre civilizado, usa, con peligro de su vida y la de sus semejantes, en calles y plazas, en reuniones y paseos, en tertulias y festines, y hasta en el santuario del hogar doméstico...

El anciano se había levantado de su silla lentamente, como una sombra, y con voz ronca, casi lúgubre, continuó diciendo:

—Yo también la usé, ¡esto es espantoso, Dios mío!... yo también la usé hasta un día, en que volviendo de un largo viaje, penetro en mi casa transportado de gozo, y al desmontarme del caballo, se me escapa del cinto esa alhaja maldita: suena un tiro, y mi madre, ¡mi pobre madre! que salía a recibirme llena de alegría, da un grito de dolor, vacila un momento, y cae muerta en mis propios brazos, atravesada por un balazo!...

—El *revólver!* —exclamaron horrorizados los cuatro viajeros, levantándose como tocados por un resorte, a tiempo que el infeliz anciano, comprimiéndose el pecho con ambas manos, huía por la puerta del aposento, rugiendo como un león contra el arma maldita, y sollozando como un niño al recuerdo de la madre idolatrada! (1)

## A GRAN SUBIDA, GRAN CAIDA

Había en París un barbero, no se sabe si turco, sueco o polaco, aunque la nacionalidad no viene al caso, que hacía su oficio como cualquier otro, pero que favorecido por la suerte llegó a poner su tienda con gran lujo, lo que le atrajo naturalmente muchos clientes del mundo elegante, que iban allí no tanto por la habilidad del barbero, sino por remirarse en las famosas lunas de Venecia y deleitarse con la suavidad de los perfumes, arrellenados en ricos y cómodos sillones.

---

(1) Este cuento obtuvo la medalla de oro en el Certamen Literario efectuado por el *Salón de Lectura* de San Cristóbal en 1908.

Y sucedió que el vaporoso diablillo de la vanidad, provisto de todas sus armas, que son fuelles y sopletes de distintas hechuras y tamaños, vino a apoderarse de aquella testa barberil, soplándola con tanta fuerza, que la dejó como bomba de caucho a punto de reventar. Creyose ya nuestro hombre en el pináculo de la gran metrópoli, o sea el rey de los barberos parisienses; y sentado en esta ilusoria eminencia, pasó a mayores, creyendo ser también el primer barbero del mundo entero, por la sencilla razón de estar reputado París como centro de la civilización universal.

Engolfado en esta presuntuosa idea y desvanecido por la adulación de la clientela alegre y casquivana que siempre lo rodeaba, mandó poner sobre la puerta de la tienda en doradas letras este arrogante letrero:

#### “LA MEJOR BARBERIA DEL MUNDO”

¡Aquí ardió Troya! pues tratándose de una ciudad cosmopolita, en un santiamén empezaron a detenerse y formar corrillos ante el nuevo rótulo muchos curiosos de distintas nacionalidades, haciendo comentarios y protestas en varios tonos, según la calidad de las personas.

—La mejor de Europa podrá ser, pero no del mundo entero, porque en América las hay mejores, dijo un yanqui.

—De la Europa Continental si acaso, pues pongo fuera a Inglaterra, rectificó con mucha flema un inglés. Solamente en la ciudad de Londres hay más de dos mil quinientas barberías. Debe este barbero probar antes la superioridad sobre cada una de ellas.

—Y que la pruebe también sobre las barberías de Roma, Milán, Turín, Venecia, Nápoles y *tutti quanti*, exclamó un italiano con la vehemencia del patriotismo latino.

—Y sobre las de Madrid, Barcelona, Toledo, Sevilla y mil lugares más, agregó un español. Será la mejor de Francia, y santas pascuas.

—¿De Francia decís? Pues tampoco, dijo un gascón, porque yo las he visto mejores en Burdeos. Será un buen rapabarbas de París y nada más.

Entonces saltó a la palestra un estudiante; y con voz tribunicia se dirigió a los circunstantes en estos términos.

—Estamos perdiendo el tiempo en inútiles protestas. París tiene más de cien barberías superiores a esta. Propongo, pues, que se sustituya en el rótulo la palabra “mundo” con “barrio”, y así dirá la verdad.

—Tampoco estará en lo cierto, gritó al punto un vecino que acababa de detenerse, porque a treinta pasos de aquí hay otro taller que no es inferior a este. Ahora vereis el rótulo que mejor le cuadra.

Y abriéndose paso por entre la multitud, echó a correr en solicitud de un carbón con que escribir; pero todos desatendieron al vecino para atender a la policía que ya tomaba cartas en el asunto. La gente aumentaba por instantes, y con ella las voces y gritos, de suerte que vino a formarse allí otra confusión de lenguas como en la torre de Babel.

Los clientes del gran taller, en viendo que aquel nublado amenazaba desatarse, si no en rayos y truenos, por lo menos en un aguacero de palos y mojicones, tu-



vieron la feliz idea de escurrirse a tiempo, dejando en los mayores aprietos al pobre barbero.

En resumen, la policía, para calmar el alboroto y prevenir demasías, dispuso cuerdamente que se quitase la causa, o sea el arrogante letrado; y fue entonces cuando todos se fijaron en el vecino que antes había salido en carrera, el cual acababa de escribir sobre la pared del taller en caracteres muy gordos el siguiente rótulo, que fue saludado con estrepitosos aplausos:

#### “LA MEJOR BARBERIA DE ESTA ESQUINA”

Amilanado, cariacontecido y meditabundo quedó el infeliz barbero, viéndose en un momento despeñado de la considerable altura de fanal del mundo a la humilde condición de candil de encrucijada!

Tal es el castigo que suelen tener los que se andan por las nubes de la vanidad y del orgullo, y cuanto más alta haya sido la subida, mayor será la caída, sin que valgan para curar estos porrazos las tinturas ni los ungüentos, sino una buena dosis de resignación y firmes propósitos de enmienda.

(1916).

### LA VENGANZA DEL ALCALDE

En la plaza de cierto pueblo había un guamo muy frondoso, a cuya sombra se reunían los vecinos por las tardes y en las noches de luna en amigable tertulia, sentados en sillas que llevaban de las casas más inmediatas, pues en torno del guamo no había sino el suelo de tierra mondo y lirondo. Todos deseaban que se pusiese allí un escaño para mayor comodidad y como principio de una glorieta o cosa parecida; y tanto porfiaron, hasta que el Alcalde vino en ello, y lo mandó construir para dar gusto al pueblo y perpetuar su nombre con alguna obra de progreso.

Llegó por fin el día de colocar el deseado escaño, lo que se hizo un sábado, reservando la solemne inauguración para el otro día, o sea el domingo, después de misa, en que habría suficiente concurso de gente. Pero el hombre pone y Dios dispone: no sabía el bueno del Alcalde lo que es el público cuando se constituye en perito para hacer la crítica de una obra cualquiera: *tot homines, quot sententiae*.

Verdad que muchos aplaudieron la mejora, pero fueron más los reparos y tachas que las voces de mero aplauso.

Habló el señor Cura, y dijo:

—Mejor estaba el guamo sin escaño, porque ahora va a convertirse en un foco de irreverencias frente al templo.

—¡Valiente cosa! dijo un maestro albañil, hacer un escaño de madera para la intemperie. Eso es pan para hoy y hambre para mañana.

—¡Esto nos faltaba! exclamó un padre de familia, ahora los niños lo van a pasar de ociosos sentados en la plaza.

—Pero en qué cabeza cabe pintar el escaño de verde: mejor habría quedado pintado de azul, dijo un pintor de brocha gorda.

—Y ahora dónde pensará el señor Alcalde que pongamos las bestias los días de mercado, si se coge la sombra del guamo para poner este armatoste, dijo mal humorado uno de los muchos labriegos que por allí había.

—¡Per Dio santo! questo es duro como un banco di penitencia, dijo un italiano después de haber dado algunas palmadas sobre el escaño.

Y fueron llegando todos los vecinos atraídos por la novedad del caso, y dando cada uno su opinión. Huelga decir que no había dos pareceres iguales: unos que muy angosto, otros que muy ancho; estos que debía tener el frente para acá, y aquellos que para allá y mil opiniones distintas.

El boticario del pueblo, que también oficiaba como protomédico, y que a la sazón estaba leyendo en su casa un tratado sobre la teoría microbiana, en viendo el escaño, dijo para sus adentros, aquí no peco, y ante buen número de cándidos oyentes condenó la obra del Alcalde como perjudicial a la salubridad pública:

—De hoy en adelante la sombra del guamo será peligrosísima, será un verdadero centro de contagio, porque todas las enfermedades irán dejando en el escaño una plaga de microbios!...

Y el sacristán se quejó contra el Alcalde, porque ponía escaño en la plaza, cuando la iglesia carecía de asientos; y una viuda cargada de hijos, echó pestes contra el mismo empleado, porque malgastaba la renta en cosas superfluas, habiendo en el pueblo tantas necesidades por socorrer.

Pueblo chico, infierno grande. A oídos del Alcalde llegaba el eco de cuanto se decía sobre el escaño, con añadidas y comentarios: de suerte que ya con la tarde tenía encendidas las orejas, y aunque manso de condición, estaba cargado como un trabuco, pronto a reventar con una alcaldada. Sin embargo, esperó con heroica tranquilidad a que acabara el día y el pueblo se entregase al sueño, para tomar providencia entre gallos y media noche. Nadie podía imaginarse lo que pensaba el enojado Alcalde.

El domingo por la mañana, ¡gran sorpresa! El escaño había desaparecido, y en su lugar encontraron los vecinos tendido en el suelo un enorme tronco de corozo erizado de espinas, con este letrero muy visible:

*Para que se sienta el respetable público, mientras se hace un escaño al gusto de todos.*

(1917).

## MINIATURAS

### EL LAUREL Y LA VIOLETA

Quiso la casualidad que juntos crecieran en pobre y retirado jardín el laurel y la violeta.

—Qué esquivas eres, modesta flor, dijo a la violeta el gallardo y altivo laurel. Jamás te admiro de cerca, siempre huyes y te escondes a mi vista.



—No tal, replicó la sencilla planta, pues recuerdo haber vivido contigo, en estrecho consorcio tus ricas palmas y mis flores.

—¡'lú!... ¡la violeta, haber vivido conmigo!... Deliras, inocente flor. No me has dicho muchas veces que huyes de mí porque te ofenden mi arrogancia y esplendor? Díme, pues, ¿dónde han podido entrelazarse alguna vez la tímida violeta y el laurel soberbio?...

—¿No lo recuerdas? En la frente del Mariscal de Ayacucho.

### LAS TRES LAGRIMAS (1)

Cayó sobre los pétalos de una flor, apenas entreabierta, una brillante gota de rocío, que dijo suplicante:

—Vengo de los ojos de un niño, y quiero vivir oculta en tu cáliz perfumado. No me deseches florecilla amada, que soy lágrima de candor y de inocencia.

Cierta avecilla hermosa, que por allí cerca bañaba su pintado plumaje en las ondas cristalinas de un arroyo, alza rápidamente el vuelo, revolotea en el espacio, trinando con dulzura, y deja caer sobre la misma florecilla otra gota de rocío, tan brillante como la primera, que de este modo le dice:

—Soy lágrima de ternura y de alegría, y te ruego, florecilla amable, me alojes también en tu cáliz perfumado.

Llena de gratitud y de bondad, iba a contestarles la tímida flor cuando de lo azul del firmamento cae sobre sus pétalos otra lágrima brillante y hermosa, que le hace con voz angelical la misma súplica:

—Yo vengo de lo alto a vivir en tu casto seno: no me deseches tampoco, florecilla amable, porque soy lágrima de piedad y de esperanza:

Surge radiante el sol en el oriente; y las tres lágrimas tiemblan en su presencia, porque amenaza consumirlas con el fuego encendido de sus rayos.

Entonces la florecilla hospitalaria, meciéndose gallardamente sobre su esbelto tallo, entreabre con inefable goce sus delicados pétalos, y las tres lágrimas brillantes y hermosas, se albergan tranquilamente en el cáliz perfumado de su bella protectora.

Que sea tu corazón, hija mía, como el seno virgen y fragante de aquella florecilla, y que en él guardes siempre esas tres lágrimas sublimes que pido al cielo sean las únicas que viertan tus ojos.

Lágrimas de candor y de inocencia.

Lágrimas de ternura y de alegría.

Lágrimas de piedad y de esperanza!

### AVECILLA ERRANTE

Avecilla misteriosa que vuela siempre sin posarse jamás, avecilla errante, esquiva como ninguna otra ave, a quien rinden vasallaje las flores, los céfiros, las fuentes y los ríos.

---

(1) Escrito en el album de mi hija María Teresa en 1906.

El sol la busca para acariciarla con sus rayos de oro, y la luna la cubre con sus lampos de plata en las noches perfumadas.

¿La conocéis? El pobre mortal la adora y la sigue hechizando; corre tras ella lleno de esperanza, se rasga los pies con zarzas del camino, consume todo su genio, encallece sus manos en rudas labores, afronta los mayores peligros, obra prodigios de valor e inteligencia, todo por darle alcance; pero la avecilla misteriosa vuela sin posarse jamás.

En sueños creía tenerla en mis manos, la estreché contra mi corazón y poniendo mi frente bajo sus alas resplandecientes, le pregunté anhelante:

—¿Quién eres?

Y la misteriosa avecilla con una voz más dulce que el sonido de una arpa angelical, me respondió al oído:

—Yo soy tan vieja como el mundo. Cautiva estuve en manos del primer hombre, pero cuando este faltó a su Dios, yo huí espantada del Paraíso, y desde entonces vuelo errante por toda la faz de la tierra sin detenerme jamás.

—¿Pero cuál es tu nombre?

—Yo soy la felicidad.

Y esquiva como ninguna otra ave, la errante avecilla continuó volando, volando siempre, sin posarse jamás!

## POR TIERRA Y POR AGUA (1)

La lengua era intérprete del corazón, publicaba sus mensajes, revelaba sus secretos, desempeñaba, en fin, las funciones que le estaban atribuidas, todo con envidiable precisión y exactitud. Era la edad de oro del sentimiento.

Pero como todo cambia en la vida, empezó la lengua, movida por sugerencias de la cabeza, a falsificar de tal suerte los *productos* del corazón, que este daba saltos y se retorció dentro del pecho, viendo que no eran suyos los sentimientos que expresaba, sino hechuras del cálculo o meras inventivas de la caprichosa imaginación.

Así las cosas, vióse el corazón en el caso de buscar una vía más segura, un camino que lo librase de la mala fe de la cabeza, principalmente en los asuntos más graves e íntimos de su vida.

Por experiencia debes saberlo, querido lector: cuando lo que quiere expresarse es el verdadero sentimiento, la garganta parece que se anuda y la lengua enmudece, porque de hecho se abandona esta trajinada vía, que es la de tierra.

Pero en cambio, brilla en los ojos una lágrima, que cual onda de oculto y misterioso lago, trae algún secreto del corazón, alguna página inefable de verdadero sentimiento.

Dudemos, pues, de la lengua, porque la correspondencia íntima del corazón viene por agua, navega en las lágrimas.

---

(1) Esta miniatura se publicó en "El Lápiz" en 1885, y se reproduce ahora con algunas variantes.



## MISTERIOSA ESTRELLA

Hay una estrella en el cielo que no figura en los textos de astronomía ni en las cartas celestes, no obstante ser la estrella de que más se habla, y la más querida y deseada de los hombres.

Estrella de dos faces, una opaca y otra brillante; estrella de movimientos tan vagos y caprichosos, como los del cometa más excéntrico y vagabundo.

Estrella loca, sin oriente ni poniente, que, cuando sale, sale por donde se le antoja, y que a lo mejor del tiempo se apaga y nos deja a oscuras.

Estrella que el telescopio no aprisiona, ni los sabios han podido someter a estudio.

Estrella que tiene tantos satélites cuantas criaturas hay en la tierra, pues todos giramos en torno de ella, cantando o gimiendo, según la faz que nos muestre.

Es la misma estrella que tú persigues, oh lector, desde el observatorio ideal de tus aspiraciones, la estrella que siempre se levanta a tus ojos en el horizonte de la existencia, ora risueña y hermosa como un sol de primavera, ora apagada y triste como una luna de invierno.

Es la estrella más ingrata de todas las estrellas; la estrella simbólica que rige el destino de la vida; en una palabra, la estrella fugaz de la Fortuna!

## LA LEYENDA DEL PAPEL

La piedra, el ladrillo, el cobre, la madera y otras materias sobre las cuales se escribió primitivamente, eran harto ásperas y pesadas.

El pensamiento se reclinaba en ellas a dormir tristísimo sueño en medio de la soledad y el silencio.

La palabra que llenaba por un momento el espacio, la voz del filósofo, el canto del bardo, todo puede decirse que moría con el último eco.

Un día el pensamiento llamó a las puertas del cielo: los ángeles escucharon con atención.

—Mi vida es muy triste, les dijo; desde la estrecha cárcel donde habito sobre la tierra, yo envidio el curso de los ríos, el vuelo de las aves y la ligereza del viento; quiero correr, volar, difundirme como la luz por todas partes, pero no tengo medios. Si todo bien aquí se encierra, oíd mi súplica, dadme medios y fundaré mi imperio.

Y cuéntase que entonces un ángel generoso y bello, movido de compasión, dejó caer sus alas sobre la tierra.

Este es el origen del papel, vehículo de la idea, bajel precioso que la lleva en triunfo sobre el oleaje del mundo, espejo del alma, campo, en fin, donde diariamente caen, como lluvia bendita, los pensamientos del poeta y las investigaciones del sabio.

Dos hojas se han disputado siempre la preponderancia de las naciones: la hoja de acero, que lucha en la oscuridad pavorosa de la guerra; y la hoja de papel arma de la civilización, que conquista en pleno día.

La primera pasa por el mundo, agitando las pasiones y sembrando el exterminio.

La segunda recorre el planeta, vestida con los colores del iris, publicando con trompa de oro las maravillas del arte y los milagros del talento.

¡Mil veces salve, celestial invento!

12

1854

TERCERA PARTE



## EL COLLAR DE SALOME

Entre las antiguas ferias de España, era notable la de Ciudad Real, que se celebraba el 15 de agosto, día de Nuestra Señora de la Asunción. De muchas leguas a la redonda acudía gente atraída por la riqueza de las mercaderías y manufacturas que en ella exhibían los judíos y moriscos, casi dueños, antes de su expulsión, de la industria y comercio de la real villa fundada por don Alfonso el sabio.

Ciento treinta torres y ocho puertas tenía la ciudad; y por cada una de estas puertas entraban desde la víspera multitud de peregrinos, llevados unos por el cebo de los negocios, otros por tradicional devoción a la milagrosa imagen de Santa María del Prado, y casi todos por un deseo mixto de pasar el tiempo a lo divino y lo humano, o sea con un pie en la gótica iglesia y otro en los toldos de la ruidosa feria.

Entre las personas que visitaron la feria del año 1604, nos fijaremos en dos aldeanas de muy diferente edad: de rostro senil la una y jovencita la otra, de ojos negrísimos, tez trigueña y delgadas formas, fiel trasunto de las guapas morenas del Genil. Esta salerosa aldeana, que con tímidos pasos avanza por las calles de la ciudad, ignorante de su triunfal belleza, esa es Salomé, protagonista de esta historia, huérfana de padre y madre, quien por primera vez asiste a la feria, más por femenil curiosidad que por cualquier otro motivo, porque era muchacha discreta y virtuosa, criada en el campo con el santo recogimiento de la doncella cristiana.

No tenía más allegados que la rústica tía que la acompañaba, ni más patrimonio que un apartado cortijo con algún rebaño, que ella misma pastoreaba por breñas y malezas, siempre con ánimo varonil y olvidada de la pompa y vanidad del mundo. Con el objeto de instruirla en prácticas religiosas para que hiciese la primera comunión, fue mandada por sus padres a Ciudad Real, en calidad de doméstica de una piadosa señora, con la cual vivió más de dos años, temporada que comunicó a sus modales y pensamiento cierto airecillo de cultura urbana, que hizo más amable su trato y conversación.

Ya para morir su buena madre, incorporóse un día en el lecho, y tomando las manos de Salomé entre las suyas, le dijo con inefable ternura:

—Mira, hija, nada tengo que dejarte en dinero, porque la pobreza no nos ha permitido ningún ahorro, pero en la punta de este pañuelo está la gargantilla que tú conoces, única joya que hemos tenido. Te encargo la cuides mucho y la conserves como una reliquia. Es un recuerdo de tu padre, a quien Dios tenga en santa gloria. La traje de América cuando fue de criado de un Capitán que pasó de estos reinos a la isla de Cubagua. El la tenía en gran estima, y me la colgó al cuello como regalo de bodas, con admiración de cuantos se hallaban presentes. Si el cielo te depara un buen novio, como lo pido con toda el alma, adórnate

con ese collar el día de tus bodas, y serás feliz, como yo lo he sido en mi matrimonio.

Enternecióse Salomé al oír las palabras de su moribunda madre y recibir la joya, que era a la verdad muy rara y valiosa, resaltando aún más su riqueza en manos de tan rústicas y humildes poseedoras. Sabido es que las perlas de Cubagua, Coche y Margarita rivalizaron en el siglo XVI con las afamadas del Oriente por su gran tamaño y hermosura. No serían las de Salomé de precios fabulosos como las de Cleopatra, pero sí valiosas de muchos miles de reales por su tamaño y finísima calidad, acaso de las últimas que por aquel tiempo ofreciera el mar Caribe a la codicia de los pobladores de Nueva Cádiz, el primero y fugaz emporio de las riquezas naturales de Venezuela.

Volviendo al collar, aquellas sencillas aldeanas siempre lo tuvieron muy oculto, como reliquia de familia y talismán de ventura sin que las hubiera tentado la codicia del mucho dinero que podía valer. Circunscritas sus aspiraciones al agreste retiro en que vivían, bastábales el cortijo, con su huerta y rebaño, para la diaria subsistencia. Mujeres dignas de la bendita Arcadia.

Salomé guardó el collar desde aquel día en el fondo de su baúl con mil precauciones de seguridad. Allí lo veía y admiraba cada vez que sacaba sus ropilla de gala para ir los domingos a la vecina aldea. Era una tentación constante; y tantas veces va el cántaro a la fuente que al fin quiebra. El ruido de la próxima feria despertó en tía y sobrina un deseo vehemente de ir a Ciudad Real, como lo hicieron dejando el cortijo, en su ausencia, a cargo de una buena vecina.

Al sacar sus mejores prendas de vestir y dar con en espléndido collar, la simpática pastorcilla tuvo un vanidoso deseo: creyó llegada la ocasión de lucir la joya, deseo muy natural en una chica que más de una vez se había oído llamar hermosa y que de hecho lo era en demasía. Con mano trémula hizo la prueba, poniéndose a solas el collar. Brillaron las margaritas a plena luz con magnífico oriente, y más brillaron todavía los bellos ojos de Salomé, al verse ante el espejo de tal suerte ataviada. La resolución no se hizo esperar, entrando desde luego la bellísima joya en el lío de viaje.

De tentación en tentación. Al dejarse ver en las calles y plazas de Ciudad Real, no pocas personas pusieron sus ojos en el collar, y más los mercaderes, en las tiendas que visitaba Salomé para recrearse contemplando la infinita variedad de objetos de lujo y artificiosa invención que solo allí podían verse en tiempo de feria.

Un joven judío, cuyos ojos relampaguearon de codicia ante el collar de la pastora, abre un cofrecillo repleto de oro ante la inexperta joven, diciéndole sin ningún preámbulo:

—Mira, zagala, te doy por esa gargantilla cuantas monedas puedas sacar tú misma de este cofre con la mano derecha.

—¡Un puñado de escudos! ¡Jesús, cuanto oro! exclamó alucinada la tía, sin poder contener su asombro, no acostumbrada a ver en junto tanto oro acuñado, a tiempo que Salomé, sonriendo con desdén, desechaba la propuesta en términos muy corteses.

—Te doblo la oferta. Sacarás dos puñados de oro, uno tras otro. ¿Aceptas?

—Tampoco hago negocio, contesta la joven con gran impavidez.



—A más del oro, te daré un vestido completo de seda, que ha de sentarte, como a una reina. Mira qué gran primor.

Y el judío extiende a vista de la sencilla aldeana, que enmudece de asombro, un riquísimo traje carmesí, de legítima seda de Granada, con sus blondas y brocados de finísima hechura. El joyero le creyó vencida, pero vuelta en sí Salomé del momentáneo deslumbramiento, sacude pausadamente la cabeza en señal de negativa.

—¡Hola! estimas en mucho tu collar. Habla con franqueza. ¿Cuánto pides en moneda corriente?

—Perdéis el tiempo en ofertas. Nada pido, porque no he de vender jamás mi gargantilla.

Sorprendidos quedaron el joyero y los circunstantes de la firme y rotunda negativa de la zagala, sorpresa que tuvieron asimismo otros mercaderes al hacerle propuestas semejantes, con el codicioso interés que inspiraba el esplendor de las perlas.

No se escapaba a Salomé, que podía ser objeto de suposiciones maliciosas respecto al origen de la prenda y modo como hubiera llegado a su propiedad. Tanto por esta justa consideración, como por esquivar las tenaces y escudriñadoras miradas que por todas partes le dirigían, haciéndole salir los colores a la cara, resolvió quitarse la pesada gargantilla, y ocultarla, como lo hizo, en el bolsillo de la falda, sintiéndose con ello aliviada del continuo bochorno y en condiciones de continuar visitando la feria sin rémoras ni inquietudes.

Hechas las compras, insignificantes por demás, tía y sobrina salieron de la feria con ánimo de volver temprano a la posada donde habían pernoctado, que distaba buen trecho de la ciudad. Detúvose Salomé extramuros para guardar, junto con la gargantilla, los menesteres de costura que había comprado, agujas, alfileres, bombones, y otras menudencias, acabando de repletar el bolsillo con su pañuelo de manos.

—La noche se nos viene encima, díjole la tía, bueno será correr un poco, si te parece.

—Pues, si su merced está dispuesta no hay por aquí mucha gente que nos vea.

Y esto diciendo, regazóse la falda la pastorcilla con singular donaire, y haciendo lo mismo la otra aldeana, iban ya a lanzarse a todo paso por las vueltas del camino, cuando las detuvo el sentir detrás fuertes pisadas de caballos. Era una noble dama, ricamente ataviada, en vistoso alazán, con arneses chapeados de bruñida plata, que volvía de Ciudad Real a su castillo, acompañada de dos pajes también a caballo, cubiertos con muy lindas y costosas libreas.

Las aldeanas que se habían hecho a un lado de la senda, continuaron su camino a todo paso, hasta entrar jadeantes en la posada, donde se sentaron a descansar, satisfechas de haber llegado con plena luz del día.

¡Pero, oh crueldades del destino! Al registrarse el bolsillo la doncella para ver con calma las chucherías compradas en la feria, da un grito de dolorosa sorpresa.

—¡Virgen Santísima!... ¡Mi collar!...

El golpe era despiadado y terrible. La faltriquera estaba algo descosida en el fondo, y todo había desaparecido, menos el pañuelo!...



con ese collar el día de tus bodas, y serás feliz, como yo lo he sido en mi matrimonio.

Enterneci6se Salomé al oír las palabras de su moribunda madre y recibir la joya, que era a la verdad muy rara y valiosa, resaltando aún más su riqueza en manos de tan rústicas y humildes poseedoras. Sabido es que las perlas de Cubagua, Coche y Margarita rivalizaron en el siglo XVI con las afamadas del Oriente por su gran tamaño y hermosura. No serían las de Salomé de precios fabulosos como las de Cleopatra, pero sí valiosas de muchos miles de reales por su tamaño y finísima calidad, acaso de las últimas que por aquel tiempo ofreciera el mar Caribe a la codicia de los pobladores de Nueva Cádiz, el primero y fugaz emporio de las riquezas naturales de Venezuela.

Volviendo al collar, aquellas sencillas aldeanas siempre lo tuvieron muy oculto, como reliquia de familia y talismán de ventura sin que las hubiera tentado la codicia del mucho dinero que podía valer. Circunscritas sus aspiraciones al agreste retiro en que vivían, bastábales el cortijo, con su huerta y rebaño, para la diaria subsistencia. Mujeres dignas de la bendita Arcadia.

Salomé guardó el collar desde aquel día en el fondo de su baúl con mil precauciones de seguridad. Allí lo veía y admiraba cada vez que sacaba sus ropilla de gala para ir los domingos a la vecina aldea. Era una tentación constante; y tantas veces va el cántaro a la fuente que al fin quiebra. El ruido de la próxima feria despertó en tía y sobrina un deseo vehemente de ir a Ciudad Real, como lo hicieron dejando el cortijo, en su ausencia, a cargo de una buena vecina.

Al sacar sus mejores prendas de vestir y dar con en espléndido collar, la simpática pastorcilla tuvo un vanidoso deseo: creyó llegada la ocasión de lucir la joya, deseo muy natural en una chica que más de una vez se había oído llamar hermosa y que de hecho lo era en demasía. Con mano trémula hizo la prueba, poniéndose a solas el collar. Brillaron las margaritas a plena luz con magnífico oriente, y más brillaron todavía los bellos ojos de Salomé, al verse ante el espejo de tal suerte ataviada. La resolución no se hizo esperar, entrando desde luego la bellísima joya en el lío de viaje.

De tentación en tentación. Al dejarse ver en las calles y plazas de Ciudad Real, no pocas personas pusieron sus ojos en el collar, y más los mercaderes, en las tiendas que visitaba Salomé para recrearse contemplando la infinita variedad de objetos de lujo y artificiosa invención que solo allí podían verse en tiempo de feria.

Un joven judío, cuyos ojos relampaguearon de codicia ante el collar de la pastora, abre un cofrecillo repleto de oro ante la inexperta joven, diciéndole sin ningún preámbulo:

—Mira, zagala, te doy por esa gargantilla cuantas monedas puedas sacar tú misma de este cofre con la mano derecha.

—¡Un puñado de escudos! ¡Jesús, cuanto oro! exclamó alucinada la tía, sin poder contener su asombro, no acostumbrada a ver en junto tanto oro acuñado, a tiempo que Salomé, sonriendo con desdén, desechaba la propuesta en términos muy corteses.

—Te doblo la oferta. Sacarás dos puñados de oro, uno tras otro. ¿Aceptas?

—Tampoco hago negocio, contesta la joven con gran impavidez.

—A más del oro, te daré un vestido completo de seda, que ha de sentarte, como a una reina. Mira qué gran primor.

Y el judío extiende a vista de la sencilla aldeana, que enmudece de asombro, un riquísimo traje carmesí, de legítima seda de Granada, con sus blondas y brocados de finísima hechura. El joyero le creyó vencida, pero vuelta en sí Salomé del momentáneo deslumbramiento, sacude pausadamente la cabeza en señal de negativa.

—¡Hola! estimas en mucho tu collar. Habla con franqueza. ¿Cuánto pides en moneda corriente?

—Perdéis el tiempo en ofertas. Nada pido, porque no he de vender jamás mi gargantilla.

Sorprendidos quedaron el joyero y los circunstantes de la firme y rotunda negativa de la zagala, sorpresa que tuvieron asimismo otros mercaderes al hacerle propuestas semejantes, con el codicioso interés que inspiraba el esplendor de las perlas.

No se escapaba a Salomé, que podía ser objeto de suposiciones maliciosas respecto al origen de la prenda y modo como hubiera llegado a su propiedad. Tanto por esta justa consideración, como por esquivar las tenaces y escudriñadoras miradas que por todas partes le dirigían, haciéndole salir los colores a la cara, resolvió quitarse la pesada gargantilla, y ocultarla, como lo hizo, en el bolsillo de la falda, sintiéndose con ello aliviada del continuo bochorno y en condiciones de continuar visitando la feria sin rémoras ni inquietudes.

Hechas las compras, insignificantes por demás, tía y sobrina salieron de la feria con ánimo de volver temprano a la posada donde habían pernoctado, que distaba buen trecho de la ciudad. Detúvose Salomé extramuros para guardar, junto con la gargantilla, los menesteres de costura que había comprado, agujas, alfileres, bombones, y otras menudencias, acabando de repletar el bolsillo con su pañuelo de manos.

—La noche se nos viene encima, díjole la tía, bueno será correr un poco, si te parece.

—Pues, si su merced está dispuesta no hay por aquí mucha gente que nos vea.

Y esto diciendo, regazóse la falda la pastorcilla con singular donaire, y haciendo lo mismo la otra aldeana, iban ya a lanzarse a todo paso por las vueltas del camino, cuando las detuvo el sentir detrás fuertes pisadas de caballos. Era una noble dama, ricamente ataviada, en vistoso alazán, con arneses chapeados de bruñida plata, que volvía de Ciudad Real a su castillo, acompañada de dos pajes también a caballo, cubiertos con muy lindas y costosas libreas.

Las aldeanas que se habían hecho a un lado de la senda, continuaron su camino a todo paso, hasta entrar jadeantes en la posada, donde se sentaron a descansar, satisfechas de haber llegado con plena luz del día.

¡Pero, oh crueldades del destino! Al registrarse el bolsillo la doncella para ver con calma las chucherías compradas en la feria, da un grito de dolorosa sorpresa.

—¡Virgen Santísima!... ¡Mi collar!...

El golpe era despiadado y terrible. La faltriguera estaba algo descosida en el fondo, y todo había desaparecido, menos el pañuelo!...



Sin pérdida de tiempo, casi fuera de sí, la joven sale a toda prisa, acompañada de la tía, a desandar el camino hecho, mirando por el suelo con indescriptible ansiedad, entre lágrimas y sollozos, volviendo hasta la puerta de la ciudad, pues hasta allí estaba cierta que existía el collar en su bolsillo. Todo fue en vano.

Por el sendero especial que conducía a la posada, con nadie se había tropezado, pero por el camino real sí transitaba alguna gente. Con semblante angustiado, había preguntado a los viandantes por su rica gargantilla, hallando compasión en unos, burla en otros y sorpresa en todos los que la oían hablar de oro y perlas de gran valor, siendo en apariencia tan humilde aldeana.

Tonos grises y melancólicos vinieron a empañar el brillante colorido de las nubes, llamas de incendio cubrieron el ocaso, y junto con el último canto de las aves, resonó por los valles y colinas el eco solemne de las campanadas del *Angelus*. Los caminantes se detienen en silencio para orar a media voz; y las sombras de la noche, más negras y tristes que nunca, caen como una capa de plomo sobre el corazón de la infeliz doncella, doblegándola por fuerza ante la fría y dolorosa realidad. ¡Su collar perdido!... Temerosa de verse sola por aquellos parajes, cerrada ya la noche, torna con presteza a refugiarse en la posada, regando de nuevo con lágrimas de intensa pesadumbre aquel camino de su mala ventura.

Un alcalde de la Hermandad que hacía ronda por allí supo aquella misma noche en la posada la pérdida del collar; y movido a compasión ante el llanto de Salomé, prometiéndole desde luego, con noble solicitud, dar el aviso del caso a los ministros de la justicia, lo mismo que a los joyeros y comerciantes de Ciudad Real para que estuviesen advertidos, en cuya diligencia ofrecía poner el mayor empeño, con lo que atenuó la aflicción de la joven, haciéndola concebir un vislumbre de esperanza.

\* \*

No solo el tiempo que todo lo modifica en breve, de tejas para abajo, sino nuevas y muy vivas impresiones vinieron a calmar un tanto el ánimo de Salomé, quien veía en esta inesperada desgracia un justo castigo por haber desoído los consejos y recomendaciones de su moribunda madre, la cual nunca sacaba a lucir el collar por temor de perderlo. La belleza de la pastora traía ya en tiernos suspiros y hondos pensamientos a más de un enamorado mozo del lugar, entre ellos al hijo de un rico molinero, en cuyo pecho hacía estragos la chispa misteriosa del amor, chispa que había encendido no menos el corazón de la bella pastora, rindiéndole hasta prometer su mano y su suerte al afortunado galán.

¡Oh, pero al pensar Salomé en su próxima boda, el llanto inundaba sus ojos, al pensar también en su magnífico collar! ¡Era el día de lucirlo, según el encargo de su cariñosa madre!

Pasados dos meses, Salomé se dispuso para hacer otro viaje a Ciudad Real, a fin de saber del alcalde el resultado de las pesquisas hechas, con la esperanza de que hubiese aparecido su collar. Haría una vía y dos mandados, porque pensaba ir también a Almagro, para cumplir antigua y piadosa costumbre de sus mayores, llevando oraciones y ofrendas a la Santísima Virgen del Rosario, expuesta durante el mes de octubre a la veneración de los fieles en la capilla del Convento de la citada ciudad, en donde acudía toda clase de gente, en numerosa romería, por ser muy arraigada la devoción en toda la comarca.

Según el itinerario, debían tocar primero en Almagro, a donde llegaron en efecto, dirigiéndose allí mismo a la Capilla del Convento que a la sazón se ha-

llaba solitaria. Con la timidez propia de las campesinas, acercáronse tía y sobrina al mesón donde estaba colocada la milagrosa imagen entre luces y flores. Por una de las ojivas del templo penetraba un rayo de sol, celestial destello que iluminaba el rostro amable y dulcísimo de la Reina de los Angeles.

Depositaron sobre la alfombra frente al trono los ramos de flores, encendieron la vela que llevaban prevenida, y puestas de rodillas, se disponían a rezar, cuando de súbito levántase Salomé, como tocada por un resorte. Acércase más al mesón con los ojos fijos en la imagen, exclamando llena de confusión y de alegría:

—¡Mi collar, Virgen Santa!...

—¿Qué dices? muchacha, le pregunta la tía, levantándose también.

—¡Véalo, su merced! Allí, allí, en el pecho de la Santísima Virgen.

A las voces y ademanes de las aldeanas, acude el fraile que cuidaba del templo en aquella hora.

—Perdóneme, padre, le dice Salomé en viéndolo llegar. Hace dos meses que perdí mi collar de perlas...

—¿Y bien?...

—Que mi collar es el mismo que tiene en el pecho la Santísima Virgen.

—¿Tuya es esa prenda de tanto valor?

—Si no me engañan los ojos, es el mismo que perdí en la feria de Ciudad Real.

—¡Ah! exclamó el fraile con grandísimo asombro mirando de hito en hito a la zagala. Espera aquí, que voy al punto a llamar al P. Guardián.

En tanto se aleja el religioso, a paso precipitado hacia el interior del Convento, volvamos atrás por un instante, para saber el por qué se hallaba en aquel sagrado recinto la extraviada joya.

El P. Guardián había ido a Ciudad Real con el objeto de predicar el día de nuestra Señora de la Asunción; y cuando regresaba en la tarde a su Convento, vio brillar algo en el suelo, momentos después de haber pasado por el camino, aquella rica dama con sus pajes, de que ya hemos hablado. Al apearse de la mula, quedó sorprendido de la riqueza del hallazgo. Con toda verosimilitud, creyó allí mismo que la gargantilla debía ser de la noble señora que lo procedía. Montado de nuevo a toda prisa, apuró el paso con ánimo de seguir hasta su propia morada, distante dos leguas, como lo hizo llegando casi de noche al castillo de los Condes del Valle Hondo.

Fue recibido con el agasajo y miramientos que merecía un religioso de las virtudes que adornaban al P. Guardián, holgándose más la Condesa de tal visita, por haber tenido ocasión de oírlo predicar en la mañana de aquel mismo día, bajo la extensa bóveda de la Catedral de Santa María.

Admiróse luego de saber el hallazgo y ver la rica joya que se le presentaba, y no menos admirado quedó el Revdo. Padre al saber que no era de la Condesa, quien continuaba mirando y remirando la espléndida gargantilla con femenino entusiasmo, ponderando el tamaño y fineza de las perlas.

En resumen, después de largos comentarios sobre el caso, entre el predicador y la noble señora, quedó convenida ésta en averiguar entre las damas de la nobleza cuál era la de la pérdida. Vuelto a su Convento el P. Guardián, tuvo la feliz idea de acuerdo con el superior, y sin perjuicio de las averiguaciones que



por su parte hiciese la Condesa, de exhibir la joya en la Capilla imagen de la Santísima Virgen del Rosario, porque en reconociéndola su legítimo dueño, el reclamo no se haría esperar.

Todo esto lo supo Salomé allí mismo, de labios del P. Guardián, quien a su vez oyó de labios de la zagala la historia del collar, sin que hubiese la menor duda sobre la propiedad que ésta alegaba, llena de la más viva alegría.

—Pues, hija, da gracias a la Santísima Virgen por el feliz hallazgo de tu collar; y en el uso que de él hagas en lo sucesivo, recuerda siempre con santo temor que ha estado por muchos días en el pecho de nuestra Santa Madre.

—Y siempre lo estará, mi Padre.

—¿Qué dices, muchacha?

—Ya que Ella me lo depara otra vez, no quiero estar expuesta a tentaciones e inquietudes. Así es que no le quitaré yo el collar de su santísimo pecho, donde me ha parecido más bello que nunca; y por eso le hago donación de él desde ahora y para siempre.

—¿Sabes acaso lo que regalas? Para tu humilde condición, ese collar representa una fortuna. Reflexiona mucho antes de dar un paso de que luego puedes arrepentirte.

—¿Arrepentirme de regalarlo a la Sma. Virgen? Jamás. Mi buena madre me dijo que este collar me haría dichosa; y qué más dicha que tenerlo guardado en un cofre tan lleno de gracias como el pecho de la Santa Madre de Dios? Allí será mi tesoro y mi fortuna. En tantas angustias y necesidades como se padecen en el mundo, le iré pidiendo a la Sma. Virgen por cada perla un consuelo o un favor. ¿No le parece bien, mi Padre?

—Bendiga Dios, hija, la santa sencillez de tu corazón, y conserva siempre la fe ciega que tienes en los favores de nuestra Sma. Madre.

—Dios lo oiga, mi Padre. Sólo una condición quiero yo poner.

—Bien puede imponer condiciones quien regala con tanta liberalidad.

—Quisiera lucir el collar una sola vez, dijo Salomé bajando los ojos.

—Cuando lo quieras, hija. Pero, vamos. ¿Cuándo será esta vez?

La zagala inclinó más la cabeza, llena de vergüenza pero la contestación no se hizo esperar de labios de la tía.

—Quiere ponérselo el día de la boda, mi Padre, que ya está cerca.

—¡Oh, hija, santo y bueno! La Sma. Virgen te prestará gustosa el collar para ese día, y velará siempre por la felicidad que bien mereces.

Como demostración de júbilo por este rarísimo acto de piedad, del que resultaba favorecida la milagrosa imagen de Nuestra Señora del Rosario, el P. Guardián mandó encender los grandes cirios que rodeaban su trono, y cantar en el Coro una Salve, acompañada del órgano. Pronto las notas armoniosas y las voces del canto llenaron el sagrado recinto. A la luz de los cirios, brillaron las margaritas con suavísimo fulgor, a tiempo que Salomé, en místico arrobamiento y al través de sus lágrimas, creía ver en la hermosa faz de la Reina de los Cielos una sonrisa inefable de agradecimiento e infinita ternura. Era feliz.

\* \*

La historia del collar de Salomé corrió de boca en boca, por todo el lugar, provocando juicios muy diversos. Era para unos acto de simplicidad e ignorancia, para otros, obra de la superstición y el fanatismo, y para los más un rasgo no común de piedad y desprendimiento. El deseo de conocer a la heroína, hizo que su matrimonio fuese para la aldea un día de júbilo, por la mucha gente que acudió de los contornos.

Aquel mismo día, al rayar el alba, habían salido de una venta dos personajes que tú bien conoces, lector, por ser los más célebres que al través de los siglos ha producido la Mancha, teatro de esta fidelísima historia. Caminaban a la ventura, gozando del fresco matinal y en amigables coloquios, cuando divisaron a lo lejos un largo desfile de aldeanos, que venían por el mismo camino que ellos llevaban, precedidos por algunos pastorcillos que tocaban rabeles, tamboriles y zampoñas.

—Paréceme, señor, dijo Sancho, que aquel debe ser el matrimonio del mozo molinero y la pastora Salomé, de que tanto se hablaba anoche en la posada.

—Dichosísimo encuentro, si así fuere, dijo D. Quijote, empinándose en los estribos para ver mejor, porque esto sería inequívoca señal de buena ventura.

—Pero antes que lleguen, quiero me diga vuesa merced lo que piense acerca de la peregrina historia del collar, porque para mí tengo que es grandísima tonta la tal Salomé, pues viniéndole la fortuna a las manos por muy honrado conducto, como es la herencia, antes que aprovecharse de ella, la regala como cosa baladí, sin pensar que el que da lo que tiene a pedir se queda, y que más vale pájaro en mano que buitres volando.

—Tu parecer, Sancho, difiere tanto del mío como la noche del día, y duéleme tener que declararte el por qué de esta gran discrepancia. Tu corto entendimiento, por desdicha, no sale nunca del estrecho círculo donde te aprisionan los sentidos del cuerpo; y por ello no alcanza a comprender ni admirar las cosas altas y sublimes que atañen a la esfera superior del espíritu. Pero echemos pie a tierra, para hacer el pleito homenaje, porque sería vituperable que un caballero lo hiciese a caballo.

—Por Dios, mi amo, cuidado con más pleitos, que con los pasados tenemos de sobra.

No lo atendió D. Quijote, porque ya se acercaba la comitiva, a la cual se dirigió con paso mesurado y respetuoso continente, dejando suelta la cabalgadura.

Suspendieron la música los pastorcillos, paralizados de miedo a vista de las armas y extraña figura del enjuto hidalgo, quien puesto de hinojos ante Salomé, le dijo estas o semejantes palabras:

—Bendigo al cielo, señora mía, que me permite llegar a vuestra graciosa presencia, cuando lucís ese invalorable cordón de perlas, radiante escala que os ha servido para llegar a la cumbre de la felicidad; pero más que el collar, maravíllame descubrir en vos, señora, bajo el hábito de pastora, acciones y pensamientos dignos de una gran princesa. Si como caballero armado, mi primera y más estrecha obligación es correr el mundo, reparando injusticias, vengando agravios y socorriendo a viudas y doncellas desvalidas, obligación no menos rigurosa es para mí enaltecer y sacar a la luz los hechos preclaros de la virtud y el mérito, si bajo capa de humildad se esconden, levantándolos hasta ponerlos en la trompeta misma de la Fama, para ejemplo y regocijo del mundo. Por ello rindo mi



espada e inclino mi frente ante vos, señora, en quien se aquilatan y resplandecen la modestia, la magnanimidad y la hermosura.

Acabado este discurso, con gran asombro de sus rústicos oyentes, apartóse el caballero a la vera del camino, con grandes y corteses reverencias, dejándoles libre el paso.

Siguió su marcha el jubiloso cortejo; y de nuevo tocaron los pastorcillos sus rabeles, tamboriles y zampoñas, difundiendo cadenciosos sonos por las praderas y collados.

Y refiere la tradición, porque Cervantes no lo dice en su clarísima historia, no por olvido de este feliz encuentro, sino por atender de preferencia a las empresas más gloriosas del Héroe; refiérese, decimos, que al proseguir caballero y criado su incierta ruta, iba pensando Sancho, con gran lástima, en las yugadas de tierra, los rebaños, las piaras de cerdos y las aves de corral que pudiera haber comprado Salomé con el valor de la gargantilla; a tiempo que en la poderosa imaginación de D. Quijote, llena de encantamientos y bellos ideales, el oro y las margaritas de la codiciada joya tomaban, por obra de magia, la forma de imperial corona, destinada a ceñir la frente de la generosa aldeana.

(1920).

## MEDIO REAL DE PREMIO

Un preceptor de talento,  
Bondadoso con los niños,  
Antes de darles vacante  
Quiso escucharles el pico,  
Para saber de cada uno  
La manera de pensar,  
Ideando con tal objeto  
El modo más eficaz.

Con metálico sonido,  
En la mesa de la escuela,  
A la vista les arroja  
Un puñado de monedas.

—Vamos, les dice, al punto  
Echen sus gustos afuera,  
Que voy a darles un premio  
De medio real por cabeza.  
Pero antes saber espero  
Cómo lo van a gastar.  
Que para decirlo tienen  
La más amplia libertad.  
Sin miedo, pues, ni vergüenza  
Pueden decir sus proyectos  
De lo que piensan hacer  
Con este premio en dinero.

Nunca la bulla al silencio  
Sucedió con más presteza,  
Como al concluir el discurso  
Del preceptor de la escuela.  
Prorrumpen todos en gritos.  
Nula fue la campanilla  
Para aplacar la tormenta  
De aclamacionese y vivas.

Al punto dijeron todos  
Los proyectos que formaban.  
¡Proyectos de medio real  
Que sólo tiene la infancia!  
Trompos, metras y boliches,  
Frutas, dulces y . . . la mar!  
Pues cada pilluelo hacía  
Cuentas de gran capitán.

—Y dijo uno, calculando:  
—Yo lo gasto en alfondouques  
y si plata me sobrare  
Hago un globo de colores.

Y otro muy grave replica:  
—Eso prontico se acaba:  
Compro soldados de plomo  
Y un general con espada.

—Yo no lo gasto, lo guardo,  
Dijo otro con mucho seso,  
Porque vienen ya las pascuas  
Y quiero comprar sombrero.

En la mente de los chicos  
Un mediecito de plata  
Es tesoro inagotable,  
Que nunca, nunca se acaba.  
Faltaba sólo un chicuelo  
Por contestar en la rueda.  
Era el más pobre de todos,  
Pero el mejor de la escuela.  
En cada rodilla, un roto,  
Las patitas en el suelo;  
La blusita, sin botones,  
Y no gastaba sombrero.

Viendo que nada decía  
Sobre el anhelado premio,  
Sus compañeros trataron  
De adivinarle el deseo.  
A preguntas acosado,  
Por fin les habló el chicuelo,  
Recomendando eso esí,  
Le guardaran el secreto,  
Porque era una gran sorpresa



Lo que el chico meditaba.  
Soltando el grito les dijo,  
Batiendo alegre las palmas:  
—Yo voy a gastarlo en velas  
Para alumbrarnos en casa,  
Pues lo que gana mi madre  
Para las velas no alcanza.

El preceptor, con justicia,  
Distribuyó las monedas.  
Una para cada chico  
Y dos para el de las velas.

—Tu premio es doble, le dijo  
En presencia de la escuela,  
Porque has pensado en tu madre  
Para aliviar su miseria.

Y cuentan que aquella noche,  
Cuando en la casucha humilde  
Se encendieron las bujías,  
Llorosa la madre oprime  
Al hijo de sus entrañas  
Para decirle al oído,  
Con toda el alma en los labios:  
—¡Dios te bendiga, hijo mío!...

Y el santo Angel de la Guarda,  
De los niños mensajero,  
La misma noche le trajo  
Las bendiciones del cielo!...

(1917).

## EDUCACION DEL ECO

Eran los buenos días del *Gato Negro*, una de las fondas más populares de Caracas, que bien pudo poner sobre su puerta la inscripción latina escogida por el hostelero Boulanger en 1765 para su casa análoga de París, origen del nombre *Restaurant*:

*Venite ad me, omnes qui stomache laboratis, et ego restaurabo vos.*

Reina de las fondas de su tiempo, el *Gato Negro* era refugio de poetas románticos, de estudiantes sin pensión y de caballeros de capa caída; gimnasio de petardistas, paño de lágrimas de menestrales sin hogar y centro común de esparcimiento aun para gentes acomodadas, peligrosillo a veces, porque las disputas solían refrendarse con palos y mojicones. Allí las provocativas tostadas, de formas casi esféricas, y agudísimos sectores de grandes tortas de casabe, agrupados en torno de cilíndricos envases, llenos de chocolate o de café con leche, según la descripción de un contemporáneo, cursante de geometría.

Tiempos de candorosa legitimidad en los productos industriales, de socorrida baratura en los precios del mercado y de confortante predominio del voluminoso jarro sobre la minúscula tacita en las mesas de comer, cuando el maíz tostado aún no se daba humos de bebida teiforme, invadiendo el receptáculo de las cafeteras.

En esos benditos tiempos, de menos trazo en las velas y más lastre en el fondo de la nave que nos lleva sobre las olas de este pícaro mundo, platicaban al rededor de lustrosa mesa, en el *Gato Negro*, varios parroquianos, entre los cuales, por lo más viejo, se nombrará primero a don Pepe, caraqueño de cepa y espíritu, que jamás había perdido de vista la Silla del Avila. En su viaje más largo diz que había llegado hasta Guatire.

Lo que no quiere decir que don Pepe no fuera hombre de mundo. No lo había recorrido como viajero, pero el mundo todo había venido hasta él en las hojas de la prensa y en el trato de las gentes. De ingenio agudo y festivo, no era fácil que le metieran gato por liebre, porque en adivinando la intención, él se iba adelante siempre, metiendo tigre por venado.

Se hablaba en la rueda de las maravillas del eco, y cada quien refería algo sorprendente. Los que habían extendido sus viajes, pasando el gran charco, contaban cosas extraordinarias. Sólo don Pepe no decía esta boca es mía.

Allí se mencionaron varios ecos notables de Europa, verbigracia: El del patio del castillo de Simonette, cerca de Milán, que repite como cincuenta veces el estampido de un pistoletazo disparado desde cierta ventana del piso superior. El de las dos torres de Verdún, las cuales están separadas una de otra por una distancia de cincuenta metros: el eco repite más de doce veces lo que se habla en medio de ellas. Otro de las cercanías de Heidelberg, Alemania, que convierte en sonoro y prolongado trueno el disparo de una pistola, fenómeno que también se observa en algunos sitios de los páramos de los Andes. El eco secreto y misterioso de la galería del templo de Girgenti en Sicilia, que hace perceptible detrás del altar mayor lo que se diga en voz baja al lado de la puerta principal, a una distancia de ochenta varas.

Otros ecos más se citaron, así naturales como artificiales; y don Pepe siempre callado.

—Han olvidado ustedes uno de los más antiguos y famosos, dice uno de los del corrillo: el de la tumba de Cecilio Metelo, en Roma. Al decir del arqueólogo francés Boissard, en cierta ocasión repitió ocho veces, sin faltar una coma, el primer verso de la Eneida.

—¡Arieta! —dijo un español que se había acercado al grupo—. Pero eso es nada. En una plaza de Sevilla hay un eco tan fiel y puntual, que no sólo repite una a una todas las palabras, sino también las notas musicales de cualquier instrumento; lo que sugirió al director de una banda de música la idea de aprovecharlo para las retretas, cambiando al efecto sobre el muro reflectante cajas sonoras, con tal habilidad y buen suceso, que bastaba tocar en la plaza un sólo instrumento de cuerda o de viento, para que el eco hiciese dúo y acompañase produciéndose un verdadero y público concierto.

Todos miran al español con asombro, vacilantes entre asentir o protestar, en tanto que don Pepe continuaba mudo como una estatua, desmontando una piana y montando la otra, cada vez que resonaba un nuevo eco.

—A ver, don Pepe, ¿cree usted semejante cosa?



—A pie juntillas lo creo, porque el eco es susceptible de educación.

—¿Como así?

—Lo sé por experiencia. En los alrededores de Caracas, en mi propia quinta hay un eco especial, que se oye a distancia de una cuadra antes de llegar a la casa. Lo produce una de las paredes del edificio y es para mí un eco amigo, un inquilino invisible, que me sirve de compañero en las horas de soledad, cuando allá no está la familia. A fuerza de trabajo y de paciencia, he logrado educarlo, haciéndolo hablar más de lo natural. En estos días fui a dar una vuelta a la quinta, en donde no hay por ahora ningún sér viviente; al alejarme de la casa, me detuve como de costumbre, sobre una eminencia, desde la cual se oye mejor el eco, y allí grité con toda la fuerza de mis pulmones:

—¡Adiós!... Adiós!...

No lo creerán ustedes, pero oí conmovido la contestación del eco, que al punto me dice claramente y hasta con cariño:

—¡Adiós!... ¡Adiós!, don Pepe, que le vaya bien!...

Todos sueltan la carcajada, menos el español, quien se encara con don Pepe.

—¡Caballero! ¿se burla usted?

—Nada de burla, señor mío. Un simple cambio de oficio: si en Sevilla educan el eco para músico, aquí en Caracas lo educamos para casero.

Pasando el español del enojo a la jovialidad, se acerca muy admirado a don Pepe, y dándole una palmada en el hombro, le dice con orgullo:

—Confieso, mi amigo, que la raza se ha refinado mucho al aclimatarse en los Trópicos.

(1920).

## CADA COSA EN SU LUGAR

Para inicio, un cuadrito de costumbres a vuela pluma.

Muy común es advertir en el trato íntimo de las personas que nos rodean la manifiesta oposición de caracteres en punto a método o manera de vivir. De donde resulta un choque continuo, sobre todo en la vida doméstica, entre los que son ordenados en sus cosas y los que no lo son, motivo de dimes y diretes a cada paso y de contradicciones más o menos enojosas.

Puede decirse que el metódico lo es por naturaleza. Procura el orden y la compostura hasta en las trivialidades. Conserva y guarda cuidadosamente las cosas de su uso particular y también las del servicio común, sin alterar ni pervertir el destino que a cada objeto corresponde en la economía doméstica o profesional, según las circunstancias. Familiarmente se le da el nombre de *fundamentoso* al que de tal modo procede en los actos comunes de la vida.

El desordenado, por el contrario, aunque esté dotado de muy bellas caulidades en otro sentido, peca a cada instante contra la disciplina. Falto de previsión, todo lo deja para última hora. De aquí que en el momento preciso de hacer cualquier cosa, por ritual que sea, como el vestir y componerse, tira de aquí, hala de allá

y bulle por todas partes, viviendo en continuo desbarajuste. Es el desbaratado, en una palabra, cuyo gran principio es este: "el que venga atrás que recoja y guarde".

Basta de observaciones preliminares y al grano.

Don Martín, padre de numerosa familia, era el prototipo del método, vivía siempre hecho un Argos, vigilándolo todo dentro de su casa, a fin de que cada mueble, cada utensilio, cada objeto tuviese un puesto fijo y determinado, lo que es indispensable para el buen régimen del hogar; pero tropezaba con el inconveniente de la disparidad de genios, que dividía a su familia en dos bandos bien definidos: los conservadores tradicionalistas y los liberales reformistas.

Entre los útiles que celaba con más cuidado, figuraba un martillo antiguo, cuyo puesto oficial era un esquinero en el aparador. Esto no evitaba que el instrumento anduviese a veces de aquí para allá por toda la casa. Pero en advirtiendo don Martín el desaparecimiento, ardía Troya. Braveaba de lo lindo, y el martillo volvía a su puesto en el acto, traído de los aposentos, de la cocina, del huerto o de dondequiera que estuviese rezagado.

Sucedió, pues, que en uno de los primeros días del año, fue don Martín a fijar en la pared el nuevo almanaque. Extendida la gran hoja y provisto de tachuelas, pide el martillo. Tras corto silencio, óyese en el interior algún ruido de pasos. Repite la orden con más fuerza, y los pasos se convierten en carreras, pero nadie asoma. Por tercera vez grita autoritariamente. Una voz temerosa le contesta entonces:

—¡Es que el martillo no parece!...

Sulfúrase don Martín y estalla como una bomba. Los oficios domésticos quedan desde luego en suspenso, porque todo el mundo, de puertas para adentro, se ocupa en solicitar el martillo, revolviendo la casa sin dejar rincón ni paraje donde no lo buscasen como aguja. Pero esta vez el martillo no parece, a pesar de haberse agotado todas las diligencias.

De la justa cólera tuvo don Martín que pasar por fuerza a la conformidad filosófica que imponen los hechos irremediables. Con paciencia heroica, digna de la santidad, vióse en el caso de fijar el almanaque, valiéndose para ello del martillo que usó por primera vez en el Paraíso nuestro Padre Adán, esto es, una piedra cualquiera cogida en el huerto.

Era lógico, en previsión de un olvido, solicitar el martillo fuera de la casa, ya que en el interior de ella estaban agotadas las diligencias. Don Martín manda, en efecto, a la casa vecina de más confianza, a preguntar si por casualidad lo habían pedido en préstamo, cosa que solía acontecer. Fue portador del recado un chico, y dicho se está que tal correo de gabinete no era el más a propósito para obrar con la diplomacia que exigía la delicadeza del asunto.

Resultado: que el ama de la casa vecina, señora un tanto quisquillosa, no recibe de buen grado la averiguación, y protesta contra la ofensa que se le irroga, suponiéndola detentadora del martillo.

—Dígale a don Martín que nos extraña mucho su reclamo, porque aquí nunca nos hemos alzado con cosas ajenas. Que lo que le hemos prestado se lo hemos devuelto en seguida.

El asunto subía a mayores. Había provocado el conflicto con una potencia amiga. Fue menester que la propia esposa de don Martín se pusiese el pañolón



y saliera en el acto, en calidad de enviada extraordinaria, a dar explicaciones y restablecer la buena armonía entre ambas casas.

Y corrió una semana, y pasó un mes, sin que nadie diera razón del martillo. Parecía que se lo había tragado la tierra. Era instrumento predilecto de don Martín, quien hacía con harta frecuencia oficios de carpintero remendón, corrigiendo aquí la cojera de una mesa, asegurando allá la aldaba de una puerta, o convirtiendo un cajón en estante, etc., etc. Tenía, pues, el martillo larga y meritoria hoja de servicios, y no se resignaba el buen señor con la pérdida, abrigando siempre la esperanza de hallarlo el día menos pensado, salvo el que hubiese caído en poder de algún caco.

Pero así es el mundo: lo imprevisto es lo que más sucede. La prueba al canto. Cierta vez, en que leía periódicos don Martín, sentado tranquilamente en un corredor de la casa, oye con gran sorpresa las voces que daba la criada dirigiéndose a la cocina muy de prisa.

—¡Aquí está! ¡Al fin pareció! —decía con gran alborozo.

—¿Y dónde estaba? —pregúntale la cocinera, saliéndole al encuentro con sumo interés.

—En el fondo del pozo. Lo descubrí de casualidad.

Don Martín suelta los periódicos y corre hacia la cocina, exclamando en el colmo de la alegría:

—¡El martillo dentro del pozo! ¡Quién se lo iba a imaginar!

—No señor —contéstale la criada con respeto y natural sencillez— lo que saqué del agua fue el molinillo, que se nos había perdido desde esta mañana, y se necesitaba para batir el chocolate de la señora.

¡Tremendo escopetazo! Don Martín contrajo el rostro, apretó los puños y articuló entre dientes una interjección, la más enérgica que tiene el vocabulario español.

En honor de la verdad, no era hombre mal hablado, pero tenía que ser consecuente con su regla invariable de conducta: *cada cosa en su lugar*. ¡Y aquel era el lugar propísimo del vedado pero elocuente trisílabo.

El martillo continuó perdido.

(1925).

## EL PROGRESO ENTRE LOS DIOS

### LOS INVENTOS DE MERCURIO

¿Creen ustedes que los dioses están todavía en el grado de atraso en que los presentan Homero y los autores griegos y romanos?

Nada de eso. La ley del progreso no fue hecha tan solo para los mortales. También los inmortales han progresado a todo andar. En prueba de ello, vaya el siguiente caso, ocurrido entre los dioses en una olimpiada no muy remota.

Visitando un día el dios Mercurio a sus viejecitas amigas las Parcas, tuvo ocasión de observar que las pobres ancianas hilaban y cortaban el hilo de la Vida con grandes dificultades y mucha lentitud, valiéndose de la rueca, el huso y las tijeras de formas primitivas. Entonces Mercurio, superior inmediato de las Parcas, inventó para Cloto y Lachesis una hiladora de torno y pedal, y puso en manos de Atropos una tijera automática.

Admiradas las Parcas, aprovecharon el perfeccionamiento, continuando su perenne trabajo con más alivio y mayores rendimientos. Hilaban y cortaban la vida con admirable rapidez.

Pero la fúnebre barca en que pasaban las almas de los muertos al otro lado del Estigio y el Aqueronte, era muy estrecha y de simples remos; y en aumentando los muertos, muchas de las almas quedábanse largo tiempo detenidas en las playas de aquellos ríos misteriosos, por falta de oportuno pasaje.

Caronte ocurrió a Júpiter para que remediase la dificultad; y el dios soberano envió a Mercurio, ministro del ramo, quien ensanchó la nave, la hizo ligera por medio de velamen, e impuso a Eolo la obligación de soplarla siempre por la popa, lo que remedió el mal, continuando Caronte en su oficio con más desahogo.

Pero el progreso es una fruta que, una vez saboreada, despierta ansias insaciables. Las Parcas quisieron algo más sencillo, y suplicaron a Mercurio que las aliviase del duro trabajo de darle al pedal continuamente, porque ya estaban muy viejas para tan fuerte ejercicio. Condolido el inventor olímpico, aplicó la fuerza del vapor a la hiladora y las tijeras, quedando reducido el trabajo de las Parcas a echar la lana en la tolva y atizar el fuego en la parrilla. La vida y la muerte tomaron mayor vuelo: se trabajaba al vapor.

Y como la nave de Caronte no estaba calculada para tanto, el barquero de ultratumba volvió a presentarse ante Júpiter, quien despachó como la vez primera al dios Mercurio. Este llega, ve y transforma la nave en un buque de vapor, destinado a la navegación fluvial del Estigio y el Aqueronte, en beneficio del rápido transporte de la muchedumbre de almas que despachaban las Parcas mediante los nuevos métodos.

Ya parecía conjurada toda dificultad, cuando vino lo más gordo. El rey del Tártaro, el tenebroso Plutón presentose también ante Júpiter, su regio hermano, para tratar asuntos reservados de gran trascendencia.

—Desde que las Parcas trabajan con máquina —le dijo— es tal la continua irrupción de almas en mis dominios, que ya no hay espacio que las contenga. Las más grandes y profundas cavernas del Tártaro están ya repletas. ¿Qué remedio me indicas?

El padre de los dioses, sentado en su trono de oro y marfil, inclinó la olímpica cabeza en actitud de meditar.

—El caso es grave —contestole pensativo.

—No veo otro recurso —agregó Plutón— que franquearles la salida para los Campos Elíseos, donde hay en cambio muchos espacios desiertos.

—¡Imposible! —exclamó Júpiter, arqueando las cejas— Si alguna raya hay infranqueable en la eternidad, es la que separa los dos reinos, el de la luz y el de las tinieblas, el Paraíso del Infierno.



Y continuó meditando, hasta que optó por oír el consejo de su ministro favorito, el gran Mercurio, dios de las invenciones felices, a quien se le ocurrió un medio, que fue aprobado en el acto.

—El Tártaro —dijo— es la región del infierno más próxima a la tierra, de suerte que desde aquel antro oyen las almas el ruido halagador de la vida de placeres que han abandonado para siempre. Siendo lugares limítrofes, fácil es abrir un viaducto secreto que comunique el infierno con la tierra, una especie de pasaje subterráneo de escape, por donde puedan salir de contrabando las sombras de los muertos que quieran volver al mundo de los vivos.

Júpiter y Plutón abrazaron a Mercurio por la feliz solución del conflicto; y el viaducto fue abierto en lo profundo del Tártaro para sigiloso escape de las almas.

Créese que desde entonces viene el peliagudo aumento que han tomado las manifestaciones espiritistas en este pícaro mundo.

(1924).

## VIDA PROVINCIANA

# MEMORIAS DE UN MUCHACHO



## FASES DEL LIBRO

### *Historia antes que novela*

En la novela, los hechos ocurren y se desenvuelven a voluntad del escritor, que los inventa y combina, según el plan que se haya formado de antemano, sin más traba que la verosimilitud. No sucede así en la historia, en que la pluma debe limitarse a describir los hechos en el orden y modo como se han efectuado, sin que el narrador tenga más libertad que la del comentario, o sea la de hacer en cada caso las observaciones críticas.

Sienta el autor tales premisas, porque este libro tiene visos de novela en muchas de las escenas que describe. Pero bajo esa general apariencia, sólo existe una historia íntima, real y verdadera, escrita con materiales viejos, conservados en notas de cartera y en el rico arsenal de los recuerdos. No se han creado personajes ni inventado escenas. Todo ha sucedido tal como se narra hasta en los detalles más insignificantes.

### *Asunto principal*

Temprana pasión amorosa, noble y pura, en un muchacho de colegio, es el asunto principal del relato; y bien sabido es que este poderoso sentimiento, en todas las épocas y lugares, ha tenido el singular privilegio de comunicar un tinte novelesco a las escenas que origina, así en los triunfos como en las adversidades. De aquí el nombre de *Memorias de un Muchacho*. Un haz de recuerdos de la adolescencia y primera edad juvenil, atado con el hilo de la romántica historia del precoz estudiantillo.

### *Fotografía de las costumbres*

De maquinillas fotográficas válense hoy los viajeros —y también los que no lo son— para obtener las vistas que desean de este o aquel lugar. Paisajes, edificios, monumentos, tipos sociales, escenas interesantes de la vida privada, todo se reproduce instantáneamente, por vía de recuerdo, y se publica en cartulinas postales y periódicos ilustrados. La fotografía por sí sola historia hoy las costumbres en sus rasgos más salientes.

Pero con la vida pasada no puede hacerse lo mismo, tratándose de épocas en que se carecía de este recurso artístico o no se había generalizado. Hay que trazar esos cuadros por escrito, hay que describirlos en el conjunto y los detalles, para formarse idea de la vida y costumbres de un lugar en determinado tiempo. A ello tienden estas *Memorias*, que son propiamente un libro de costumbres, un espejo en que se reproducen con fidelidad algunos cuadros de la vida emeritense, correspondientes a la antepenúltima década del siglo XIX, con su sentimentalismo e ideología, reflejado en las fiestas públicas, en las ceremonias clásicas, en las diversio-

nes sociales, en los tipos populares y en escenas íntimas de familia, bajo la hermosa disciplina del honor caballeresco y los santos preceptos de la moral cristiana.

### *Sobre el estilo*

En materia de estilo, no ofrecemos nada nuevo. Es uno de los gastos menos modificable, cuando es inveterado. Vaya un ejemplo de paridad. Empleando los mismos ingredientes, el mismo fuego y hasta la misma sartén, no todas las manos guisan de igual modo. Cada quien sazona a su gusto, porque en eso de aliñar, se obra siempre a discreción, sin reglas fijas. Así pasa en las letras. Tratando un mismo asunto, con la misma retórica y hasta con los mismos vocablos, la forma varía, sin embargo, de pluma a pluma. Ese es el estilo, una especie de sazón espiritual propísima de cada escritor. De aquí que se diga que el estilo es el hombre.

### *Sobre el lenguaje*

Por lo que atañe al lenguaje, el que ofrecemos es llano y sencillo, acaso en demasía. La naturaleza nos ha negado las dotes indispensables para hacer primores de orfebrería literaria. Procuramos, eso sí, que nuestros escritos estén al alcance de cualquiera que no tenga más conocimientos que saber leer de corrido, empleando para ello el lenguaje conocido y hablado generalmente, exento de los neologismos científicos y voces extranjeras innecesarias, que abundan en la literatura corriente, obligando a los lectores no ilustrados —que son los más— a continuo abaniquero de diccionarios; y si no los tienen, a consultar con el vecino o con el primero que les depare la suerte la significación de cada flamante o enrevesado vocablo.

### *El idioma rey*

El lenguaje puro de Castilla, el que perfeccionaron los clásicos y hablaron nuestros mayores, no necesita de muletillas exóticas para recorrer, triunfante en la expresión de los conceptos, todas las esferas del saber humano. Idioma rico, sonoro y abundante, fastuoso monarca del habla, que se da el lujo de tener para cada idea y hasta para cada cosa, distintas formas de expresión, pudiendo exponer varias veces un mismo concepto, variándole el traje en cada ocasión, ora magníficamente ataviado, ora vestido con decorosa sencillez, siempre con propiedad y elegancia. No tenemos, pues, por qué vestir de prestado nuestros pensamientos, metiendo mano en arcas ajenas, cuando tenemos en las propias tan rica provisión de prendas, de todas clases y hechuras, para todos los gustos y para todos los casos y circunstancias que puedan ocurrir.

### *Sobre moralidad*

En punto a moralidad, creemos que no haya motivo para que se nos censure. Siempre tenemos en mente al escribir, que nuestras producciones puedan ser admitidas, sin escrúpulos ni sonrojos, en todos los hogares, aun en los más austeros. Huelga, pues, decir que no contiene la obra descripción de desnudeces ni pasajes que saquen los colores a la cara, especies que suelen ponerse en algunos trabajos literarios, como cebo o carnada para atraer mayor número de lectores y dar notoriedad al libro, convencidos sus autores de que más se alborota el vulgo con la ruidosa trompeta del escándalo, que con la dulce flauta de la moderación.



### *Ideas y creencias*

En otro orden de alborotos, tampoco contiene el libro lectura que satisfaga a los que se pagan de ideas reformadoras o revolucionarias, ni de rebeldías baratas contra lo tradicional y clásico, inclusive las creencias religiosas. Nada de eso asoma por estas páginas; en que se describen cuadros apacibles de vida provinciana; y de provincia montuosa, de suyo más apegada a sus tradiciones y creencias. Se refieren a recóndita población de los Andes venezolanos, a la antigua y silenciosa Mérida, ciudad de espíritu salmantino y costumbres coloniales, encastillada en soberbios montes, celosa como Cantabria de su yo étnico, a la vez que pronta a recibir en su seno, con pompa triunfal, los elementos primordiales de la cultura moderna, según lo pregona su historia con bellos ejemplos.

### *Amor al campanario*

La intención de esta obra no es artística, sino afectiva. En ningún pasaje intenta la pluma vuelos de águila por las alturas vertiginosas de la literatura moderna. Por el contrario, déjase ir, con aleteos de mariposa, a flor de la tierra amada, deteniéndose en sitios muy queridos, en misteriosos osarios de ilusiones, esperanzas y goces que pasaron para jamás volver. Por este carácter del libro, genuinamente lugareño, no aspiramos a más público que el que se otea desde las bellas torres de Mérida. El amor al campanario ha dado vida a estas *Memorias*, y al campanario se dedican, como fresca guirnalda tejida con ramas olorosas y tímidas florecillas segadas en el solar nativo.

### *Del mal, el menos*

Para terminar, te recordaremos, lector, el dicho de Goldsmith: "Un libro puede ser agradable con muchas imperfecciones, y enojosísimo sin tener un solo defecto". Si estas páginas no te agradaren ni despertaren en ti ningún interés, lo más que podría sucederte sería sentir pesadez en los párpados, cabecear un poco y quedarte dormido con el libro abierto en las manos. Aun en este caso, siempre nos quedaría el consuelo de haberte proporcionado un rato de sueño tranquilo, libre de sobresaltos y pesadillas, una siesta arcádica, por medio de un soporífero inocente, sin comprometer salud con otra clase de narcóticos. Viene bien una lectura sedativa, cuando superabundan las excitantes por toda la redondez del orbe literario.

TULIO FEBRES CORDERO

Mérida—1924





# MEMORIAS DE UN MUCHACHO

## CAPITULO I

### SECRETA EXCURSION

Ni un rayo de sol templaba el airecillo glacial de la Sierra Nevada. Espesa niebla envolvía la ciudad: era día de helada, día húmedo y blanco, en que no se distinguía objeto alguno sino a muy cortos pasos. Para 1878, era este fenómeno más frecuente, y no impresionaban tanto como ahora los excesos del frío y la humedad. Poco a poco ha venido templándose el clima en las faldas de la monstruosa cordillera andina, lo que puede comprobarse con el estudio comparativo de la flora y la fauna al través de cuarenta años, en un mismo lugar, no menos que con el testimonio de personas ancianas dignas de crédito.

Nos referimos en esta sencilla historia a la silenciosa Mérida de aquellos años, con sus plazas de mullido césped, calles desigualmente empedradas, por donde corrían las acequias en cauces de bronca piedra, y con aceras tan angostas y resbaladizas, que la caída era inevitable, si no se iba por ellas con los cinco sentidos en los pies: la Mérida modelada todavía por el viejo patrón colonial, con casas puramente encaladas, sin ningún color en los muros, anchas y rojas puertas de postigo, celosías de finísimos calados en madera, y patios pintorescos, de hermosos claustros, cerrados por sardineles de mampostería; la Mérida solitaria y triste por fuera, pero galante, caballeresca y profundamente romántica en la vida íntima, con serenatas de guitarra y canto al pie de las rejas, en noches serenas, como en la edad de los garridos trovadores; con bailes de alto coturno y danzas de complicadas figuras; con juegos de toros en la plaza mayor, vistosas cabalgatas de damas y caballeros y espléndidos frescos en las fiestas públicas; en una palabra, la Mérida concentrada en sus altas y ricas montañas, llena de recuerdos y costumbres tradicionales, siempre ansiosa, en espera de algún acto cívico, religioso o académico, para vaciar los pesados cofres de cedro o de caoba y lucir en los estrados, con garbo y gentileza, ropas de gala y esplendentes joyas, de pureza insospechable, rica herencia de linajuda familia o de algún patricio o guerrero de la Patria heroica.

Entre los estudiantes que en 1878 estaban para terminar el curso filosófico en la Universidad de Mérida, había un jovencito de diez y ocho años, prematuramente serio y moderado en su porte, delgado y flexible, de ojos grandes y lánguidos, en que se transparentaba un alma ingenua, ávida de conocimientos. Llamábase Horacio Viana; y si no merecía el primer premio como juicioso en la vida escolar, por lo menos era de los menos traviesos y de los más atentos en las aulas, figurando por ello en el grupo de los buenos estudiantes.



El día escogido para presentarlo al lector, lejos de mostrarse atento a la lección que tranquilamente explicaba el catedrático, notábase cierta inquietud extraña en su semblante, desazón que manifestaba con rápidas y frecuentes miradas hacia fuera, es decir, hacia el patio del primer claustro, sembrado de rosas y envuelto en persistente niebla.

Ardía en deseos de quedar libre. Su pensamiento andaba muy lejos de las materias del texto de enseñanza. Tan luego termina la clase, el jovencito gana la calle, excusando con disimulo la compañía de sus camaradas. Camina de prisa hasta llegar a su casa, que dista algunas cuadras del viejo claustro. Apenas se detiene allí el tiempo necesario para dejar los libros de estudio sobre el escritorio y tomar bastoncillo de paseo; y vuelve a salir, mirando a todos lados con manifiesta inquietud, como quien teme ser detenido al comienzo de secreta aventura.

Resueltamente se dirige al barrio de Milla, oloroso a helecho e incinillo, dando rodeos por las calles, a fin de desorientar a cualquiera que pudiera observarlo. Su diligencia era de riguroso secreto. El causal encuentro con algún compañero de colegio, habría sido para el joven un gran fracaso. La niebla lo amparaba con inesperada eficacia.

Detúvose, al fin, después de muchas vueltas y revueltas, a la mitad de una callejuela, frente a una casa que no tenía de tal sino un pedazo de techo hacia la calle, apoyada en carcomida tapia, y una hoja de puerta sostenida con gazas de cuero crudo, allí donde en mejores días debieron officiar sólidos goznes de hierro. Era una miserable casucha. Llama con insistencia, y al cabo se entreabre la desvencijada puerta, sin dejarse ver la persona que la abría.

—Adelante, niño, dícele una voz ronca y temblorosa.

No espera el joven segunda insinuación. Pisaba sobre ascuas ante la idea de que alguna persona conocida, sobre todo algún pícaro estudiante, pudiera verlo por aquellos parajes. La puerta no abría sino lo necesario para escurrir el bulto una persona. No pudo, pues, ver al amo o inquilino del tugurio, sino al entrar, y su sorpresa fue muy viva.

—¿Conque ésta es su casa, ño Juan?

—La misma, niño, y mande lo que guste.

—¿Son suyas las flores que se ven aquí desde la calle?

—Y suyas también. Pero pase más adelante, porque el tiempo está muy húmedo.

El viejecito era un desyerbador de calles harto conocido, que varias veces había hecho su oficio en el frente de la casa del doctor Viana, padre de Horacio. Mezcla de labriego y hombre urbano, usaba ropas de gran señor, aunque en malísimo estado. Aquella mañana tenía un paletó de color indefinible y sombrero de copa, caritativa herencia de algún caballero de doble estatura.

Cortesmente condujo a su inesperado huésped a un corredorcito angosto, con pavimento de tierra pisada, donde había por todo mueblaje una silla de suela, negra y lustrosa, sin respaldo, en la que hubo de sentarse el joven por no desairar al anciano, que lo miraba sorprendido y con razón, sin atinar en el motivo de aquella intempestiva visita. Mandarlo llamar o hablarle en la calle, habría sido lo más fácil, pues cotidianamente pasaba por la casa en que vivía aquel ballerito. No sospechaba que la visita no era por él, sino por las flores. Horacio la había visto por encima de la barda en no lejana ocasión.



—¿Vive usted aquí con su familia?

—Hace ya algún tiempo que vivo solo, solo, le contestó con tristeza.

—¿De suerte que este jardín tan bello?...

—Lo he formado a raticos, dijo el viejo con cierta complacencia.

—¿Y vende usted las flores?

—Pocas veces. Para algún baile o matrimonio muy sonado, suelen comprarme algunas. No las tengo por negocio, sino por gusto y para ponérselas a los santos.

En el extremo del corredorcito picaba una gallina algunos granos de maíz en un fragmento de artesa; y más allá, un enorme gato miraba al joven con ojos rencorosos, por haberse visto arrojado violentamente de la silla de suela, donde a la sazón echaba un sueño con gran holgura. No había, por lo visto, más seres vivientes en la escuálida casucha. En cambio, el huerto era digno de un palacio, por la variedad y hermosura de las flores.

El joven miraba extasiado el espléndido jardín y volvía los ojos con sorpresa hacia el humildísimo jardinero. En su exaltada fantasía, colmada de románticos ideales, parecía ver en la rara figura del viejecito un gnomo o misterioso enano, guardián de alguna princesa, que allí vivía encantada bajo las frondas de semejante huerto, donde las trepadoras, lanzando al aire largos y florecidos ramos, formaban elegantísimas combas, atrevidos arcos y doseles de incomparable estructura, digno de la diosa Primavera.

Con la venia de ño Juan, el joven se adelanta entusiasmado a recorrer las húmedas y estrechas callecitas que separaban las eras o cuarteles, donde crecían, en admirable desorden, lirios, azucenas, rosas, claveles de vario matiz, y muchas otras flores y plantas aromáticas; pero lo que más deslumbra los ojos del estudiante es un hermosísimo clavel rojo, salpicado de rocío, esbelto y único sobre el débil tallo, de tal magnitud, que podía confundirse de lejos con una rosa purpurina.

—¡Qué maravilla! exclama embelesado.

—¿Quiere usted vendérmelo

—Puede llevarlo, niño, si tanto le gusta.

Y esto diciendo, lo desgaja él mismo, con templorosa mano, para entregarlo a Horacio. Este lo recibe con la alegría de quien halla al fin el objeto precioso que tanto buscaba. Da algunos centavos al amable viejo, de quien se despidе en el acto, rebotante de júbilo. Su diligencia concluía del modo más satisfactorio.

Antes de salir, tuvo la precaución de ocultar muy bien la preciosa flor en uno de los bolsillos del saco. El día empezaba a despejarse, y las calles pronto estarían más concurridas, lo que era en realidad un peligro para el joven. Efectivamente, el sol, después de jugar un rato al escondite con las nubes de lo rodeaban había salido triunfante a campo azul y derramaba luz y alegría por todas partes. Pero la callejuela estaba desierta. Horacio se dirige entonces hacia Belén, y de aquí, por la calle del Silencio, hasta llegar al barrio de los sauces funerarios y las rosas blancas sin perfume, al doliente barrio del cementerio.

Súbita niebla viene a empañar entonces, no ya el aire que respira, sino el límpido cristal de sus ilusiones. El alma del joven se concentra en un recuerdo, y vuela ligera a posarse, como tímida paloma, sobre las frías baldosas de una tum-

ba, sombreada por tupida arboleda de naranjos, cuyo ramaje sombrío descollaba sobre las blancas paredes. ¡Allí dormía el sueño eterno su idolatrada madre! Horacio le envía en hondos suspiros toda la ternura del amor filial y, acelerando el paso, continúa su caprichosa excursión, hasta llegar a su casa, rendido de cansancio, lleno de inquietud, en busca de un solo e insignificante objeto: ¡el clavel rojo!...

Al verse en su aposento, sin testigos, ni temor alguno de ser descubierto, respira con gran alegría, saca del bolsillo la preciada flor, contéplala extasiado, aspirando con delicia su suavísimo aroma, mezcla de clavo y de canela, y luego, la guarda bajo llave en un baúl de su exclusiva propiedad. Eran las diez de la mañana.

No se imaginará el curioso lector que la destinaba para perfumar la ropa, ni menos para hacer algún estudio de botánica, pero allí ha de estar, en estrecha prisión, mientras damos cuenta de ciertos antecedentes sustanciales, que deben ir en capítulo separado.

## CAPITULO II

### PRIMERAS IMPRESIONES

La niñez de Horacio había corrido apacible en el seno de una familia ejemplar por la ternura de los afectos y la severa disciplina doméstica. Era el muchacho de una sensibilidad delicada y extrema. Llevaba siempre frescas en el alma las flores del cariño filial, a la vez que procuraba no apartarse de los sabios consejos de su padre, a quien amaba y temía entrañablemente.

Al lado de los recuerdos de esta niñez dichosa, tan profundos e imborrables, Horacio conservaba en su corazón los de otra casa amiga, donde había recreado también su espíritu infantil, lugar predilecto de sus juegos y obligado refugio contra la justa reprimenda de sus padres o la tiránica disciplina de la escuela; casa donde había dejado estampada la huella de sus primeros pasos en la vida, de modo tan indeleble como en el propio solar de sus mayores.

Antiguas y cordiales relaciones de los padres de Horacio con un alto dignatario de la Iglesia, venerable e ilustre canónigo de la Catedral de Mérida, vinieron a establecer estrecha comunidad de afectos entre ambas casas. En la del Canónigo, eran pocas las personas que formaban el núcleo solariego de la familia; pero había de antiguo una servidumbre digna de todo aprecio, no alternativa o remudable en cortos períodos de tiempo, como ahora acontece, sino vinculada en la casa por lazos de cariño y fidelidad a toda prueba.

No había allí sitio que no hubieran hollado las plantas de Horacio, primero como niño travieso y luego como tímido adolescente. Ya hombre, solía ver con dulce fruición aquí la jarra que había desorejado *in illo tempore*, o la tallada piedra en el brocal del pozo, contra la cual se había roto la frente saltando de niño; y allá la enorme caja o la tentadora alacena, frente a las cuales esperaba en actitud beatífica que cariñosa mano le diese la codiciada fruta o el apetecido dulce. Por todas partes huellas y vivos recuerdos.



No era una singularidad para Horacio estas tiernas contemplaciones. Sus hermanos y hermanitas, lo mismo que una salerosa niña del vecindario, gozaban de iguales fueros en aquel amable recinto, de costumbres patriarcales, donde no había niños en la familia, y sin embargo los tenía como huéspedes a toda hora, alegrando la casa a manera de bulliciosa bandada de pájaros.

Edificio antiguo, de baja construcción, grave, espacioso, casi sombrío. Tenía algo de conventual o religioso. A ello contribuían las imágenes y los objetos sagrados de uso del Canónigo, quien se hallaba lejos del patrio suelo, desde 1873, obligado por injusto destierro, no menos que la sugestiva recordación de que tan apacible e imponente morada había servido de palacio a dos Obispos, los ilustrísimos señores Lasso de la Vega y Unda. Todavía conservaba uno de los salones el primitivo nombre de *La Curia*.

Y para colmo de la apariencia monástica que ofrecía el vetusto edificio, en cierta noche triste del año de 1874, Horacio recordaba haber visto a las vírgenes del señor, las monjas clarisas, atravesar un trecho de calle, en silencioso desfile, para asilarse en aquella casa hospitalaria, cuando entre lágrimas y sollozos abandonaron para siempre, compelidas por una ley tiránica, el gran monasterio construído a través de los siglos, a expensas de sus peculios de familia.

Muchos rosales en el patio, sardineles en torno del claustro y en el amplio zaguán del pórtico; fuertes columnas de mampostería, puertas macizas y muy bajas, salones semioscuros, sillones de vaqueta de alto respaldo, todo, todo conspiraba bajo aquel techo, cubierto de musgo y parietarias, para retrotraer el espíritu a la edad de los ensueños románticos y las costumbres gótico-moriscas de la España clásica.

No diremos que allí conoció Horacio a la salerosa niña de que se ha hablado, sino que en su dulce compañía abrió los ojos a la luz de la razón y entró triunfante por los umbrales de la vida, compartiendo con ella juegos e infantiles travесuras. ¿Su nombre? . . . Lucila la llamó después en sus íntimos cantares. Inquietada, espiritual, llena de donaire en el porte y la manera de expresarse, la chiquilla era un primor de simpatía entre propios y extraños.

Era Horacio su compañerito predilecto, y el que la servía en los juegos como galante pajeccillo, atraído por sus voces y graciosos ademanes. Cuando dormía la muñeca, se le acercaba caminando de puntillas, con el dedito índice sobre los labios, para que le colgase la diminuta hamaca de los pies de una mesa o de las ramas más fuertes a la sombra de los rosales; y le hacía acarrear sillas, tablas, alfombras, y otros menesteres para improvisar una casa, que luego poblaba de caprichosos juguetes. Era un carácter en flor, que se imponía con la magia de sus hechizos.

Mitad italiana, mitad criolla, de voz dulce y argentina, tenía negros, muy negros y chispeantes los ojos.

“¿Quién ríe, quién llora?  
¿Quién habla, quién grita?  
Es que está cantando  
La saboyanita”.

Como en las infantiles cantatrices de Saboya, la garganta de Lucila era una orquesta. El llanto, la risa, el habla, los gritos, todo en ella era musical y armonioso. Escapábase como una avecilla de la honorable casa de sus padres, grande y hermosa, semejante a un palacio; pasaba por el hueco sin balaustres de vieja ventana abierta en un muro divisorio, que daba a la repostería de la casa del



Canónigo, y revoloteaba bulliciosa un rato por las galerías y aposentos, alegrando con sus gracias y risas la sombría morada.

Esta ventana entre las dos casas era un recurso para comunicarse íntimamente ambas familias, sobre todo en casos de guerra u otras circunstancias, evitándose así el tránsito por la calle.

A veces tomaba del brazo a Horacio, grave y circunspecta, para recorrer los largos corredores, después de haberse ceñido al flexible talle alguna mantilla u otra tela; y muy ufana y gentil volvía el rostro para mirar por encima del hombro la cola que le arrastraba en las frías baldosas. Eran graciosísimos ensayos de aristocrática dama.

Poco a poco, al entrar en más años, fue moderándose entre Horacio y Lucila esta íntima confianza infantil; y sin darse cuenta de ello, al natural y expansivo tratamiento de *tú*, sucedió el convencional de *usted*. Causas varias vinieron también a hacer menos frecuentes estas plácidas recreaciones. Las exigencias de la escuela y el colegio, las temporadas que ella solía pasar en el campo y otros motivos por el estilo, acabaron por alejarlos de tan dulce trato, aunque sin entibiar en nada la mutua simpatía.

Aunque de pequeña estatura, hallábase ya Lucila en ese tránsito indeterminado de niña a mujer, cuando las gracias femeniles se acentúan y subliman, envueltas en un no se qué de misteriosa vacilación antes de entrar por las puertas de un mundo nuevo, apenas columbrado en lontananza a través del blanco cendal de la inocencia.

Horacio había cumplido catorce años y estudiaba sintaxis latina en la Universidad de Mérida, con el tesón y la formalidad con que entonces se estudiaba la clásica lengua del Lacio. Un día, en que volvió a verse con Lucila después de larga ausencia, esta se le acerca, aparentando mucha gravedad, en momentos en que nadie podía oírla, y le dice en son de queja con la mirada honda y picaresca:

—Horacio, tengo motivos para estar muy quejosa de usted.

—¿Y por qué? —le pregunta con gran sorpresa el tímido mancebo, ante aquella inesperada salida.

—¿Cómo por qué? ¿Acaso es poco que tenga ya usted una novia muy linda y no me lo hubiera dicho?

El chico se puso rojo como una amapola.

—¡Una novia! —exclamó turbado.

—Sí, señor, y me lo ocultaba usted, cuando todo el mundo lo sabe. ¿No soy ya su amiguita de confianza?

—¡Como no, Lucila, pero...

—No hay pero que valga. Usted me trata ya como una extraña, y por eso estoy muy sentida.

Y la seductora niña, con su trajecito corto, su genial viveza y el aire señorial que prematuramente la distinguía, lanzando de soslayo sobre su amiguito una mirada intensa de triste reconvencción, huye de su presencia, dejándolo plantado y confuso en uno de los ángulos del silencioso claustro, donde había tenido lugar esta rápida escena.

¡Misterios del corazón! Quien habrá de creer que la queja de Lucila era muy justa: hacia casi un año que Horacio tenía un secreto para ella y no para otras personas. Este secreto era que ciertamente estaba enamorado de una hermosa chica, como se verá en el capítulo siguiente.

## IDILIO DE LA ADOLESCENCIA

Cuando Horacio frisaba en los catorce años, entre los afectos que lo rodeaban, sobresalía el que profesaba a Lucila, sin que pudiera precisar desde cuándo ni por qué motivo tenía esta predilección tan íntima, de naturaleza inexplicable para sus cortos años, por ser distinta de la que producen los vínculos de la sangre; y acabó por confundir este hondo afecto con el que se tiene a personas extrañas, con el cariño que el mundo bautiza con el nombre común de amistad. Lucila era, pues, su primera y más íntima amiga.

Para un criterio de niño no había en esta conclusión la menor duda. Pero ya inquietaban su corazón, de manera vaga, anhelos indefinibles de un culto femenino, puramente ideal. Pensaba entonces en Lucila, se sentía arrastrado hacia ella de manera irresistible. Sin embargo, creía cometer una profanación, un gran atrevimiento convertirla en objeto de estas secretas aspiraciones de su alma.

—¡Ah! —decía el mancebo en sus hondas cavilaciones— ¿cuál no será su sorpresa a la primera palabra que le diga? ¿Con cuánto enojo me rechazaría, al ver que de fiel amigo me torno en pretensioso galán? ¿Con qué garbo y gentileza me daría la espalda, declarándose ofendida? ¡Oh, no, no le diré nunca nada!

El chico le tenía miedo. Ejercían los múltiples encantos de la niña tan absoluto señorío sobre su voluntad, que se había acostumbrado a amarla y servirla como humilde súbdito, sin pensar jamás en que pudiera el corazón de Lucila enlazarse al suyo en dulces e idílicos coloquios. Esto le parecía imposible: la chica era a los ojos de Horacio una verdadera princesita, intangible, muy lejos de sus aspiraciones y esperanzas.

Tal era el estado de ánimo en que se hallaba el jovencito, cuando el dios Cupido, a quien pintan vendado, tuvo los ojillos muy al descubierto y perspicaces para escoger el momento de herir. ¡Zas! La saeta dio en el blanco, quedando clavada en el pecho del inexperto adolescente, ante una chica hermosísima, de ojos negros y serenos, una niña de escuela, tierna y elegante como un botón de rosa.

Parecióle muy simpática el primer día, muy seductora luego, e incomparable después, viniendo todo a parar, en lo que paran siempre estas mudas e intensas contemplaciones: en erigirle un trono de flores en su corazón, para sentarla allí como soberana, poniéndole por respaldo, en forma de aurora boreal, los primeros vagos resplandores de su tierna fantasía.

Velaba las ocasiones para verla pasar, buscaba pretexto para visitar el barrio de su casa, hacía de centinela en alguna esquina a la hora en que la chica salía de la escuela, devanándose, en fin, los sesos, pensando en el dichoso instante en que pudiera decirle a solas aquellas dos mágicas palabras, antiguas como el mundo, siempre nuevas y siempre hermosas: ¡te amo!

Casi cuatro años duró en el alma de Horacio esta bella ilusión, este continuado sueño color de rosa, tiempo en que apenas llegó a entreabrir a los ojos de Blanca (tal era su nombre), la perfumada flor de sus ensueños. Eran raras las ocasiones en que podía acercarse a ella. Ruborizábase la tímida niña, articulando alguna



palabra de dulce cortesía; pero nunca en sus hermosas e inocentes miradas había la menor centella de amor, sino candoroso sentimiento de infantil gratitud.

Muy tierna aún, tenía ya en torno tres jovencitos que admiraban su imperial belleza y le ofrendaban flores de casto amor. Justo es reconocer que estos cortejos, aunque respetuosos y cándidos, eran demasiado prematuros. Pero vaya usted a someter a determinado número de años o a plazos fijos estas primeras e irresistibles expansiones en el florecimiento de la vida.

¿Y Lucila? Horacio la veía de cuando en cuando, pero ya sus entrevistas eran menos comunicativas, sobre todo a partir de la escena descrita, cuando ella habla a Horacio por primera vez de sus amores con Blanca. Ni una palabra volvió a decirle en tal sentido; y por su parte el jovencito temblaba de imaginarse que volviera a hacerlo.

No era un secreto en el círculo de las relaciones de Horacio, la preferencia con que este miraba a Blanca, ni él mismo excusaba declararlo; y sin embargo, lo turbaba sobre manera el que Lucila lo supiera. Cuando estaba en presencia de esta, se sentía como humillado, lleno de sobresalto, de algo parecido a la influencia de un hechizo, que solo Lucila ejercía siempre sobre las tiernas facultades de su alma.

Día por día se alejaban más en el trato, no de propósito, sino en fuerza de circunstancias inevitables. No tenía Horacio la menor confianza en la casa de los padres de Lucila ni en otras de la misma familia donde ella solía pasar temporadas. Solamente en la antigua casa del Canónigo podían verse, lo que no ocurría ya con la frecuencia de otros días.

Llega, por fin, el tiempo en que la natural viveza del carácter de Lucila, que de niña se derramaba en la música de sus risas, en la gracia de sus dichos y en el despejado airecillo de sus modales, viene a convertirse en una aureola de espiritualidad intensa y romanesca, que circunda su cuerpecito de gentiles formas, realzando la simpática expresión de su rostro, no menos que el penetrante fulgor de sus miradas. Lucila era ya mujer.

La noche del 2 de octubre de 1876, la sociedad de Mérida estaba de fiesta. Dábase el primer gran baile en obsequio del doctor Jesús Muñoz Tébar, notable caballero y hombre público, enviado de Caracas por el general Guzmán Blanco con el carácter de Delegado Nacional, a consecuencia de la revolución armada que, en julio del mismo año, había privado del mando, como Presidente del Estado, al general Pedro Trejo Tapia. Esta reunión se efectuaba en la casa solariega de los Albani, en la hermosa mansión de los padres de Lucila.

Los amplios salones y las galerías del segundo piso estaban colgados de ricas telas, lámparas esplendentes y figuras de flores por todas partes. Treinta y cinco damas, ataviadas para la danza, con trajes en que predominaba el blanco y rosa, lucían raras prendas de belleza en este gran sarao, de los más espléndidos habidos al pie de la Sierra Nevada en aquel tiempo.

Entre las damas figuraba Lucila con particular donaire. Parecía que algún sabio encantador hubiera pronunciado sobre ella palabras de mágico efecto, porque a todos cautivaba, no solo por el primor y exquisito gusto de su tocado, sino por el ambiente ideal y romántico que envolvía su cuerpo de poca estatura, pero esbelto y gracioso, semejante al de esas chicas de pie breve, mirada ardiente y saleroso andar, que cruzan ligeras, como sugestiva visión, por la tibia y perfumada estancia de un palacio morisco.

Caballeros muy cultos y distinguidos se disputaban el placer de bailar con ella. Horacio, muchacho todavía, estaba en el baile como simple espectador. Era el primer sarao de aquella entidad a que asistía el mancebo. Como atraído por un hechizo, seguía con los ojos a Lucila por todas partes, ora cuando recorría los salones entre las demás parejas, ligera y fantástica como una hada, en el torbellino del valse o la mazurka, ora ondulante, avanzando o retrocediendo con rítmicos movimientos en la clásica danza de figuras.

En un intervalo, después del ambigú, ambos se encuentran casualmente al atravesar uno de los salones. Horacio se detiene embelesado. Apenas había tenido ocasión para saludarla muy ceremoniosamente, por hallarse Lucila en compañía de otras damas. Jamás la había admirado de cerca tan ricamente ataviada. Ella se detiene también, saluda con sonrisa encantadora a su amiguito de infancia, y le dice, mostrándole sus manecitas vacías:

—¿Ha visto usted mayor distracción? Ando en busca de mi abanico. Sin duda lo dejé olvidado en alguna de estas consolas.

Adelántase Horacio con presteza hacia la más próxima que ella indicaba, pero no estaba allí el abanico. Busca en otra y otra, detrás de los jarrones que sostenían enormes ramos de flores, hasta que parece el precioso objeto. Ella seguía maquinalmente a Horacio interesada en el hallazgo. Dióle las gracias alegremente, dirigiéndose luego al ángulo más próximo del salón, solitario en aquel momento. Horacio caminaba a su lado mundo de admiración.

La concurrencia de damas y caballeros estaba a la sazón repartida aquí y allá en varios grupos, formando animadas y bulliciosas tertulias. El instante era oportuno para hablar con Lucila, y el jovencito lo aprovecha, cosa que le pareció muy natural, porque, salvo el mutuo e involuntario alejamiento, no había motivo alguno que pudiera interrumpir entre ellos las cordiales relaciones nacidas en la infancia.

Horacio estaba tan absorto, que no sabía qué decirle.

—¿Y cómo le parece el baile? —pregúntale ella, batiendo con exquisita gracia el lujoso abanico, cuyo perfumado airecillo llegaba al corazón del mancebo como una caricia suave, deliciosa e incomparable.

—¿El baile? No se como pintarle mis impresiones. Me parece un sueño hallarme aquí en una reunión tan brillante y magnífica.

—Me complace mucho saber que esté tan contento.

—Y yo me congratulo también con usted, que bien merece felicitarla por la parte directiva que le toca en el éxito de la fiesta, como señorita de la casa.

—Es una partecita muy insignificante por cierto.

—Pero hay otro motivo de felicitación para usted solita.

—¿Para mí sola?... ¿Cuál será? —le pregunta con viva curiosidad.

—Porque baila usted divinamente. Ya lo sabía de oídas, pero viéndola esta noche me he convencido de que tienen sobrada razón los que tal dicen.

Mirólo fijamente Lucila, entre sonreída y ruborizada, ante aquel inesperado homenaje, ciertamente raro en labios de Horacio.

—¡Ah! una florecita de cortesía, pero no una cosa verdadera. ¿Verdad? Y dígame ahora ¿por qué no ha bailado usted?



—Por la sencilla razón de que nada sé todavía de valse ni de figuras.

—Pero he oído decir que bailó ya usted en días pasados.

—¡Eso fue un bailecito de muchachos por mero juego. Saque usted cuenta que el motivo fue celebrar el bautizo de una muñeca.

Lucila no pudo reprimir la risa, y con picaresca intención, que no se escapa a Horacio, le dice como filosofando:

—Pues ¿qué le parece? Gózase más bailando por juego, que en estos bailes formales y serios. ¿No es cierto?

En el bailecito de niños a que se referían, Horacio había hecho su estreno bailando una pieza con Blanca. Las últimas palabras de Lucila tenían cierto tonillo enigmático de simulada persuasión. El mancebo se corta visiblemente, y sin dar contestación categórica, apenas le dice con gran timidez:

—Según y como, Lucila, porque si supiera bailar y no fuera tan muchacho... Horacio se contuvo.

—¡Ah! pues es claro, estaría usted bailando y pasaría el rato más entretenido.

—No, no era eso lo que quería decirle, sino saber de usted...

La voz del jovencito denotaba inusitado temor y una emoción profunda. No se atrevía a concluir la frase.

—¿Deseaba saber qué? —pregúntale ella a media voz, con mucha dulzura.

—Si supiera bailar ¿me aceptaría usted esta noche como pareja?

En la expresión de los bellos ojos de Lucila píntase la mayor sorpresa.

—Horacio —le dice, recalcando una a una sus palabras—, ¿esa pregunta a mí... a mí?

Y al repetir estas últimas voces se golpeaba levemente en la mitad del pecho con el precioso abanico, confundiéndose en trémulas ondulaciones de belleza la cándida pluma, el vaporoso encaje del corpiño y los fúlgidos cambiantes de valiosa gargantilla, palpitante todo sobre el tibio seno, tesoro de virginales encantos.

—Es muy natural —le dice Horacio en extremo conmovido —porque no figuro todavía en los salones como formal caballero.

—Pero es una prueba más de que trata usted como extraña a una amiguita de la infancia.

—¡No Lucila, eso jamás!

—O supone usted que yo he variado mucho. Soy siempre la misma.

—Y yo también, Lucila, siempre el mismo.

—¿Usted el mismo?...

Y movió su cabecita con aire de incredulidad, envolviendo a Horacio en una mirada investigadora, en que había algo indefinible y recóndito.

La orquesta ahogaba en estos momentos el rumor de las conversaciones con las notas de una pieza de baile. Llénase el salón de parejas, y apuesto joven se dirige a Lucila para invitarla a bailar.

—Hasta luego, Horacio —le dice rápidamente con voz dulcísima, cambiando por completo la expresión de sus ojos—. Otra vez no me haga preguntas de esa clase.

Y apoyándose gentilmente en el brazo de Luis, joven caballero que la pretendía y de quien no excusaba oír palabras de amor y de ventura, ambos empiezan a danzar, confundiendo allí mismo en la caprichosa y reglamentada locura del baile. ¡Estaba radiante!

Pero la aureola de felicidad en que el tímido Horacio la veía envuelta, la íntima satisfacción de sus triunfos, como mujer guapa y seductora, antes que comunicarse a su corazón de fiel amigo, producían en él un efecto contrario: lo oprimían con un pesado manto de tristeza.

—¡Qué es esto, Dios mío! —se decía el inexperto muchacho— ¿Por qué no comparto con ella la felicidad que respira? ¿Por qué no me enorgullecen los homenajes que en público se le rinden ni los galantes obsequios de sus adoradores? . . .

Un mundo de recuerdos se agolpaba en la mente del joven. Deseaba verla así, vaporosa y espléndida, con su elegante tocado de baile; quería oír aquella música apasionada y aspirar los suaves perfumes que la acompañaban, pero no allí, en estancias llenas de luz, colgadas de ricas telas y henchidas de gente alegre y festiva, sino allá en la solitaria mansión donde jugaba de niño con ella, en la vieja y apacible casa, de toques románticos y ambiente patriarcal, en el silencio del claustro, en la semioscura estancia o bajo la fresca sombra de los rosales del patio, sin que nadie pudiera turbar su dicha ni privarlo de la dulce y aislada compañía de la encantadora niña.

Estas ideas, empapadas en el más hondo sentimiento, dominaban en absoluto a Horacio y lo ponían triste, muy triste, mientras se hallaba dentro del radio de los hechizos de Lucila, en los bailes y reuniones donde llegaba a verla ya mujer, cuando era él todavía un muchacho. Volvía luego los ojos a Blanca, la tierna y hermosa niña, a quien francamente rendía homenajes de amor, y renacía en su corazón la alegría, envuelta en fragante nube de ensueños y esperanzas.

Lucila era un gran afecto existente en su alma, no sabía desde cuando: estaba en la bruma de los primeros recuerdos. Quererla, no era obra de su voluntad, sino del destino, que la puso allí, tan cerquita de su corazón, para alegría y ornato de la bendecida infancia.

El afecto que sentía por Blanca era, al contrario, obra de su voluntad y elección. Al verla por primera vez, el imán de la simpatía produjo su efecto: se sintió inclinado hacia ella por la suave tensión de misterioso hilo. Era la atracción de la belleza, ejercida por un tipo acabado de femenina hermosura; y puso en alto a la encantadora niña, para ofrendarle flores y pensamientos del más tierno afecto.

¡Ah! pero en el corazón de Horacio había acumulado un gran combustible desde los días de la niñez, un combustible próximo a incendiarse de manera violenta, a medida que entraba en años. La gran pasión, el amor ardiente y profundo empezaba apenas a manifestarse en el ingenuo muchacho a modo de infiltración extraña y sutil, que excitaba todo su ser, por medio de punzantes recuerdos, repentinos cambios del pesar a la alegría y vacilaciones indefinibles entre dos ideales, entre dos fuerzas de irresistible atracción: Lucila y Blanca.

Ya veremos, un año después, cuando el adolescente vino a ser joven de más carácter, la manera ruda, tormentosa y decisiva con que había de estallar en su pecho este fuego abrasador e inextinguible.



## EN TORNO DE UN PERIODICO

Parece que la rueda del tiempo gira con más lentitud en la mocedad que en la vejez. Cada año es interminable para la juvenil impaciencia. Horacio había cumplido los diez y siete años, y a pesar del desarrollo físico, era tímido por naturaleza, y tenía fresca y candorosa el alma como en los primeros días de la adolescencia. Su educación moral había corrido bajo la severa y filosófica ejida de un padre modelo, que supo ser tierno y solícito, conservando en toda ocasión la austeridad de un carácter catoniano. Dulce y accesible en la expansión de los íntimos afectos; rígido e inquebrantable en la cotidiana batalla por el triunfo del deber y la justicia. Tal era el doctor Antonio Viana. Horacio lo miraba desde niño como un oráculo, y temblaba ante la sola idea de causarle el menor desagrado.

¡Oh, indefinible edad! Aquella edad en que, sin medir la trascendencia personal del hecho, dejamos el pantalón corto y los juegos infantiles, para vestir varoniles arreos y comparecer gallardamente en el escenario de la vida, llena la mente de ideales, en pos de rosas y aplausos, como paladines de la galantería y del honor; edad en que la naturaleza misma, con irresistible impulso, nos obliga a parecer bien a los ojos de todos, exagerando el pundonor en el alma y la presunción en el cuerpo.

¡Nos creemos hombres y aun obramos como muchachos! Edad en que no se perdonan pecados contra el arte y la elegancia al sastre ni al zapatero; y en que se fulminan vanos anatemas contra la pobre aplanchadora por la más leve arruga en la tersa Holanda de la camisa; edad en que sometemos hasta los más mínimos detalles de la indumentaria al rigor tiránico de esta regla única: el patrón de la última moda.

Edad, en fin, en que bullen, al calor del entusiasmo y en brillante confusión, las altas ideas y nobles sentimientos; en que el corazón se caldea y templá sobre las brasas de humeante pebetero, aperebido para ganar sonrisas y dulces miradas en francas lisas de amor y caballerosa cortesía.

Un incidente, al parecer ajeno a esta verídica historia, vino a producir en el ánimo de Horacio impresiones inexplicables, más hondas que las recibidas en la breve entrevista con Lucila la noche del suntuoso baile en obsequio de Muñoz Tébar.

Eran días de fiestas públicas. La plaza mayor de Mérida, desde los tiempos coloniales, era circo obligado para el juego de toros. Al efecto, se cercaba en contorno con una fuerte barrera de varas horizontales, liadas con bejucos a otros maderos clavados en tierra de trecho en trecho. Apoyados en esta empalizada, se construían del lado fuera los tablados o palquetes cubiertos con lonas y adornados con telas de colores, lo que daba a la plaza un aspecto original y pintoresco.

El toril se construía indefectiblemente en la esquina donde entonces existía la Casa Cural del Sagrario, sobre la cual levantó el Illmo. señor Silva su primer palacio episcopal, destinado ahora a Seminario Conciliar.

Sin toros no había fiestas. Es la diversión favorita de la masa del pueblo. La gente de los contornos acudía por oleadas. A las tres de la tarde, hora acostumbrada para empezar la corrida, ya los espectadores formaban una barrera humana detrás de la

cerca de madera, sin hacer cuenta de las familias que ocupaban los tablados y las que llenaban los balcones de las casas de la misma plaza, inclusive los de la Cárcel-Cuartel, cedidos también al intento. No existía para 1877 el Palacio Municipal o Casa de Gobierno, que se inauguró más tarde, en 1883.

Precedía siempre a la corrida numerosa cabalgata o gran paseo de los toros por las calles principales, acto en que lucían sus encantos y dotes tradicionales de equitación crecido número de damas, ataviadas con mucho lujo. Era una espléndida cabalgata, que terminaba con el encierro de los novillos en el toril y luego con un refresco servido a las damas en la casa de alguno de los capitanes de la corrida.

Diestros ganaderos marchaban siempre junto a los toros, a fin de evitar que se desgaritase alguno en las bocacalles, lo que solía ocurrir cuando los bichos iban demasiado inquietos en medio de tanto ruido de pólvora, música, golpe de casquillos y rechinar de arneses. Casi siempre pugnaban en cada esquina por abrir brecha en el tumulto para recuperar su peligrosa libertad.

En uno de estos días de fiestas, después del encierro de los toros, cuando ya las amazonas, con su numeroso séquito de caballeros, salían del circo por la puerta de la esquina del Monasterio de Clarisas, notose que iba espantado por la música y cohetes un bizarro y finísimo potro castaño oscuro, que montaba con gentil denuedo una tierna y distinguida dama, llena de atractivos. Enamorada de la noble presencia del animal, aun a sabiendas de sus muchos bríos, no había tenido inconveniente en aceptarlo, confiada en que no pasaría su fogosidad de meras cosquillas y airosos movimientos.

Los jinetes que la rodeaban, en viendo el creciente espanto del caballo a cada detonación de pólvora, y considerando cuán débiles eran las fuerzas de la bella amazonita para sofrenarlo, trataron al punto de cerrarle el paso y contenerlo, ya frente a la Capilla del Monasterio. Pero el arrogante bruto, ganoso de huír, levántase de súbito en dos patas, tasca el freno y se lanza desbocado calle arriba, dejando a todos en suspenso y llenos de la más viva angustia, por el peligro inminente que corría la vida de la hermosa niña.

De las puertas y ventanas de las casas y de los grupos de gente que se dirigían a la plaza, salen gritos de sorpresa y de terror.

—¡Santo Dios!

—¡La va a matar el caballo!

—¡Virgen Santísima, amparadla!

El animal corría a galope tendido, amenazando llevarse en el ímpetu de la carrera cuanto obstáculo se le opusiese. No obstante este vertiginoso escape, la joven se mantenía firme en la silla, aunque con la tribulación que puede imaginarse.

Horacio no andaba a caballo, pero supo inmediatamente en la calle el peligro que corría Lucila. ¡Era ella la heroína del caso! No cabe pintar lo que pasa en el ánimo del muchacho. Corre desalado hacia donde se dirigían otras personas relacionadas con la infortunada joven por la sangre y el afecto, llegando casi sin resuello hasta el atrio de San Francisco, en la parte alta de la ciudad. Allí se escapa de su pecho una instintiva exclamación de gozo.

¡Lucila estaba en salvo! Venía ya de la plaza de Milla en medio de gran número de caballeros, muy pálida todavía, correspondiendo con amable sonrisa a los parabienes que le dirigían por su milagrosa salvación. Fija de paso sus negrí-



simos ojos en Horacio, cuyo semblante demudado le dice con harta elocuencia la viva emoción que lo agita y la inmensa alegría de verla en salvo. El joven se descubre y la saluda con el sombrero en alto, saludo silencioso y expresivo que ella contesta moviendo graciosamente una de sus manecitas, y sonriéndole de paso.

Siete cuabras había corrido desaforado el indómito potro, hasta llegar a la plaza de Milla, donde andaban por casualidad algunos jinetes, entre ellos un tío de la atribulada niña, y a donde llegaron también, a todo correr, los caballeros que la seguían en fogosos caballos. Evolucionando todos de concierto y con presteza, logran acorrallar y reducir al asombrado corcel, cuyo ardimiento y bríos eran más a propósito para desenvolverse bajo la férrea pierna de hábil llanero en plena pampa, que para lucirlos en urbanos torneos, poniendo en peligro la vida de aristocrática dama.

Volvamos al atrio de San Francisco, alta explanada que domina parte de la ciudad al comienzo del barrio de Milla. Allí queda, como una estatua, sobre la escalinata, sumido en hondos pensamientos, el joven protagonista de esta historia. Fuerte sacudida ha recibido todo su ser. Por unos instantes su alegría fue intensa, viendo tornar a Lucila ya en salvo, doblemente hechicera a los ojos de todos, que la admiraban por su firmeza en medio del peligro y por el atrevimiento de continuar impávida sobre el lomo del fogosísimo caballo.

Pero tan íntimo gozo tórnase luego en profunda melancolía, en un no se qué de indefinible tristeza que envolvía su alma como una niebla, siempre que se acercaba a Lucila o venían a su mente los recuerdos de la niñez dichosa; niebla que se espesaba, tomando el color gris de tempestuosa nube, al considerar la dicha del que llegase a poseer el corazón de Lucila. Fijábase entonces en Luis, el más afortunado de sus varios pretendientes, quien la obsequiaba de manera ostensible en las reuniones sociales, y a quien ella parecía dulcemente inclinada.

Aunque de distinguida prosapia por ambas líneas, Horacio era muchacho tímido y pobre de bienes de fortuna, un simple estudiante de filosofía, con la sola esperanza de lejano doctorado en ciencias políticas y una clientela profesional más lejana aún y del todo eventual; a tiempo que la familia de Lucila, por línea materna, cifraba su principalía en la sangre y la riqueza conjuntamente, y era don Francisco Albani, su padre, también de estirpe nobiliaria y uno de los comerciantes más acaudalados de la ciudad.

Conformando Horacio sus íntimas aspiraciones con este alejamiento de Lucila, a que lo condenaba el destino, trató de ahogar en su pecho desde niño los gérmenes espontáneos del primer amor. Creía estar lejos, muy lejos de aquella niña, en torno de la cual habían de girar ricos y nobles pretendientes. Era para el pobre muchacho un sueño irrealizable.

Quiso también el destino que conociese a la dulcísima Blanca, cabal dechado de hermosura, gala de la alta sociedad como Lucila, pero sin riqueza que viniera a poner sombras de vil interés en sus tiernas e íntimas pretensiones.

No solo era Horacio asiduo estudiante, sino también oficial de imprenta. Trabajaba alternativamente en la imprenta de don Juan de Dios Picón Grillet, y en la del Estado, únicos talleres que había entonces en la ciudad, pues la imprenta fundadora de la respetable viuda de don José María Osorio, desde 1876 había sido trasladada a Rubio.

Varios compañeros de Horacio, contando con la ayuda de este como tipógrafo, emprendieron desde luego la fundación de un periódico literario. En la primera

edad juvenil, dicho sea de paso, este vivo deseo de ocupar la prensa, más arraiga por lo común en la pasión amorosa, que en un sentimiento de verdadero culto a las divinidades del Parnaso. Ser escritor o poeta para cantar los propios amores, he aquí uno de los anhelos más punzantes de todo muchacho estudioso.

Tímido como una plantita de tiesto, que apenas se muestra al público al través de los balaustres de alguna reja, perfumado con tiernas flores de ensueño, así apareció *El Canario*. Por el pico inocente de esta avecilla literaria, Horacio habla por vez primera de las intimidades de su alma, de su amor a Blanca, en una paginita que no brillaba ciertamente por la galanura de sus frases, sino por el hondo y melancólico sentir de un corazón ingenuamente romántico.

Estos parrafitos en prosa, firmados con el seudónimo de *Amaury*, despertaron al punto viva curiosidad en la juventud galante. Todos preguntaban quienes serían *ét* y *ella*, en lo que influía ser del todo desconocido el autor y la novedad del periódico, pues no era para entonces muy frecuente la publicación de una revista semejante. Desde 1874, año de la tercera época del simpático *Heliotropio*, dirigido por el clásico escritor don José Vicente Nucete, no había en Mérida un periódico de literatura y variedades expresamente dedicado al bello sexo.

Miguel Olmedo, uno de los jóvenes redactores de *El Canario*, amigo íntimo de Horacio, estaba en el secreto del seudónimo. De paseo una tarde por la plaza Bolívar, hablaban del periódico.

—Olvidaba decirte —le comunica en reserva— que tu primer ensayo literario ha tenido buena acogida.

—¿De veras?

—Ha conmovido más de un corazoncito, por lo que se cuenta.

—¡Ah! si entre ellos estuviera el de Blanca...

—Nada se respecto a ella. Es todavía muy niña para que pueda fijarse en esta clase de manifestaciones.

—A la verdad, tampoco yo le he hecho saber que soy *Amaury*.

—Se trata de otra chica ya mujer, muy espiritual por cierto, a quien una amiga de confianza le llamó la atención sobre esa página de *El Canario*.

—¿Y bien?

—Leyola en seguida con la ingénita curiosidad de las mujeres, exclamando al terminar la lectura. —“*Amaury*... ¿quién será *Amaury*?...” Y de alegre y festiva que estaba, púsose repentinamente meditabunda y triste. Ya ves, pues, alguna fibra muy delicada debió sentirse herida en aquel corazón de los más esquivos e incomprensibles.

—Vamos al grano —dícele Horacio, vivamente interesado en el relato—. Tengo derecho a saber quién es la chica.

—Tú la conoces mucho. Es la salerosa niña que canta y cose tras aquellas altas rejas.

A Horacio le da un vuelco el corazón. Su amigo le señalaba una casa próxima hartamente conocida.

—¡Lucila! —exclama sorprendido.

—La misma. ¿Verdad que son caprichosas las mujeres?



—Sin duda ha pensado que aquel escrito pueda ser de Luis —titubeó Horacio.

—¿De Luis? Estás en la luna. ¿No sabes, pues, que hace poco rompió con él de manera rotunda?

—¡Oh, no! —articuló Horacio con gran asombro— ¿Por qué motivo?

—Por nada, puede decirse. Una leve contrariedad en un paseo de campo. Además, demasiado sabe ella que Luis no cultiva las letras.

El pobre Horacio apenas se iniciaba en los salones, y no tenía por ello mayor roce con la juventud activa que frecuentaba los divertimientos. Tan inesperada nueva era para él de la mayor importancia. Cerca de un año hacía que consideraba a Luis como el preferido entre los adoradores de la señorita Albani. Dominando la profunda sacudida de su corazón, apenas dice a su amigo para salir del paso.

—Pues ciertamente estaba en la luna; y no debes sorprenderte, porque no he asistido a los últimos bailes y paseos.

¡Cuán lejos estaba Miguel Olmedo de medir la trascendencia de esta sencilla revelación!

Hacia algún tiempo que Horacio y Lucila no se veían. Solía esta pasar largas temporadas al lado de una de sus tías, dama joven, muy distinguida, esposa de un caballero principal. Ambos profesaban a Lucila especial cariño y la retenían en su casa con aquiescencia de sus padres, como gentil compañera, prodigándole atenciones y agasajos.

Cuando la casualidad proporcionaba a los jóvenes alguna entrevista en la casa del Canónigo, mutuamente se trataban con reserva y encogimiento. Cualquiera creía que eran absolutamente extraños, o que algún poderoso motivo había enfriado en sus corazones la tierna amistad de niños. La reserva y el encogimiento reconocían otra causa. Uno y otro excusaban instintivamente cualquier conversación que pudiera llegar al tema obligado de la edad juvenil. Contundíanse ambos ante la idea de que pudiera hacerse alguna referencia a sus inclinaciones amorosas, según las versiones que corrían en los círculos y tertulias de familia. Cosa rara. No querían hablar de sus propios amores.

—¡El corazón de Lucila libre!... —exclamó Horacio al verse solo, recapacitando sobre el estado de su ánimo—. Buscaba saber si el corazón de Blanca se había conmovido con la lectura de *El Canario*, y la inesperada nueva de que es Lucila la que se conmueve, sacude todo mi ser de manera inexplicable. ¿Por qué me aligera el espíritu y arrebató el saber que ella es libre, que ya no ama a Luis? ¡Dios mío, qué pasa en mi alma, qué oculta tormenta la amenaza!...

Los recuerdos se agolparon en su mente, risueños unos, de triste desencanto otros. Pensaba en Luis, el afortunado pretendiente de Lucila, de buena figura, clara estirpe y positivos bienes de fortuna. La había visto risueña y feliz danzando con él; había sentido una emoción profunda, de inexplicable tristeza, al allegársele por primera vez en medio del esplendor de un baile; y al propio tiempo recordaba la dulzura de su voz, sus miradas de profunda simpatía y la tierna susceptibilidad de su afecto de amiga, cuando se ponía grave y triste al suponer que Horacio le alejaba la confianza, para tratarla como señorita extraña.

En medio de tantos recuerdos, gratos unos, amargos otros e imborrables todos, veía a Blanca, serena y hermosa, envuelta en el iris de la ilusión, con la sonrisa infantil en los labios o con las mejillas encendidas por el rubor, siempre dulce, pero

siempre esquivada ante las tímidas y galantes frases con que solía obsequiarla. Entonces Horacio se preguntaba confundido:

—¿Por qué Blanca no me lanza jamás en el seno de esta mar agitada de sentimientos contradictorios? Por qué su indiferencia no me inquieta, ni los obsequios de sus adoradores alarman ni entristecen mi corazón?

Hay conclusiones claras y evidentes como la luz de la verdad, pero hay también estados de ánimo en la inexperta juventud, perfectamente definidos a los ojos de un criterio sereno e imparcial, que, sin embargo, confunden y trastornan el juicio a quien los padece. Los sentimientos no presentan contornos claros dentro de la niebla perenne que levanta su propia efervescencia. De igual modo las ideas se cruzan y atropellan en extraña confusión, reflejando en la conciencia combinaciones caprichosas y multicolores, semejantes a las de un Kaleidoscopio. Todo lo cual impide, en ciertos momentos, darse cuenta de la verdad; y este era el estado de ánimo en que se hallaba el pobre Horacio.

Mientras tales impresiones agitaban el espíritu del joven en la soledad del estudio en el banco del taller, allá en el saloncito de costura, a la luz de alta reja abierta en el muro de la calle, la señorita Albani movía con sus diminutos pies el pedal de la máquina, suspendiendo la labor de cuando en cuando para entregarse a muy recónditos pensamientos.

No olvidaba la impresión producida en su alma por aquella paginita en prosa, que tan candorosamente pintaba los amores de un adolescente, frases envueltas en nubecillas de ensueño, profundamente sentimentales. Había algo allí muy intenso que simpatizaba con anhelos y esperanzas de su propio corazón, sentimientos que no podía definir y le ocasionaban repentinas ganas de llorar o momentos de honda tristeza.

Las promesas de ventura y palabras de amor que habían endulzado sus oídos, en las reuniones sociales, se referían a un bienestar material de comodidades y riqueza, a una felicidad externa, de brillante pero común apariencia, que no llenaba las secretas aspiraciones de su alma, ni tenían la música suave y penetrante de aquella paginita triste e ingenua, que producía en lo más hondo de su ser el efecto de una campanita de plata, oída en sueños color de rosa, a cuyo eco dulcísimo despertaban todos los recuerdos de niña en la vieja casa del Canónigo, la apacible y romántica morada.

Pensaba en el severo claustro, donde dormía sus muñecas en largos paseos; en los frescos rosales y la tupida enredadera; en el brocal de piedra, desde el cual tiraba con un hilo las navecillas de papel, que corrían ligeras por la superficie del pozo, cuyas aguas dormidas le servían de espejo; y en medio de estos paisajes retrospectos, veía, cual dulce y tentadora visión, la figura esbelta y amable de otro niño, su compañerito inseparable desde tierna edad, quien guardaba siempre ante ella respetuoso silencio, pero que la miraba extasiado, con miradas lánguidas y profundas, a la vez que la servía con tierna solicitud.

Recordaba el casual encuentro con aquel jovencito en el suntuoso baile, la honda emoción con que le hablaba, y cómo, al separarse de él, había sentido súbita tristeza en medio de sus primeros triunfos y del contento general. La figura de aquel mancebo estaba grabada en su mente de un modo indeleble, cada vez más atractiva, a medida que avanzaba en años: era ya casi un caballero. ¡Oh, pero sabía ella y lo sabían muchas personas más, que desde hacía tiempo reinaba en el corazón de Horacio una niña de espléndida hermosura, la dichosa Blanca!...



Entonces recapacitaba Lucila sobre el seudónimo.

—Amaury... Amaury... ¡Debe ser él!

Y continuaba la interrumpida labor silenciosa y triste.

La hora decisiva se acercaba.

## CAPITULO V

### NOCHE DE INSOMNIO

En los últimos meses de 1877 hallábase en la Ciudad de los Caballeros la compañía dramática española de Manuel Carmona. El teatro de entonces estaba adjunto a la honorable casa del doctor Pedro de Jesús Godoy, primero y único Coliseo en forma habido en Mérida antes de la construcción del gran Salón Universitario, habilitado a veces para funciones escénicas. Era noche de espectáculo, según programa. La luna favorecía la empresa de manera excepcional. Diáfano el cielo, la nieve centelleaba en la olímpica cumbre, semejando bloques de bruñida plata engastados sobre el escarpado lomo de la gigantesca cordillera.

En la plaza Bolívar, la severa arquería del primer cuerpo de la Cárcel-cuartel, bañado por la pálida luna, hacía contraste con la grácil estructura de una torre-cilla gótica, especie de atalaya, erguida sobre el negruzco tejado, como una aspiración a la belleza arquitectónica de la edad media. De las dos torres de Catedral, la única concluída para entonces, herida oblicuamente por los rayos de la luna, dibujaba su sombra sobre el césped uniforme de la plaza, trazando una mancha negra, prolongada y fantástica.

En el ángulo del norte, dos grandes casas de alto, con balcones volados hacia la plaza, aparecían mudas, silenciosas e imponentes, como palacios deshabitados; y en medio de ellas, asomaban los desnudos paredones del antiguo Monasterio de Claris, cuyo frente hacia la calle de la Independencia aún se conservaba intacto, excepto una puerta recién abierta para facilitar la entrada al claustro inferior del Convento, donde se había instalado el Mercado público.

Todo estaba allí sin alteración alguna, recordando las santas costumbres del venerable asilo. La cuadrada y maciza puerta del Monasterio, que franqueaba la entrada a espacioso salón, convertido en local de la Imprenta del Estado, inclusive el Locutorio adjunto, con su gran reja de hierro empotrada en el muro hacia el interior, reja sólida e impresionante como la de una prisión feudal. De la puerta del Convento hacia la esquina superior, hallábase el edificio de la Capilla, que tenía dos puertas para la calle y dos coros cerrados, uno bajo, donde estaban las criptas sepulcrales, y otro alto sobre el cual se levantaba la espadaña del campanario, vacías ya las troneras donde estuvieran colgadas las campanas.

Aquellas troneras abiertas en el muro de mampostería eran ya bocas sin lengua, aberturas sombrías, que en vez de lanzar al aire la mística algazara de sonoros bronces, tocada por la blanca y delicada mano de alguna noble clarisa, arrojaban ahora, en la callada noche, bocanadas de viento libre, que parecían débiles ronquidos, últimos estertores de una orden religiosa agonizante, víctima de implacable

persecución. La melancólica luna cubría de arriba a abajo, como blanco sudario, más de la mitad de los ennegrecidos muros.

Frente a este vetusto e imponente edificio, veíase en la misma calle, oprimida por anchos aleros, la casa del Canónigo, también silenciosa y muda. Era este trayecto de calle uno de los más solitarios en las horas de la noche, no obstante ser de los más centrales, porque no había por allí tiendas de comercio ni otros establecimientos que animasen el vecindario.

Completamente abstraído pasaba Horacio por aquella calle, cuando advierte en sus oídos levísimo cuchicheo por la acera de la casa del Canónigo, cuyas ventanas hacía mucho tiempo permanecían cerradas. Vuélvese prontamente y observa que una de ellas estaba abierta, pero a oscuras. Había allí dos personas.

—¿Y esto? ¡Qué sorpresa! —exclama sondeando con la mirada al través de los balaustres.

Francas risas estallaron allí mismo.

—¡No nos descubras, Horacio! Estamos aquí a escondidas —dícele una voz hartamente conocida. —Entra pronto, porque nos comprometes si continuas allí parado por fuera.

La que así hablaba era Rosa Carmona, prima del Canónigo, no muy joven, pero despierta, de genio agudo, chistosa por naturaleza, quien trataba al joven con la mayor confianza. Rosa era flor nacida en las márgenes del Lago y trasplantada al seno de las altas montañas.

Horacio tenía los cinco sentidos puestos en el otro poyo de la ventana, donde permanecía inmóvil una mujer, con la cabeza inclinada de propósito, reprimiendo la risa. Su corazón no lo había engañado. ¡Era ella!

—¡Lucila, también aquí!... —exclama.

—¡Qué distraído iba usted! —contéstale la joven, levantando la cabeza y dando rienda suelta a su natural alegre y chispeante.

—Pero te he dicho que entres pronto, Horacio. Mira que nos descubres ante la gente que pueda pasar —repitióle Rosa con la cariñosa autoridad que le daba sobre el mancebo el haberlo ayudado a criar.

No espera este tercera excitación. Aquella era su segunda casa. Adelántase algunos pasos, gana el amplio zaguán, cruza por una de las galerías y penetra en el salón principal de la casa, cuyas ventanas habían permanecido cerradas después de la muerte del Canónigo, ocurrida a principios de 1876, lejos de su querido hogar. La tertulia de la familia se efectuaba de ordinario en una sala interior, del lado opuesto a las piezas de la calle.

A primera vista el gran salón parecía oscuro. Apenas una bujía lanzaba un rayo de luz desde la pieza contigua, donde había sido colocada de intento. Al avanzar Horacio en la penumbra, dirigiéndose a la ventana, Rosa le recomienda que procure hablar quedo, muy quedo.

—¿Pero qué vigilan ustedes con tantas precauciones? —pregúntales con sorpresa.

—¿No sabes que es noche de teatro? Para quien no asiste a nada, mucho es ver siquiera la gente que pasa a divertirse. Como Lucila no va esta noche, la he invitado a que me acompañe, porque más puede ver en esta ventana que desde los balcones de su casa.



—Y pasará mucho gente, porque la luna está espléndida —dijo Horcaio con entusiasmo, mirando intensamente a la señorita Albani.

—¿Va usted al teatro? —pregúntale esta con tristeza.

—No se si lo resuelva luego. Es muy temprano todavía —contéstale Horacio, ciertamente irresoluto.

—Esa resolución vendrá —dijo Rosa— después que haya pasado toda la gente. ¿Comprendes Lucila? Este es buen sitio para observar. Con que no te muevas de aquí, Horacio.

Y Rosa acentuó la broma con la inmediata colocación de una silla frente a ellas, para que se sentase el joven.

—De mil amores, Rosa, aquí me estaré clavado cuanto ustedes quieran —dijo Horacio sin darse por entendido de la picaresca intención con que la sobrina del Canónigo le había dirigido aquellos palabras.

Si Blanca iba al teatro, lo probable era que pasase por allí, y a esto aludía la inocente broma.

—No, Rosa, no lo condene a ese suplicio. ¿Estarse allí clavado en esa silla? ¡Oh, no! la luna está bellísima y querrá pasearla. ¡Debe verse tan linda caminando hacia el Llano!... —dijo Lucila, acercando su cabecita a los balaustres de la ventana, y mirando en aquella dirección con intencionada curiosidad.

En este momento llamaron a la puerta de la casa, y Rosa abandona el salón para atender al llamado: era una criada del vecindario que iba en diligencias domésticas. Rosa se aleja con ella, para despacharla en el interior de la casa.

Horacio y Lucila quedaron solos, frente a frente: él en la silla y ella en el poyo de la ventana, mirando todavía a la calle, silenciosa e inmóvil. Estaba encantadora. La melancólica luz, que al frente bañaba el Monasterio, producía en su semblante reflejos indefinibles de mágica belleza, tintes románticos, profundamente conmovedores.

La emoción oprimía sus corazones con absoluto imperio. Solo se percibía el rumor del agua corriente por la mitad de la calle, a saltos aquí y en remansos allá, quejándose continuamente en tonos tristes y monótonos.

—Lucila —balbucea por fin Horacio, dominado por una impresión indescriptible—. Ha dicho usted que para mí la luna debe ser muy bella vista por allá...

—¡Y qué! ¿se ha sentido por eso? —contéstale con dulzura.

—¡Oh, no! pero me creo autorizado para hacerle una pregunta.

—Como no sea semejante a aquella del baile. ¿Recuerda?

—Jamás lo olvido. Ahora, por el contrario, voy a darle una prueba de confianza; y si usted me contesta con franqueza, me la dará de igual modo. Se lo agradecería en el alma.

—Ya ha picado usted mi curiosidad —dícele sonreída, pero vivamente interesada en el asunto, volviendo la cabeza hacia Horacio para oirlo mejor.

—¿Podré yo saber en qué sitio o barrio de la ciudad sea la luna más bella para usted?

Después de breve y angustioso silencio, Lucila interroga a su vez, disimulando el repentino estremecimiento de todo su ser.

—¿Le interesa mucho saberlo?

—¡Oh, como no, mucho, mucho!

—Pues en confianza se lo diré como amiga...

Y se detuvo, presa de una gran agitación. En sus ojos húmedos había una fulguración extraña.

—¿Dónde, dónde? Quiero saberlo —le dice el joven suplicante, acercándose más a ella, porque comprendió que titubeaba.

—¡Ah! mejor habría sido que no me lo preguntara. ¡Para mí la luna es triste, muy triste en todas partes!...

La expresión de su semblante se había nublado por completo, las palabras eran trémulas y en sus negras pestañas temblaban dos lágrimas, bañadas en la luz hermosa de sus pupilas.

—¡Lucila! —exclama Horacio con indecible angustia—. ¿Qué tiene usted? ¡Dígame por Dios!

Hace ella un heroico esfuerzo por serenarse, arrepentida de tal manifestación. Trata de recuperar la firmeza de su carácter, y con frases entrecortadas, pero vibrantes, por la nerviosa sacudida que aún agita su espíritu, procura tranquilizar al joven.

—No es nada, Horacio... caprichos del corazón... Vínome un pensamiento triste. ¿Ha visto usted mujer más tonta?

Y enjugándose las lágrimas, sacudía la cabeza, trataba de reír y de convencer a Horacio de que aquello era una niñería, una súbita y efímera tristeza.

Rosa llegaba en estos momentos.

—Por Dios, Rosa, en esta ventana cae polilla... Aquí me encuentra restregándome los ojos —dice con presteza la señorita Albani.

—Eso no te sorprenda, niña: cada quien da lo que tiene. Los viejos dan carcoma. Saca cuenta que estas ventanas son del tiempo del obispo Lasso.

Rióse Lucila francamente de la salida de Rosa, pero en su risa y palabras notábase gran esfuerzo por volver a su estado normal.

Por la calle empezaba a transitar más gente que de costumbre, atraída por el teatro. Era un variado desfile de damas, caballeros, niños, artesanos, e individuos de toda clase y condición. En los teatros de provincia, unos van a palco, otros al patio y los más se quedan agrupados en la puerta o al frente del edificio, sobre todo la gente pobre y el gremio tumultuoso de muchachos mandaderos, con la esperanza eventual de que ya tarde den la puerta franca.

Esta oleada de gente distrajo a las dos señoritas, quienes miraban de preferencia a las damas, analizando, respecto a cada grupo, la hechura de los trajes, el color de las telas, la elegancia de los sombreros, el primor de los peinados, la riqueza de los encajes y cuanto se relaciona con el tocado femenino. En tanto que Horacio, clavado en la silla, apenas movía los labios. ¿Qué pasaba en el corazón del joven? Una verdadera tormenta.

Jamás había visto una lágrima en los ojos de Lucila. La consideraba llena de risueñas esperanzas, casi dichosa. Creíala invulnerable contra ocultos y hondos pesares, cuando de improviso se convence de lo contrario, de una manera inequívoca y harto expresiva. La señorita Albani tenía una pena en el fondo del alma. ¿Cuál sería ésta? Aquí la mayor tortura del joven. Sentía horrible opresión en el pecho, ganas de llorar a gritos.

De todos los senos de su alma brotaba Lucila, ora alegre y risueña, ora acongojada y triste. Quería abandonar el salón en busca de la soledad, pero una mano



invisible y poderosa lo mantenía allí, cerca de ella, martirizado con mil pensamientos, con mil recuerdos, con mil sensaciones extrañas. Y aquella mano desconocida e implacable hería todas las fibras de su corazón, como si golpease el teclado de un órgano; y vibraba sonoro su espíritu, produciendo sonidos misteriosos, que lo arrebataban y enardecían, finalizando este fantástico concierto con una sola voz fascinante e imperiosa: ¡Lucila!

En acabando de pasar los principales grupos de familias que se dirigían al teatro, Rosa obsequió en confianza a sus queridos huéspedes con dulces secos. ¡Cuán lejos estaba de imaginarse lo que pasaba en ambos jóvenes, cuya felicidad presente y futura no podía serle indiferente! Los consideraba de la intimidad de su familia. A poco rato del obsequio, les indicó la salida, diciéndoles:

—Ustedes mismos irán por el agua, si la desean.

—Yo iré por ella —dice Lucila, levantándose prontamente.

—No, no, a mi me toca —contesta Horacio, levantándose también.

Pero la niña se aleja hacia el interior de la casa. El joven la sigue en silencio. Cuando éste llega al tinajero, ya ella tenía los vasos servidos. La emoción los ahogaba. Apenas humedecieron los labios: el agua quedó íntegra.

De regreso al salón, en vez de tomar por la galería, Lucila había salido al patio, y caminaba lentamente por entre los rosales, con la cabecita inclinada, golpeando el pavimento de un modo especial, entretenida, al parecer, con su propia sombra, que la luna dibujaba sobre las frías baldosas.

—Siento mucho, Horacio —le dice con calma— que por nosotras se haya privado usted de pasear esta noche. No me guarde rencor por ello, se lo suplico.

La voz de la joven era dulce y expresiva.

—¿Persiste usted en creer que goce más en otra parte que aquí?

—No es una especialidad mía el suponerlo así. Rosa lo cree también y lo mismo muchas otras personas.

—Pues estarán todos en un error. Para mí la luna también es triste, demasiado triste en todas partes.

Estas palabras de Horacio detienen a Lucila un momento en su lento andar por las callejuelas del jardín.

—Gracias —dice, volviéndose al joven— es una prueba de amistad sincera. Los corazones sensibles fácilmente se impresionan. ¡Ah, cuánto siento que mi repentina tristeza lo haya contagiado esta noche!

—No, Lucila, no es simple contagio. Es un peso horrible que me oprime, que me mata...

Un pensamiento cruza por la mente de Lucila, Horacio tenía dos rivales, dos jovencitos que amaban también a Blanca. Acaso estaba celoso y buscaba un consuelo en la amistad.

—Sí lo he notado esta noche muy pensativo y silencioso.

—¡Oh, sí, devorado por una pena oculta desde hace días!

El joven temblaba, pero no se atrevía a declarar qué pena era la que lo martirizaba.

—Séame franco. ¿Sufrimientos íntimos ?

—Muy hondos y terribles, Lucila. ¡Si usted supiera!

La pobre niña enmudece al instante, herida a su vez por el dragón de los celos, creyendo ver confirmadas sus sospechas. Reprímese, sin embargo, y con voz trémula le dice, excusando que Horacio pudiera descubrir la viva impresión que la dominaba.

¡Ah, qué puedo yo decirle! Para esa clase de penas solo hay un remedio: combatir las con fortaleza de ánimo. Desesperarse sería una locura.

Y aligerando el paso, sale del patio, atraviesa la galería y penetra de nuevo en el semioscuro salón, enjugándose los ojos.

Un momento después, Horacio se despedía de ambas señoritas y salía a la ventura por las calles. Necesitaba respirar al aire libre.

Al acercarse al barrio de San Francisco, la música del teatro llegó a sus oídos como un excitante refinado y cruel. Cruza entonces hacia la calle Bolívar, y por ésta descende a la plaza. Instintivamente vuelve a las inmediaciones del imponente Monasterio, pasando por la casa del Canónigo, cuya puerta y ventana estaban ya cerradas.

El silencio era más grave. Todo revestía a sus ojos apariencia sombría, casi fúnebre. La acequia gemía más acompasada y pesarosa; la blancura de la luna sobre los vetustos paredones tenía un tono amarillento, color de angustia, de mortal congoja.

El joven se detiene un instante frente a la ventana. Tenía impulsos de abrazarse a los balaustres, perfumados todavía con el roce de sus cabellos y el delicioso ambiente de su cuerpecito esbelto y fantástico. Siéntase allí casi ahogado; fuerte nudo le oprime la garganta; y seguidamente estalla en lágrimas y sollozos, ocultando su pálido rostro entre los rígidos maderos de la ventana, testigo mudo de aquella dolorosa entrevista.

Nadie pudo advertir este acto de súbito enajenamiento. La calle estaba desierta, y en el interior del salón tampoco había persona alguna. Lucila se había despedido de Rosa hacia poco, para volver a su casa por la ventana de la repostería, como en los días de la niñez dichosa. En aquellos momentos atravesaba, meditabunda y triste, las altas galerías que conducían a su aposento, abismada en el gran secreto de su alma: ¡un amor sin esperanza!

Cuando Horacio torna a su apacible hogar, pretexto una jaqueca y se mete en la cama, más temprano que de costumbre. Necesitaba soledad y descanso para su conturbado espíritu.

¡Cuántas cosas vinieron entonces a la mente excitada del tímido muchacho!

—Lucila sufre mucho —se decía— conozco el temple de su carácter y la viveza de sus sentimientos. Una pena oculta la despedaza. ¡Ah, Lucila ama con pasión, como debe amar ella, con toda el alma! Esa ruptura con Luis debe ser fuerza de voluntad meramente, efecto de su carácter firme y resuelto, pero su amor está incúlume, más intenso cuanto más contrariado. Sin embargo —pensaba fuera de sí— he debido caer de rodillas a sus pies y declararle mi amor inmenso, para oír fracamente de sus labios mi desdicha o mi ventura.

Y el joven se apretaba el pecho con manos convulsas en el frenesí de su dolor.

—¡Ah, mi ventura! No, no podrá dárme la jamás! Si la veo inclinada dulcemente hacia mí, es por la tierna amistad que desde chica me profesa, pero de manera irresistible se doblará hacia el único objeto de su amor. Por eso me



ha dado con tanta seriedad el último consejo, como elocuente despedida. Para otro será la perenne oblación de sus lágrimas y suspiros, sus íntimos y castos anhelos, sus ensueños y esperanzas; para otro, las sonrisas encantadoras, la cadencia de sus palabras y el lampo ardiente de sus lindos ojos!...

Y el joven se apretaba el pecho con manos convulsas en el frenesí de su dolor. Aquella lágrima centelleante y expresiva, aquella lágrima de emoción profunda, tan hábilmente disculpada por ella, era un glóbulo de dinamita que hacía repetidas explosiones en lo más hondo de todo su sér: la terrible explosión de los celos.

¿Y Blanca?... ¡Ah! la tímida y hermosa niña que alegraba su corazón, no volvería ya más en su auxilio. Cual avecilla posada en árbol desconocido, al ver nublado el cielo y síntomas de tempestad, al sentir que la rama en que se apoya empieza a sacudirse, agitada por impetuoso viento, bate ligera sus alas y se aleja espantada de los horrores de la tormenta.

Horacio la ve huir con mirada atónita, casi desesperado. Ha sido ella dulce consuelo en días brumosos de su espíritu; pero la cándida avecilla no acude ya a su reclamo. Escápase velozmente hasta desaparecer, como una exhalación, en el horizonte de su alma, dejando, como luminosa estela, el recuerdo de una ilusión plácida y florida de los días de la adolescencia.

¿Qué noche pasarían los pobres jóvenes? Mejor te lo dirá, compasivo lector, tu propia imaginación, que el más elocuente relato.

## CAPITULO VI

### BAJO UNA LLUVIA DE FLORES

Entremos al viejo claustro. Sabido es que la Universidad de Mérida, la segunda de Venezuela, estuvo casi agonizante en los últimos años del septenio de Guzmán Blanco, hasta el grado de verse obligada a dejar su venerable asilo, para refugiarse en una casa de alquiler. El presidente Alcántara la sacó de amarguras, favoreciéndola con algunas disposiciones ejecutivas y reinstalándola en su clásico edificio.

Pocos meses habían transcurrido de estos actos de justicia, inolvidables para académicos y estudiantes, cuando un día el genio de las travesuras, que no se aparta un ápice de los bancos escolares, hizo una de las más gordas.

La capilla adjunta del antiguo Seminario, aún estaba en servicio eclesiástico, con sus altares, imágenes y paramentos; el coro alto en la parte inferior del templo, y el campanario, que era una torre de tres cuerpos, rematada con un tejado de forma piramidal, torre en que había cuatro campanas, de mayor a menor, en las portezuelas del último piso. Este templo servía de capilla universitaria.

Una sogá caía a plomo, rozando por dentro la pared de la torre, y salía al ángulo norte del primer claustro, por medio de polea empotrada en el muro. Era la sogá de la campana con que diariamente se tocaban las clases, oficio que aquel día, por ausencia del bedel, fue desempeñado por Juan N. Ochoa, mozo bueno,

pero algo sordo, quien ya había ejercido el cargo años antes, cuando la Universidad estuvo como inquilina en la casa de la viuda del doctor Juan José Cosme Jiménez.

El célebre predicador doctor González, Canónigo Lectoral, era el Secretario de la Universidad, y escribía en su despacho. En el reloj de Catedral dieron las siete y media de la mañana, hora de tocar las primeras clases, lo que se hacía dando diez o doce golpes con la segunda campana. Ochoa luce todas sus fuerzas, prendido de la sogá, y... blom... blom... blom... ¡Toque general de campanas!

Sabido es que, conforme a reglamento, en los dobles mayores, la defunción de mujer se anuncia con dos golpes de todas las campanas a un tiempo; la del hombre, con tres; la de sacerdote, con cuatro; y así subiendo en mayor escala, hasta los cien golpes que corresponden solo al Papa y al Obispo Diocesano.

A los primeros golpes todos se sorprenden. Las campanas tocaban a muerto. Cuando pasaban de cuatro los dobles, el doctor González brinca en la silla y sale al corredor, dirigiéndose a la sogá de la campana. Los estudiantes lo siguen asombrados. A cada tirón de la sogá, sonaban todas las campanas a un tiempo, tocando a muerto de elevada jerarquía eclesiástica. ¡Doblaban ya por un Canónigo!...

¿Qué es eso Ochoa? ¿Quién lo ha mandado doblar?

Pero Ochoa, un poco sordo, como hemos dicho, acezante y completamente embargado, no oía el estrépito general de los bronces, ni menos las voces del Canónigo, que se acercaba a pasos acelerados.

—¿Por quién dobla usted de ese modo? —le dice al fin de cerca, tirándolo por un brazo.

—¡Oh, señor! por la clase de Latín, que ya es hora.

En la cara estupefacta del mozo, se advierte al punto su absoluta inocencia. El doctor González estalla entonces como un trueno en furibunda y general reprimenda contra los estudiantes.

—¡A la Secretaría, a declarar todo mundo!

En estos momentos entraban el doctor Dávila, rector del instituto, y algunos profesores, que habían precipitado el paso en la calle al oír aquel gran doble en la Capilla; y de la Catedral, de la Casa Pública, de todo el vecindario acudía gente a saber quién era el personaje muerto.

Abrióse inmediatamente la sumaria del caso. Todos los empleados y estudiantes rinden declaración por separado en la sala rectoral. La cara de los jueces hacía temblar a los más impávidos. Pero no se comprobó nada, sino el cuerpo del delito, es decir, que los cordeles de las otras campanas habían sido ligados arriba a la sogá colgante, sin indicios siquiera de quién fuera el delincuente, ni del *modus operandi*, porque todas las puertas de la Capilla y sacristía estaban bien cerradas.

El llavero era un hombre insospechable: el viejo Encarnación Dugarte, más conocido con el nombre de *El Indio*, a secas, antiguo cocinero del Seminario y semi-sacristán para entonces, quien al oír aquel intempestivo doble, había dejado en el budare la arepa que preparaba para el desayuno, y corrido a saber quién era el muerto. Al enterarse de lo ocurrido, indignóse más que todo el claustro académico. Aunque trataba a los estudiantes con cariño, era cáscara



amarga para los que andaban en desórdenes y travesuras; y además, fue él, en definitiva, quien vino a pagar el pato, porque al volver a la cocina halló chamuscada la arepa.

Bajo la presión de este gran escándalo broncíneo, vigilábase doblemente la entrada de los estudiantes a la Capilla, en días que no fueran de acto público, religioso o académico.

Después de la noche de hondo sufrimiento para el estudiante protagonista de esta historia, encaminóse a la Universidad, como de costumbre, en las primeras horas de la mañana. No quiso entrar allí en tertulia con sus compañeros, quienes platicaban sobre impresiones del teatro, plato obligado de la crónica local, sino que optó por dirigirse al último departamento del gran edificio, al antiguo Refectorio, donde aun existían la despensa y cocina, departamento que servía de vivienda al indio Encarnación.

De paso, observa que la puerta de escape de la sacristía, existente en el tercer patio, se hallaba abierta, lo que no era común, y menos en aquellos días de extrema vigilancia.

Empujado por la curiosidad, el joven se allega y entra. En la sacristía no había nadie ni en la Capilla tampoco: todo estaba desierto. La imagen de la Santísima Virgen, velada siempre en su nicho, tenía levantado el velo, y a sus pies flores frescas y una vela encendida, colocada en un candelero sobre la grada del altar mayor, lo que indicaba un acto privado de adoración, promesa cumplida o sencilla ofrenda de alguna alma devota.

La soledad, el silencio y, sobre todo, el estado de ánimo, impulsan al joven a caer de rodillas sobre la alfombra del prebisterio. Aquel templo solitario y semioscuro ejercía sobre su alma dulce y mística presión. Lo rodeaba la augusta majestad del santuario. Vuelve los ojos, irritados por el insomnio, hacia la hermosa y compasiva Madre de los afligidos, se recoge en sí mismo y ora con gran fervor, pidiéndole paz y sosiego en las amarguras de su espíritu.

La figura del viejo cocinero del Seminario, adherida al claustro como parásita a corcomido tronco, aparece entonces en una de las puertas de la sacristía, sin que el muchacho se diera cuenta de ello. Contempla en silencio, con rostro complacido, la piadosa actitud del estudiante, y desaparece sin ruido, como una sombra. No quería interrumpirlo.

La fe sublime, las santas creencias que en el alma imperan desde la niñez, suelen ser en los combates de la vida el mejor asilo y el consuelo más eficaz. Horacio sale del templo transformado por completo. Fresco rocío ha caído en su pecho ardiente; las agitadas olas del sentimiento exaltado, se aplacan; y viene la calma, la dulce serenidad del espíritu.

—¡Ah! —dice en sus adentros— ella lo ha dicho: —“Fortaleza de ánimo. Desesperarse sería una locura”.

Y daba gracias a la Santísima Virgen por haberle proporcionado este acto de piedad tan oportuno como inesperado.

El indio Encarnación lo esperaba en la sacristía con la sonrisa en los labios. Allá *in pectore*, creía que Horacio, de carácter manso y devoto, sin ostentación, estaba llamado a la iglesia, en rápido camino de la tonsura. Saluda al joven, le ofrece para más tarde un cariño (así llamaba el indio los dulces y frutas) y le da las gracias por haber visitado a la Santísima Virgen, cuando la tenía expuesta

y alumbrada para que le deparase una prenda de uso, que se le había extraviado, o sean las dos moneditas de oro, ligadas con una cadenilla del mismo metal, con que se abotonaba el cuello de la camisa en los días de gala.

¡Curiosas contradicciones! El buen indio rogaba al cielo para que volviese a su poder una prenda perdida, de que era legítimo dueño; y el joven que lo oía con triste sonrisa, pedía casi lo contrario: que nadie le reclamase una preciosísima joya oculta en el fondo de su alma y de que no era dueño, porque deshacerse de ella sería su mayor desventura.

Después de esta visita al antiguo claustro, el hilo de la narración nos obliga a girar un rato en torno de la Santa Catedral emeritense, en sede vacante entonces, pero con la jubilosa esperanza en Tomás Zerpa, el sacerdote preclaro, de relevante cultura espiritual, preconizado Obispo de Mérida por el Papa Pío IX. En esos días se le asediaba con toda clase de manifestaciones públicas y privadas para que aceptase la mitra. El mismo Papa insiste, a pesar de la renuncia, pero todo se estrella ante la humilde actitud del sabio y manso levita. Su grande espíritu quiso vivir concentrado en modesta vida, como el delicioso perfume en la tímida violeta.

El Cabildo eclesiástico se preparaba para celebrar al fin del año el primer centenario del Obispado; y a estos motivos de religiosa excitación, uníase otro, que mantenía en ansiosa expectativa a los vecinos, en particular al bello sexo. A iniciativa de los honorables esposos don José Vicente Nucete y Doña Teófila Guerrero de Nucete, de procerca estirpe ambos, lo más granado de las señoritas de Mérida, con el beneplácito del Ilmo. Sr. Zerpa, había formado una Sociedad piadosa, la misma que hoy existe, para realzar el culto de la Inmaculada Concepción de María, patrona del Obispado. Al reclamo de tan selecto y hermosísimo grupo de devotas, por todas partes llueven flores y asoman sonrisas de aplauso y simpatía. En pocos días recolectan cerca de cuatrocientos pesos para la próxima festividad.

Así es que, en vísperas del 8 de diciembre de 1877, la ciudad estaba en activo movimiento. Hasta los estudiantes, que exageran la piedad cuando los alivia del peso de las clases, creyeron ser poco el solo día de la conmemoración, y se alzaron desde la víspera, so pretexto de prepararse para la gran fiesta. Estos chicos son de tal sensibilidad mística, que basta un repique de campanas, para transportarlos a cualquier lugar que no sea el banco de la clase.

Desierto el claustro, con alegría de los muy pocos alumnos asistentes, Horacio aprovecha el asueto para ir a la casa del Canónigo, muy lejos de pensar en otra entrevista con Lucila, cuyas visitas no eran ya tan frecuentes. La mañana estaba serena y luminosa, mañanita de diciembre, de cielo azul y friecillo agradable, que los pájaros alegraban con su charla incomprensible en los huertos y jardines.

Por la calle cruzaban en todas direcciones cestas de flores, guirnaldas, festones, banderolas y gallardetes; y en muchas casas principales, los sirvientes, subidos en escaleras, batían la escoba bajo los aleros y sobre las paredes, para limpiar la casa por fuera de polvo y telarañas, en tanto que las criadas sacudían por dentro, con trapo o escobilla, las puertas y ventanas con el mismo objeto. En todas partes se manifestaba el entusiasmo por la próxima solemnidad.

La sala de labores en la casa del Canónigo, era a la vez recibo de confianza. Horacio platicaba allí agradablemente sobre la crónica palpitante en el seno de las familias, viendo los afanes de Rosa por armar una guirnalda y la completa



calma con que a su lado hacía labor una anciana venerable, de cabellos blancos como el armiño, hermana del Canónigo.

De pronto, resuenan por el claustro ligeros golpecitos de tacón y leve ruido de faldas, y seguidamente asoma a la puerta graciosísima zagala, en traje de casa, con delantal de medio corpiño, recogido el abundante cabello en una sola trenza. Traía una cesta de mimbre en el brazo y brillaban en sus manos unas tijeritas de costura.

—Buenos días —dice con despejo, al entrar.

Pero al descubrir a Horacio, su cortamiento fue sensible, lo mismo que el de este, pues no habían tenido ocasión de acercarse después de aquella noche triste, de cruelísimo y secreto desengaño para ambos.

—¿Qué nos traes en la cesta? —pregúntale Rosa, sin advertir nada.

—Viene vacía —contesta ella, volviéndola hacia el suelo con mucho donaire —pero pienso llevarla muy llena.

—¡Ah, las flores! ¡Qué olvido! No están cogidas todavía.

—Vengo yo misma a cogerlas, para que ustedes no interrumpen sus quehaceres.

—¿Con esas tijeritas?

—Son muy cortantes.

Rosa no pudo contener la risa.

—No, niña, cortar ramos y bejucos, no es como cortar cintas y encajes. Ya ves que estas son más fuertes, y tampoco sirven —le dice enseñándole las de su uso—. Ahora verás cuales son las buenas.

Y Rosa sale con presteza: óyese en la pieza contigua la apertura de una alacena; y allí mismo torna a la sala con unas tijeras grandes, pesadas y antiguas, de esas que sirven en las casas de familia a varias generaciones, tijeras de sastrero, de poda, de hacer la crin a mulas y caballos de silla, de cortar lata y hasta cuero, si fuere necesario. El contraste con las tijeritas niqueladas de Lucila era tan resaltante, que la carcajada fue general.

—¡Son enormes, Rosa, no podré manejarlas!— exclama ella, tomando en sus delicadas manos el ponderoso hierro.

—Esas son las buenas —dice Horacio con prontitud—. Son tijeras para hombre; y esto quiere decir que a mi me toca coger las flores. ¿De cuáles se trata? —pregunta en seguida, listo para emprenderla contra todo el jardín.

—Son ramos de *bellísima* lo que ella quiere —contesta Rosa—. Puedes cortarlas las que desee, porque la mata está demasiado grande.

El joven toma una silla de suela, armado de las formidables tijeras. Mirábalo Lucila sonreída, aunque irresoluta en sus adentros entre aceptar o no aquel ofrecimiento tan galante. Pero hubo de rendirse cuando el joven, volviéndose a ella, le dijo con amable insinuación:

—Usted me indicará los ramos que más le gusten ¿no es cierto?

—Cortará usted, Horacio, los más altos, y yo los que estén a mi alcance —respondió ella con ingenua sencillez.

*Bellísima* llaman en Mérida una enredadera de jardín muy bella y frondosa. La primera cultivada en la ciudad, era la existente en la casa del Canónigo, remitida por este desde Cúcuta con gran cuidado. Prontamente se generalizó por su hermosura y la facilidad con que prosperaba al pie de la Sierra Nevada.

Sostenida por cuerdas entre pilar y pilar, ocupaba la enredadera todo un lado del patio, y subía hasta las bocatejas del alero del corredor, formando una verdadera pared, tramada de tallos sarmentosos, llenos de hojas fuertes, color verde oscuro, y de florecillas rosadas de simpática apariencia.

Ambos se dirigen al patio, al mismo patio de aquella noche pesarosa, que en vano querían echar en olvido.

—Pienso que el sol va a mortificarla mucho —observa el joven, encantado con la compañía de la graciosa chica.

—La cesta me servirá de sombrilla —dice ella poniéndosela sobre la cabeza, como vendedora de frutas.

—¡Oh! esa posición es bellísima, pero incómoda. Lo mejor es que pase usted al otro lado de la mata, en que hay sombra; y yo le daré las flores por entre la enredadera. Vea usted, en partes no está tan tupida.

Obediente y sumisa conviene ella en el plan propuesto, y pasa al otro lado del caprichoso muro formado por la exuberante trepadora.

Sube Horacio en la silla, y resulta lo que era de esperarse. Por no perder de vista a Lucila, y so pretexto de abrir brecha para pasarle las flores, a cada paso separaba la tramada red de bejucos, abriendo ventanillas más o menos grandes, por donde arrojaba sobre ella una verdadera lluvia de flores, incendiadas con el fuego de sus miradas.

—Al fin rompe usted las cuerdas que sostienen la mata, y se nos viene toda encima —decíale ella, riéndose anticipadamente del fracaso.

—No, Lucila, no hay temor. Sería un bello derrumbe, un derrumbe de flores.

—Pero ya hay suficientes. La cesta no puede con más.

—Son pocas todavía, muy pocas. . .

Y las flores continuaban cayendo sobre la chica de manera inesperada, sin tregua ni descanso.

—¡No más, no más! —exclama ella, tratando de huír, al ver que Horacio no le daba respiro.

Las flores caían despicadas y en ramos, atropellándose unas sobre otras, y quedando muchas prendidas de sus cabellos, o sobre sus hombros; y las que se acumulaban a sus pies, le daban la apariencia de encantadora ninfa, surgiendo alegre de un bosquecillo de ramos florecidos.

—Lucila —le dice entonces el joven a media voz, asomando la cara por entre la enredadera, cerca, muy cerca de ella—. En este patio las lunas suelen ser tristes, muy tristes, pero también hay soles espléndidos de inmensa dicha. ¿No es cierto?

—¡Ah! con que ya no sufre tanto —le pregunta sorprendida.

—¡No, Lucila, en estos instantes soy feliz, muy feliz! . . .

Y las miradas del joven, profundas y expresivas, penetran de tal modo en el alma de la absorta niña, que esta se estremece, tiñéndose de púrpura sus mejillas e inclinando los ojos, presa de gran turbación. ¡Veía de pronto abrirse ante ella un cielo de esperanzas!

—¡Ah! —dice al fin, recuperando su genial viveza —olvida usted las flores. Vea como están regadas en el suelo. No van a caber en la cesta.



Horacio se ocupa allí mismo en recogerlas, pero con estudiada lentitud. Ella acelera entonces la recolecta, y cuando ve colmada la cesta, huye hacia la sala, diciéndole con encantadora sonrisa:

—Gracias, gracias. Voy a acusarlo con Rosa por el destrozo de la mata.

El joven la sigue con las últimas flores que ha recogido del suelo.

—Rosa, no me culpen por haber cogido tantos ramos. Horacio es el culpable. No ha debido darle esos tijerones. Ahí queda él para que lo castiguen.

Y recibiendo con rápida mirada de intensa gratitud el exceso de flores que el joven le colocaba en la cesta, se despide gozosa, alejándose con presteza hacia el interior de la casa.

Era la misma salerosa chica de otros tiempos, de geniecillo alegre, espiritual e inquieta, pero ahora los papeles se habían cambiado. Antes mandaba ella como una sultanita, y Horacio, tímido y silencioso, la obedecía como un esclavo. Ahora, ella se mostraba sumisa ante el jovencito, e inclinaba la cabeza con pudoroso encogimiento ante alguna palabra significativa o el rayo de una mirada dulce y penetrante.

En la noche, la solitaria y melancólica Ciudad de las Nieves parecía otra. En las calles principales lucían al centro arbustos pintorescos, plantados *ad hoc*, llenos de banderolas y farolillos de colores. La iluminación general era extraordinaria, y en la plaza Bolívar había gran concurso de gente, oyendo la música y viendo quemar espléndidos fuegos artificiales. Era la primera y rumbosa fiesta que celebraban las “Hijas de María”.

Pasadas las nueve, la plaza volvió a su estado habitual de soledad y silencio. Habían terminado los festejos y cesado el tránsito de personas por las calles adyacentes. Los balcones de la casa de los Albani permanecían abiertos aún, adornados con festoncillos y guirnaldas de flores. La princesita estaba allí mirando las luminarias multicolores de la calle, elegantemente apoyada en la fuerte balaustrada. ¿Sería, acaso, este el único motivo de permanecer allí?

La luz de una lámpara de gas, suspendida del techo, bañaba de lleno su graciosísima cabeza. Sobre el peinado lucía, como delicado adorno, un ramo de florecillas color de rosa, un ramo de *bellísima*.

De pronto, el corazón de Lucila palpita con mayor violencia. Por la acera del Monasterio avanzaba un transeúnte, que devoraba con sus ojos a la gentil doncella. ¡Era él! . . .

¡Oh! Si la luz de las pupilas luciera en el aire, como lucen los rayos del sol en las nubecillas del cielo, la semioscura calle se habría visto atravesada de súbito por un hilo brillantísimo de ardientes miradas, misteriosa comunicación de dos almas que aquel día habían columbrado la estrella de la esperanza bajo una lluvia de flores.

## EN AGUINALDOS Y PASCUAS

No hay pueblo que no se distinga por alguna especialidad. Carácter, tipo, dialecto y costumbres suelen ser comunes a muchas poblaciones en un mismo país; pero hay para cada ciudad, para cada villa y hasta para cada aldea un rasgo fisonómico especial, que la distingue de sus propios vecinos comarcanos, sobre todo en costumbre; y este fenómeno, harto común, viene felizmente a romper la rigurosa semejanza etnográfica, fastidiosa y monótona en el campo de la estética social. En la variedad está el gusto.

La conmemoración popular del misterio del Nacimiento de Jesús, aunque universal en el seno del cristianismo, es varia en sus manifestaciones locales. La devoción de representar el pasaje bíblico con imágenes de bulto en los hogares, reviste en Mérida el carácter de una afición dominante, de que no pueden sustraerse las familias, afición por extremo simpática, muy piadosa en el fondo, a la vez que creadora de artes e industrias especiales, viniendo a ser, por excelencia, la recreación de mayores atractivos desde los días de aguinaldos hasta mediados de enero, prolongándose en los campos hasta el día de la Candelaria.

El *pesebre*, nombre regional del Nacimiento, es una exposición permanente en miniatura, que se coloca en la sala u otra pieza principal de la casa, cualesquiera que sean sus proporciones, sin que falte nunca en cada uno la peña o gruta, armada en distintas fomas con yescas y lienzo engrudado, donde van colocados los santos, esto es, el Niño, la Virgen y S. José. En contorno se les adorna con ángeles, pastores, ovejas, flores, casitas, animales domésticos y mil otras bujerías e ingeniosos artefactos, todo en paisaje y saturado con la fragancia especial del incinillo, el laurel, las albricias y otras plantas aromáticas.

En las madrugadas de los nueve días que preceden a la Navidad, las alegres misas de aguinaldo, obligan a dejar la cama para salir a la calle. El jubiloso clamoreo de las campanas, las guitarras, tamboriles y cencerros de los chicos, que resuenan por aquí y por allá, y las aéreas detonaciones de pólvora en las parroquias, producen al despertar cierta fruición de paz y alegría interior, que ninguna otra temporada de fiestas provoca de manera tan dulce e inefable. Es la primavera del espíritu cristiano.

En una de estas madrugadas, los que iban llamados a misa por los alegres repiques de la iglesia del Sagrario, habrían podido observar la figura de un hombre cubierto con pesado gabán de abrigo, levantado el cuello hasta la mitad del rostro, y sombrero de fieltro de anchas alas, caídas un poco hacia adelante, de suerte que no era fácil descubrirle la fisonomía, a la escasa luz del ahumado farol de una de las esquinas de la plaza Bolívar, donde daba cortos paseos por una de las aceras, amparándose a ratos contra el frío en el hueco de una puerta de tienda por allí próxima. Parecía guarda municipal o sereno de turno en aquel paraje.

Hallábase inmóvil en el hueco de la puerta, cuando oyóse no muy lejos el crujido de la hoja de un portón vecino, resonando allí mismo sobre las baldosas ligarísimo taconeo de botitas femeninas.

Era una aristocrática jovencita que madrugaba a misa, rebujada a la andaluz a en elegante mantilla, dejando ver apenas medio palmito lleno de gracias, con unos



ojos negrísimos. Acompañábala una señora de entera confianza, especie de dueña, antigua ama de llaves de la casa, que la seguía, retrasada algunos pasos, por haber quedado cerrando de nuevo el portón.

Avanzaban por la misma acera donde se hallaba el embozado. Este se aparta rápidamente, dejando caer el embozo; y en pasando la chica, le dice a media voz:

—¡Mis aguinaldos!

—¡Ah!... —exclama ella, sin poder ocultar su sorpresa, dirigiendo al desconocido rápida y expresiva mirada, y pasando de largo.

En tanto que la compañera, advirtiendo pocos pasos atrás la súbita sorpresa de la joven a vista del embozado, al enfrentar con éste, le asesta una mirada fría, penetrante, escudriñadora, mirada de dueña celosa y suspicaz, que va a estrellarse inútilmente contra el alto cuello del gabán y el ala caída del sombrero, que instantáneamente habían vuelto a velar el rostro del desconocido.

Pero la dueña no podía quedarse con esa. Precipita el paso para alcanzar a la chica, y la interroga con instancia:

—¿Quién es ése?

—Parece un disfrazado —contéstale, disimulando su viva emoción.

—¿Y cómo los has saludado con tanta prontitud?

—Porque dio la acera con mucha atención, inclinándose para esperar el saludo.

—Sí, pero me pareció que te habías cortado al verlo.

—¡Cómo no! Pero me tranquilicé allí mismo, viéndole el porte de persona culta.

—¡Hum!... quién sabe en que anda por ahí ese disfrazado.

—No te alarmes— dícele la chica, soltando la risa.— De seguro que anda en alguna apuesta de aguinaldos, pero ya viste que no era conmigo.

Si lo creyó o no la fiel y celosísima dueña, es cosa que no importa mucho saberlo al presente. Continuaron en silencio su camino hasta penetrar en la iglesia.

Efectivamente, estaban en boga las apuestas de aguinaldos entre caballeros y señoritas, juego especialísimo, fecundo en aventuras y chascos, potro de tormentos para gentes nerviosas, por la viva ansiedad, la constante zozobra y repentinos sustos, no solo de los competidores, sino de sus allegados, parientes y amigos, que ayudan en la empresa. Es una campaña en toda forma, durante el lapso convenido, con su estrategia peculiar, en que la dama se mantiene a la defensiva, atrinchera en su propia casa o en otra de confianza, y el caballero ha de valerse de mil ardides para lanzarle de sorpresa el emocionante ¡mis aguinaldos!

En esos días se contaba, entre otros lances aguinaldescos, el de un joven caballero que logró entrar a la casa de su bella competidora, merced a una circunstancia casual, por extremo feliz. La dama se ocupaba en poner el *pesebre*, y al efecto, había mandado a una tienda de comercio en solicitud de un cajón grande vacío, que era indispensable para colocar la peña donde iba el Nacimiento.

El comerciante, que sabía de la apuesta y era amigo del interesado, contesta que lo mandará luégo, porque necesitaba un rato para desocuparlo; y en el interin, avisa al joven, que a la sazón asediaba la casa de mil maneras, sin éxito alguno.

Momentos después, un peón fornido recorría buen trecho de calle con un enorme cajón levantado sobre el hombro. Iba realmente agobiado. Llama en la casa,

de orden del comerciante, e inmediatamente lo hacen pasar adelante con el pesado bulto, hasta la misma pieza, donde casi a escondidas trabajaba la señorita en los preparativos del pesebre.

Oyese de improviso un grito, a tiempo que surgía el joven del fondo del cajón, a guisa de los polichinelas que espantan a los niños, saltando de una cajita de resorte. La dama casi se accidenta del susto, en medio de una carcajada general. Había perdido la apuesta.

\* \*

Solían las familias, después de misa, reunirse en confianza para ir de paseo a los alrededores de la ciudad, a sitios donde hubiese establos de vacas de leche, encaminándose de preferencia a los extensos barrios de Milla y el Llano.

De seis a siete de la mañana avanzaba aquel mismo día por la poética sabana del Llano Grande, un grupo encantador de hijas de la Sierra. Iban hacia el sur, a la quinta de un caballero principal. El viento casi glacial de diciembre, agitaba las puntas y flecos multicolores de las mantillas y pañoloncitos con que iban abrigadas, llevándoles al propio tiempo el eco gratisísimo de alegres piezas de música, tocadas por una banda improvisada de cinco instrumentos, obsequio de algunos jóvenes que seguían, a cierta distancia, la pintoresca caravana.

Entre estos jóvenes iba Horacio, y entre las damas, Lucila, para quien no era desconocido el itinerario, por ser la hermosa quinta a donde se dirigían propiedad de aquellos sus tíos, que con tanto cariño solían retenerla en su casa de la ciudad.

El paisaje era soberbio. Sobre la cúspide de los cerros occidentales y cultivadas lomas de la Otrabanda, parecía llover finísimo y centelleante polvo de oro; eran los primeros destellos de un sol brillantísimo, que antes de asomar por el oriente, se entretenía detrás de la nivea montaña en secretos galanteos con las monstruosas Aguilas Blancas del mito andino.

El verdor, pálido aquí y oscuro allá, de los sembrados; las casitas blanqueadas, de techos rojos unos y grises otros; las cejas de monte, los hondos precipicios, todo en el cerro y la llanura se alegraba y sonreía intensamente a las primeras caricias del tierno y poderoso amante, del príncipe ardiente y luminoso, gala del cielo y emperador de la tierra.

En la casa de campo, después de los saludos de estilo, la comitiva se disgrega por las galerías y patios, en grupos más o menos numerosos. Lucila se había adelantado presurosa a ayudar a su señora tía en los consiguientes afanes y atenciones domésticas.

Pronto se obsequia a las damas con espumosos y calienticos vasos de leche, recién ordeñada, y empiezan a circular azafates con servicios de café, lo más apetecible para los hombres en aquellos momentos, en que el frío de los páramos estaba en su punto.

En la sala principal había apenas algunas señoras que descansaban de la fuerte caminata. Una puerta y dos rejas daban al corredor de la casa, corredor abierto hacia el Llano, donde se gozaba de espléndidas vistas. En uno de sus extremos, tocaban los músicos y había también algunos jóvenes en animada tertulia.

Horacio parecía entretenido contemplando el paisaje al otro extremo del corredor, frente a una de las rejas, pero su atención era otra. De cuando en cuando mi-



raba con disimulo, al través de la reja, hacia el interior de la casa, anhelante por divisar de nuevo la esbelta figura, el gentil cuerpecito de la dama de sus pensamientos.

Nadie sospechaba siquiera lo que el muchacho se tenía entre pecho y espalda. Había hecho firme propósito de sacrificar los vivos deseos de acercarse a ella en las reuniones sociales, o en los círculos de familia, donde se encontrasen, antes que comprometer su secreto con ostensibles y comunes manifestaciones de preferencia. Su amor tenía que ser un gran secreto para todos, menos para ella.

En otro jovencito, esta absoluta reserva o sistemática ocultación de un sentimiento tan vivo y dominante, habría sido un suplicio atroz, una situación violenta e inaguantable, próxima a estallar en alguna imprudente y súbita revelación; pero Horacio era muchacho de prematuro carácter, reservado por naturaleza en la expansión de sus íntimos afectos y de heroico dominio sobre sí mismo.

Así es que empleaba con Lucila, a vista de todos, los mismos modales de fineza, galantería y miramientos con que trataba a las demás señoritas. Ignoraban, pues, hasta sus íntimos amigos, que tuviese pasión tan ardiente y profunda por la señorita Albani.

Repentinamente asomóse ella a la reja, llamando al mayordomo de la finca, honrado labriego que andaba a la sazón en el otro extremo de la galería, poniendo en manos de algunos jóvenes los servicios de café.

—Mi tía lo necesita pronto, —le dice— para que traiga otros servicios.

Horacio, que se hallaba solo en aquel momento, la saluda con expresiva inclinación de cabeza.

—Madrugó usted mucho —dícele al punto, devolviéndole el saludo.

—Ciertamente y me felicito, porque tuve la fortuna de ganar unos aguinaldos espléndidos.

—¿Con que estaba hoy de apuesta?

—El pensamiento de que los aguinaldos fuesen con otra, había nublado ligeramente el semblante de la niña.

—Apuesta formal no: aguinaldos improvisados, de simple vista.

—Pero estaba usted disfrazado. ¿No es verdad?

Horacio teme ser oído y se acerca más a la reja.

—Estaba disfrazado, porque mis aguinaldos eran muy íntimos y secretos; y creo haberlos ganado antes de misa en la esquina de la plaza. ¿No lo cree usted también?

El joven le hablaba ya más con los ojos que con los labios.

—¡Ah, de ese modo, qué gracia! —le contesta Lucila con los ojos bajos, pero brillantes de alegría y teñidas de rubor las mejillas.

La celosa sospecha había desaparecido.

—¡Qué descortesía! —exclama en seguida, cambiando el tono de la voz—. Lo que iba a preguntarle era si ya tomó café. El frío lo reclama con urgencia.

—No se apure usted, Lucila. Ya traerán por ahí otros servicios.

—¡Oh, no! espere usted aquí, que yo misma voy a mandárselo.

Y desapareció al instante, echando sobre el joven una de esas miraditas de soslayo, que fusilan sin piedad el corazón, miradas que el código de policía debiera

prohibir, porque enajenan al hombre privándolo en un santiamén hasta del uso de la palabra.

Casi en seguida, una criada rústica, se acerca al joven con una primorosa tacita de café, fragantísimo y humeante.

—¿Es usted el niño Horacio?

—El mismo.

—Aquí le manda la niña Lucila.

Dentro de la nubecilla del ensueño, hasta los objetos más triviales toman un aspecto fantástico. La casa de campo tornose a los ojos del enamorado doncel en un palacio encantado. La niña de ojos negros, que le sonreía a través de la reja, era la princesita cautiva de los cuentos orientales; y en la sencilla rústica, en la robusta serrana, miraba a la fiel esclava, que cumpliendo orden de la regia doncellita, venía a ofrecerle, en el hueco de una esmeralda, el ponderado *haschis*, el néctar clásico de los príncipes del Islam.

\* \* \*

Por extremo alegres fueron las pascuas aquel año. A la compañía de Carmona, sucedió en el teatro merideño la de Manuel Puente y la señora de Palma. Además, la visita a los pesebres tenía entonces el carácter de una verdadera peregrinación durante el día y en las primeras horas de la noche.

Había veinte o más pesebres de antigua fama por sus grandes dimensiones, pesebres que ocupaban, cada uno, media sala y hasta mayor espacio, ofreciendo abundante pasto a la curiosidad insaciable de los chicos y a las observaciones críticas de los grandes. A esto se agregaban los paseos al campo, frequentísimos en tal época, so pretexto de ver los pesebres rústicos, colocados siempre bajo un arco de olorosas ramas, colgado de flores, frutas y dulces secos, a semejanza de los arbolillos de navidad.

Entre los grupos de familias que el día de Inocentes recorrían los animados sitios de la Otrabanda, en los alrededores de Mérida, nos detendremos a observar uno no muy numeroso, en que iban algunas damas y dos o tres caballeros apenas, personas todas de íntima confianza en la casa del Canónigo, de la cual era ya jefe el doctor Carmona, recién casado, joven de ilustración y recomendables prendas de bondad y cultura.

Después del almuerzo, servido con variedad y abundancia en una hacienda, emprendía este grupo una excursión de paseo hacia la loma o parte alta de Otrabanda; pero en llegando a determinado paraje, donde se bifurcaban dos senderos, túvose informe de que andaba por aquella parte de arriba una partida de *locos*, lo que produjo en las señoras y señoritas la consiguiente alarma.

Los *locos* son disfraces de gente del pueblo, que van en partidas por campos y poblados, con música y cohetes, en determinados días de pascua; y aunque inofensivos por tratarse de una locura postiza o superficial, lo más cuerdo es excusar el encuentro con tales comparsas populares, porque los repetidos brindis llegan a producir verdadera locura, al grado de que en muchos casos el rígido e inalterable gesto de la máscara, suele estar en abierta oposición en la extrema movilidad de rostros encendidos por los vapores alcohólicos.

De común parecer, la comitiva desiste del paseo a la loma y opta por tomar el camino de Santa Bárbara, pero iban ya muy adelantadas dos señoritas, que habían desaparecido por las vueltas del sendero. El más joven de los caballeros corre



prontamente a su alcance, en tanto que el grupo principal, cambiando de rumbo, tomaba el otro camino elegido, con paso lento, dando tiempo para que regresasen las dos señoritas.

El joven corrió en efecto hasta doblar por un recodo de la senda; y desde allí divisa a las dos niñas, paradas en lo alto de una cuestecilla. Con gran susto impónense ellas de lo que ocurre, y emprenden el regreso, arrepentidas de haberse avanzado tanto. En estos momentos salió al camino, por el pie de la cuesta, una ágil campesina en traje de fiesta, saltando como una corza por encima del cercado de piedra que había al lado de la vía. Caso curioso: cuando las dos niñas huían atemorizadas de los locos, la sencilla labriega iba en pos de ellos con vivo entusiasmo; pero les llegaba como llovida del cielo.

—¿Dígame usted —le pregunta el joven al instante— hay por aquí modo de salir más pronto al camino de Santa Bárbara, sin tener que volver atrás?

—Sí, señor, por este portillo del cercado se atraviesa un cafetal y se sale a un llanito; y pasando el llanito, por otro portillo, se llega al camino. No hay pérdida, porque la vereda está trillada. Tomen por ahí con entera confianza, que es mucho más cerca.

Los caminos se apartaban abajo en ángulo recto. La vereda que indicaba la campesina era la línea recta del sitio en que estaban al punto donde a la sazón debía hallarse la comitiva.

—Por aquí, pues, —dice resueltamente el joven a las atribuladas niñas—. No hay tiempo que perder. Los alcanzaremos en un instante.

Ellas obedecen ciegamente, despidiéndose de la campesina.

Era una de regular estatura, tipo dulce y simpático de las cálidas vegas del Montalbán, y la otra pequeña, espiritual, de ojos muy negros, que reía en medio del susto, metiendo más miedo a su compañera con los locos, cuyos gritos destemplados ya creían percibir.

Salvan el vallado de piedra y penetran en el cafetal sombrío. El follaje de las ceibas florecillas formaba arriba, sobre los arbustos de café, una serie de cúpulas, enlazadas unas a otras, dejando de trecho en trecho caprichosas ventanas, por donde entraba el sol a sorprender los secretos de aquella selva artificial, saturada de un olor gratisimo e indefinible, mezcla de bálsamo y otras resinas, y llena de vaga e inefable armonía, efecto de los rumbos del viento, el crujido de los árboles y el repentino aleteo de pájaros que huían asustados; armonía suave, dilatada y solemne, mitológica orquesta que entretiene a las Driadas en la soledad de los bosques.

Los jóvenes se sienten al punto tocados en la mitad del alma por la varilla mágica de un encantador invisible. Avanzaban en silencio. Laura, la dulce niña de Ejido, pensativa y triste, recordando acaso al inspirado poeta que la canta y la adora, ya en camino del sepulcro, devorado por una tisis. Y la niña de ojos negros y el joven guía, no menos silencioso, incurrieran a veces en arrobamientos súbitos, cuando sus miradas se encontraban, ora al abrirse paso por entre las ramas que se cruzaban en el aire sobre la estrecha senda, ora al atravesar, muy inclinados, alguno de esos sugestivos túneles de verdura, abiertos bajo las frondas en lo más tupido de las arboledas de café.

Pronto salen al prado, al llanito indicado por la campesina, de encantador aspecto. El tono verde oscuro de los árboles que lo limitaban en contorno, hacía muy

bello contraste con el verde amarillento del césped, tendido en la superficie como inmensa y velluda alfombra.

Las niñas se adelantan presurosas: podían ya correr libremente por la poética sabana; pero a la mitad del prado, una ancha zanja las detiene. Van de aquí para allá, cada una por distinto paraje, en busca de alguna angostura por donde saltar, pero la zanja no la ofrecía suficientemente cómoda en ninguna parte.

Horacio, que era el oficioso acompañante, se acerca entonces a la más chica y le dice con viva instancia.

—Lucila, perdemos un tiempo precioso. ¿Saltaría usted, dándole yo la mano del otro lado?

La joven lo mira sonrojada, irresoluta, vacilante entre el sí o el no.

De un brinco salva Horacio la zanja, y desde el otro lado, alérgale la mano resueltamente. Ella alarga también la suya con algún encogimiento, adelantando un piececito sobre el borde de la rústica acequia.

—¡Una... dos... y tres, —exclama el mancebo, pasando casi por el aire a la graciosa niña, cuyas manecitas temblaban entre las del afortunado conductor.

Con voz balbuciente, apenas perceptible, le da las gracias, turbada no por el salto, sino por una emoción desconocida.

El joven la mira intensamente, no menos conmovido, sin pronunciar una palabra siquiera; y en seguida, corre a pasar de igual manera a la hermosa Laura.

Animada esta por el ejemplo de su compañera, no vacila; alarga su mano al joven y salta también con extrema agilidad la ancha zanja; pero su mano no tiembla ni su voz flaquea al dar las gracias al galante jovencito que las guiaba por aquellos parajes solitarios.

Con sorpresa de los otros paseantes, salen al camino por donde menos los esperaban, en momentos en que incorporaba a la comitiva, caballero en su mula, el doctor Chaparro, cura del Llano, Canónigo Magistral después, quien impuesto del retraso de las señoritas por causa de los locos, celebraba el caso de la manera más franca, dando rienda suelta a su carácter, festivo de ordinario, excepto en las ocasiones que requerían la grave dignidad del sacerdote católico.

La excursión fue gratísima, en lo que influyó mucho la compañía inesperada del doctor Chaparro, amigo íntimo de la familia Carmono, organizadora del paseo. Por sabido se calla, que yendo allí el señor cura del lugar, no había casa de campo, donde no ofreciesen algún obsequio de frutas, dulces, chicha, horchatas, etc., obsequios que no era discreto aceptar en su totalidad, so pena de violenta indignación.

Pero en cierta casita, de las más rústicas, el recibimiento fue tan franco y generoso, que habría sido manifiesto desaire no aceptar el obsequio, ofrecido con encantadora sencillez por una hermosa campesina. Se trataba de dulce de leche entre almibarado y pastoso, muy agradable por cierto, de la forma y consistencia del maná, que la amable labriega iba a servir en hojas de morera, sacándolo con cuchara de palo del gran tatuco indígena, que suplía la dulcera.

Apoderose entonces del rústico envase el doctor Chaparro, con la pícaro intención de poner en conflictos a damas y caballeros, encargándose él mismo de servir la popular conserva, conocida con el nombre de *dulce de tatuco*, sin esperar el



socorro de las hojas, pues debía recibirlo cada uno en la palma de la mano, y comerlo con los dedos, a usanza del paraíso terrenal.

Aquello fue un ¡sálvese el que pueda! pero en definitiva, el tatuco quedó vacío y el arroyuelo próximo lleno de manos que se lavaban entre risas y bromas. Escena propísima de un día de Inocentes.

Vueltos a la hacienda, ya en la tarde, para organizar el regreso a la ciudad, prodióse allí esa especie de confusión babilónica, inevitable en los precisos momentos de salida, cuando algún grupo de familia retorna de alguna excursión campes- tre.

Que no parece la sombrilla; que está cambiado un pañolón con otro; que el chico perdió un zapato o tiene mojadas las medias, por haber metido los pies en la acequia; que una señora al despedirse, llama aparte al ama de la casa, o vice- versa, para hacerle el encargo de una buena mujer, que necesita con urgencia, para cocinera o haya de niños, determinándole las condiciones más precisas.

En este femenil revoltillo de idas y venidas, vueltas y revueltas, Laura y Lucila, ya listas para el regreso, habían salido al patio de la hacienda, situado en una me- seta, donde se gozaba de vistas muy amplias y pintorescas. Mientras Laura se en- tretenía en formar un ramilletico de flores por las callejuelas del jardín, la seño- rita Albani había avanzado hasta el borde de la planicie, abstrayéndose allí en la contemplación del paisaje.

Empezaba la hora apacible y silenciosa del crepúsculo, la hora melancólica del último canto de las aves y los varios y caprichosos tintes del cielo. Manos eólicas deshacían las nubes en menudos copos, ribeteados de oro, para mullir el lecho funerario del sol sobre el lejano perfil de los montes. El atardecer era espléndido.

Había motivo para que Lucila estuviese absorta. Elegante sombrero azul turquí, de plumaje blanco, sombreaba su rostro de agarena, comunicándole un aire suges- tivo y fantástico.

Aunque la encantadora niña había sentido cerca de sí leve ruido de pasos, con- tinuaba inmóvil, sin volver los ojos, hondamente conmovida. Su corazón no podía engañarla. Estaba cierta de que debía ser él, el mismo jovencito que no había de- jado de mirarla en todo el paseo. Presentía su llegada. Lo esperaba.

—Perdón, Lucila, si la interrumpo. Está usted muy abstraída.

—Miraba por última vez este campo. ¡Me ha parecido tan bello! . . . —contestó- le ella con voz débil y reposada.

—Ciertamente es bellissimo. También vengo yo a contemplar por última vez cier- tos sitios que llevo grabados en el corazón de manera indeleble —dijo Horacio con trémula voz.

Ambos permanecieron mudos algunos momentos. Miraban el paisaje con ver- dadero arrobamiento.

—¿Ve usted allá aquel trillado? —le pregunta el joven, indicándole un punto lejano al pie de la loma.

—¡Ah, sí! es la cuestecita de donde usted nos hizo devolver.

—Y allí mismo se divisa la extensa arboleda, el cafetal sombrío, cruzado por aquel sendero lleno de atractivos; y más allá, vea usted, tras aquella última línea

de frondosos árboles, está el llanito de la campesina, la poética sabana cortada por aquella zanja, que usted no se atrevía a saltar. ¿Lo recuerda?

Lucila no contesta, ni Horacio pudo decir tampoco una palabra más. Los ahogaba la emoción. Solemne mutismo, en que el lampo de hondas miradas vino a estrechar sus almas en dulcísimo éxtasis, olvidados ya del paisaje y cuanto los rodeaba, hasta del mismo sol, que les enviaba sus postreros rayos, como si quisiera bañar con esplendores color de rosa aquella muda promesa de inmenso amor.

—¡En marcha, que ya es tarde! —grita con voz de mando el doctor Carmona.

Y la comitiva toda se pone en movimiento hacia la ciudad romántica, penetrando al cabo en sus desiertas calles, cuando ya brillaba rojiza luz en los pocos faroles del alumbrado público.

Para Horacio y Lucila el día había sido de rosas, pero tras estas rosas vendrían luego crueles espinas a destrozar sus corazones, tan fuerte y secretamente unidos desde la infancia.

## CAPITULO VIII

### NUBES EN EL HORIZONTE

En 1878 los tres Reyes Magos entraron a lo vivo en el pueblecito de Tabay, cercano a Mérida, lo que atrajo gran concurso de los lugares vecinos, en que figuraba selecto grupo de damas y caballeros emeritenses y altos empleados del poder civil.

La bíblica representación se hizo en la plaza, atestada de gente. Hubo que hacer remolinos y compactarse mucho para dar libre paso a los tres Reyes, caballeros en sendos bridones, adornados con vistosas gualdrapas y brillantes aperos.

La estrella guiadora, hecha de hojalata y colocada en el extremo de larguísima caña, fue confiada a un campesino, quien debía mantenerla en alto a un lado de la puerta mayor del templo, junto a las imágenes del Nacimiento, colocadas *ad hoc* en aquel paraje sagrado.

Pero sucedió que el pobre campesino, en tanto llegaba el momento preciso de la adoración, solía correrse a saborear un copita en cercana pulpería; y tantas idas efectuó, que al cabo hubo de desorientarse por completo, olvidándose del papel que representaba. De suerte que cuando la real comitiva entró a la plaza, para iniciar la representación, si los Reyes hubieran seguido el rumbo que marcaba la estrella, habrían ido derecho a parar en las puertas de la tentadora pulpería, situada en una esquina de la plaza.

En este conflicto, el dedo índice del señor cura, enérgicamente dirigido hacia la puerta del templo, vino a salvar a los confusos Reyes de un pecaminoso extravío, señalándoles la verdadera ruta por entre la apiñada muchedumbre. No brilló, pues, la estrella para los Reyes Magos, pero sí alumbró de sobra al campesino y quién sabe a cuántos más.

Resultando, en definitiva, cómica antes que piadosa la escena bíblica, más por falta de arte que por irreverencia de los actores, la autoridad eclesiástica se vio en



el caso de prohibir que el cura tolerase en lo sucesivo semejantes representaciones frente al templo, y menos con exposición de las sagradas imágenes, como solía hacerse de tiempo inmemorial en muchos lugares.

Horacio, que en compañía de otros jóvenes, había ido a Tabay, con sorpresa de sus camaradas dejó los bailes y convites que siguieron a la fiesta de la mañana antes descrita, y prontamente regresó a Mérida. Lo llamaba otro baile, para el cual estaba invitado y que le interesaba sobremanera.

Por la noche, bullía la gente en las calles de Mérida. Desfilaban las familias y hasta partidas de disfraces, haciendo la última visita a los pesebres. A falta de estufas y chimeneas en los edificios, un intenso calorcillo de alegría neutralizaba el frío glacial de los días de enero al pie de la Sierra Nevada. No entraremos en largas descripciones, pero sí queremos que nos acompañe el lector, si gusta, en corto paseo, para dar un vistazo al baile que se efectuaba aquella noche a pocas cuadras de la plaza Bolívar, motivo de la súbita venida de Horacio.

Estas reuniones eran entonces acaso menos animadas y bulliciosas que ahora, porque aún revestían cierto carácter de aristocrática gravedad, que les comunicaba el traje de rigurosa etiqueta, por una parte, y por otra, la inalterable sucesión de los turnos en el orden tradicional de la danza, y, sobre todo, la presencia indefectible de respetables matronas y caballeros de edad provecta, que asistían como meros espectadores, atemperando en cierto modo con la seriedad de su continente las joviales y galantes expansiones del espíritu juvenil, de suyo inquieto e impaciente.

Además, la virtud de la temperancia, de grado o por fuerza, ejercía su dulce imperio en aquellos saraos de alto coturno, porque no se escanciaba en el ambigú ni en los obsequios, sino el inolvidable y ya histórico bul o la rubicunda e inocente sangría, bebidas virgilianas, con que podía paladearse a un niño de pecho.

En el cuadro de hermosas, bien merecía Blanca ser coronada como reina del baile. Era ya mujer, y resplandecían sus gracias con majestad olímpica. Había en su porte sugestiva mezcla de diosa pagana y mística doncella de los lienzos de Rafael de Urbino. Era una rara belleza.

Horacio bailaba con ella, complacido y satisfecho al llevar en rítmicas ondas por la perfumada estancia a una chica de tan extraordinaria hermosura; a tiempo que tras el cortinaje de una puerta brillaban como ascuas dos pupilas encendidas por los celos.

Otro jovencito de su misma edad, llamado Héctor, sentía por Blanca una pasión vehemente, y trataba de penetrar en la significación de los gestos y sonrisas de Horacio, y hasta adivinar el sentido de las palabras de mera galantería con que obsequiaba a su gentil pareja.

Sin fuerza de voluntad para dominar los impulsos de su corazón, los sentimientos amorosos de Héctor eran al punto advertidos por los circunstanciales en cualquiera reunión social. Carácter diametralmente opuesto al de Horacio. Cuanto más ardiente era en éste la pasión amorosa, más reservado se manifestaba en público, y aun en el seno mismo de la amistad. Héctor, por el contrario, no podía reprimirse, y obraba con ligereza e irreflexión del muchacho. Habría sido para él cosa impracticable y hasta inconcebible guardar el secreto de sus propios amores, como lo hacía su camarada Horacio, con fidelidad inquebrantable.

Y quiso la casualidad que estos caracteres, tan opuestos por esta faz, vinieran a encontrarse frente a frente ante una misma mujer. Habían sido rivales en la adolescencia; y aunque ya no lo eran, esto lo ignoraba Héctor en absoluto, y continuaría ignorándolo por algún tiempo más.

De aquí la celosa inquietud del apasionado jovencito al ver que el brazo de Horacio rodeaba la muelle cintura de Blanca, y que ésta, dulcemente apoyada en el hombro de su rival, muy juntas las cabezas de ambos, parecía dichosa recorriendo el brillante estrado al son de una música suave, penetrante y embriagadora.

¡Cuán ligeros suelen ser a veces nuestros juicios! Si nos guiásemos por las apariencias, creeríamos que Horacio juega a dos ases, que en asuntos de amor está a la luz que más cerca alumbra, cumpliéndose en él lo que dice el popular cantarito:

*Me queréis cuando me veis,  
Me olvidáis estando ausente,  
Porque tus caricias son  
Misas de cuerpo presente.*

Sin embargo, injusto y temerario sería culparlo de ese modo. ¿El bailar una pieza con Blanca era prueba de amor? Pues enamorado debiera estar de cuatro o cinco chicas más, con quienes bailó también aquella noche, hasta repetidas veces con cada una, obsequiándolas a todas, sin excepción, con palabritas dulces de fina galantería. Era por índole expresivo y galano en su lenguaje con las damas, pero sin humos ni pretensiones de conquistador galante.

El amor vivía oculto en el corazón de Horacio como dentro de una linternilla mágica, y proyectaba sus vívidos destellos solo por el limpio cristal de sus ojos, y sobre la hermosa y fulgurante negrura de otros ojos, llenos de misterio y de esperanza.

El amor verdadero jamás se erige en vanidoso señorío. Penetra el alma y la subyuga por completo. Es servidumbre dulce y tormentosa. Tampoco el amor verdadero es gozo intenso ni delirante alegría. Es pasión triste, luminosa tristeza que nos domina, perenne conmoción nostálgica ante un paraíso inquietante y sublime, que entrevemos al través de los ojos de la mujer amada. Tal era la pasión de Horacio.

Un ojo perspicaz habría podido advertir, sin embargo, algo de esa honda tristeza en ciertas momentáneas abstracciones, en que el espíritu del joven se lanzaba en un mar de cavilaciones e inquietudes.

Antes de iniciarse el baile, Horacio esperaba en sus adentros con la más viva impaciencia. Lucila estaba invitada a la reunión y tardaba en llegar. A cada ruido de pasos por el zaguán, palpitábase el corazón con violencia, pero nada. Al cabo, el joven no pudo contenerse. Alega un pretexto para alejarse momentáneamente, toma su sombrero y gana la calle, deseoso de inquirir la causa de la tardanza.

Ninguna luz brillaba en las ventanas y balcones de la casa de los Albani, cuyo edificio se alzaba mudo y solemne, alumbrado apenas por la escasa claridad de los faroles públicos. Lucila no estaba allí. Hallábase a la sazón con Rosa, tras la celosía de una ventana en la casa del Canónigo. Horacio lo advierte al pasar, deteniéndose al instante, saluda a las dos señoritas y pregunta a Lucila con gran sorpresa:

—¿Y no va usted al baile?



—Ya ve cuan tranquila estoy aquí. Mi mamá tuvo inconveniente a última hora. ¡Golpe terrible para el joven!

—¡Ah! —exclama, reprimiendo su profunda contrariedad— ¡Yo que me prometía bailar con usted por primera vez!

—Mil gracias, Horacio. No creo que haré falta. Estoy cierta de que hallará usted parejas de todo su agrado. ¿No es verdad, Rosa?

—Es claro. Esta noche estará Horacio en la gloria. Esperamos nos des mañana la crónica del baile con todos sus detalles.

—No lo contará todo, Rosa.

—Niña, ya lo comprendo, pero no faltará quien nos diga lo que él se calle.

El joven no tuvo tiempo para contestar estas alusiones tan desorientadas en el fondo. La casa del baile no distaba mucho. Había sonado la hora en el reloj de Catedral, y ya empezaban a preludiar los instrumentos músicos.

Horacio tenía comprometido el valse de introducción. He aquí el conflicto. Hacerse esperar, sería un pecado de lesa caballeridad ante la dama que lo había aceptado como pareja. Así lo manifiesta a Rosa y a Lucila, despidiéndose heroicamente.

—¡La dicha lo espera, vuela usted!...

Le dice Lucila con cierta exaltación nerviosa; y Horacio vuela, en efecto, pero con el alma destrozada, tanto por la inasistencia de la joven, como por la penetrante significación de aquellas palabras, que las circunstancias le impedían contradecir con la ingenua y vehemente declaración de la verdad.

Era un hecho que las dos señoritas creían que estaba enamorado de Blanca. Que lo continuase creyendo Rosa era explicable, pero que aún lo creyese Lucila era cosa que trastornaba la cabeza de Horacio y le oprimía el corazón.

—¿Qué será, Dios mío? —se preguntaba, desorientado a su vez ante la actitud de Lucila. —¿Habrás descubierto acaso mi loca pasión, y como no puede corresponderla, se escuda discretamente para rechazarme en mis anteriores inclinaciones hacia Blanca?

No estaba menos confusa y cavilosa la pobre niña. Demasiado sabía que las miradas ardientes del joven y la profunda emoción con que le hablaba, cuando quedaban solos, no eran efecto de simple amistad, ni de los nexos de confianza que los ligaban desde la niñez. Pero recelaba de la firmeza de tal impresión, y el mutismo de Horacio, en ocasiones propicias para declararse, la confirmaba en sus vacilaciones.

—Ha descubierto acaso —se decía también con amargura— lo que quiero ocultarle a todo trance. Sí, ha descubierto que lo amo, y me corresponde generosamente con esas mudas manifestaciones, pero su corazón no me pertenece, ni tengo derecho a reclamarlo. Debo mostrarme indiferente y esquivar, ahogando en lo más íntimo mis esperanzas, mis ilusiones y hasta el amistoso trato que nos ha unido desde niños. ¡Qué suplicio tan atroz, Dios mío!...

Así pensaba Lucila, llena de un pesar tanto más hondo, cuanto mayor era el esfuerzo que hacía para ocultar sus sentimientos. Hallaba el martirio en el gran secreto de su vida, precisamente cuando todos la consideraban dichosa, rodeada de galantes amadores y en aptitud de elegir con ventaja al que quisiera entre los que habían ya pedido su mano.

Situación especial la de estos amantes, por la mutua desconfianza, a causa de antecedentes que en uno y otro tenían apariencias de verdad, contra su propio sentir. La intervención de un amigo o amiga, de entera confianza para ambos, los habría redimido ciertamente de crueles pesares; pero Horacio y Lucila guardaban su secreto de manera impenetrable, por lo mismo que les parecía temeraria o casi imposible la pretensión.

Además, el amor verdadero es siempre el menos comunicado: vive de sí mismo en la soledad y el silencio. Es egoísta por naturaleza. Cuando llega a ser objeto de confianzas en el seno de la amistad, que raras veces es por confesión propia, sino por que ha sido descubierto o sorprendido.

Volvamos a Héctor. Ni una palabra había dirigido a Horacio en que pudiera trasparentarse la celosa inquietud de su espíritu; pero su trato fue muy frío aquella noche. Cultivaban esas relaciones comunes entre jovencitos de la misma edad y la misma posición social, aunque secretamente sentíase Horacio arrastrado hacia Héctor por un vínculo de simpatía, que este no sospechaba siquiera y que el lector conocerá más adelante.

Por esta causa íntima fue más sensible para Horacio el encogimiento que advirtió en el trato de Héctor, sin motivo ostensible, pues ni en la fiesta de los Reyes en Tabay, a la que asistió Blanca, ni en el baile, le había disputado las ocasiones de acercarse a la hermosa niña, en torno de la cual giraban ya otros pretendientes.

La una de la madrugada sería cuando Héctor volvió a su casa, después del baile. Su vivienda estaba en la planta baja de un gran edificio, en pieza construída para tienda de comercio, comunicada con la casa por medio de una puerta. El joven hace luz, y devorado por la sed, se dirige hacia el interior, abriendo la indicada puerta sin meter ruido.

Tenía que recorrer gran trecho del claustro, ganar la escalera, y recorrer así mismo uno de los corredores del claustro superior, para llegar a la galería donde se hallaba el tinajero, muy cerca de los dormitorios de la familia. Avanzaba en puntillas, temeroso de interrumpir el sueño a los moradores del espacioso edificio, que eran sus padres y hermanos.

Siempre es imponente la soledad de un claustro en altas horas de la noche. La luz de la bujía, sacudida a veces por el viento frío que soplaba de los páramos, iba dibujando figuras errantes y caprichosas en el pavimento embaldosado del patio, al proyectar la sombra de las barandillas que defendían la escalera y cerraban en contorno el claustro del segundo piso.

Héctor coloca la palmatoria sobre la mesa del comedor y se dirige al tinajero; pero en este instante, el rechinar de unos goznes lo obliga a volver el rostro lleno de sorpresa. La puerta de uno de los aposentos se había abierto con cautela, y por ella asomaba la figura de una mujer joven, rebozada en rica mantilla.

—¡Tú en pie a estas horas!... —exclama Héctor, sin salir de su asombro ante aquella súbita aparición.

—He sentido tus pasos desde que abriste la puerta de la calle; y al oírlos aquí tan cerca, me he resuelto a salir, pensando que pudieras venir enfermo del baile.

—¿Luego estabas en vela?

—Ciertamente, me ha mortificado toda la noche un dolorcito de cabeza, pero me siento ya mejor, aunque desvelada por completo.



—¿Y mi mamá?...

—No hables tan recio. Ella y mi papá deurmen tranquilos. Toma el agua y vamos a la cocina, donde podremos conversar sin riesgo de que despierten.

La aparecida tenía un rostro juvenil bellissimo, dotado de negros y sugestivos ojos. Echándose las puntas de la mantilla sobre el hombro con gran donaire, toma la palmatoria y se encamina al lugar indicado, seguida de Héctor, quien no contaba verse de pronto en tan grata compañía.

La cocina era un salón cuadrado, con enorme chimenea de campana. Hacía recordar las grandes cocinas de las casas señoriales de la Edad Media, donde solían reunirse señores y criados en franca comunidad. Había allí, fuera de los varios utensilios del servicio culinario, una mesa grande, una poltrona de cuero y otras sillas comunes de suela.

La casa, de cómoda apariencia, era la mansión solariega de los Albani, el palacio encantado de los sueños de Horacio. Héctor y Lucila eran hermanos.

Sentose la joven como una princesa en la ahumada silla de brazos, riéndose del sitio escogido para aquella conferencia de alta madrugada, e hizo que Héctor allegase una silla de suela.

Lucila era dos años mayor que Héctor, y tenía, además, sobre este la superioridad que le daba el prematuro carácter y la viveza de su espíritu.

—Te noto triste, lo que no me explico después de un baile —le dice la joven, iniciando francamente la conversación, a tiempo que clavaba en su hermano una mirada escudriñadora y picaresca.

—Triste no, sino algo contrariado. No vengo, en realidad, muy satisfecho del baile.

—¿Cómo, estando allí Blanca? ¡Es bien extraño!

—Creo que alguien me malpone con ella. En fin, no se lo que sea, pero lo cierto es que excusaba mis atenciones. Y me parece que no hacía lo mismo con Horacio, quien estaba esta noche hecho una mielecita con ella.

—¡Horacio! —exclama Lucila, dominando la cruel punzada recibida en la mitad del pecho.

—Ya sabes que también la pretende y que somos rivales declarados.

—Lo se muy bien, pero creía que ya fuera tuya la palma del triunfo. ¿Luego Horacio ha bailado mucho con ella?...

Los ojos de Lucila lanzaban chispas. A no ser tan muchacho Héctor, habría notado que era demasiado el interés con que su hermana esperaba la respuesta.

—Eso es lo que me confunde. Horacio apenas ha bailado una pieza con ella; y también lo he notado muy pensativo esta noche.

—Pues no me explico lo que dices.

La curiosidad de la joven rayaba en angustia, no obstante el esfuerzo heroico que hacía por manifestarse serena.

—Ciertamente hay en esto algún misterio. Pero me choca la conducta de Horacio. Con uno, parece que no quiebra un plato. Hasta cabizbajo me ha parecido,

como te digo; y sin embargo, al lado de las muchachas, es un chupaflor. Le gusta cantarle a las más hermosas, y como tiene labia y talento, les dice cosas muy bonitas.

Lucila estaba no menos perpleja que Héctor.

—Lo que descubro —le dijo al fin— es que tienes celos, porque si Horacio no ha bailado con Blanca más que una sola pieza, y lo notaste triste, no hallo razón para que lo considere como rival afortunado.

—Será o no será, pero es un hecho que también tiene él algún entripado, aunque a nadie ha dicho jota en el particular. Y lo mejor del caso es que era de los más entusiastas. Se vino de Tabay primero que todos, dejando las fiestas, para asistir a este baile.

La esperanza brilló de nuevo en el semblante de Lucila. Variando entonces de conversación, hizo a su hermano varias preguntas sobre pormenores del baile; y en llegando a los jóvenes que habían asistido, Héctor le habló de Luis con sonrisita burlona.

—Luis estaba invitado, y puedo asegurar que no ha asistido, porque supo a tiempo que tú no ibas.

—No lo creo, porque ya él sabe que no le aceptaré más cierta clase de manifestaciones.

—Pero está resuelto a insistir. Proyecta un baile, según lo ha dicho a un amigo, con ese solo objeto. Y soy de opinión, fuera de bromas, que tú no debes desechar este partido. Luis es simpático, de muy buena familia y tiene medios suficientes para hacerte feliz.

—Reconozco en él esas cualidades, pero lisa y llanamente no puedo aceptarlo; ya lo he tratado, y no congeniamos. No puedo ofrecerle más que amistad.

—Reflexiona algo más en este asunto.

—No valen reflexiones contra el corazón.

—¿Esperas, acaso, que algún príncipe venga a pedir tu mano?

—Sí —le contesta Lucila, riéndose cordialmente—. Sueño con un príncipe que ha de venir algún día a pedir mi mano, como tú dices.

No sospechaba Héctor que en aquellos momentos Lucila pensaba en un estudiantillo, que todos los días veía pasar por el frente de su casa con el libro debajo del brazo. No era todavía ni bachiller en filosofía, y sin embargo, era el príncipe encantando del país de sus ensueños.

El gran nublado que en la prima noche oscurecía el cielo de sus ilusiones, habíase disipado, aunque no por completo, pues quedaban nubecillas grises que enturbiaban el horizonte. Lo que Héctor acababa de decirle respecto a Horacio, a quien juzgaba como solapado pichón de Tenorio, la preocupaba en extremo, aunque ponía en duda la exactitud de tal juicio formado en el calor de los celos. Sin embargo, lo más prudente era recatarse un poco en el trato con el joven; y esta línea de conducta se trazó Lucila, contando para ello con la temprana firmeza de su carácter: ¡Iba a luchar consigo misma!

El reloj de Catedral había dado ya las dos de la madrugada. Los jóvenes se despidieron cariñosamente, y la espaciosa casa volvió a sumirse en la oscuridad y silencio.



## REAPARECE EL CLAVEL ROJO

No hubo la menor alteración en las visitas de Lucila a la casa del Canónigo. Su propósito no era huir de Horacio, sino aparecer ante él menos expresiva en el trato. Por lerdo que fuera el joven, notolo en la primera ocasión con gran pesadumbre. Lo que era en Lucila un acto de cordura, para el joven resultaba una prueba de que no había en ella amor sino mera amistad.

Era una tortura para ambos, más desesperante para el mancebo, a cuyos oídos había llegado que Luis insistía, como lo aseguró Héctor, y que organizaba un baile con el fin de acercarse nuevamente a Lucila, en pos de un sí, que de alcanzarlo, cortaría de un solo tajo todas las esperanzas de Horacio.

Cierto día hallábanse Rosa y Lucila, como de costumbre, en la sala de labor de la casa del Canónigo, ocupadas en trabajos de aguja, cuando acertó a llegar Horacio. La casualidad deparó a los jóvenes un momento de poder conversar sin testigos.

La sala era cuadrada y de aspecto grave, con puerta y reja para el claustro. Los muebles que allí había eran todos antiguos y de severa hechura. Un reloj de pesas, metido en angostísima caja de madera, alta como un escaparate, reloj cuya péndola producía un tic-tac acompasado y solemne; un sillón construido por el molde de las sedes abaciales, de cómodos brazos y alto respaldo; y dos nichos con portezuelas de cristal, montados sobre sendas rinconeras, en los cuales estaban colocados, con gran veneración, N. Sra. de Chiquinquirá en uno, y en el otro, el Arcángel San Rafael, santo que daba nombre a la sala.

Otros muebles había de menor bulto, como taburetes de suela, banquetillas bajas, en forma de canoa, muy comunes entonces en las escuelas y servicio doméstico; dos mesitas de costura y un bastidor para bordados, útil sobre el cual estaba inclinada Lucila haciendo labor, sentada en el vetusto sillón, a un lado de la reja. Bordaba pequeñísimo monograma en un pañuelo de batista.

Cuando los dos jóvenes quedaron solos, por momentánea ausencia de Rosa, reinó entre ellos por algunos instantes el mayor silencio. Oíase el golpecito seco de la aguja al romper la tela templada sobre el bastidor. La joven parecía tener puestos todos los sentidos en el bordado, y no levantaba los ojos. Sin embargo, podía aplicársele este pasaje de la letrilla de Lope de Vega:

Cuando estás labrando,  
No sé en qué te piensas,  
Que al dechado miras  
Y los puntos yerras.

Horacio no sabía cómo iniciarse. ¡Tenía tantas cosas qué decirle! Pero la emoción le paralizaba la lengua.

—Si no fuera atrevimiento —le dice al fin con timidez— pediría una explicación. Quiero salir de la angustia que me domina y hace sufrir horriblemente.

—¿Una explicación? No comprendo.

—Sí, una explicación de lo que vengo observando en usted desde hace días.

—¿En mí? Es a usted a quien toca explicarse, porque no comprendo todavía.

—Sí, Lucila, la he notado muy seria en el trato desde la noche del último baile, a que usted no asistió. ¿Le he dado algún motivo de queja? Hábleme con franqueza. A nadie puede condenarse sin ser oído.

—¡Oh, no! —exclama la joven con sinceridad—. No tengo queja ni disgusto alguno.

—Entonces no me explico su seriedad y encogimiento.

—¿Seriedad y encogimiento? Me parece que usted exagera. Ciertamente he estado algo preocupada en estos días, pero...

Lucila no hallaba como salir del paso. No había pensado en las explicaciones que pudiera pedirle Horacio.

—¡Ah! ¿también la mortifica una preocupación?

—¿Quién no las tiene? Son tonterías que suelen privar del buen humor, nada más.

—¿Luego no tiene usted resentimiento alguno conmigo?...

Lucila titubeaba. Las puntadas del bordado iban siendo cada vez más torpes.

—¡Lucila! por Dios, dígame la verdad, compadézcase de mí!...

Horacio estaba trémulo, y sus ojos buscaban en vano los de la joven, quien continuaba inclinada sobre el bordado. En esto se oyeron pasos, y Horacio insistió con vehemencia:

—¡Lucila! no me prive de la luz de sus ojos. Si en algo la he ofendido, perdóneme...

Los pasos se acercaban. Eran instantes preciosos. Compadecida la joven de la angustia de Horacio, levantó al fin los negros ojos, y con ellos le dijo lo que no puede expresarse en todo un libro, mirada honda y misteriosa, que resplandeció como una aurora en el alma del muchacho, devolviéndole todas sus esperanzas.

Rosa acababa de entrar.

—He equivocado el bordado como una niñita de escuela. Vea, Rosa, qué puntadas tan fuera del dibujo —díjole, mostrándole la tela.

—La culpa no ha sido de ella, sino mía —interrumpió Horacio caballeramente—, porque la distraje con mi conversación. ¿No es verdad, Lucila?

La joven lo miró entrecortada, con dulce sonrisa.

—Ciertamente —dijo Rosa con maliciosa intención—, no se puede bordar y conversar al mismo tiempo, cuando se tratan asuntos de algún interés.

Los jóvenes miraron al punto a la prima del Canónigo, sin poder ocultar su sonrojo, pero la bondadosa señorita, aparentando completa indiferencia, les habló en seguida de cosas muy distintas. Había advertido ya que Horacio y Lucila se miraban de modo muy expresivo, y el cortamiento de ambos al oír sus palabras, la confirmaba en las sospechas.

Era Rosa de carácter amable, al vez que muy celosa en guardar los fueros del honor y la pureza de costumbres que deben prevalecer en el trato y relaciones sociales. Discretamente venía observando a los jóvenes, aunque sin ánimo de entrometerse en sus inocentes aspiraciones, confiada como estaba en las prendas de carácter y buena educación que uno y otro mostraban a lo vivo, lo que le



constaba, además, por haberlos ayudado a criar desde niños; e *in pectore* veía con agrado el que llegasen a amarse tiernamente.

Horacio y Lucila, por su parte, supieron desde aquel momento que su secreto empezaba a transparentarse en la intimidad de la casa del Canónigo. Y aunque por ello sintieron alguna inquietud, el cariño entrañable que Rosa les profesaba y su discreción a toda prueba, los tranquilizó desde luego, considerándola de hecho como noble y fidelísima aliada para la realización de sus sueños de amor y de ventura.

Por la conversación que sobrevino, dedujo Horacio que la joven volvería al día siguiente a continuar la interrumpida labor, y quiso aprovechar ocasión tan propicia para declarársele formalmente. Y aquí sus temores y vacilaciones en cuanto al modo.

Los breves instantes en que pudieran quedar solos, no eran, en concepto del joven, suficientes para decirle cuanto sentía. Y tenía razón, una vez roto el dique de su ingénita timidez, las palabras de amor brotarían de sus labios como una cascada, y sin pensarlo, caería de rodillas ante ella para oír el fallo decisivo de su felicidad o su desdicha. No podía, pues, pensar en declararse de esta manera, con riesgo de ser sorprendido a lo mejor del tiempo.

¿Una carta? No había otro medio, pero Horacio jamás la había escrito, dirigida a una niña, y temía provocar el enojo de Lucila. ¿Qué hacer en tal emergencia? Una idea sencillísima y natural en todo enamorado, vino a ponerlo en camino de lograr lo que deseaba, en silencio y con reserva.

Declararía su amor a Lucila de manera simbólica, por medio de una flor significativa, que haría llegar a sus manos en absoluto secreto. ¿Aceptaría ella este galante y expresivo obsequio? Para la viva penetración de la joven, el medio escogido, aunque común, era demasiado elocuente.

La mañana en que hemos visto a Horacio salir de la clase universitaria y aventurarse por excusadas callejuelas, hasta conseguir el ansiado objeto, ese era el día señalado, el día crítico de la prueba, en que quedaría definida para el joven la naturaleza del afecto que le profesaba su compañerita de infancia: simple amistad o casto amor.

\* \* \*

Mucho han variado las costumbres merideñas en el espacio de cuarenta años. Concretándonos a las comidas diarias, obsérvase ahora un retardo general progresivo en las horas de sentarse a la mesa, y la eliminación de los sustanciosos puntales, que indefectiblemente precedían al almuerzo y la comida, no menos que el desuso de la cena en la generalidad de los hogares.

Es un hecho que antes, por la bendecida abundancia y consiguiente baratura de los frutos de primera necesidad, las familias se mantenían con más desahogo y mayor sustento. Había, ciertamente, menos objetos decorativos en los salones y galerías, y más sencillez en los vestidos, pero las despensas estaban mejor abastecidas, con regocijo de los estómagos, desde el humilde tugurio para arriba, en la debida proporción.

Después de esta rápida ojeada retrospectiva, que aguará la boca y hará suspirar de tristeza a los que recuerden esos tiempos de comfortable atraso, reanudamos el hilo de la historia, eligiendo el momento en que la familia del Canónigo, de pie

en torno de la mesa, rezaba breve oración antes de sentarse a almorazar, según piadosa costumbre de la época. Eran las once de la mañana, hora común de almuerzo en las casas principales de la ciudad.

Pendiente Horacio de tal hora, suspende en la imprenta la labor de cajista, iniciada muy tarde aquella mañana; y sin detenerse en su casa, a donde retornó en el acto, sino lo necesario para abrir el baúl, dirigióse a toda prisa a la apacible mansión del Canónigo, que era como prolongación de su propia casa.

Ya en el poético claustro, encaminose sin titubear a la sala de labor, solitaria en aquellos instantes, lo que no le sorprendió, porque así se imaginaba hallarla para el logro de sus deseos. Con oído atento, estúvose oyendo desde allí el ruido de los cubiertos y vajilla en el comedor, situado en pieza inmediata, señal inequívoca de que la familia estaba sentada a la mesa. Era el momento oportuno.

Con vivo interés y cierto sobresalto, corrió la vista por todo el ámbito de la sala. Colgado de uno de los palos del bastidor de bordados había un objeto, que atrajo al punto la atención del mancebo. Era una primorosa cestica de mimbre, perteneciente a Lucila, que contenía agujeteros, carretes de hilo y de seda, las niqueladas tijeritas que en otra ocasión vimos en sus manos, lazos de cinta, muestras de telas y encajes; un costurero en miniatura, perfumado con la exquisita fragancia de su cuerpecito de hada.

Horacio, profundamente emocionado, mueve con suavidad aquellos delicados objetos femeninos, para hacer cómodo espacio, y con mano trémula coloca en medio de ellos el hermoso clavel rojo, segado dos horas antes en los rústicos jardines del barrio de Milla. *Alea jacta est.*

Y después de pasar por el comedor y dar los buenos días a la familia, como quien no ha quebrado un plato, el joven vuelve a su casa, urgido por la obligación del almuerzo, hora de rigurosa disciplina en el régimen doméstico para los hijos de familia. Pero el muchacho no sentía apetito ni cosa parecida a vista de los platos. Todos sus pensamientos andaban lejos, girando en torno de la cestica de costura.

Tenía que volver a la una de la tarde, hora en que Lucila habría de reanudar su interrumpida labor. Esta visita debía hacerla de paso para la imprenta. Los momentos se le hacían siglos. La hora llega, al fin: el joven penetra en la sala de labor, saluda colectivamente, excúsase de tomar asiento, por ser muy breve la visita; y empieza a pasearse por la sala en todas direcciones, entablando animada conversación con Rosa y su anciana compañera. Lucila, inclinada sobre el bordado, apenas hablaba monosílabos.

En uno de los paseos, Horacio llega con disimulo hasta el sillón donde bordaba la joven. La interesante cestica había sido colocada por ella sobre una de las tablas que formaban los cómodos brazos del gran sillón abacial, en que descansaba como esbelta colegiala, dejando a uno y otro lado espacios sobrantes, en que hubieran podido sentarse otras dos niñas con suficiente holgura. Rápidamente sondea Horacio, con penetrante mirada, el fondo de la cestica.

No se escapa a Lucila el por qué de los paseos, ni la disimulada aproximación del mancebo al bastidor en que bordaba. Late con mayor violencia su corazón y se le encienden las mejillas, pero continúa inmóvil sobre el bordado, sin alzar los ojos; en tanto que Horacio dirigía sus pasos hacia otro sitio de la sala, en activa conversación con las Carmona. Había advertido ya el cortamiento de Lucila y dádose cuenta del contenido de la cestica de costura. ¡El clavel rojo había desaparecido!...



\* \* \*

Observación meteorológica de carácter popular, es que a mañana lluviosa corresponde tarde serena. Y esto aconteció el día en que ocurrieron las últimas escenas de esta sencilla y fidelísima historia.

Imagínate, lector, un anfiteatro inmenso, cerrado por montes que se enlazan y traban, levantándose en gradería desde el fondo del valle hasta considerable altura, montes cubiertos de verde bosque y variados cultivos, coronados casi todos por interminable serie de salientes y desnudos peñascos, donde anidan las mitológicas Aguilas Blancas. En el centro de este grandioso anfiteatro, hállase una hermosa altiplanicie, risueña meseta alpina, cortada por imponentes barrancos; y en medio de ella, una ciudad de calles rectas, techumbres moriscas y erguidos campanarios, una ciudad muda y fragante, con jardines en cada patio y extensos huertos de variados frutos, una ciudad de alma pensadora y triste: esa es la apacible Mérida, la romántica Ciudad de los Caballeros.

En una callecita transversal del barrio del Llano, despoblada casi por completo, hallábase sentada a la puerta de humilde casa una mujer de edad provecta, rostro enjuto, tez casi cetrina y ojos hondos y vivaces. Tenía paralizada una pierna. Con el bordón recostado a la pared, se ocupaba en desmigajar pedazos de arepa a numerosa cría de pollos, que se atropellaban a sus pies, disputándose el codiciado alimento.

La casa, de muy pobre apariencia, tenía, además de la puerta, una ventanilla volada, frente a la cual cosía, del lado adentro, una muchacha muy despierta, acompañando la labor con este cantarcito popular en aquellos días:

Me gustan todas, me gustan todas  
En general,  
Pero las rubias, pero las rubias  
Me gustan más.

La chica ponía en el cantar *rubias* en vez de *negras*, porque tiraba más a catira que a morena. Era blanca, de airoso porte, ojos garzos y cabello castaño claro.

—¡Hola, muchacha! —díjole la vieja—. Asómate pronto para que veas aquel jinete. Parece persona principal.

La chica soltó la costura y se lanzó a la ventanita. Un jinete había aparecido ciertamente al extremo de la desierta calle, y avanzaba a todo paso. Era muy joven y de gallardo continente. Vestía saco o americana azul oscuro y pantalón blanco, con polaina charolada de corte francés.

A la verdad, hacía buena figura sobre vistoso caballo moro, enjaezado a la ligera, con pequeñísimo galápago inglés, sobre gualdrapa de grana, guarnecida con galoncillos dorados, al estilo de la época. Jinete de tal apostura no era frecuente por aquellos excusados arrabales, lo que explica el perentorio llamado de la parálitica a su pupila y sobrina.

Detúvose de pronto el caballero ante ancha zanja, medio oculta por la maleza, zanja que atravesaba la callejuela casi frente a la casita. El jinete buscaba una angostura por donde pasarla.

—¡Cuidado joven! —le grita angustiada la mujer, cuyo nombre era Ursula—. Es muy honda y puede atascársele el caballo.

Pero el brioso animal, espoleado al intento, había dado ya un gran salto y salvado la zanja. No perdió el jinete los estribos, pero sí el livianísimo sombrero de jipijapa, que fue a caer en medio de la acequia. Refrena entonces el caballo y echa pie a tierra, con intención de recogerlo, pero en el mismo instante, la zagala, que todo lo presenciaba desde la ventanilla, en un decir Jesús salió a la calle, brincando por sobre la tía Ursula que obstruía la puerta. Corre luego, como una gacela, hacia la descuidada acequia, logrando pescar con suma destreza el blanco sombrero, próximo a hundirse en el lodo. Apenas se había humedecido una parte del ala.

La chica lo enjuga con la punta del delantal y lo vuelve galantemente al joven, quien miraba en suspenso, con la brida en las manos, la encantadora y eficaz diligencia de aquella zagala, llovida del cielo en tan inesperado percance. La veía por primera vez. No así a la tía Ursula, cuyo tipo no le era desconocido.

—¡Mil gracias! —le dijo—. Me has prestado un servicio muy oportuno y con gran donaire.

—Muy poca cosa —contestole la chica, un tanto cortada y haciendo gracioso mohín—. Esta acequia nos hace pasar muchas vergüenzas con la gente que pasa.

—Yo ignoraba que existiese. Es la primera vez que camino por esta calle.

—¿Entonces es usted de fuera?

—¡Tonta! —interrumpe la tía Ursula—. ¿No lo has conocido? Este caballero es de la familia Viana. Si no me engaño es el niño Horacio.

—¡Amaury! —exclama la chica con viva emoción, mirando al joven de hito en hito—. ¿Luego es usted Amaury? ¡Qué casualidad!...

—¿Quién te ha dicho semejante cosa? —pregúntale a su vez el joven con gran sorpresa.

Confundiose al instante la muchacha, y bajando los ojos, con las mejillas encarnadas, guardó profundo silencio.

—Sele franca, Cecilia —díjole indiscretamente la tía Ursula, cuyos ojillos inquietos relampaguearon con malicia; y volviéndose a Horacio, agregó—. Se lo dijo un estudiante que nos visita a menudo. A esta muchacha le gusta mucho leer papeles, y le ha parecido muy bonito lo que escribe ese Amaury.

La chica se encaró con la tía, torciéndole los ojos, llena de vergüenza, y desapareció en seguida, con la misma presteza con que se había presentado en escena.

—¿Qué es eso Cecilia? ¿Cómo dejas con la palabra en la boca a este caballero?

—¡Pobrecita! —le dice Horacio—. Usted la ha hecho azorar demasiado. Razón tiene para correrse.

Monta el joven de nuevo, despídese de la tía Ursula, y acercando el caballo a la ventanita, llama a la muchacha para darle las gracias y atenuarle el sonrojo.

—¡Adiós, Cecilia! No te apenes por tan poca cosa. Amaury se complace en tener una lectora tan simpática. Hasta otra vista.

Y el jinete se alejó a todo paso. Momentos después, cuando cruzaba por la próxima bocacalle, para volver al centro de la ciudad, Cecilia salió de nuevo a la calle, regazose la falda más de la cuenta, pues no había ya ojos que la viesan, y echó a correr, siguiendo al jinete.

Detúvose en la esquina por donde lo había visto cruzar, y desde allí lo vio alejarse hasta perderlo de vista, muda e inmóvil como una estatua. El joven había



puesto el caballo casi al galope. Un asunto de gran interés, lo impulsaba a ganar el tiempo perdido. La tarde continuaba espléndida.

Cuando la gentil zagala regresó de su silenciosa observación, fue recibida por la tía Ursula con palabras de reprimenda.

—¿De cuándo acá esos remilgos y vergüenzas? Al verte tan encogida y confusa, cualquiera habría creído que estabas oyendo requiebros de amor. Y ni siquiera te dijo el niño bonitos tienes los ojos. ¡Vaya un geniecito el tuyo!

—Usted tuvo la culpa.

—¡Yo!... ¿con que esas tenemos?

—Bien sabía usted que deseaba mucho conocer a este joven. ¡Cuándo me imaginaba conocerlo de este modo!... Parece cosa de novela. Pero en medio de mi sorpresa, se antoja usted de decirle que tengo relaciones con un estudiante. ¡Bonita recomendación! ¿Qué puede creer de mí? Antes de que se me cayera la cara de vergüenza, salí corriendo como lo hice.

—¿Y pensabas alcanzarlo después en la calle, corriendo como una locha?

—Alcanzarlo, no —titubeó Cecilia con tristeza—, solo quería asomarme a la esquina para verlo otra vez. Me ha parecido muy simpático.

Echose a reír ña Ursula con mucha sorna, en tanto que la chica, que no la respetaba gran cosa, dándole la espalda con desenfado, entrose a la casa a reanudar la costura, repitiendo el mismo cantarcito, con intencionadas variantes:

Me gustan todos, me gustan todos

En general,

Pero los Vianas, pero los Vianas

Me gustan más.

—Muchacha, no digas eso.

Tu tía te va a pegar.

—Mi tía no me pega

Porque digo la verdad.

—No es menester que lo cantes —dícele algo picada la paralítica—. Por encima se echa de ver que te has enamorado del jovencito; pero te clavás si piensas volverlo a ver por estos arrabales. El doctor Viana cuida mucho a sus hijos y los cела como a las niñas de sus ojos. Así es que tienen que andar como la vela en el candelero.

La chica no dijo oxe ni moxe. Estaba triste. Su pensamiento galopaba en aquellos instantes tras el imberbe y apuesto jinete, el cual dejaba en su pecho una impresión no sentida por ella hasta entonces, que se resolvía en deseos muy íntimos de verlo otra vez y oír el sonoro metal de su voz. Y con estos deseos dejaremos a Cecilia, para volver a los protagonistas de la historia.

\*

\* \*

A falta de caballo propio, lujo que no estaba en sus medios de fortuna, Horacio había tomado en alquiler uno de los mejores existentes en la caballeriza que por aquel tiempo tenía montada el señor Mateo Alborno en la Plazuela del Llano, de gran recurso para los jóvenes pobres, cuando deseaban dar algún paseo y ciertamente, por las faenas de la industria pecuaria, la continua equitación es

por las calles o estirarse fuera de poblado en excursiones de necesidad o de recreo. Para el merideño de entonces, era el caballo prenda indispensable del ajuar.

Siempre se ha creído que el llanero es, por antonomasia, el hombre de a caballo; y ciertamente por las faenas de la industria pecuaria, la continua equitación es uno de los caracteres tópicos de la vida llanera. Pero el montañés no es menos jinete, sobre todo en los Andes de Venezuela. Lo quebrado del terreno y la falta de carreteras, obliga a buscar el socorrido lomo de las cabalgaduras.

Con raras excepciones, no puede salirse fuera de cada ciudad, villa o aldea sino a caballo, aunque sea a cortas distancias. Por ello las merideñas, lo mismo que las tachirenses y trujillanas han ganado justa fama como diestras y valerosas para manejarse a caballo, no solo en cabalgatas urbanas o de gala, sino también en largos viajes, por caminos fragosos y espantables desfiladeros.

Es curioso observar, al paso, que en los campos, a más de servirse de caballos, mulas y asnos, los hombres y hasta algunas mujeres impávidas, suelen montar en bueyes de carga, antigua costumbre donosamente inmortalizada por el genio festivo y agudo de Mr. Bourgoïn, nuestro célebre botánico y farmacéutico, quien refería, con toda seriedad, el hecho de haber entrado a Mérida por primera vez, montado en enorme y pacentísimo buey, desde el vecino pueblo de Tabay, donde lo convenció para que tal hiciese su compatriota, ya criollizado, Manuel Gaibís, hombre de carácter inquieto y por extremo bromista.

El sabio alemán A. Goering, acuarelista notable, impuesto del caso en 1868 por el mismo Mr. Bourgoïn, no pudo sustraerse al deseo de celebrarlo de algún modo, y dejó en Mérida un buen dibujo caricaturesco de tan chistosa y extravagante ocurrencia.

Volvamos a Horacio, cuyo paseo ecuestre tenía por principal objeto ver a Lucila aquella tarde, sin incurrir en la vulgaridad de plantarse en la próxima esquina, lo que no era de su educación y carácter, ni convenía al riguroso secreto de sus amores. A caballo, bien podía pasar varias veces por el frente de la casa de los Albanís, sin que nadie parase mientes en ello.

Otros jóvenes, excitados por la belleza de la tarde, andaban también paseando a caballo. El percance de Horacio en la callejuela del Llano, era debido a inesperado cambio de itinerario, por haber divisado un grupo de jinetes, con quienes no quería encontrarse, previendo el caso de que lo invitasen a continuar el paseo en compañía. Le interesaba sobremanera andar solo aquella tarde.

Hermosísimo debe ser el *rayo verde* de los mares de Escocia, descrito por Julio Verne en una de sus interesantes novelas, pero no creemos que supere en hermosura al *rayo rojo* que suele ofrecer el sol tropical en el corazón de las montañas andinas, llamado vulgarmente *Sol de los Venados*. Es el primero, un rayo fugaz, casi instantáneo, la última boqueada del sol sobre la verde resplandecencia del mar.

El fenómeno luminoso de los Andes dura largo rato. Nubes, nieves, peñascos, torres, casas, árboles, todo cuanto la vista domina empieza por teñirse suavemente de color de rosa, tinte que va subiendo de tono, a medida que el sol se hunde en el ocaso, hasta teñirse todo de rojo carmín. Los tejados de arcilla parecen ascuas, los frutos del naranjo semejan rubíes, y sobre los bloques de hielo y las escarpadas rocas que coronan las alturas, el *rayo rojo* produce en un momento tales matices y cambiantes, en toda la extensión del panorama, que no hay palabras para describir el efecto encantador de estas tardecitas de la montaña. Son un escándalo de belleza.



Las gentes que están bajo techo, salen a la calle o se asoman a puertas, ventanas y balcones para recrearse en las maravillas del fenómeno. Es uno de los momentos en que el merideño siente la vanidad del terruño, y quisiera verse rodeado de individuos de todos los puntos del globo, para ufanarse con justo motivo, mostrándoles gratis este luminoso espectáculo, de incomparable hermosura.

Tal como puede presentarse en sueños a los hijos del Islam una de las blancas huríes, pobladoras del paraíso, así compareció aquella tarde la señorita Albani en el solitario balcón de su casa. El rubicundo sol apenas acariciaba lo más alto del edificio, trazando prolongada cenefa color de oro bermejo sobre las blancas paredes. Quedose absorta la joven al contemplar la espléndida puesta del sol.

Pero la distrajo de su abstracción un jinete, que en aquellos momentos asomaba por una de las esquinas de la plaza. La señorita Albani se estremece al divisarlo. La ocasión era solemne, por la rara y sugestiva belleza de la tarde. Al punto recuerda la hora crepuscular de otro día no lejano, en que estaba de paseo por los campos de la Otrabanda, cuando las aves lanzaban el último canto, el melancólico canto de despedida, ante el rey de la luz, el moribundo Febo, que la envolvía en sus posteriores destellos; y recuerda también, con intensa emoción, al jovencito que la acompañaba en tales momentos de misterioso y dulcísimo éxtasis, al jovencito que tenía el privilegiado don de la oportunidad psíquica, pues siempre llegaba cuando ella se sentía más inclinada hacia él desde lo recóndito de su alma.

En aquellos instantes pasaba a caballo por el frente de su casa, saludándola con galante ademán, saludo silencioso y expresivo, que ella contesta con voz apenas perceptible, articulando un nombre:

—¡Horacio!...

Lo que entonces pasó en el corazón del mancebo, más fácil es adivinarlo que describirlo. Al fin lograba su ardiente deseo, al fin se presentaba Lucila a sus ojos como una visión fantástica, en la suave penumbra del *rayo rojo*.

Pero era otro el motivo que lo transportaba al quinto cielo de la dicha. Al levantar los ojos para saludarla, había visto que, sobre el finísimo y blanco encaje de un trajecito color perla, la tierna dama lucía en el pecho la flor simbólica, la flor oculta en la cestica de costura ¡el hermoso clavel rojo!...

## CAPITULO X

### TRES SERENATAS

Es frecuente que lectores y lectoras de novelas salten por encima de las digresiones para reanudar el hilo de los sucesos; y dentro del mismo relato principal, prescinden a veces de diálogos y descripciones que no emocionan lo bastante, urgentes por llegar prontamente al desenlace final.

Si esto ocurre con novelas de autores afamados ¿qué no será con simples y oscuras memorias, no sujetas a plan preconcebido y sin los recursos de la invención? A la verdad, si en este libro incurrimos en digresiones, no son ellas de índole filosófica ni sermones intempestivos, propios para fastidiar al lector, sino cuadritos

de costumbres y recuerdos históricos interpolados en el texto, a modo de sostén y adorno del marco dentro del cual se desenvuelve esta aparente novelita, que en el fondo, es la novela de todos los que aman. Pocos serán los que no la tengan, temprana o tardía, por lo menos muy oculta en el fondo del alma, ora sencilla como la presente, ora complicada y hasta de trágicas escenas.

A fines del mes de enero de 1878 efectuose el baile tan temido de Horacio. La señorita Albani estaba hechicera, con traje color de rosa, de elegantísimo corte. Era modista de exquisito gusto. Los obsequios y palabras galantes de sus admiradores no se hicieron esperar, entre ellos los de Luis, cuyas pretensiones se estrellaaron contra la firmeza de la joven, quien francamente le manifestó que nunca podría corresponderle sino con el cariño de simple amistad.

Si el bailar repetidas veces con una misma dama es uno de los signos que descubren la inclinación amorosa, no había motivo para que nadie la sospechara siquiera entre Horacio y Lucila. ¡Apenas bailaron dos piezas!

En un momento de descanso, cuando danzaban por primera vez, Horacio le dice al oído, sin ningún preámbulo.

—¿Quisiera saber cuál es su flor predilecta?

Quédase la joven perpleja por algunos instantes.

—¡Oh! eso requiere tiempo para pensarlo. Son tantas las flores que me gustan, que no puedo dar la preferencia a ninguna, así de primeras.

—Hay flores que ganan la preferencia no solo por su hermosura, sino por la simpatía, por los recuerdos, por algo que nos toca en lo íntimo de corazón. En este sentido ¿cuál es la flor de sus afectos?

—Es usted muy curioso. ¿Por qué me hace esa pregunta?

—Deseo saber si coincidimos. Hay para mí una flor bellísima, una flor en que he depositado el secreto más hondo de mi vida.

La joven titubeaba. Nunca se imaginó que Horacio le hiciera esta pregunta a quemarropa.

—Es una confidencia íntima que le exijo. ¿Me la negará usted?

El joven hablaba con voz apasionada. Lucila estaba confusa. Sentía que el brazo del mancebo temblaba ligeramente, y que este temblor se comunicaba a todo su ser como una corriente eléctrica.

—Con el tiempo... acaso más tarde pueda decírselo —balbuceó apenas, llena de rubor.

—¿Por qué ese plazo indefinido? He consagrado a usted con toda el alma la flor de mis esperanzas.

Hubo un momento de silencio.

—¿A mí solita? —pregúntale ella con voz muy débil y entrecortada.

—¿Duda todavía de la verdad de mis palabras? A fe de caballero que es para usted sola y única este secreto homenaje de mi corazón.

Lucila no contestó, ni hubiera podido hacerlo. Estaba por extremo conmovida. Apenas levantó los ojos para mirar tímidamente al galante mancebo, con mirada llena de amor, a la vez que de duda y amenaza.

Ya al fin del baile, en medio del torbellino de un valse, Horacio le dice en otro descanso:



—¿No se admira usted de mi sacrificio? Si lo contara, nadie lo creería.

—¿Qué sacrificio?

—Contenerme heroicamente al grado de bailar tan solo dos piezas con usted.

—¿Y quisiera más?

—Todo el baile habría sido poco para mis deseos.

—Pero yo no lo habría consentido.

—Ni yo me hubiera resuelto a proponérselo. Procuero guardar mi secreto a todo trance. No quiero dar pábulo a crónicas ni hablillas en asunto tan íntimo y sagrado. Además, tengo otro motivo muy poderoso para manifestarme hasta indiferente con usted cuando la trato en público. ¿No lo adivina?

—¿Cuál será —pregúntale ella con vivo interés.

—El descubrimiento de este secreto me acarrearía un mal irremediable, una gran amargura. No quiero pensarlo siquiera.

La joven miraba sorprendida a Horacio, cada vez más interesada en sus palabras.

—Sí, Lucila, al hacerse públicas mis pretensiones, usted no volvería a la casa del Canónigo. Se lo prohibirían sus padres. ¿Qué sería entonces de mí?

—¡Es verdad! —exclamó la joven sin poderse contener, poseída secretamente del mismo temor.

—No extrañe, pues, mi conducta —le dice el mancebo, y rodeando de nuevo con su brazo el flexible y delgado talle de la niña, continúa el interrumpido valse.

—Es usted suave y ligera como una pluma. Parece que no toca el suelo con los pies.

—Es usted el que vuela. Como soy tan pequeña, me lleva casi por el aire —contéstale ella con sonrisa encantadora.

—¡Dichoso vuelo! Parece llegar ya a las puertas del paraíso...

La música cesó allí mismo. Había terminado la pieza. Era forzoso cortar de raíz toda conversación que pudiera comprometerlos. La sala estaba henchida de damas y caballeros.

—¡Oh, cuán triste es volver a tierra tan de improviso! —exclama Horacio con desconsuelo.

—Si usted hubiera traído sus alas, aún andaría por el aire —dícele Lucila, recobrando su natural alegría y chispeante.

—¿Qué alas?

—¿No lo recuerda? Las que usó usted cuando nos vistieron de ángeles. Eran blancas y muy hermosas. Todavía existen: yo las he visto en una gran caja. ¿Por qué no las vuelve a usar?

Y la chica no pudo contener la risa, complacida en extremo al ver el asombro de Horacio.

—¡Ah! lo recuerdo perfectamente, y sería capaz de usarlas de nuevo, solo por hacerme digno de usted, que continúa siendo un ángel bellissimo, un ángel colmado de hechizos, el ángel de mis amores...

—¡Olvida usted el secreto! —exclama la joven con inquietud.

—Ciertamente —dice Horacio, mirando en torno con sobresalto—. He estado a punto de descubrirlo. Perdón, Lucila, la culpa no es mía...

Ambos jóvenes habían figurado en un coro de ángeles cuando la solemne ceremonia de la consagración de la Catedral de Mérida, hecha por el Illmo. Sr. Boset

en 1867. Estos recuerdos de tierno compañerismo en la infancia venían ahora a atizar en sus corazones las llamas del más casto amor.

La costumbre de vestir a los chicos de ángeles aún perdura en Mérida. Las alas se arman sobre cartón engomado, cubierto con plumas, gasas o tules, de modo que resulten candidas, livianas y vaporosas. Las lució, en traje de arcángel, el ilustre Tomás Zerpa, de trece años de edad, en el recibimiento del Obispo Unda, cuando vino en 1836 y ocupó el palacio que había sido del obispo Lasso, casa del Canónigo después, en cuyo venerable claustro batieron también sus alas, en tierna edad, el joven Viana y la señorita Albani.

Desapareció como por encanto para Lucila la nubecilla gris que oscurecía el cielo de sus ilusiones. La conducta ambigua y el mutismo de Horacio para con ella en determinadas ocasiones, todo quedó explicado en un instante. Le encantaba, además, el absoluto secreto en que debía encerrarse su amor. Siempre el misterio ejerce mágico poder en las almas sensibles.

Horacio tuvo que reprimir sus sentimientos al despedirse. Con rutinaria etiqueta se inclinó para decirle cortésmente en presencia de otras damas:

—Señorita, quedo muy agradecido por haberme favorecido usted con esta pieza, lo que estimo como un verdadero honor.

—Gracias, caballero —contestole ella, a secas, pero con mirada intensa.

¡Oh las conveniencias sociales! Cuando podían imaginarse las amigas, que rodeaban a Lucila, que estas frases tan áridas eran el epílogo de un idilio.

\*  
\*  
\*

Este joven, que triunfaba en secreto de sus rivales, sin vana ostentación, cuando podía manifestarse orgulloso de ser preferido por una de las damas más espirituales y gentiles de la alta sociedad, cuya mano habían pretendido caballeros de valía; este joven, que moderaba los impulsos de su corazón en presencia de la mujer amada, con una serenidad heroica; un joven de diez y ocho años no cumplidos, que daba semejantes pruebas de discreción y dominio sobre sí mismo, por fuerza debía impresionar hondamente a la señorita Albani, inclinada desde niña, por irresistible simpatía, hacia el tímido mancebo, en cuyos lánguidos ojos se descubría una pasión muda y vehemente, más hermosa y más ideal que la que se expande en comunes floeos y ostensibles requiebros.

Pero estas prendas de carácter y las notas de sobresaliente que Horacio ganaba en los bancos de la Universidad y del taller artístico, carecían de algo indispensable para producir buen efecto en el escenario de la vida común. Faltábales el esplendor artificial que comunica la riqueza.

El amor verdadero no busca sociedad de intereses, sino alianza de corazones, pero el sentido práctico no se contenta con meras alianzas espirituales. Exige contrapeso de patrimonios, intereses representados de un modo efectivo en renta suficiente para sostener casa con alguna comodidad, de acuerdo con la posición social. Por estas consideraciones se abstenía Horacio de diafanizar sus sentimientos. No tenía patrimonio que contrapesase con el de Lucila, cuyos padres tenían fama de ricos. Apenas estaba en el principio de sus estudios para ganar un título profesional.

La familia Viana, principal y rica desde los tiempos coloniales, después de sufrir grandes pérdidas en la guerra de la Independencia, sirviendo a la Pa-



tria, prontamente recuperó su antigua posición económica en las primeras décadas de la República, merced a prósperos negocios de cría y comercio en los Llanos; pero la guerra federal, llamada con razón *la brava*, como un rodillo aplastante, pasó por la floreciente provincia de Barinas, convirtiéndola en escombros y dejando en ruína y pobreza a varias familias ilustres, entre ellas la de los Viana, víctimas de una revolución de evidentes estragos y problemáticos beneficios.

El doctor Antonio Viana, vástago muy distinguido de este linaje, joven para entonces, vióse privado de la riqueza heredada de sus mayores y en la necesidad de formar una familia a costa de privaciones y meritorios esfuerzos. Dedicado a las letras, disponía de claro talento y especiales dotes como paladín del Foro. Sabio en la consulta, acertado en las actuaciones, accesible a los clientes y de pulcritud insospechable, su nombre gana en poco tiempo merecida popularidad. No hace fortuna, pero logra sostener en la sociedad, siempre con brillo y decoro, la posición social que correspondía a los claros precedentes de la familia Viana en la Colonia y la República.

Horacio había sido educado en esta escuela de dignidad y de trabajo, distinguiéndose personalmente por ideas y sentimientos en todo conformes al romanticismo clásico que saturaba el ambiente social en la primera mitad del siglo XIX. Influía no poco en ello, a más de la herencia, el haberse impresionado la imaginación del chico, desde tierna edad, con la vista de objetos y alhajas que habían servido a sus mayores y se conservaban en el hogar, como restos de pasado esplendor, reliquias atrayentes, que convidaban a volver en la práctica a costumbres, si no del todo extinguidas, moribundas ya al soplo destructor de la moda, que sin cesar inventa y modifica, pero que nunca conserva las cosas en su punto.

Estos restos de antiguo y valioso menaje, constituían una especie de museo, cuyos objetos correspondían a las postrimerías de la Colonia y los albores de la República. Aun existían alhajas de oro y plata de mucho mérito, conservadas al través de guerras y vicisitudes, y defendidas en circunstancias tirantes contra la propia necesidad de convertirlas en dinero, aun a costa de mayores sacrificios.

A esto se agregaba gran número de útiles, rotos unos, oxidados otros, todos con el sello de la ranciedad, entre los cuales había un par de floretes, con las carretas de alambre necesarias para el juego de esgrima, y una tentadora caja con un par de pistolas y accesorios correspondientes, que sirvieron a Horacio para ensayarse en el manejo de tales armas, a ejemplo de sus mayores, cuando tal aprendizaje era obligatorio para jóvenes bien nacidos.

Asistía el joven Viana, en unión de otros jóvenes, a una especie de academia de baile, sostenida por todos y dirigida por don Juan Miguel Agostini y Stella, gran bailarín, quien los adiestraba en la danza de figuras, de rigor en los bailes de la época. Con sorpresa de todos, presentóse una noche Horacio con varias castañuelas, de legítima procedencia andaluza, proponiendo implantar de nuevo en los bailes de sociedad tan simpático instrumento, desterrado de los salones junto con el clásico baile español, más artístico y original en sus movimientos que el valse alemán y la polca húngara o polaca, que eran las piezas en boga. Pero la moda es tiránica, y los sugestivos crótalos volvieron al museo de familia.

\*  
\* \* \*

Volvamos a la historia. Corrieron días de muda inteligencia entre Horacio y Lucila, identificados en el propósito de ocultar su amor. Fuera de la casa del

Canónigo, el joven había descubierto un modo de ver a su amada, muy a su sabor, sin comprometer su secreto.

El locutorio del extinguido Convento de Clarisas era una pieza creada por completo, que se comunicaba con la portería por largo y estrecho zaguán. Dicha pieza tenía hacia la calle una sola reja, reja de convento, muy alta y fuerte, situada frente a la ventana del aposento de Lucila. Era una tentación permanente para el enamorado cajista las veces que trabajaba en la imprenta del Estado, taller que ocupaba la portería y locutorio del Monasterio, según se ha dicho.

Era a la sazón director de la imprenta el talentoso y distinguido joven Hazael Salas, quien profesaba especial cariño a Horacio, por haber descubierto en él paciente consagración al arte y temprana inclinación a estudios serios. Uno de los oficios que de ordinario corrían a cargo del jovencito era el arreglo del papel para las impresiones. Había que humedecerlo y prensarlo con la debida antelación. Este trabajo se hacía, por lo regular, la víspera del tiro, en las últimas horas hábiles de la tarde. Por esta causa solía ser Horacio el último oficial que abandona el taller, cuando su tarea aún no estaba concluída, quedando, de consiguiente, encargado de cerrar la maciza puerta del Convento.

En saliendo sus compañeros, cada vez que ocurría el caso, Horacio tiraba con fuerza de la ruidosa aldaba y cerraba sólo una hoja de la puerta. Esto vino a ser una señal para Lucila; y era entonces cuando podían cruzarse significativas miradas, ella desde la ventana, y él al través de los férreos barrotes de la reja del locutorio, calle de por medio, sin que los transeúntes parasen mientes en ello. Pero estas dichosas ocasiones no se presentaban todos los días, ni dependían de la sola voluntad de Horacio, sino de las circunstancias económicas del taller.

La imprenta empezó a ser frecuentada por un joven recién establecido en la ciudad, mayor que Horacio, de buena figura y caballerosos modales. Al punto se supo que el objeto de sus visitas era asediar desde allí la casa del frente, o sea la de la *bella italianita*, como él llamaba a Lucila, por cuyos hechizos entraba al palenque cual bizarro luchador. Alberto era su nombre.

Rival temible para Horacio, pues era Alberto intachable por la cuna, miembro del alto comercio, inspirado poeta, osado e imperioso por naturaleza y ya perito en lides amorosas. Era un galán de campanillas. Además, lo que Horacio encubría a todo trance por carácter y conveniencia, Alberto se complacía en declararlo de palabra y con los hechos.

Razón tuvo el joven Viana para abrir los ojos y estar sobre aviso. Resueltamente había acometido Alberto la galante empresa de rendir el corazón de la señorita Albani, por la prensa, en sentidos versos, y en reuniones y tertulias de familia, por medio de expresivos obsequios y miramientos. Estaba seguro del triunfo, según decía. La natural esquizvez que desde el principio notó en Lucila, antes que desanimarlo, fue más bien un incentivo para su pasión; y ya comprometido públicamente su honor en la demanda, activó la lucha en pos de las rosas del triunfo.

El joven Viana pasaba todos los días, con el libro bajo el brazo, por el frente de la casa de Lucila, solo o con algún compañero de estudios, sin atreverse a levantar los ojos hacia la ventana por donde ella solía asomarse. Por el contrario, Alberto buscaba sitios y ocasiones para ver a Lucila, sin recatarse de nadie.

Diferencia de caracteres y también de circunstancias, porque Alberto era ya un caballero formal y Horacio un muchacho todavía, un simple estudiantillo, cu-



yas pretensiones, caso de ser descubiertas, habrían sido consideradas por todos como mero e ilusorio pasatiempo, como efímera impresión de estudiante, sin visos siquiera de futuro éxito nupcial.

No obstante su juventud, así lo comprendía Horacio, y por ello se afirmaba cada día más en ocultar su amor, aun en el seno de la casa del Canónigo, redoblando, en cambio, sus esfuerzos en el campo de los estudios. En aquellos tiempos un título académico equivalía a un capital. Cada grado de doctor impresionaba al público, por la pompa de la ceremonia, que no era muy frecuente.

Inclinábase más el joven Viana a la historia que a la Física y las Matemáticas. Cuando don Federico Salas Roo, pensador enciclopédico, hablaba en la clase de Historia Universal de las maravillas del arte arábigo, describiendo con brillante y apasionada verbosidad el palacio de los reyes moros de Granada, la voluptuosa e inmortal Alhambra, Horacio lo oía embelesado desde el banco escolar. Todos los amantes vuelan en sueños a las perfumadas estancias de la regia mansión morisca, y más los que suspiran por alguna morena de palidez romántica, gráciles formas y ojos negros y misteriosos. Horacio tenía una Alhambra fantástica en la mitad del alma, donde reinaba sola, con mágico imperio, la espiritual Lucila, fiel transeunto de las vírgenes seductoras del Islam.

Llegó el día del cumpleaños de la señorita Albani, ocasión en que era muy obsequiada por parientes y amigos. Prevínose Alberto con la debida antelación. Personalmente se trasladó al campo, al vecino valle de Mucujún, donde se cosechaban claveles y azucenas a la par con los frutos de sustento. Trajo de allí flores en abundancia, y con arte y exquisito gusto preparó un gran ramo, que dedicó a Lucila. Por su hermosura, sobresalía entre los demás obsequios hechos a la joven, provocando continuas bromas y alusiones en las personas que lo admiraban y sabían, lo que aspiraba el oferente. Fue día de gratas sorpresas y dulce expansión en el seno de la familia Albani.

Desde los tiempos coloniales, en fuerza de una ordenanza pretorial, renovada todos los años, las casas de familia se cerraban indefectiblemente a las nueve de la noche, sin que valiera fuero ni privilegio en contra. Esta rígida ordenanza quedó abolida hace más de un siglo, pero subsiste la costumbre a que dio origen, de tal modo raigada en las varias clases sociales, que las campanadas de las nueve de la noche mueven por instinto a ponerse en pie y despedirse, aun en visitas de la mayor confianza. Es la hora de rechinar goznes y golpear puertas, el toque de silencio general, la hora en que cruzan las calles muy de prisa los últimos transeúntes.

Y como el alumbrado público estaba reducido a un farol en cada esquina, retiradas las luminarias que la autoridad hacía poner en el frente de las casas hasta las nueve, de esta hora en adelante las calles quedaban como boca de lobo. El humo del querosén empañaba en pocos minutos los vidrios del enorme farol, comunicándole a la luz cierta opacidad rojiza impresionante.

Volvamos al cumpleaños. Cuando la calle quedó en la oscuridad y el silencio, aparecieron con sigilo algunos hombres frente a la casa de los Albani. Situáronse al pie de la ventana de uno de los aposentos, encendieron una linterna, brillaron los instrumentos y rompió la música con las notas de una pieza sentimental muy en boga.

Alberto tenía organizada una serenata para más tarde, y esperaba a los músicos en lugar convenido, no muy distante de la casa de los Albani. Quedó en suspenso al oír aquella música intempestiva. Súbita idea lo asalta.

—¿Serán capaces de tocar sin orden mía ni haber acudido antes a la cita? Eso sería imperdonable. Los molería a palos.

Pero al lanzarse a la calle, después de estas palabras consigo mismo, pudo oír mejor la música, cayendo en la cuenta de su error. Sonaban instrumentos que él no había contratado. Era otra serenata.

Entonces la curiosidad, aguijoneada por los celos, lánzalo en otra averiguación. ¿Quién le ganaba la primacía? Para su dignidad de caballero era mengua acercarse a preguntarlo directamente. Embozado en el gabán, pasa delante del grupo como cualquier transeúnte. Su sorpresa raya en asombro al cerciorarse de que no había en la serenata más que los músicos. Llama aparte a uno de éstos, con quien tenía relaciones, para interrogarlo a media voz:

—¿De quién es la serenata?

—Eso mismo le pregunto yo, don Alberto. Ninguno de los músicos lo sabe. Creí que fuera suya al verlo por aquí.

—¡Cómo! ¿El director de la banda tampoco lo sabe?

—Es claro que lo sabe, pero le encargaron el secreto. Lo mismo sucedió el año pasado. ¿No lo recuerda?

—No estaba yo en Mérida.

—Pues también vinimos aquí, como ahora, y tocamos sin saber por cuenta de quién lo hacíamos. El galán no mostró la cara. ¡Gato en mochila! —dijo el músico guiñando el ojo.

En estos instantes cayeron flores de lo alto de la ventana, quedando perfumado el ambiente, flores que recogieron los músicos, porque Alberto siguió su camino confuso e inquieto.

¿De quién podía ser la serenata? ¿Por qué el misterio? Esto lo sabrá después el curioso lector, porque el caso es largo de contar, y más interesa ahora no alejarse del trecho de calle donde ocurrían estas escenas.

Tras la primera serenata, de velado autor, vino la segunda con media hora de intervalo. La orquesta era deliciosa. Alberto, su autor, era músico y contribuyó con su pericia en el arte a elegir y concertar los instrumentos, de cuerda en su mayor parte.

Al terminar la primera pieza, cayeron también olorosas flores de lo alto, pues tal era el modo de corresponder a las serenatas, según costumbre establecida no sabemos desde cuándo.

Las flores se arrojaban en silencio por el postigo de la ventana, que al efecto se abría de improviso, volviéndose a cerrar en seguida, sin que los de fuera pudieran saber con certidumbre de qué manos venía el obsequio, si de la hermosa dama, de los celosos padres o de alguna dueña o criada, despertada con tal fin por el ama de la casa, para evitar a la niña la tentación del postigo, previendo el caso de que por allí pudiera entrar o salir algún billetico amoroso, en secreta alianza con la música y las flores.

El postigo de la ventana de Lucila no inspiraba recelos de esta naturaleza, porque estaba en el segundo piso de la casa. Acompañaba a la chica en su aposento la misma dueña que iba con ella en la madrugada de aguinaldos, cuyo nombre era



Celsa, la cual, no teneindo por qué inquietarse, había continuado en el lecho, gozando del dulce arrullo de la música.

Celsa trataba a la joven con la autoridad y cariño de segunda madre, porque compartía con doña Angela, esposa de don Francisco Albani, la crianza y cuidado de los niños. Era brusca en la manera de expresarse, pero buena y sencilla en el fondo. Por su carácter de viuda y pariente lejana de la familia, hacía el papel de dueña de entera confianza al lado de Lucila.

Cumplida la fórmula de arrojar las flores por el postigo, Celsa, instaba en vano a la joven para que se acostase.

—No me acostaré hasta que no pase la música. Se me ha ido el sueño por completo.

—Muy bonito tocan, es cierto, pero lo mismo da oír en pie que acostada. Ya cumpliste con echar las flores. ¿Qué más?

—Espera otro ratico. Más vale estar en pie que dando vueltas en la cama. Duerme tranquila, Celsa, que no enfermaré por tan poca cosa.

Lucila sospechaba de quiénes podían venir las dos serenatas; pero en medio de estos obsequios, sentía un malestar indefinible, que la música iba agravándole por momentos. Con semblante triste y muestras de gran desaliento, dejóse caer en una silla, para sumirse en hondas reflexiones.

—Ni una flor, ni una letra siquiera de Horacio. ¿Qué será, Dios mío? ¿Habrá temido descubrir su secreto? ¡Ah! he debido ir hoy a la casa del Canónigo. Quizá me ha esperado en vano o dejado algún recuerdo. ¿Dónde estará él en estos instantes? ¿Pensará en mí?

La música era cada vez más punzante y conmovedora. Las voces de las flautas, en dulce concierto con las cuerdas de dos violines y algunas guitarras, llenaban el espacio de notas que herían el alma. Dos lágrimas corrieron silenciosas por las mejillas de la joven.

Seguía pensando en el viejo claustro, en el patio de los rosales, en el aspecto grave de la sala de labores. Oculta en esos parajes debía existir alguna flor, algún expresivo recuerdo de su tierno amante. Recriminábase el no haber robado un momento a las atenciones del día, para recorrer aquellos sitios queridos, por donde siempre vagaba su alma en las horas de sentir profundo.

La música había cesado. Por las voces y ruido de pasos, comprendió que el grupo se había alejado, pero aún continuó inmóvil en la silla, con la cabecita caída sobre el pecho, meditabunda y triste. Así pasó un rato.

De pronto vuelve el rostro hacia la ventana. El silencio era completo. Sin embargo, creyó que había sonado algo extraño en la calle, algo parecido al ruido del aldabón en la vecina puerta del Monasterio. Aguza el oído, y concentra toda su atención.

Otro golpecito especial del aldabón aumenta la curiosidad de Lucila; indudablemente era aquello una señal. Con gran presteza pónese en pie, oculta la luz tras uno de los muebles, salta sobre uno de los poyos de la ventana y abre lentamente el postigo con viva ansiedad.

Al principio nada vio. Solo el farol de la próxima esquina, como una pupila soñolienta, rompía la espesa tiniebla en aquel paraje. No obstante las precaucio-

nes tomadas por la joven, los goznellos del postigo habían rechinalo levemente, y por tercera vez sonó abajo, en el fondo de la calle, el golpecito metálico del interesante aldabón.

El postigo quedaba a mucha altura sobre el nivel de la calle. Poco a poco, acostumbrados sus ojos a la oscuridad, fue distinguiendo el techo y los muros del Convento, hasta descubrir el hueco del ancho portón de donde partía el ruido. Deslizábase un bulto, como un fantasma, por la acera del sombrío edificio. Era un hombre embozado, el cual se detuvo frente al balcón de la propia casa de los Albani; y saliendo luego al centro de la calle, lanzó al aire con gran ímpetu un objeto, que fue a caer sin ruido dentro del mismo balcón, que era volado y formaba estrecha galería bajo el ancho alero de la casa.

A la escasa luz del farol de la esquina, próxima al sitio de la escena descrita, la joven pudo descubrir, con más detalles la figura del embozado, el cual regresó prontamente a la portería del Convento, caído ya el embozo y agitando el sombrero, en ademán de saludo, hacia el abierto postigo, donde se diseñaba vagamente, en un claro oscuro, la cabecita de la gentil doncella, a pesar del antifaz puesto a la bujía. Era un hecho que el embozado la había descubierto.

No hay palabras como pintar la emoción de Lucila ante la rápida y silenciosa escena ocurrida en la calle. Recupera al instante toda su energía y centellea en sus ojos la luz de la esperanza. Al convencerse de que ya al frente de la casa había quedado otra vez del todo solitario, desciende del postigo con la mayor inquietud, resuelta a ir por dentro al balcón, sin pérdida de tiempo, aun contra la voluntad de la solícita dueña, si fuese menester; pero Celsa no estaba en condiciones de oponérsele: dormía desde hacía rato como una bienaventurada.

Con la palmatoria en la mano, Lucila sale en puntillas del aposento para ir al balcón. Tenía que atravesar una pieza deshabitada, contigua al dormitorio de sus padres, salir luego al claustro superior, recorrer larga galería y penetrar en la sala alta de recibo, a la cual correspondía el balcón. La empresa, aunque no peligrosa para el recato de la joven, era sí arriesgada, en el sentido de que podía ser sorprendida y descubiertos sus amores, en atención a que la música debía tener en vela no solo a sus padres, sino también a sus hermanos Mario y Héctor, ya hombres, que dormían en la misma casa.

Antes de penetrar en la sala, dejó en el suelo la palmatoria y las zapatillas. Avanzaba en lo oscuro, como una sombra, sobre el fino empetatado del pavimento. Con mano trémula decorrió el cerrojo de la puerta que comunicaba la sala con el largo mirador. Crujieron los goznes, y el viento frío de la noche le azotó el rostro. Estaba ya en el balcón, cerrado por fuerte balaustrada y levantado cuatro o cinco varas sobre el nivel de la calle. Los altos paredones del Monasterio del frente, aparecieron a sus ojos en la vaguedad de las sombras.

Muy inclinada, aventúrase la joven por la estrecha galería del mirador, tanteando aquí y allá por el suelo, hasta que sus manos, más yertas por el susto que por el frío, tropezaron, al fin, con un objeto húmedo, suave y perfumado: ¡un ramo de flores y una carta!...

La niña tiembla como azogada al recogerlo. Torna a la sala, cerrando tras sí la puerta del balcón, y provista otra vez de la bujía, déjase caer en un sofá con el ansia y la emoción que pueden imaginarse.

La flor principal del ramo era un clavel rojo, rodeado de tiernas hojas de geranio de rosa. Pendía del ramo un billete muy plegado, donde la joven leyó con ávidos ojos, estos sentidos versos:



## SERENATA

*Cual mariposa que a fanal se allega  
E inquieta gira de la lumbre en torno,  
Ansiosa mi alma sin cesar te sigue,  
Girando en torno de tus lindos ojos.*

*Recuerda, niña, los dichosos años,  
Cuando arrullabas tu primer muñeca,  
Bajo las frondas junto a tí yo estaba,  
Y en el columpio te ayudé a mecerla.*

*Recuerda, niña, las felices horas  
En que jugabas al vaivén conmigo,  
Cortito el traje, destejido el pelo,  
De encantos llena y de triunfal hechizo.*

*Y así jugando, tus deshechas trenzas  
Caer solían en mis tiernos hombros,  
Aspirando luego en tu franca risa  
El tibio ambiente de tus labios rojos.*

*El pobre niño con quien tú jugabas,  
De lejos te ama y en silencio llora;  
Y a cada instante, con pasión profunda,  
Por tí suspira y el pasado invoca.*

Al pie de los versos se leían estas líneas escritas con lápiz:

“Contéstame, amada mía. Cuando suene la aldaba del Convento, puedes abrir sin temor el postigo. Mi serenata es silenciosa. Concédeme una flor siquiera, la flor que en un baile me prometiste y tanto anhelo. Compadece a tu infortunado y fiel amante.”

No había firma alguna. ¿Para qué? En los ojos brillantes y soñadores de Lucila asomaron expresivas lágrimas, a tiempo que comprimía contra su corazón las flores y la carta.

Repuesta de las vivas emociones, no vacila. Debía contestar con presteza. ¿Las flores? En la misma sala las había esa noche al escoger. Desprende en el acto de uno de los ramos con que la habían obsequiado, un clavel hermosísimo, el preciado clavel rojo, y colócalo luego entre un hacecillo de variados pensamientos y tímidas violetas. El ramo, aunque improvisado, quedó bellísimo.

Faltaba la carta. Aquí la dificultad. No había en la sala recado de escribir, ni siquiera un lápiz. Era necesario volver al aposento y trastear en su escaparate para salir del paso; y tal hizo, con extrema prontitud y cautela, la bella italiana, logrando, al fin, trazar en una tira de papel algunas líneas con el lapicillo de un programa de baile, billete que ató a las flores con mano trémula, temerosa de que despertase Celsa, o la sorprendiera la señal sin estar listo el tierno e íntimo mensaje.

La señal no se hizo esperar. Tres golpecitos del aldabón resonaron en el profundo silencio de la noche, solo interrumpido dentro del aposento por la acompasada respiración de la inmejorable dueña, que continuaba durmiendo tranquilamente.

Lucila no titubea. Abrió el postigo y, estirando el brazo hacia afuera, dejó caer a plomo el precioso ramo. Al punto brilló abajo, en el fondo de la calle, al pie de la ventana, la débil claridad de una cerilla, cuyo fugaz resplandor permitió a Lucila ver un brazo alargado hacia el suelo y el perfil de un rostro joven e imberbe, grabado ya de modo indeleble en su corazón por la saeta luminosa del dios Cupido, cuadro que desapareció instantáneamente en la negra espesura de las sombras.

Y luego, tras ruido de pasos que se alejan con franco taconeo por la acera de la calle, y leve crujido de un postigo que vuelve a cerrarse, todo vino a quedar en la soledad y silencio de la media noche. Once campanadas habían resonado pausadamente en la torre de Catedral.

La curiosidad e impaciencia del mancebo rayaban en delirio. Las flores que llevaba ocultas en el pecho despedían luz y perfume, eran flores caídas de lo alto, flores de un cielo de ensueños y esperanzas. En solitaria encrucijada desliga el perfumado billetico, y a la luz de una cerilla, lee con indecible emoción estas cortas líneas, escritas muy de prisa:

“Tu serenata ha herido las fibras más delicadas de mi corazón. Lloraba de tristeza, pensando en ti, creyendo que me habías olvidado. Ahora lloro también, pero de dulce alegría al pagarte una flor con otra flor. Desde que me dedicaste el clavel rojo, es esa la flor de mis esperanzas. ¡No me olvides!”

Momentos después, crujía el portón, apenas ajustado, de la casa del doctor Viana, y penetraba el joven con alguna inquietud. Su licencia era hasta las diez, con el pretexto de oír, desde casa vecina, la serenata de Alberto. Pensaba llegar en puntillas hasta el aposento, para no despertar a su padre. Pero ¡oh sorpresa! A la moribunda luz de una lámpara colgada en el zagán, el doctor se paseaba lentamente.

—¡En pié todavía, papá!

—¿Y qué horas son? —pregúntale el doctor con calma aterradora para el mancebo.

—Acaban de dar las once.

—Había dicho usted que vendría antes de las diez. La tardanza me tenía intranquilo.

—Es verdad, pero hubo dos serenatas seguidas. Y me entretuve oyendo la música.

—Aunque así haya sido. Desde hace más de media hora todo está en el mayor silencio —replicóle gravemente el doctor Viana.

Esta observación envolvía un cargo que no podía eludir, sino declarando la verdad, esto es, que hubo una tercera serenata silenciosa, de la cual era autor; pero al jovencito le faltaba la candorosa franqueza de Jorge Washington para confesar su falta; y no se trataba tampoco de algo parecido a cortar un cerezo, sino un asunto más trascendental.

La grave figura de su padre apareció a sus ojos como la de un juez de honda penetración, a quien no podía entretener con inventivas y fútiles razones; un juez severo y filosófico, que no castigaba con fuertes epítetos ni con penas corporales, sino que confiaba el castigo a la propia conciencia del culpado, comprendiendo que no se trataba de un niño, sino de un joven pundonoroso, de claro criterio y sensible a los afectos.



A sospechar siquiera la verdadera causa de la demora, el doctor Viana habría descargado sobre su hijo todo el peso de su autoridad moral, en graves observaciones y oportunos consejos, por aquel acto de atrevimiento y de consecuencias que la inexperta juventud no prevé ni pesa en su justo valor, aunque luche por realizar inocentes ideales o justas aspiraciones.

Toda pasión juvenil, por noble y hermosa que sea, tiende a descarrilarse, bien a impulso del entusiasmo, bien al inesperado choque de cualquier dificultad. La conducta del apasionado joven, si romántica y feliz en la secreta intimidad de sus amores, pecaba sin embargo a todas luces contra las conveniencias sociales y contra la severa disciplina del hogar cristiano, que no acepta aventuras galantes de tal naturaleza, aunque el atrevido galán procede con la más pura y recta intención.

Amostazado y pensativo quedóse el joven por largo rato. A más de la tácita reprimenda recibida, quedaba pendiente sobre su cabeza, como espada de Damocles, otra más explícita y rotunda, que no se haría esperar, el día en que llegase a saber su padre el por qué de la tardanza.

Pero el amor es el más fuerte y bello de los exclusivismos: embarga todas las energías del alma, dirigiéndolas hacia el objeto amado, como agitadas corrientes que buscan dulce y final reposo en las azules aguas de misterioso lago. Las inquietudes y preocupaciones no arraigan mucho a la edad de diez y ocho años.

Junto con poner la cabeza en la almohada, el enamorado doncel oyó entre sueños que repicaban de nuevo las campanitas de oro en la torre de sus ilusiones; y durmióse soñando en un bosquecillo de nardos y rosas, de sugestivas penumbras, por el cual vagaba de brazo con la bella italianita, en coloquios de frases truncas, completadas con el fúlgido lenguaje de los ojos. ¡Dichosa edad!

## CAPITULO XI

### COMPLICACIONES IMPREVISTAS

Muy varios suelen ser los juicios sobre la mujer honesta que seduce y cautiva con el poder de sus gracias. Desdeñosa, si no tolera requiebros o los esquivo; y coqueta, si a todos sonríe de igual manera. Si la ensartas pierdes, y si no perdiste. Ya lo dijo la insigne poetisa sor Juana de la Cruz:

*Hombres necios que acusais  
A la mujer sin razón,  
Sin ver que sois la ocasión  
De lo mismo que culpais;*

*Con el favor y el desdén  
Tenéis condición igual,  
Quejándoos, si os tratan mal,  
Burlándoos, si os quieren bien.*

La esquividad de la señorita Albani se prestaba en los círculos íntimos a comentarios diversos: unos la consideraban demasiado exigente, porque habiendo tenido

buenos partidos al escoger, suponían que aún se mantenía en espera de alguno mejor; otros la tildaban de engreída y vanidosa por la misma causa; y muy pocos sospechaban lo cierto: que la chica no era ya dueña de su corazón, porque el príncipe de sus ensueños, vagamente diseñado en su imaginación desde la niñez florida, había tomado la forma de un estudiante de filosofía, a quien en secreto amaba con toda la fuerza de su alma.

Otro de los adoradores de Lucila era don Felipe, caballero de edad provecta, distinguido linaje y alta posición social. Prendado de la joven desde hacía algún tiempo, manteníase firme e invariable en su culto como un fanático. No lo rendían esquivas ni desengaños. Invulnerable a los desdenes, su temeraria solicitud rayaba en mortificación y fastidio para la dama, cansada de darle a entender que perdía su tiempo. La perseverancia es ciertamente gran virtud en empresas realizables, pero en las imposibles es terquedad o locura. Solo una gran pasión pude justificar tamaña persistencia.

Era don Felipe el velado autor de las serenatas, ya que por la gravedad de su carácter, el hacer de galán al pie de unas rejas, lo habría expuesto a críticas muy razonables. Pero no obraba, por desdicha, con igual cordura en los bailes, donde se esforzaba en igualar a los jóvenes en entusiasmo y galanterías, asediando con tenaz empeño a la bella italianita, cuya natural esquividad más servía para atizar que para extinguir el fuego de amor que lo consumía. ¡Crueldades de Cupido!

Con motivo de un cumpleaños, había recibo y obsequio en la casa de una amiga de Lucila. La reunión era poco numerosa, pero muy selecta. Lo que provincialmente se llama en Mérida una *jarana*, o sea un baile improvisado y de confianza.

Como de costumbre, Lucila hechizaba por el airecillo romántico dentro del cual exhibía sus gracias. Don Felipe y Alberto redoblaban sus instancias, el primero para que la chica le concediese bailar una pieza siquiera; y Alberto, para que le diese el sí, o por lo menos esperanzas.

Estas exigencias, de penosa excusa, que la coquetería sabe entretener en la generalidad de los casos, revestían carácter más conflictivo para la señorita Albani, constreñida, por la delicadeza de sus sentimientos y por consideraciones especiales, a observar una conducta muy discreta con ambos caballeros, pertenecientes a familias muy conspicuas, con las cuales cultivaba cordiales y frecuentes relaciones. Excusar rotundamente tales galanteos, era provocar disgustos, sin poder dar explicaciones, y tolerarlos, alentar aspiraciones a que estaba muy lejos de corresponder.

El estudiante estaba también en la reunión, y observaba con vivísimo interés las vueltas y revueltas que don Felipe y Alberto, cada cual por separado, daban en torno de la atribulada Lucila, quien de cuando en cuando miraba secretamente a su amante con ojos de inteligencia y de ternura.

Para Horacio, lo mismo que para Alberto, don Felipe era una persona de la mayor consideración, pero como rival era poco temible. En lizas de amor, la vejez está perdida, si no combate tras armadura de oro; pero en este caso, aunque don Felipe hubiera sido un Crespo, se trataba de una mujer cuya posición e íntimos sentimientos la alejaban por completo de inclinarse ante el becerro de oro. Además, había tenido pretendientes favorecidos al mismo tiempo por la alcurnia, la juventud y la riqueza.

Lo que era de esperarse sucedió al cabo, pues tanto se había negado la joven a bailar con don Felipe, so pretexto de tener las piezas comprometidas de ante-



mano, por no decirle otra cosa, que al fin el respetable caballero entra en sospechas y se da a la paciente labor de averiguar la verdad con todos los jóvenes, uno por uno, ocultando el móvil de tal pesquisa; y en cerciorándose de que no era rigurosamente cierto lo que ella le decía, tornose de solícito galán en severo mentor, para reprender a la joven por su conducta, creyendo acaso intimidarla con este acto de autoridad.

Pero el resultado fue adverso, porque colmada la paciencia de Lucila, y herida en su orgullo, le habló claro y sin rodeos, con voz vibrante y revestida de carácter, sin poder contener luego algunas lágrimas que asomaron a sus ojos.

Mario, hermano mayor de la joven, era de genio irritable y sangre hirviente. Advertir la desazón de Lucila, inquirir la causa y tenérselas con don Felipe, todo fue uno. Otras personas intervinieron para aplacar al iracundo Mario, cuya exaltación hacía contraste con la loable impavidez y sangre fría que mostraba el caballero, quien acabó por convencerse, como tenía que suceder, que a su edad y condiciones no sentaba bien el oficio de paladín galante.

¡Oh, amor, que no perdonas edad ni categoría! A todos por igual ciegas y precipitas. Por ti hombreadan los muchachos, presumen de mozos los viejos y disparatan los más cuerdos. Tú no permites más culto que el de la mujer amada, ni más razón que la contenida en este principio de intenso egoísmo: *ella para mí y yo para ella*, que ha sido la divisa de los caballeros galantes en todos los tiempos y lugares.

El estudiante no perdía de vista a Alberto. Era rival de cuenta por su buena figura, galano decir y reconocidas dotes como mozo de talento, favorecido por las Musas. No obstante haber bailado algunas piezas con Lucila, esta se mantenía firme, eludiendo los requiebros que Alberto le hacía, esquivéz que en nada los minoraba, llegando el joven hasta exigirle la aceptación de una carta, a lo cual se negó la niña de manera rotunda.

En tales momentos tocaron un valse, que debían bailar por compromiso anterior. A pesar de la negativa, Alberto llevaba la carta en la mano izquierda; y al tomar la derecha de Lucila, como es de estilo, pretendió compelerla a recibir el perfumado billete. No lo tolera la joven, protestando contra el atrevimiento, sorprendida y confusa.

Alberto, ciego de amor, espera los últimos compases del valse, que estaba ya para terminar, y entonces amenaza a la joven con el escándalo, diciéndole que de no tomar la carta, caería al suelo irremisiblemente, porque ya él no la retiraba.

Esta escena ocurría en un ángulo de la sala, cuando todos bailaban. Yérguese la joven con altivez, y deshaciéndose de los brazos de Alberto, arroja la carta a los pies de este, diciéndole con gran enojo:

—¡Es usted un atrevido!

A Dios gracias, la orquesta, situada a pocos pasos, no permitió que tales palabras fuesen oídas; y por lo que hace al billete, debido a la precipitación con que fue arrojado, no cayó precisamente a los pies del osado galán, sino casi sobre los botines de un caballero muy grave, que, sentado en una poltrona, autorizaba el baile como padre de familia.

Este honorable espectador levanta el billete del suelo y lo entrega silenciosamente a Alberto, quien se queda extático ante la resuelta actitud de la señorita Albani, no menos que ante la presencia de aquel testigo tan respetable, en cuyo austero semblante vio pintado el mayor asombro.

La joven se había alejado del sitio en busca de asiento, confundiéndose allí mismo con las otras damas, pues la música cesó casualmente en seguida del incidente, lo que fue gran fortuna, porque salvo el caballero expresado, nadie más se impuso por el momento de lo ocurrido.

Guardose Lucila de decirlo, temerosa de un encuentro entre Mario y Alberto; ni tampoco lo dijo a Horacio, por no provocar en él la tempestuosa pasión de los celos e iguales consecuencias, con riesgo de descubrir su secreto, en que estribaba la ventura de ambos.

A la despedida de las familias, Alberto, tenaz en sus pretensiones, deseaba ofrecer el brazo a Lucila para conducirla a su casa. Quería pedirle perdón por la falta, cambiando de táctica, convencido de que no era la joven de las que se intimidaban y confundían ante un acto de atrevimiento.

Situase, al efecto, como un centinela, en el segundo portón de la casa, con el sombrero en las manos y el gabán sobre el brazo, en espera de la familia Albani. El puesto era en realidad estratégico.

Eran los momentos de la gran batahola que se forma de ordinario entre las familias al acto de despedirse en reuniones de esta naturaleza, solicitando aquí los abrigos y paraguas, reuniendo allá a los niños o despertándolos, si se han dormido, para envolverlos en pañolones si están acatarrados; momentos de carreritas y afanes para las mujeres y de impaciencia para los hombres que las esperan.

En estas idas y venidas, Lucila descubre de lejos a Alberto, cuando ya se encaminaba al zaguán. Al verlo en aquel sitio, adivina al punto lo que intenta. Detiénese entonces la joven, mirando en torno con angustia, temerosa de avanzar; pero allí mismo oye tras sí una voz que le dice con dulzura:

—Señorita Albani, me permito ofrecerle el brazo. Ya Mario me ha autorizado para acompañarla hasta su casa. ¿Acepta usted?

Por toda contestación, la joven sonrió agradecida, enlazando prontamente su brazo, con triunfal alegría, al del galante jovencito que así le hablaba.

La contrariedad de Alberto fue visible ante la inoportuna oficiosidad de aquel mancebo, en quien estaba muy lejos de ver un rival, pues apenas se había acercado dos veces a la señorita Albani en el curso de la reunión, y esto para sacarla a bailar. Atribuyó por entonces a rasgo de mera amistad y cortesía aquel acercamiento de Horacio a Lucila.

Un chico llevaba adelante un farol por la calle, para alumbrar los malos pasos, que eran frecuentes, por ser desiguales los empedrados y escasísimas las buenas aceras. Con Lucila iba otra señorita, su prima y amiga, muy hermosa por cierto, a quien Alberto dio el brazo a la salida; y detrás iba Mario con otras personas. Doña Angela, madre de Lucila, no había asistido a la reunión.

Tenían que pasar por el frente de la casa del Canónigo. Hablaba Alberto a su compañera de las impresiones del baile, quejándose de no tenerlas satisfactorias, lo que decía recio, con marcada intención, a fin de que Lucila lo oyese, pero esta, que iba pocos pasos adelante, caminaba pendiente de las frases que Horacio le dirigía a media voz, las que resonaban en su alma con inefable dulzura.

—Hemos llegado a la ventana de los recuerdos —decíale con viva emoción.

Pasaban efectivamente por el frente de una de las ventanas de la casa del Canónigo. Hacía la más sombría, casi negra, el color oscuro de su pintura.



—¿Recuerdos de qué naturaleza?

—Tristes, profundamente tristes. Dos noches inolvidables, en que estaba usted allí con Rosa. ¿Lo recuerda?

—Hay cosas que no se olvidan nunca. La última de esas noches debe recordarla también Héctor, quien estaba muy celoso —replicole Lucila con amable y picaresca sonrisa.

—Y esos celos infundados fueron causa para que usted dudase de mí, y pasase yo días muy amargos.

—No lo niego. Dudé, porque entonces había motivo —dijole con tímida voz.

—¿Y duda todavía? —pregúntale el joven con mirada honda y expresiva.

La joven guardó silencio, pero en la semioscuridad de la calle brillaron sus ojos con mirada húmeda y blanda; y acaso por la desigualdad del piso, en aquellos instantes el cuerpecito de la salerosa niña apoyábase con más dulce presión sobre el trémulo brazo de su secreto y apasionado amante.

Fuertes golpes llegaron entonces a sus oídos. ¡Cosa extraña! Los toques eran en la misma puerta de la casa de los Albani, hacia la cual se dirigían. Los daba precipitadamente un labriego con el garrote de camino.

—¡Dios mío, qué novedad será! —exclama con angustia la señorita Albani, viendo que Mario se había adelantado con presteza e interrogaba al peón con vivísimo interés.

¡Penosa coincidencia! Era un expreso con la triste nueva de haber fallecido aquella misma noche, en lugar vecino, una respetable matrona, muy allegada por vínculos de sangre a la familia Albani. Mario y Héctor debían partir al instante para la casa mortuoria.

La despedida de los jóvenes acompañantes fue silenciosa y triste. Aquella desgracia enlutaba no solo el hogar de don Francisco Albani, sino otros más de la sociedad merideña. No son raras estas repentinas transiciones de la alegría al dolor, de la risa al llanto, del esplendor de una fiesta a la fúnebre tristeza de blancos cirios y negros crespones. Así son los peldaños en la misteriosa escala de la vida.

\* \*

Acercábase diciembre, mes en que todos ciframos vagas esperanzas de algo mejor que lo presente, aunque el espíritu no esté para fiestas ni divertimientos. La profunda simpatía de diciembre consiste en algo muy hondo e ideal. Es por excelencia el mes de santa alegría, un tiempo primaveral para el corazón, que embellece y endulza los sentimientos, poniendo gotitas de miel hasta en el brebaje amargo de las penas y desengaños.

Horacio estudiaba día y noche, repasando las materias para el examen de bachiller en Filosofía. Era este acto muy temido en aquella época. Una sola *R*, que cayese en la urna de recoger los votos, motivaba no solo el bochorno ante los compañeros y el público en general, sino una grave reprimenda de los padres o encargados del aspirante. Y la reprobación completa equivalía a un destierro: el estudiante no volvía a mostrar la cara por mucho tiempo.

El día del grado, el joven estaba ojerudo y triste por los desvelos y el gran susto. Antes de la hora tremenda, acercose al sillón de la abuelita para despedirse,

como se despide el soldado que marcha al combate. Iba ciertamente a combatir por el primer lauro académico.

Todos en la casa sabían la tribulación del joven y lo compadecían. El afecto de la abuelita por sus nietos era ejemplar; y no lo era menos, el de una excelente tía, de esmerada educación social y artística, tan tierna y solícita con los hijos de su hermano el doctor Viana, que en realidad no sintieron ellos en todo su rigor el hondo vacío de temprana orfandad, porque la abuelita y la tía igualaban a la madre en cariño entrañable y asiduos cuidados.

La anciana bendijo a su nieto con palabras que le salían del alma, lo mismo que la abnegada tía; y ambas hicieron que Horacio se arrodillase junto a ellas, para rezar una sencilla oración. Recitola con voz trémula la venerable anciana, ante un cuadro de la Santísima Trinidad, frente al cual ardía ya una vela en antigua y pesada palmatoria de plata.

¡Oh, santas e íntimas costumbres de nuestros mayores! También fue el joven al escritorio de su padre, a avisarle con semblante contristado que ya se acercaba el momento. El doctor Viana iba a asistir al grado, pero lo autorizó para que se adelantase, en atención a que él se retardaba todavía algunos minutos. Compadecido, sin embargo, del susto que advertía en Horacio, le da voz de aliento y lo bendice lacónicamente, con gran emoción. También él había pasado de joven por aquellas angustias.

Faltábale al mancebo otra despedida, de carácter ineludible. Lo empujaba también el corazón. Ya en camino para la Universidad, entra rápidamente a la casa del Canónigo.

—¡Ah, qué casualidad! —exclama Rosa al verlo—. Acabamos de ponerle flores a la Virgen y tenemos ya lista una vela para alumbrarla mientras estén en el examen. ¿Ya es hora?

—Faltan pocos minutos. Antes de ir a la Universidad, he entrado para exigirles que recen mucho por mí. No puedo dominar el miedo...

—No seas tonto. Horacio. Hay muchos ruegos en tu favor. Saldrás bien, de seguro. Mira —díjole a media voz y en tono de confianza íntima— hay una personita que nos ha traído flores para el nicho de la Virgen, y que a estas horas debe estar prendida de todos los santos.

Sonrojose el estudiante visiblemente, pero brillaron sus ojos de contento. La vela fue encendida entre dos floreros colmados de frescas y variadas flores. Horacio les dio las gracias, saliendo de allí aun más preocupado que antes. Caso de una R, ¿qué cara podría presentar a Lucila?

Para un joven de pundonor el trance era realmente conflictivo. Iba a habérselas, no ya con personas compasivas, con santas mujeres, en cuyos labios había miel de consuelo y esperanza, sino con jueces graves e inflexibles, cuyas palabras serían áridas e inquisitivas, encaminadas a saber de cierto si era o no apto para el grado a que aspiraba.

Componían el jurado examinador el doctor José de Jesús Dávila, Rector, el Canónigo doctor Rafael Antonio González, Secretario, el doctor Rafael Julián Castillo, el presbítero doctor Miguel Lorenzo Gil Chipía y don Fabio Febres Cordero. Todo estaba listo: el pizarrón, los globos, las máquinas neumática y eléctrica y algunos otros instrumentos de física.



El indio Encarnación, fámulo universitario, encariñado de antiguo con el joven Viana, a quien aún suponía abocado a la carrera eclesiástica, había suministrado al bedel un vaso de agua, para que lo colocase sobre la mesilla frente a la cual debía sentarse el examinado. Era buena precaución para desatar a tragos el gran nudo que el miedo forma en la garganta de los tímidos. El antiguo cocinero del seminario sabía de estas cosas a maravilla. ¡Había visto tantos grados!

Con un discurso en latín, sobre tema sorteado la víspera, se iniciaba el acto, discurso de un cuarto de hora, que precedía a las réplicas. Esta disertación en latín, compuesta en brevísimo tiempo, prueba que por entonces no era tan muerta la lengua del Lacio. En ella se hablaba en las aulas, en los certámenes y hasta en el claustro.

La tarde estaba amenazante y sombría. Gruesas gotas de lluvia y lejanos truenos anunciaban próxima tormenta. El examen, sin embargo, había empezado. Muy pronto empezó a llover a cántaros. Las descargas eléctricas, ya próximas, llegaron a ser cada vez más terribles. Una sola ventana abierta, daba escasa luz al salón de exámenes, situado entonces en el costado del edificio que daba para la calle de la Independencia.

A la mitad del examen, vino lo gordo: siniestro fulgor de un rayo y simultáneo estampido de un gran trueno, hicieron saltar a todos de sus asientos. El caso no era para menos.

Por la ventana había entrado algo como violenta granizada. Eran fragmentos de mezcla y ladrillo, arrancados por la chispa eléctrica del remate de la torrecilla gótica de la Cárcel-cuartel, y lanzados sobre los edificios vecinos, en dirección al occidente. El rayo había caído a cincuenta varas del cuerpo examinador, descomponiendo la expresada torrecilla, acaso atraído por el cataviento, que era metálico.

Cerrose la ventana, encendiéronse bujías y, después de obligado receso, comentando el caso, continuó el examen por el tiempo reglamentario. Despedido el examinado y los espectadores y cerrada la sala, procediose al juicio secreto, momento de angustiosa expectativa para el interesado y cuantos lo acompañan en el acto, sobre todo si el examen ha sido flojo o del todo malo.

Distraído el bedel en ocupaciones motivadas por el gran aguacero, el mismo canónigo doctor González abrió la puerta del salón, y con el garbo de gran tribuno que lo caracterizaba, proclamó el veredicto, usando de esta fórmula:

—Aprobado *mémine discrepans*.

—¡*Laus Deo!* —contesta alegremente Horacio, volviendo al salón, donde pide el grado en latín, y en latín se le confiere incontinenti.

¡Dichosa edad! Es indecible el júbilo con que un muchacho torna a su casa después de rendir un examen cualquiera, en que sea aprobado, y más, si obtiene un título. Horacio no cabía en sí de alegría. Los examinadores, su padre y cuantos allí estaban, lo habían abrazado efusivamente en señal de plácemes. El examen no había dejado nada que desear.

Y luego ¡qué abrazos tan apretados y tan santos los de la abuelita y la adorada tía!

—Hija —díjole a esta última la noble anciana, al desprenderse de los brazos de su nieto— escoge en mis prendas un buen anillo, para que se lo des en premio de sus estudios.

La orden fue cumplida sin demora, y el afortunado mancebo fue dueño de un hermoso solitario, que en mejores días había costado cuarenta escudos de oro, bellísima joya, que brillaba aún más en la exaltada fantasía de Horacio, al pensar en el mágico efecto que haría en la manecita de Lucila como anillo de boda.

Por la noche, el nuevo bachiller va presurosamente a la casa del Canónigo. Rezaban a la sazón el rosario en un aposento. La sala de labor estaba solitaria. Aún ardía frente al nicho de N. S. de Chiquinquirá la piadosa vela, en medio de los floreros que perfumaban el ambiente.

El joven aprovecha la soledad y se allega en puntillas a observar de cerca las flores. Todas estaban erguidas, apretadas unas contra otras, en manojos, mostrando al cielo sus delicados pétalos, menos una, que desligada de las demás, rendida acaso por su propio peso, inclinábase graciosamente hacia adelante, como buscando algún sostén en el aire: era un clavel rojo, el cual parecía decir a Horacio: "Soy para ti, cógeme".

¿Era aquella obra de la casualidad o tácita e intencionada dedicatoria de la flor simbólica de sus amores? ¿Habría tenido parte Lucila en el arreglo de las flores? Aunque el corazón decía a Horacio que aquella flor era para él, no se atrevió, sin embargo, a tomarla. Estaba bien allí, invocando las bendiciones del cielo para dos corazones traspasados por la flecha ardiente del paganísimo dios Cupido.

\* \*

Entre los bazares de la vieja Mérida, era el de don Pedro Rocha uno de los más variados y surtidos. El local muy céntrico, frente a la antigua Capilla del Convento de Clarisas. Asistíalo, juntamente con don Pedro, el malogrado e inteligente joven Rafael Parra Picón. Era tienda muy frecuentada por urbanos y campesinos, como lo había sido en tiempos anteriores la famosa de Calderón, conocido con el nombre de *El Bogotano*, frente a la plazuela del Carmen.

Las extensas relaciones de don Pedro y las de su joven compañero, eran causa para que en horas de asueto no faltase en la tienda selecto grupo de tertulianos. Es el caso que un domingo, de tres a cuatro de la tarde, en que circulaba alguna gente, oyéronse de pronto voces de alarma y ruido de carreras en las inmediaciones del bazar.

Subía por la calle real una res bravía, con espanto de los transeuntes, un toro corpulento y fiero, destinado al matadero. Había reventado la sogá, quedando de su cuenta por las calles.

La tienda de don Pedro, única existente por allí, llénase al punto de personas que buscaban de tropel seguro asilo. El toro avanzaba a trote largo, mirando a todos lados con espantable arrogancia. Los portones de las casas vecinas habían sido cerrados de carrera.

En tales momentos, escapose un grito indefinible de todos los pechos. Frente al bazar, en la acera de la Capilla del Convento, hallábase en situación conflictiva una distinguida dama. No había en el trayecto más puertas de salvamento que las de la tienda, pero le era imposible a la dama, saltar la ancha acequia de la calle, maneadá como estaba por un elegante traje de medio-paso, que era entonces la última moda femenina.

Las personas más impresionables cerraron los ojos ante el peligro inminente que corría la señora, porque el feroz novillo se acercaba a ella en actitud hostil.



En tan supremo instante, un joven aparece en la calle, salva la acequia de un salto, colócase delante de la distinguida dama y espera de frente al toro, sobre el cual descarga un golpe certero de bastón, única arma de defensa que llevaba. Herida la fiera en un ojo, échase a un lado, desviando la embestida y lanzando bramidos de dolor.

Trata el toro de embestir de nuevo, pero algunos ganaderos que lo seguían a distancia, aprovechan el crítico instante para arrojarle una soga con violencia. Al sentir el novillo aquel fuerte latigazo sobre el lomo, huye de estampía, dejando en salvo a la dama y su inesperado defensor.

Voces de alegría y aplauso resonaron por todas partes. Los espectadores baten palmas, y los asilados en la tienda de don Pedro Rocha, reciben en triunfo al improvisado torero. El joven oía los parabienes muy sonrojalo, confesando francamente que estaba asombrado de su propia hazaña.

—Los toros me han infundido siempre un terror pánico. Instintivamente me he lanzado, solo por salvar la señora.

—Pues tiene mayor mérito su noble acción —díjole un señor de edad, apretando efusivamente la mano de Horacio—. Lo felicito, joven.

De los aplausos allí recibidos, fue este el que más satisfizo al mancebo. Venía de persona muy respetable, a la vez que muy extraña para él. Era don Lope, caballero de buen talante y maneras cortesan. Usaba siempre, con mucho garbo, la capa española, ora puesta ora plegada sobre el hombro. Faltábale solamente el plumaje en el sombrero y el calzón a la rodilla, para ser ejemplar redivivo de noble hidalgo de la Colonia.

Deudo muy allegado de los Albani, los visitaba todos los días, simpatizando de manera especial con Lucila, cuyo carácter le encantaba, por lo que departía a menudo con ella, de modo franco y expansivo.

Este respetable caballero era de los asilados en el bazar. Dirigiase a la casa de los Albani. De suerte que momentos después, relataba lo sucedido en presencia de Héctor y Lucila, quienes lo oían con vivo interés. En llegando al súbito aparecimiento del joven, la sorpresa y temor de Lucila estallan, repitiendo el mismo nombre que acababa de pronunciar don Lope:

—¡Horacio Viana!...

—El mismo, hija —contéstale el caballero, continuando el relato hasta el fin, sin fijarse en las vivísimas impresiones que se pintaban en el semblante de la niña.

Pero Héctor sí se había fijado en ello, no obstante la atención con que también escuchaba a don Lope, y la secreta inquietud que le producía aquel triunfo ocasional de Horacio.

Don Lope hizo, en seguida, gran elogio de la conducta del estudiante, enlazándola con el éxito de sus primeras composiciones literarias y el brillo del reciente examen para su bachillerato.

—Y a propósito, he oído decir que ya tiene novia ese jovencito. ¿Quién es ella? —preguntoles llevado por la curiosidad, sin saber que arrojaba chispas sobre un polvorín.

Los Albani eran de pasiones muy vivas y exaltables, prontas siempre a expandirse, si no de palabra, por lo menos con el gesto o los ademanes. La joven miró

confusa a su hermano, esperando que contestase, pero este, no menos perplejo, titubeaba.

—Ustedes deben saberlo —díceles don Lope, apremiándolos por la contestación.

Con voz lenta y apagada, como quien hace ingrata confesión, Héctor respondió al cabo:

—Sus primeras composiciones fueron para Blanca. No se le han conocido otros amores.

—¿Para la misma chica que tú pretendes?

—Ciertamente, don Lope, Horacio fue rival de Héctor hasta hace un año más o menos. Creo que desde entonces le ha dejado el campo libre— dijo la joven.

—También lo creía yo así, pero hace pocas noches quedé convencido de lo contrario, pues...

—¿Pues qué? —interrúmpelo Lucila, disparando sobre Héctor el lampo de sus ojos, como dos saetas de fuego.

—Hablabla con Blanca por una ventana, hecho una mielecita. Lo que prueba que no la olvida.

Y al decir estas palabras los ojos de Héctor echaban chispas de celos.

—Pues no tiene mal gusto —dijo don Lope— y si no lo ha correspondido Blanca hasta ahora, ponte en guardia, querido Héctor, porque con la bella acción de esta tarde, Horacio ganará mucho terreno en el corazón de esa hermosa chica.

Ya Héctor había pensado lo mismo. Por una coincidencia extraña, la dama favorecida por el bachiller Viana era pariente allegada de Blanca. ¡Complicación inesperada!

¿Y Lucila qué pensaba? Compadécela, lector, si sabes por experiencia lo que son celos. Tan rudo fue el golpe para la pobre niña, que no articuló más palabra. Quiso la casualidad que atinase a llegar su buena madre en aquellos instantes. Casi fuera de sí, pidió permiso a don Lope para retirarse de la sala, so pretexto de ir a recoger la costura. Pálida y temblorosa fue a encerrarse en su aposento. Los celos venían a destrozarse su alma precisamente cuando se deleitaba con el perfume de las flores que la simpatía dedicaba a su desleal amante.

Los grandes dolores son secos. Ni una lágrima venía en su auxilio, como natural desahogo en tan honda desdicha. En los recios temporales de la vida, la piedad se impone, como primera tabla de salvación. Cuanto más atribulados, más devotos. Juntas las manos, en actitud suplicatoria, la joven vuelve los ojos al cielo para exclamar:

—¡Sufro horriblemente, Dios mío! Arranca, por piedad, este amor de mi pecho, si es un imposible. Horacio cree amarme y se equivoca. No puede amarme nunca. Blanca fue primero en su corazón y lo es todavía. Soy una insensata al forjarme ilusiones sobre un afecto que existe solo en mi pecho. ¡Dadme, Dios mío, fuerzas y serenidad para sobreponerme a esta pasión que me enajena y con tanta crueldad me martiriza!

Un raudal de lágrimas brotó entonces de sus ojos, como preludio de los favores del cielo en su gran infortunio.



¿Y Horacio? Días de prueba le reservaba el destino. Nada supo aquel mismo día ni en los siguientes. ¿Quién podía informarlo? Pero como corriese una semana sin ver a Lucila, empezó por sospechar que estuviese enferma o ausente. Pronto se convenció de lo contrario.

La joven había alterado por completo las horas de visita a las Carmona, sus íntimas amigas y vecinas, lo que era tanto como esquivar encuentros con Horacio. Diversas conjeturas se hacía el joven en medio de la confusión y sobresalto en que se hallaba, pero tomaba más cuerpo en su ánimo la de que Lucila, acaso bajo la presión ineludible de la autoridad paterna, empezaba a dar oídos a las pretensiones de Alberto.

Sabía Horacio que la madre de su rival, respetabilísima matrona, pariente cercana de los Albani, cultivaba íntimas y cordiales relaciones con Lucila, y que esta, por expresa invitación, había pasado un día en la casa de la buena señora, oportunidad que Alberto aprovecharía para asediarla con sus requiebros. El pobre Horacio, que así discurría, ignoraba por completo la escena de la carta en el último baile.

Demás estará decir que los celos despedazaban el pecho del mancebo. Sus visitas a la casa del Canónigo fueron más frecuentes y más largas. Volvíase todo ojos, todo oídos cuando sentía voces o pasos que pudieran ser los de la adorable niña, tanto más deseada cuanto más esquivaba.

Una tarde, al fin, Horacio sorprende a Lucila en compañía de la excelente Rosa. Conversaban las dos solas en la sala de labor, en el apacible y poético recinto, consagrado por tantos e íntimos recuerdos.

Contestole la joven el saludo con un movimiento quizás más de susto que de sorpresa, excusando las miradas penetrantes y tenaces del joven Viana, quien entró desde luego en conversación sobre cosas triviales, pero con todos los sentidos puestos en la señorita Albani, cuyo cortamiento era cada vez más sensible.

Para la perspicacia característica de Rosa, no podía pasar inadvertida la situación embarazosa de ambos jóvenes. Considerándose un estorbo en aquellos momentos, alejose de pronto, diciéndoles que volvería al instante.

La silla predilecta de Lucila era el vetusto sillón de brazos, cuyo alto respaldo sobresalía casi tres palmos por encima de la graciosa cabeza de la niña.

Al verse solos, frente a frente, siéntense ambos dominados por inexplicable perplejidad. Lucila, con los ojos bajos, parecía contar las baldosas del pavimento, en tanto que Horacio, sin apartar de ella los ojos, permanecía mudo e inmóvil, clavado en su asiento. No hallaba palabras para desahogar su corazón, tan lleno de dudas y crueles padecimientos.

Temerosa la joven de que las lágrimas vinieran impensadamente a descubrir el lastimoso estado de su espíritu, reúne todas las fuerzas de su voluntad y se levanta del sillón sin decir palabra.

Era la hora indecisa del crepúsculo. En la semioscuridad de la estancia, Horacio la vio alzarse como una visión encantadora. Parecióle que su cuerpecito cobraba mayor altura.

¿Por qué se paraba de aquel modo? Sin mirar a Horacio, se dirigió a la puerta, no de huida, sino lentamente, con la dignidad de una reina destronada. Era una muda y elocuente despedida. Así lo comprendió Horacio, y sin poderse

contener, saltó de la silla, con los brazos extendidos hacia ella, llamándola con toda el alma:

—¡Lucila!... ¡Lucila!

Pero la joven no se detuvo ni volvió el rostro para mirarlo. Aligerando el paso, salió de la sala, ganó el patio, avanzó por entre las frondas del jardín y desapareció luego tras el verde muro que formaba la tupida enredadera.

Iba a ocultar sus lágrimas y sollozos en el solitario departamento de la casa, que daba frente a la ennegrecida mole del abandonado Convento de Clarisas.

Momentos después, resonaban lentas, muy lentas, las solemnes campanadas del *Angelus*, despertando ecos misteriosos, profundamente tristes, en el corazón de los infortunados amantes.

## CAPITULO XII

### LA INTERVENCION DE MARTA

Entre las criadas de la casa del Canónigo, distinguíase Marta por el genio activo y varonil. Era la que hacía los mandados de importancia; y en defecto de sirviente, solía hacer también la compra diaria de los artículos indispensables para el abastecimiento de la despensa, lo que no le impedía ejecutar otros quehaceres domésticos, sobre todo en ramos de cocina y confección de dulces. Generosa por índole, servía con prontitud a los que le inspiraban cariño. Demás estará decir que había visto crecer en la casa a Horacio y Lucila, a quienes quería y contemplaba como si fueran de la propia familia del Canónigo.

Siendo muy viva y experimentada en el trato de las gentes, por razón de su oficio de mandadera, pronto hubo de advertir, como Rosa, los castos amores de los dos jóvenes; y más se convenció de ello, el día de la última y amarga entrevista que estos tuvieron, pues se hallaba por casualidad en el salón principal de la casa, y vio sorprendida llegar a Lucila, bañada en lágrimas y ahogada por los sollozos.

No fue menor la sorpresa de la niña al tropezarse con la criada, de suerte que, cuando esta la interrogó con cariñoso interés sobre la causa del llanto, no halló por los momentos qué decirle. Su cortamiento dio a entender a Marta que no se trataba de dolor físico, sino de alguna pena de otro orden. Guardó, por respeto, de hacerle más preguntas, esperando que ella se franquease, como lo hizo Lucila, diciéndole ya en calma:

—He tenido una contrariedad, que ya me ha pasado. Pero mira, Marta, voy a hacerte una exigencia.

—Estoy a su mandar, niña.

—No digas a nadie que me has visto llorar. No me agradecería que me hicieran preguntas ni que se hagan suposiciones aventuradas. ¿Comprendes?

—Cuente con que nadie lo sabrá por mi boca.



—Es un secreto que algún día sabrás. Ahora no puedo decírtelo.

Y volviendo al claustro, la joven se dirigió con presteza hacia el interior de la casa, en tanto que la criada quedaba con semblante compasivo, meditando sobre los pesares de la chica, sabiendo ya a qué clase de sentimientos debía atribuirlos.

Desde los tiempos edénicos, no hay cosa que tanto excite la curiosidad como los asuntos de amor. La criada, aunque de alguna edad y discreta, sintió al punto los más vivos deseos de saber la causa de aquellas lágrimas y sollozos. Si la había contenido el respeto para hacer más preguntas a la joven, quedose, sin embargo, a la mira, para observar con doble atención el trato y actitud de ambos jóvenes. Ya había notado cabizbajo a Horacio, y ahora sorprendía las ocultas lágrimas de Lucila. Era un hecho que sufrían. ¿Por qué motivo? Aquí la inquieta comezón de la curiosidad.

Aquella misma noche, a la hora de rezar el rosario, el joven Viana daba largos paseos por una de las galerías del claustro, en la casa del Canónigo. Un farol, colgado de la viga en un intercolumnio, alumbraba pálidamente algún trecho del corredor. Las sombras reinaban en el resto del silencioso claustro.

La tristeza de la hora, el sitio poblado de punzantes recuerdos, los tenues y melancólicos reflejos de la luz vacilante del farol y el sordo rumor de voces, que rezaban en cercana pieza, todo conspiraba para que el joven sintiese con mayor intensidad el peso enorme de su desdicha. ¿Por qué lo abandonaba Lucila en la mañana de sus amores?

Marta velaba un momento oportuno para interrogar a Horacio. En viéndolo tan solitario y taciturno por la galería, antes que ir al rezo, acercósele con cariño.

—¿Qué le pasa, niño Horacio? Es tiempo de aguinaldos, tiempo de alegría. ¿Por qué esa cara tan triste?

—¡Ah, Marta, si tú supieras! Cuando uno menos piensa, se encuentra engolfado en un mar de penalidades.

—¿Y qué le ha pasado, hijo? Ya sabe que males comunicados, remedio suelen tener.

La criada hablaba al jovencito con ingenua compasión, anhelosa por ver claro en un asunto que hasta allí se le presentaba con los caracteres del misterio. Hallábase interesada también, por razón de afecto, en la suerte de Horacio, lo mismo que en la de Lucila. Bien adivinaba que era uno solo el motivo de la tristeza de ambos.

Horacio titubeaba. Estaba indeciso entre franquearse o no con la criada.

—¿Será secreto que yo no deba saber? —preguntóle tímidamente Marta, mirando al joven con tristeza y con respeto.

—Ciertamente es un secreto —dijo resueltamente Horacio—, un secreto que jamás ha salido de mis labios, pero que las circunstancias me obligan a revelártelo. Acaso tú puedas darme alguna luz en medio de la confusión en que me hallo.

La criada era toda oídos. Brevemente la impuso Horacio del repentino cambio de Lucila, sin que su conciencia lo acusase de haber dado motivo para ello. Comunícale sus sospechas de que acaso la compelieran sus padres y hermanos a aceptar a Alberto, que era, sin duda, un buen partido, acabando por exigirle le dijese con entera franqueza lo que supiera en el particular, favorable o adverso.

—¡Con que tan cambiada está con usted la niña Lucila! No era de creerse. También ella me parece que sufre mucho. . .

Contúvose Marta. Había prometido a la niña no descubrir sus lágrimas, e iba a faltar a su palabra.

—¿Lo sabes tú? —preguntóle el joven con impaciencia, viéndola titubear.

—No lo se de cierto. Es que la he notado algo triste. ¡Ella que es tan alegre!

—¿Triste también? ¿Desde cuándo?

—En estos últimos días.

Hubo un momento de silencio, que interrumpió Marta para decirle con la franca autoridad de los años y el afecto.

—Mire, niño Horacio, puede suceder que en esto haya algún enredo de por medio. Si lo hubiere, cuente con que yo voy a desenredarlo. Me duele en el alma verlos sufrir. No faltaba otra cosa. Tan contenta que estaba yo, viéndolos en camino de formar una pareja tan linda y tan igual.

—¿Cómo? ¿Tú ya lo sabías?

—Hay cosas que no pueden estar ocultas mucho tiempo —díjole Marta, sonriendo con malicia—. El modito de mirarse suele decir más que las palabras.

Antes que sentirse contrariado, Horacio comprendió que aquello era inevitable. Rosa también lo había descubierto. Felicítose más bien por haberse franqueado con Marta, la cual podría ayudarle con entera lealtad, ya que por respeto se abstenía de hacerlo con Rosa y las otras personas de la familia del Canónigo; y menos aún con los de su propia casa.

Es cosa particular que, con raras excepciones, nunca se escoge para confidente en amores a ninguno de los seres más íntimos y que mayor cariño e interés pueden demostrarnos. Respecto y vergüenza para confesarlo a los padres, y cierto empacho invencible para decirlo a los hermanos, aunque se trate de aspiraciones perfectamente aceptables.

Reserva inexplicable en negocio tan hondo y delicado, que envuelve nada menos que la futura felicidad. Ocultamos cuidadosamente en el fondo del corazón, como en misterioso cofre, todas las impresiones amorosas, cofre siempre cerrado para las personas que forman la estrecha comunión de la familia, y abierto, en cambio, para los confidentes, que son, por lo común, deudos menos allegados o personas del todo extrañas.

\* \*

¿Qué era de Lucila mientras tanto? Viendo despeñadas sus ilusiones por la deslealtad de Horacio, había hecho desde luego firme propósito de olvidarlo, ahogando en su alma aquel desgraciado amor; pero a medida que corrían los días, era más honda su tristeza y mayores los esfuerzos para cumplirlo. No se borra, por mero acto de voluntad, un sentimiento de tal naturaleza, que se adueña del corazón y echa tan profundas raíces.

Después de la última entrevista, en que sufrió muchísimo, asaltóle el pensamiento de que Horacio pudiera ser inocente; y tuvo remordimiento de haberse alejado de su presencia tan fría y silenciosamente, sin explicarle su conducta ni oír las disculpas que pudiera darle. Más, si en ocasiones el amor la hacía indul-



gente, el orgullo de suponerse burlada venía prontamente a sostenerla en la heroica resolución de manifestarse fría y hasta desdeñosa contra el voluble mancebo.

Tal era el estado de su ánimo, cuando la víspera de Nochebuena, al pasar con la tarde por la repostería, encontró allí a Marta, ocupada en preparar lo necesario para las tradicionales hayacas, plato característico de la cena de Navidad.

La repostería era una pieza de regular tamaño, provista de armarios, pero se veía chica por el corotaje allí refundido. Había muebles y útiles de todo jaez, relegados unos por deterioro, y otros por no ser de uso frecuente. Sillas mutiladas, armazones de baldaquinos para los altares de Corpus, artesas, botijas, cacharros, cestos, harneros, moldes de hojalata para postres y otros menesteres más. Cuanto se necesita, en fin, para amasar pan de trigo, para hacer velas y grandes cirios de cera, y para preparar dulces de varias clases. A lo que se agregaban los restos de una fábrica de alfombras y una arpa antiquísima, cuyas cuerdas incompletas habían vibrado locamente bajo las manos infantiles de Horacio y de Lucila.

En el centro de la pieza quedaba un espacio libre, donde había una pesada y lustrosa mesa, que resistía, desde luengos años, las múltiples labores de aquel taller de variadas artes. Allí trabajaba Marta, convirtiendo en delgadas tiras varios cascarrones de tallo de plátano, fibra que se usa para liar las hayacas, después que han sido envueltas cuidadosamente en hojas del mismo plátano, las que le comunican el gusto y olor especiales, que ningún otro envoltorio puede darles. Sin hojas de plátano, la hayaca quedaría convertida en un pastel común, cocido en agua.

La joven se entretuvo, ayudando a Marta en aquella labor, circunstancia que ésta aprovechó para decirle con algún misterio, mirando en torno con cautela.

—Ya que estamos solas, voy a preguntarle una cosa que debe interesarle.

—Estoy a tus órdenes, Marta. ¿Qué será?— contestóle la joven con viva curiosidad y alguna inquietud.

—No se apure, hija. Quiero saber de cierto si tiene usted algún disgusto con el niño Horacio.

—¡Con Horacio! ¿Acaso te ha dicho él algo?

—Viéndolo muy triste desde hace algunos días, le pregunté anoche por la causa.

—¿Y te dijo que soy yo?

La joven estaba pendiente de los labios de la criada. El asunto le interesaba más de lo que Marta creía.

—Ni más ni menos. Me dijo que usted ha cambiado de improviso, que ya no lo trata como antes, sino que huye de él, como si estuviera brava, y que también ha notado muy serio al niño Héctor, su hermano. Como no sabe el motivo, está caviloso y triste. Casi se le salían las lágrimas cuando me contó todo esto. Yo, que los quiero a ambos como a hijos, no pueda verlos sufrir por niñerías. Si quejas tienen, lo mejor es que se las declaren con franqueza.

Lucila, con los ojos bajos, estaba confusa. No hallaba qué contestar a Marta. La idea de que Horacio pudiera estar inocente, le traspasaba el alma. Se hallaba en serio conflicto: su disgusto era de aquellos que no pueden declararse paladinamente ante extraños. ¿Cómo descubrir los celos profundos que la despedazaban?

Era casi seguro para ella que Horacio no había revelado a Marta todo el secreto de sus íntimos amores. ¿Debía ella descubrirlo? Aunque no se trataba de

una criada común, sino de una mujer de entera confianza e incuestionable fidelidad, la señorita Albani dudaba, pero al mismo tiempo ardía en deseos de saber lo que Horacio pensaba. Empezó, pues, por revestirse de una calma que estaba muy lejos de sentir.

—¿Con que está muy contrariado? Francamente, no creía que pudiera tomar tan a pecho mi frialdad. Respecto a Héctor, su disgusto es natural. Ambos están prendados de Blanca, y por fuerza debían estallar los celos. Héctor lo sorprendió hablando con ella por una ventana. ¿Qué más?

—¡Enamorado de la niña Blanca!

—¿No lo sabías tú? Eso es viejo.

—¡Yo creí que el niño Horacio picaba por otro lado —exclamó la criada, haciéndose cruces de asombro.

Los labios de Lucila temblaban ligeramente.

—¿A que nada te dijo sobre ese particular?

—Nada, nada. Por el contrario, está muy preocupado pensando en que usted pueda aceptar al niño Alberto.

—¿Quién ha podido hacerle creer tal cosa? No, Marta, eso jamás.

—Deben ser puras cavilaciones, por lo mismo que no sabe la causa de su disgusto.

—Pero debe sospecharlo. Que consulte su conciencia y verá como halla el motivo.

La criada movió la cabeza en señal de duda.

—¡Quién sabe! Yo no paso a creer que el niño Horacio tenga esos otros amores. Basta hablar con él, para descubrir por encima que está sufriendo mucho por usted sola y no por otra.

—¡Ah! ¿lo crees tú así, Marta?

—Lo creo de todo corazón.

Tan ingenua creencia hizo hondo efecto en el ánimo de la joven. Era un rayo de esperanza a la vez que un motivo de remordimiento. Ciertamente, Horacio era incapaz de un engaño semejante. Lo conocía desde niño.

La entrevista acabó de manera intempestiva. Oyéronse voces y pasos que se acercaban a la repostería.

—¡Si será él! —exclama Lucila con sobresalto.

—El mismo —dice Marta, sorprendida. —En hablando del rey de Roma...

No esperó la joven que concluyese la frase. Con agilidad infantil, que aun conservaba su cuerpo de pequeñas formas, corrió hacia la ventana sin balaustres, que comunicaba las dos casas, comunicación de que solo ella gozaba por especial privilegio desde la tierna infancia. Por allí se escapa, como avecilla espantada, que huye de la gente y busca la libertad del campo. Pronto desapareció bajo el poético follaje de los árboles frutales que poblaban el dilatado huerto de la casa de los Albani.

Iba agitada por encontradas impresiones. Entre las nubes que oscurecían el horizonte de sus ideales, había ya claros de luz y fulguración de estrellas. Amaba más que nunca, pero aún se interponía la duda para que fluyesen francamente de su alma sentimientos de perdón y de ternura.



Héctor había visto a Horacio hablando con Blanca por una ventana. Pero Héctor no había dado detalles. Era necesario recabar de él una relación circunstanciada. ¿Cómo hacerlo Lucila, sin descubrir su secreto? La averiguación tenía que ser ocasional y muy discreta. Había que confiarla al tiempo, eventualidad que desesperaba a la joven. El amor es de suyo impaciente.

Impaciencia que, por contagio, dominaba también a Marta, quien había quedado sola en la repostería. Esperaba allí con ansia verse otra vez con Horacio para salir de dudas, pero éste no venía solo. Acompañábalo el doctor Carmona, jefe de la casa, quien iba con él hacia la caballeriza, para mostrarle un caballo de silla que le ofrecían en venta.

Cada cual está en lo que le interesa: el joven Viana no puso mayor atención en el caballo ni en el negocio, porque de paso había divisado a Marta en la repostería, lugar apropiado para acercársele de nuevo. Por efecto de las circunstancias, la criada representaba ya importantísimo papel en la historia de sus amores.

Al regresar el doctor Carmona, para volver a su escritorio, quedóse rezagado el estudiante, entrándose luego a la repostería como Pedro por su casa, con gran contento de la criada, que ya tenía formado el plan para hacerlo hablar claro.

—¡Hola! Ya te preparas para la Nochebuena?

—Preparativos que no pasarán de hayacas, chicha y buñuelos.

—¿Te parece poco?

—Falta lo principal —dijo Marta suspirando—. Falta voluntad de divertirse. ¿No recuerda la Nochebuena pasada? ¡Qué diferencia! Hoy la casa está de luto.

Efectivamente, la casa del Canónigo estaba de reciente duelo. Había muerto prematuramente la esposa del doctor Carmona, jefe de la familia.

Marta se refería a la huelga de que disfrutaban las criadas en tiempo de aguinaldos y pascuas, tanto para salir al campo y visitar los pesebres de la ciudad, como para reunirse, a estilo patriarcal, en las primeras horas de la Nochebuena, en alguna pieza o galería interior de la casa, a cantar coplas y villancicos, al son de guitarras, pandequetas y maracas.

—De suerte que mañana cerrarán la casa temprano —dijo Horacio con tristeza.

—No, hijo, para los íntimos, la casa estará abierta como otros años. Si no tiene otro convite, puede venir a cenar en confianza.

—No faltaré, Marta. Aunque no cene, aquí pasaré un rato.

—En otras circunstancias, pasaríamos la noche cantando, pues tengo unas coplitas para usted, que dicen mucho.

—¿Coplas para mí?

—Para usted solito.

—¿Por qué han de ser cantadas? Dímelas ahora mismo que quiero oírlas.

La curiosidad de Horacio fue todavía mayor al ver que la criada, riéndose de un modo picaresco, abandonó el oficio por un instante, para asomarse a la puerta y observar si estaban solos, empezando luego a recitar las coplas a media voz, con la tonada propia de estos cantares:

*El galán que quiere a dos,  
Alternando en los amores,  
Por querer jugar a pares,  
Le salen tamaños nones.*

Y cambiando de tono, agregó con donosa malicia, a modo de estribillo:

*Echa, que yo te echaré  
Ramilleticos de flores,  
Que conmigo son las fiestas  
Y con otra los amores.*

—¿Qué le parece, niño Horacio? —dijo la criada, soltando francamente la risa.

—Lo que me parece, Marta, —contestóle Horacio, comprendiéndole la intención— es que estás muy equivocada si crees que juego a dos ases en materia de amor.

—El equivocado será entonces el niño Héctor, que está muy celoso de usted por la niña Blanca.

—¡Qué dices! —exclamó el joven con el mayor asombro.

—Dizque lo vio una noche hablando con ella por una ventana.

—¿A mí? Eso es falso —dijo Horacio con vehemencia, tomando la cosa en serio.

—Ya me lo había imaginado, pero quería saber lo cierto por boca de usted mismo.

Diose el joven una palmada en la frente, exclamando al punto:

—¡Ah! ya caigo en lo que puede haber visto Héctor. ¿Sabes qué ha sido? ¡Oh, quién lo creyera!

El estudiante estaba exaltado. La criada, en suspenso.

—Oye, Marta. Invitado una noche por mi primo Augusto, fuí con él de paseo hacia el Llano. Al pasar por la ventana de la casa de Delia, Augusto se detuvo un momento a saludarla, pues parece que está prendado de ella. Detúveme también, como debía hacerlo. Aquí la casualidad. Con Delia estaba Blanca, en la misma ventana. Apenas les dirigimos algunas palabras sobre aguinaldos y bailes que estaban en proyecto. Nos despedimos allí mismo, continuando nuestro paseo. No fue más. Acaso Héctor nos vio de lejos esa noche. Lo ha contado a Lucila, y ya me explico lo que ha pasado.

Tal había sucedido, en efecto, pues por tentación de Judas, Héctor los observaba desde la próxima esquina. Y sabido es que toda pasión exaltada pone vidrios de aumento en los ojos, no igualando ninguna a los celos en exageraciones descabelladas. En un simple palillo de fósforo, suele verse todo el grosor y longitud de una viga de iglesia.

La intervención de Marta había sido decisiva para esclarecer los hechos. En resumen: Augusto, por exigencia de Horacio, disipó los temores de Héctor; y Marta, por su propia cuenta, devolvió la paz y la alegría al corazón de la señorita Albani.



Pronto tuvo el joven Viana la dicha de observar que Lucila volvía a ser la misma. Hallóla de improviso en una galería. Apenas pudo saludarla con la fórmula de estilo. Su contestación fue tímida y dulce, bajando los ojos llena de rubor, sin atreverse a sostener las miradas del joven. ¡Lo había tratado con tanta dureza!...

Por lo regular, precede a toda reconciliación, en el seno de íntimos afectos, cierto encogimiento indefinible, instintiva vergüenza del disgusto pasado, que hace embarazosa la primera entrevista.

\* \* \*

En tanto que este contratiempo turbaba el corazón de los personajes principales de esta historia, bullían en la ciudad la animación y el contento. Diciembre era festejado con inusitado entusiasmo. Los bailes, paseos y, sobre todo, las continuas apuestas de aguinaldos mantenían a las familias en constante y jubilosa actividad.

*La Epoca*, periódico semi-oficial que entonces publicaba el ilustrado caballero don José María Baptista, hablaba de los aguinaldos en estos términos: "Están haciendo furor: constantes apuestas se han hecho, a quien primero los pida; y las damas casi triunfan en ellas, por la sagacidad que les es ingénita, dejando a más de cuatro con un palmo de narices. Por fortuna hay en la plaza variado surtido de artículos de buen gusto, para que los vencidos puedan ofrecer a las vencedoras un presente digno de ellas. Adelante con los entretenimientos cultos y honestos".

Esta costumbre fue debilitándose poco a poco, hasta extinguirse por completo. Por sabido se calla, que no pocos jóvenes se dejaban ganar de propósito, para tener ocasión de ofrecer a la niña de sus encantos un rico presente. Esto, en rigor, podía tener sus bemoles, si no mediase, como acontecía, para ajustar las apuestas, el previo consentimiento de los padres de la niña, con la circunstancia de que toda la familia y aun personas extrañas intervenían en la liza. El hecho de no haber ocurrido ningún abuso lamentable, prueba la cultura y respeto social de los jóvenes de la época.

En la constelación de señoritas que brillaba en los salones, faltaba una estrella: Lucila. Los lutos han sido siempre rigurosos en Mérida.

Horacio solía verla, como de costumbre, en tertulia con la familia del Canónigo, cuya casa estaba también de luto, según ya se ha dicho. Las ocasiones de hablarse a solas los dos jóvenes eran rarísimas. Un galán de carácter menos tímido y respetuoso, se las habría procurado por encima de todo. Horacio, por el contrario, trataba siempre a Lucila con acatamiento y moderación inquebrantables. Efecto natural de una educación severa. Pesaba, además, en el ánimo de ambos, la consideración de que solo en la casa del Canónigo, podían verse, lo que los identificaba en el propósito de no dar motivo para llegar a verse privados de tan dulce y singular privilegio.

Volvamos a la temporada de divertimientos. Para la noche del día de Inocentes, organizaban una partida de disfraces algunos jóvenes de la alta sociedad, disfraces en que tomarían parte varias señoritas, acompañadas por matronas y caballeros muy respetables. Se hacían preparativos al efecto con cierta reserva, lo que mantenía en expectativa a las familias que estaban en el secreto.

La partida no era muy numerosa. El punto de reunión fue una casa central, escogida al intento. Para salir los disfraces a la calle, presentóse en el círculo la última pareja. Era un elegante paje de la época de Luis XV, que daba el brazo

a gentil amazona, con careta el primero y simple antifaz la última. El rostro de la dama estaba velado, además, por transparente velillo negro, prendido de pequeño sombrero de copa, característico del traje femenino de equitación en la moda del tiempo.

Nadie los conoció por el momento. Después de silenciosa reverencia, dirigióse el paje a uno de los caballeros más respetables, para decirle al oído quienes eran, declaración indispensable, tratándose de disfraces. Allegóse también la amazona a una de las niñas disfrazadas, llamada Margarita, para hacerle igual revelación, encargándole el secreto.

Vestía Margarita un traje de fantasía elegantísimo y velaba también con antifaz la mitad del rostro, descubriendo por la otra mitad que era de muy bello semblante.

—¡Espléndida idea! —exclamó sorprendida, mirando a la amazona de pies a cabeza—. El traje te sienta admirablemente. Te auguro un triunfo completo.

—Cuidado, prima. Tu entusiasmo puede descubrirme desde el principio. He pensado ponerme un nombre de ocasión. Llámame Antonieta.

—Bien pensado. Antonieta, lindo nombre. No me canso de admirarte.

—Dame el brazo —díjole la amazona— si no tienes otro compromiso. Me interesa ir contigo, porque hacemos pareja igual en tamaño. Además, el primo que me acompañó hasta aquí, dará el brazo a otra muchacha. Así lo hemos convenido.

—¡Feliz casualidad! Te esperaba para proponerte que fuésemos juntas. No nos separaremos, pues, en todo el paseo. Quiero gozar de tu triunfo.

La partida se puso en marcha. El conjunto de disfraces ofrecía un golpe de vista por demás atrayente. El fastuoso paje daba el brazo a una graciosa morena que vestía rico traje de gitana, con sus plaquillas metálicas, sonoras y brillantes. El traje de Margarita deslumbraba por lo fantástico: era de franjas verticales de raso carmesí sobre fondo color perla, y adornaba su ducal cabeza con un tocado de estilo oriental, un turbante de capricho, sobre el cual descollaba bellissimo plumaje blanco con centelleantes filamentos de plata.

Hacia este disfraz vivísimo contraste, al lado del de Antonieta, fuya figura esbelta y varonil se delineaba bajo un severo traje azul oscuro, de larguísima falda, recogida con un porta-cola. Llevaba rebujado el rostro en la sutilísima gasa del velo, lo que producía sobre las facciones que el antifaz le dejaba libres, cierto airecillo enigmático difícil de explicar.

—¡Que gentío! —exclamó Margarita al ver los grupos de curiosos que había en la calle.

—Hay razón para que se agolpe la gente —dijo Antonieta—. El espectáculo no es de todos los días.

—¿A dónde iremos primero?

—No seré yo quien lo averigüe, pues no hablaré jota. Ya sabes que tengo apuesta de Inocentes muy formal. Por el timbre de voz me conocerían. Tampoco me gusta hablar en falsete, atiplando la voz, como las máscaras del pueblo.

—¡Oh, no, eso es horrible! Se perdería la ilusión. El velo y el antifaz te comunican un no sé qué de misterio que me encanta —dijo Margarita.



—¿De veras? Pues el éxito se debe a mi prima Florinda. Fue ella la que me arregló el traje y el tocado. Es una artista. Espera sus felicitaciones por tu disfraz, que es de un efecto sorprendente y te encanta. ¿Lo hiciste tú?

—No. Me lo hizo Lucila por un figurín de *La Moda Elegante*. Es también muchacha de buen gusto. A propósito, le he ofrecido ir esta noche un momento para que vea su obra. La pobre está privada de divertirse por el luto.

—Sin embargo, no me parece propio que los disfraces entren a su casa, por la misma razón.

—Es claro. No me refiero a toda la partida. Pienso entrar sola con algún pretexto. ¿Me acompañas?

—¡Yo!... —exclamó irresoluta la amazona—. Pueden conocerme yendo las dos solas. En fin, allá lo veremos.

—Nada, cuento contigo. Si no voy, dirá la pobrecita que me he olvidado de ella. Me está esperando de seguro, pues se lo ofrecí formalmente.

En aquellos instantes entraban ya al zaguán de la primera casa de familia. ¡Cuántos gritos y exclamaciones de sorpresa; cuántas suposiciones y chascos al tratar de conocer las máscaras! Entre los que triunfaron de la curiosidad general; contábase el paje y la amazona, disfrazados ambos con maestría. Los mismos de la partida los miraban con extrañeza, aunque ciertos de que eran personas de recomendación, por los modales y el previo beneplácito del jefe de la casa, donde se habían reunido, caballero incapaz de encubrir cualquiera inconveniencia.

Pronto continuó el paseo. La segunda casa a donde se dirigían, distaba poco de la de los Albani. En pasando por el frente de esta última, Margarita se detuvo con su compañera en el hueco del portón, dando lugar a que pasasen los otros disfraces, para hablar con las señoras que cerraban la marcha:

—¿Qué novedad? —preguntan éstas al ver allí a las dos niñas.

—Ninguna. Las esperábamos para advertirlas de que nos detendremos un instante. Vamos a saludar a Lucila, ya que no puede entrar toda la comitiva por el luto. Se lo he ofrecido y debo cumplirle la palabra.

—No hay inconveniente. Nos alcanzarán ustedes aquí mismo, en la casa vecina. No se embromen, porque hay que entrar a varias casas.

Uno de los caballeros, que acompañaban sin disfraz a las damas, brindóse al punto para esperarlas en el mismo portón.

Margarita era una muchacha de porte aristocrático, de genio vivo y dominante, dotada de un dialecto armonioso, que hacía muy ameno su trato y conversación. Dio las gracias al caballero por su galantería y, acompañada de Antonieta, entró con presteza a la casa de don Francisco Albani, quien no estaba visible, porque se hallaba a la sazón en tertulia con algunos amigos en la tienda de comercio.

Al ruido de pasos por la escalera, salió Lucila a la galería del segundo piso. Andaba Celsa por el corredor con una bujía en la mano, y al punto corrió a alumbrar la escalera, viendo aparecer a Margarita, que iba adelante, como una visión encantadora. La dueña se quedó extasiada.

—Ya creía que ibas a burlar mis esperanzas de verte. ¡Estás espléndida! —dijole Lucila abriéndole los brazos.

—Un instante apenas. Nos esperan en el portón.

—¡Ah! traes una compañera —exclamó la señorita Albani, fijando su atención en la amazona, que coronaba la escalera en aquel momento—. Aquí no podrás verlas a gusto. Adelante, adelante. En la sala hay más luz.

Y las condujo en el acto a la espaciosa sala, en cuyo centro había un hermoso quinqué. Antonieta excusaba las tenaces miradas de Lucila, a tiempo que Margarita reía alegremente, diciéndole:

—Pierdes tu tiempo, Lucila. No la conocerás. Es un secreto que guardamos escrupulosamente. Conténtate con saber que se llama Antonieta.

Desentendiéndose la amazona de las dos amigas, alejóse rápidamente hacia el fondo de la sala, y allí simulaba arreglarse el tocado ante uno de los espejos, cuando Margarita la llamó con instancia.

—Vamos, Antonieta. No debemos abusar de la bondad de aquel caballero que nos espera.

—¡Tan pronto! —exclamó Lucila— ¡Qué lástima! Mi mamá y Eva no podrán verlas.

Eva era una hermosa prima de Lucila, la misma que la acompañaba en el último baile y que aún vivía con ella, pero que en aquellos momentos estaba con doña Angela en el interior de la casa.

Disculpóse Margarita nuevamente por la imposibilidad en que estaban de demorarse, y dando el brazo a Antonieta, ambas salieron del salón, acompañadas de Lucila y también de Celsa, que mira y remira los disfraces con indecible encanto.

La escalera tenía un descanso casi a la mitad. Aquí se detuvo súbitamente la amazona, para hablar al oído con su compañera, mostrándole las manos vacías.

—¡Qué olvido! Por suerte lo advertiste a tiempo —exclamó Margarita.

—¿Qué han olvidado? —preguntó Lucila al instante desde lo alto de la escalera.

—El fute de mi compañera. Lo ha dejado en la sala.

La señorita Albani partió en seguida en dirección de la sala. También la amazona se desprende del brazo de Margarita y vuelve a la sala, siguiendo a Lucila. Celsa, con la palmatoria levantada en alto, continuó sin moverse, alumbrando la escalera, en animada conversación con Margarita, a quien hacía mil preguntas sobre los otros disfraces.

Cuando Lucila penetró en el desierto salón, seguida muy de cerca por la misteriosa desconocida, sintió en su ánimo cierta impresión de susto, un sobresalto indefinible. ¿Quién podía ser la disfrazada? ¿Por qué tan riguroso secreto? La proximidad de aquel disfraz, hallándose sola, la inquietaba instintivamente.

Sin volver los ojos, dirigióse la joven a los espejos del fondo de la sala, donde había estado la amazona. Allí encontró el fuetecillo sobre una consola. Tomólo casi temblando, por la viva emoción que la dominaba, volviéndose en el acto, para entregarlo a la desconocida, que la seguía a corta distancia.

Entonces la supuesta Antonieta, volvió a su vez el rostro, con nerviosa inquietud, para recorrer con la vista todo el salón; y al ver que estaban solas, allegóse rápidamente a la joven para decirle algunas palabras.



Lucila retrocede algunos pasos casi aturdida, al oír en labios de la misteriosa dama, el timbre de una voz varonil, que le decía con pasión:

—Lucila, no desconfíes más de mí. Te he jurado amor y te seré fiel hasta la muerte.

Dio la joven un débil grito, articulando un nombre, poseída del mayor asombro, pero la amazona, con el dedo índice en los labios, le impuso absoluto silencio, saliendo luego del salón con extrema ligereza.

¿Era aquello una broma de Inocentes? No, el corazón de la supuesta dama palpitaba con violencia, y su semblante había perdido el color, por efecto de una emoción profunda.

Esta vivísima escena fue obra de un instante. Cuando Lucila, no menos pálida por la honda impresión recibida, volvió a la escalera, ya Antonieta daba el brazo a Margarita, mostrándole el fuate, y ambas descendían hacia el claustro inferior, para ganar la calle.

—¿Quién será esa otra? Es vistosa y de buen cuerpo —preguntó Celsa a Lucila luego que desaparecieron—. Debiste conocerla en la sala.

—¡Yo!... No me dio tiempo. Apenas tomó el fuate, salió de carrera. Ya oíste lo que dijo Margarita: es un secreto para todos.

Al contestar así a Celsa, dábale vuelcos el corazón y su mirada era luminosa y picaresca.

—Se parece a Laura, la niña de Ejido, pero es más espigada. De aquí a mañana lo sabremos.

La lucida comparsa hizo varias visitas, siendo recibida en las casas con el mayor entusiasmo, sobre todo donde había niñas jóvenes, anhelosas por ver los disfraces y el porte de sus compañeras.

Estaba convenido, para evitar rodeos y fatigas, que los disfraces se despedirían en la calle, cuando llegase el momento de la dispersión, o sea, al golpe de las nueve. Si el paje y la amazona, que eran primos muy unidos, habían sido los últimos en llegar, fueron en cambio los primeros en retirarse.

El velo del misterio empezaba a descorrerse. En cierta casa, una muchacha espiritual y resuelta había pedido los pañuelos a las damas disfrazadas, so pretexto de perfumarlos. La amazona entregó el suyo inadvertidamente. Examinado con avidez por la simpática niña, observa con suma extrañeza que las iniciales con que estaba marcado, no correspondían a ninguna señorita conocida. Por esta hebra se llegó al ovillo.

El pañuelo era de un jovencito, que apenas se estrenaba en los salones, de cuerpo delgado y flexible, cutis terso, bozo todavía imperceptible, manos muy pequeñas y natural fineza en los modales, circunstancias que influyeron poderosamente para que el disfraz de mujer le sentase a maravilla, siendo tan completo el engaño de todos, que no pocas muchachas le abrieron los brazos, para saludarla y despedirla, lo que motivaba reprimidas carcajadas del paje y Margarita, únicos que estaban en el secreto.

Al día siguiente, zumbaban las crónicas de los chascos ocurridos en varias casas, pero la romántica escena con la señorita Albani, por causa del intencionado olvido del fuate, quedó en el secreto, como lo estaba todavía la historia de los

amores de la joven con Horacio, quien supo aprovechar la inesperada invitación de Margarita, para acercarse a Lucila y decirle lo que tanto anhelaba, después de los celos profundos y crueles angustias que por ella había padecido en aquellos días.

Cuando la celosa dueña supo que bajo la falda de la amazona se ocultaban los pantalones del bachiller Viana, exclamó para sus dentro, haciéndose cruces:

—¿Si estará picado de Lucila ese mocito? Bueno es estar sobre aviso. Estos estudiantes son tremendos.

No pasaron muchos días sin que el destino se encargara de hacer ver a Celsa que sus sospechas no eran infundadas y que debía andar a cuatro ojos, vigilando a Horacio y Lucila, pero el orden de los sucesos exige que esto se trate en capítulo aparte.

### CAPITULO XIII

## RESIGNACION Y CONSTANCIA

Algunas semanas después de los sucesos relatados, en un corrillo de estudiantes de Derecho, formado en un ángulo del claustro universitario, hablábase de todo, menos de la *Instituta* de Justiniano ni de nada que oliera a las materias de estudio. La conversación, salpicada de dichos picarescos, vino de tema en tema a parar en los amores y matrimonios en proyecto.

—¿Dizque se casa Adolfo? ¿Lo sabían ya ustedes?

—¡Hola! yo lo ignoraba. ¿Tan pronto ha encontrado novia?

—Y del cogollito: ha pedido la mano de Lucila Albani, y tiene en su favor toda la familia, por lo que tendrá que rendirse la muchacha.

—¡Ah! esas son palabras mayores. Estará de pésame Alberto.

—No solo Alberto, sino Horacio, que también dizque está picado de ella.

—¡Horacio Viana!

—El pobre. Bastante caso que le harán, siendo tan muchacho, ante un mozo de posibles como Adolfo, quien podrá casarse en seguida.

—La historia de siempre —dijo otro.

—No lo creo yo así —aseguró con vehemencia un amigo íntimo de Horacio, que aún no había desplegado los labios en el asunto—. No saben ustedes quién es Lucila Albani. Es muchacha de talento y de carácter, y no se dejará imponer novio. Aceptará el que sea de su agrado y no otro.

La llegada de Horacio a la rueda, cortó el hilo de esta croniquilla estudiantil. Por su moderación y natural reserva, Horacio era ajeno a bromas en asuntos de tal especie. No las daba nunca y siempre excusaba recibirlas. Merced a esta conducta, era respetado por sus camaradas, quienes veían en él, por otra parte, un compañero de colegio inmejorable, leal y cariñoso a toda hora.



Miguel Olmedo era joven pundonoroso, de corazón hidalgo, digno hijo de la ciudad de los Caballeros. Ligábanlo con Horacio nexos de familia y el compañerismo de estudios, cultivados con mutua cordialidad. Y, cosa extraña, no conocía, sin embargo, la historia íntima del joven Viana. Fue Olmedo quien contradujo a los compañeros, y el primero que llevó la conversación por otro rumbo a la llegada del interesado, cierto del disgusto que le causaría el oír lo que allí se trataba con la ligereza e indiscreción propias de estudiantes.

Pero antes de proseguir, justo es imponer al lector, breve y sumariamente, de lo que había ocurrido. Las circunstancias en que se hallaban los dos amantes eran muy otras de las que pueden imaginarse.

\*  
\* \* \*

El padre de Lucila, caballero italiano radicado en Mérida desde mediados del siglo XIX, habíase dedicado al comercio con todo empeño, y adquirido una posición muy respetable. Hombre de corazón benévolo y carácter sencillo, pronto llegó a fundar un hogar feliz, unido a una dama de familia distinguida y extensas relaciones en la comarca.

Fatales circunstancias, no raras en el campo de los negocios mercantiles, vinieron a la postre a determinar la ruina de don Francisco Albani, cuando menos lo esperaba. La quiebra de un socio, que trabajaba en negocio separado, unida a igual fracaso de otro comerciante, amigo y pariente, de quien era fiador, produjeron grave desequilibrio en los negocios de la casa Albani.

Por este tiempo ocurría, para complemento, una gran baja del café, la mayor acaso que haya sufrido este fruto, pues no daba el valor para los gastos indispensables del beneficio. Algunos agricultores dejaron la cosecha en los árboles, sin cogerla, y otros, destruyeron cafetales para cultivar otra clase de frutos.

Sorprendió a don Francisco esta baja excepcional con una fuerte existencia de cargas, sufriendo considerable pérdida, lo que vino a precipitarlo en la ruina y a quebrantar su salud de manera definitiva. La quiebra de un comerciante de los quilates de don Francisco, causó honda impresión. Era una fortuna honradamente adquirida, que se disipaba al sople del destino. La casa solariega de Lucila, aquel palacio encantado de los sueños de Horacio, pasaría a manos de los acreedores, junto con las existencias del negocio.

Un hermano de doña Angela, agricultor benemérito, de buena posición económica y nobilísimos sentimientos, intervino al punto. Hizo ver la inocencia y buena fe del fallido, comprobada en los libros de respetables casas del comercio de Maracaibo, donde constaba la puntualidad de don Francisco en los pagos, de manera ejemplar, durante un cuarto de siglo. Con tanta energía y copia de razones, defendió a su cuñado el notable caballero, que alcanzó, en amistoso arreglo, un descuento de alguna consideración y un plazo de varios meses, ofreciéndose desde luego como fiador del honorable comerciante.

Desde hacía algún tiempo preocupaba a don Francisco su angustiosa situación, pena moral que ocultaba aun en la intimidad de la familia, y que vino a revelarse de un modo triste e irremediable. Algo extraño habían notado en él doña Angela y Lucila. Su carácter jovial se había mudado por completo. Daba largos paseos por las galerías a horas intempestivas, con la cabeza baja, sumido en hondas cavilaciones. De suerte que cuando se supo el fracaso, ya la salud de don Francisco

estaba minada; y allí mismo enfermó, víctima de un ataque cerebral, del que salvó la vida, pero no el juicio, quedando en estado de completa demencia.

Esta doble desgracia afectó de manera vivísima el corazón de Lucila, a la vez que puso a prueba su carácter enérgico. Era necesario hacer frente a dos grandes necesidades: la salud de su venerado padre y el arbitrio de fondos para poner en salvo su honor, pagando el crédito en el plazo estipulado.

Mario, hermano mayor de Lucila, hallábase enfermo, obligado a ausentarse a cada paso, en busca de climas cálidos; Héctor, jovencito todavía, ocupábase ya en negocio mercantil propio, que no podía abandonar; los otros hermanos de la joven, niños aún; y doña Angela, por timidez de carácter y las impretermitibles ocupaciones de madre de familia, no podía atender sola al expendio de mercaderías y activas gestiones de cobro que exigían los negocios de don Francisco.

Con perfecto conocimiento del estado crítico a que los condenaba la suerte, Lucila abandona desde luego las labores menos urgentes de costura, y se consagra, llena de fe y resolución, a un nuevo género de ocupaciones, en que pondría a prueba su natural viveza y valentía de ánimo, para no rendirse ante las dificultades. Acompañada de doña Angela, francamente acomete los trabajos alternados de tendera y oficiala de contabilidad de su propia casa.

Nunca las penas vienen solas. En la intimidad de su vida, llovieron también amarguras sobre el corazón de Lucila. Un nuevo pretendiente había aparecido en la palestra, otro rendido adorador de sus múltiples gracias.

Era un apreciable joven, recién venido a hacer estudios en Mérida, de buena presencia y distinguida familia, fastuoso en su porte y circundado por la atrayente aureola que presta la fama de rico. Conocer a Lucila y prendarse de ella, todo fue uno. Traba relaciones de amistad con Mario y Héctor, se capta la buena voluntad de ambos, y seguidamente, les manifiesta sus vivos deseos de visitar la casa. No se dormía en las pajas.

Recibido con la atención y cortesanía que en buena sociedad se estila, no tardó en manifestar a Lucila sus pretensiones, obteniendo por contestación la fórmula consagrada por la etiqueta para almibarar el *no*: que no podía corresponderle sino con la estimación que se tiene a un amigo de la casa, agregándole la joven, con el carácter que la distinguía, que iría en contra de sus sentimientos si le hiciera concebir alguna esperanza.

Adolfo, enamoradoísimo de la chica, sintió el golpe, pero no dio paso atrás. Contaba con la explícita aceptación de toda la casa, y creyó que al cabo se rendiría la señorita Albani. Redobló sus visitas e instancias, en que hallaba siempre el mismo *no*, paladino y rotundo.

Pero fuera de la casa se creía otra cosa. Todos consideraban muy dichoso a Adolfo, y lo felicitaban por haber rendido el corazón de la bella italianita, que en vano habían solicitado otros caballeros de valía. Era esto un incentivo más para Adolfo, cuya pasión por Lucila era franca, inequívoca e invencible.

Las sospechas de Héctor sobre la inclinación que había observado en su hermana hacia Horacio, cobraban mayor fuerza día por día, ante la tenaz resistencia de la joven para aceptar a Adolfo, quien daba continuas quejas por ello al mismo Héctor, quejas que éste transmitió un día a Lucila, haciéndole ver las cualidades del nuevo pretendiente, ponderando, al contrario, cuan aventurado era que diese oídos a efímeras pretensiones de estudiante, por talentoso que fuese.



Comprendiendo Lucila que se refería a Horacio, exaltóse hasta el punto de defenderlo con la mayor energía, poniendo en alto sus méritos en tan temprana edad. Sin pensarlo, vino a confirmar con esto las sospechas de Héctor, quien no se atrevió, sin embargo, a rebatirla frente a frente en aquellos momentos.

Ejercía Lucila sobre sus hermanos cierto predominio moral, de que no podían sustraerse. Era el poder de un carácter noble y firme, no exento de alguna altivez ingénita, de que daba muestras en todos los actos de su vida. Por ello excusaban contradecirla directamente.

Pero la oposición de sus hermanos contra Horacio se hizo manifiesta, hasta cierto punto con razón, logrando hacer partícipes de ella a doña Angela, de carácter bondadoso, pero en extremo débil, y a Celsa la solícita dueña, quien deseaba para Lucila un novio de doradas campanillas y no un muchacho de colegio, sin más patrimonio que sus libros, lo que positivamente era un buen deseo, si pudiera tenerse la riqueza por sí sola como única fuente de felicidad.

Cierto día, aprovechando un rato en que la joven visitaba a sus amigas las Carmona, Celsa, prevenida de antemano, registrele el escaparate, sin dejar cofre ni ropa que no revolviere, en busca de alguna carta o prenda que condenase a la joven. Vana diligencia: el caso estaba previsto.

Era Lucila muy hábil costurera, y las pocas cartas que conservaba de Horacio, pasaban de un traje a otro, plegadas en algún ruedo o entreforro, de suerte que siempre las llevaba consigo. Por eso, al advertir el registro, tomolo en cuenta como señal inequívoca de que la vigilaban, pero rióse en sus adentros del gran chasco de la dueña, sobre la cual habían recaído todas sus sospechas.

Eran días de carnaval, divertimento que se hallaba en Mérida en un período de transición, pues salía apenas del régimen hidroterápico, para entrar al del papel picado, arroz teñido, grajeas y flores.

Cerca de las nueve de la noche, hora de la queda para la ciudad, había una puerta entornada en el balcón de la casa de los Albani: era la puerta de la sala principal y había luz adentro. No tardaría en cerrarse como las demás, según costumbre. Aquel día, Horacio había buscado en vano una ocasión propicia para ver a Lucila. Tenía un ramo de flores para ella, como obsequio de carnaval, pero la joven no había ido a la casa del Canónigo. Aquella puerta entornada vino a ser una tentación.

A la escasa luz del farol fijo en la esquina del Monasterio, todo parecía desierto. Ninguna persona había por los contornos de la casa de los Albani. Esta circunstancia animó a Horacio, quien rápidamente lanzó el ramo de flores para el balcón, frente a la puerta entornada, y continuó su camino.

El lance era aventurado, porque la joven podía estar con otras personas en la sala; pero eran días de carnaval, y aquello podría tomarse como acto propio del caprichoso juego, tanto más cuanto el ramo no llevaba billete alguno, y eran varios los pretendientes de la chica.

La joven leía a la sazón a la luz del quinqué, a un lado de la mesa central de la sala. Estaba sola, y merced al completo silencio que reinaba en la casa, pudo oír distintamente el golpecito seco producido por el ramo al caer dentro del balcón. Por interesante que hubiera sido la lectura, era mayor el interés provocado por aquel leve incidente.

Levántase en el acto y avanza hasta el dintel de la puerta que comunicaba con el balcón, cuando todavía resonaban en la calle pasos que creyó reconocer.

—¿Será él? —se preguntó con inquietud, sin atreverse a traspasar la puerta.

Su corazón no la había engañado. En aquel mismo instante oyó un ruidillo leve: era el aldabón de la vecina puerta del Monasterio. Entonces buscó con la vista por el suelo. Allí mismo, casi a sus pies, estaba, húmedo y bello entre otras flores, la predilecta de Horacio, el clavel rojo.

Pero ¡oh, desdicha! por penetrantes que hubieran sido las miradas del joven Viana, jamás habrían podido descubrir dos ojos que brillaban como ascuas en la oscuridad, siguiendo sus pasos y movimientos, no en la calle, sino al través de la celosía de una ventana situada a treinta pasos más o menos del sitio escogido para lanzar el ramo. Aquella ventana correspondía a la tienda de comercio de Alberto, quien a la sazón estaba allí, a oscuras, suspirando por la bella italiana con más pasión que nunca.

Las consecuencias de este casual descubrimiento, no se hicieron esperar. Alberto, sorprendido de lo que había visto, refiere el caso confidencialmente en el seno de la íntima amistad, y confidencialmente llega también a oídos de Héctor; y ardió Troya, pues Horacio halló el justo castigo de su indiscreción y atrevimiento, viéndose de pronto alejado del ser que tanto amaba. Por corta providencia, se prohibió a Lucila, en consejo de familia, que frecuentase la casa del Canónigo, tremendo golpe para uno y otro, pero, en rigor, así lo imponían la disciplina doméstica y las conveniencias sociales.

La venerable casa, que desde la infancia era para ellos lugar de dulce recreación y verdadero paraíso en la historia de sus amores, iba a ser ahora para Horacio una mansión desolada y triste. Ya no cruzaría la graciosa niña por entre los rosales del patio, ni alegraría con su gentil presencia las estancias medio oscuras y las galerías del poético claustro.

Los recuerdos afluirían también, en doloroso desfile, haciendo crueles estragos en el alma profundamente sensible de la señorita Albani. Serena al parecer, prestó obediencia sin chistar a la severa prohibición, reservando sus lágrimas y sollozos para la soledad del aposento.

\*  
\*  
\*

Volvamos al claustro. Creyendo Miguel Olmedo de su deber informar a Horacio sobre lo que se decía entre los estudiantes, lo hizo en el seno de la mayor intimidad:

—Respeto y aplaudo tu gran reserva —le dijo—. En tu lugar haría lo mismo. Sería impenetrable.

—¿A qué te refieres?

—Debes adivinarlo. A tus amores, que ya no son un secreto.

—No me sorprende, porque lo sospechaba. ¿Qué has sabido?

—Hoy han hablado sobre el particular en mi presencia algunos estudiantes, admirados de que Adolfo haya pedido la mano de Lucila, y visite la casa como novio aceptado, lo que indica tácito consentimiento de ella, por lo menos. Aunque ignoro el predicamento en que se halle contigo, creí de mi deber defenderla resueltamente.

—Y lo has hecho muy bien. No tiene ella la menor culpa en lo que sucede. El tiempo dirá quién triunfa.



—¡Ah! ¿luego no pierdes la esperanza?

—Ya sabes que es lo último que se pierde —dijo Horacio con tristeza—. Soy un muchacho sin ninguna representación todavía, que no puede afrontar la lucha. Me resigno a esperar quién sabe hasta cuando.

Horacio guardó silencio. Se transparentaba en sus ojos una gran amargura. Miguel Olmedo se abstuvo de hacerle más preguntas. Conocía el carácter de su amigo, poco dado a confidencias en asuntos de amor. Otro joven le habría dado quejas por falta de confianza. Miguel, por el contrario, era una de las prendas que más admiraba en Horacio, porque era él de idéntico sentir. Por eso congeñaban a maravilla.

Tanto en la casa del Canónigo como en otras de la entera confianza de Horacio, y los amigos de este, todos los compadecían en silencio, respetando el pudor con que velaba siempre las intimidades de su alma apasionada y sensible, pero serena en medio del infortunio.

Era cosa admitida en los círculos sociales el futuro matrimonio de Lucila con Adolfo. El público juzga por las apariencias, y estas eran harto expresivas. Pasada la novedad del caso, la crónica perdió todo su interés, y el asunto cayó en olvido, como acontece con todas las crónicas de esta índole.

\* \*

El jueves santo de aquel año, a la hora del Lavatorio, acto a que afluye casi todo el vecindario, la calle de Lora estaba más solitaria que nunca. No había entonces mayor tráfico por ella. En vez del Mercado Público, que tiene hoy una puerta para dicha calle, solo existían allí los altos y desnudos paredones que cerraban el huerto del antiguo Monasterio de Clarisas, el cual ocupaba toda la manzana, con el frente para la calle de la Independencia.

Por aquella calle, silenciosa y triste, descendía Horacio, vestido de negro, como era de estilo por las augustas e imponentes ceremonias que en tal día celebra la Iglesia Católica. El joven cruza por la esquina del antiguo Seminario, hacia la Capilla del mismo edificio, templo casi abandonado, de servicio ocasional apenas, según ya lo hemos dicho en otra parte. Horacio entró resueltamente.

A primera vista, solo divisaron sus ojos, en la vaguedad de las sombras, las blancas y delgadas columnas de mampostería que sostenían la ligera arquería del templo, dividiéndolo en tres naves altas y angostas. Poco a poco fue distinguiendo en la penumbra el púlpito, los altares y otros detalles. La capilla parecía desierta. Apenas había algunas mujeres de pie cerca de las gradas del presbiterio.

Horacio llegóse a ellas con tímidos pasos.

—Perdóneme, ustedes, si las interrumpo —díjoles, después de cortés reverencia—. Creía hallar aquí al indio Encarnación.

—Estaba ciertamente aquí —contestó una de las damas—, pero hace poco salió para ir al Lavatorio. Lo esperamos también, para ver de subir al mesón esta imagen, que es la que falta.

Eran dos señoras muy conocidas de Horacio, de clase distinguida, que lo trataban con especial benevolencia. De antiguo estaban encargadas de componer el paso de las *Tres Marias*, que salía en la procesión del viernes santo. En la mañana

de este día se sacaba dicho paso de la Capilla del Seminario, para unirse al Santo Sepulcro y la Dolorosa, pasos que salían de la iglesia del Carmen, a fin de recogerse todos en la Catedral, para la gran procesión de la tarde.

Acompañaba a las señoras una señorita, ocupada a la sazón en dar el último toque al peinado de la Magdalena, cuya imagen era la que faltaba por subir al mesón. Era de porte gentil, vestía un traje elegantísimo, de listas negras, en fondo color de fuego, de admirable efecto, cubierta la cabeza con un velillo graciosamente cruzado sobre el hombro. Aunque parecía demasiado abstraída en el piadoso tocado de la Santa, su atención estaba en otra parte, y temblaban sus manos entre los hilos perfumados de la abundosa cabellera, prenda característica de la hermosa hija del Tiberiades.

Al oír lo que la señora decía a Horacio, volvió el rostro repentinamente, y después de saludar al intempestivo visitante con leve cortesía, dijo a las otras damas con suave y argentina voz:

—Ya está la imagen en disposición de subirla. ¿Por qué no intentamos hacerlo nosotras mismas?

El joven siente un vuelco en el corazón al oír aquel dialecto y contemplar de cerca a la que hacía mucho solo veía en sueños y delirios de amor. Era Lucila.

—¡Oh, no! —exclama al punto—. Si ustedes me lo permiten, no tendrán que molestarse. Haré con gusto las veces del indio Encarnación.

—Pues se lo agradeceremos mucho, joven Viana —dijo una de las señoras, harto complacida por la espontaneidad del mancebo.

Horacio pone el bastón y el sombrero en la primera silla que halla a la mano, y tomando con sumo cuidado la imagen, ayudado por la señorita Albani, con gran contento la suben sobre el mesón. No pesaba tanto, porque salvo el busto y los brazos, todo lo demás era armado con listoncillos de madera.

—El servicio ha de ser completo. ¿No es verdad? —preguntó Lucila, dirigiéndose a las señoras.

—¿Qué falta? —interroga Horacio al instante.

—Fijar los tornillos —dijo una señora—. ¡Ah! pero con traje negro, se empolvará usted todo. Hay que meterse debajo del mesón, para asegurarlos con las tuercas.

No espera el joven más instrucciones, al ver que Lucila se ocupaba ya en poner los tornillos en los respectivos taladros abiertos en la peana de la imagen. Desaparece allí mismo bajo la cuadrada mesa, ya cubierta por tres lados con largos y oscuros faldones de pana. Quedaba solo descubierto un lado para que entrase luz, a fin de facilitar el trabajo de poner las tuercas, provistas, al efecto, de tuertes aietas, según costumbre.

Mientras Horacio manipulaba con una de las tuercas, Lucila tenía en sus delicadas manos la otra, al lado del mesón, gentilmente inclinada, mirando al oficioso obrero, quien a su vez no apartaba de ella los ojos.

Las señoras tuvieron que atender a una criada, que avanzaba en aquellos momentos por la nave del centro, con dos bombillas de cristal en las manos. Al verse solos, el joven se atrevió a hablar muy quedo:



—Lo que he sufrido, tú debes comprenderlo, pero este dichoso instante compensa todos mis sufrimientos. ¿Y tú que me dices?

—Dos palabras apenas —dijo la joven con voz trémula—, resignación y constancia.

Los ojos continuaron el diálogo. ¡Oh, misterioso lenguaje, que descubres hasta lo más hondo del alma! Volvían a tratarse de tú, como en los días de la infancia.

—Acaba pronto el trabajo, Horacio, te lo suplico. No tarda Celsa en llegar del Lavatorio, y no conviene que te encuentre aquí —dijo la joven con viva inquietud.

—Lo comprendo —contéstale Horacio, riéndose—. Sería capaz de armar un escándalo.

Hecho el trabajo a satisfacción de las damas, Horacio salió de la estrecha y oscura cámara, en que gustosamente se había metido, algo empolvada la ropa como se lo habían pronosticado. Sacúdese con el pañuelo, toma el bastón y el sombrero, y despídese de las señoras, recibiendo de ellas y la señorita Albani amables frases de agradecimiento por el oportuno servicio.

¿Era una cita o una casualidad? se preguntará el lector. Ni una cosa ni otra. El encuentro era lógico. Sabiendo Horacio que Lucila recibía todos los años invitación de aquellas honorables matronas, para que las acompañase en el arreglo del paso de las Tres Marías, quiso probar fortuna, yendo a la Capilla a la hora precisa.

Lo demás fue obra de las circunstancias; y si pecó Horacio, aprovechando aquella feliz coyuntura para hablar con Lucila, absuévelo, lector, de este peccadillo contra el respeto debido al templo, en gracia de la pureza de sus intenciones y de la cruel incomunicación en que los tenía el destino. La ocasión era tentadora y el mancebo no era un santo.

Cuando el joven Viana volvió a la desierta calle de Lora, excusando tropezarse con la celosa dueña, llevaba la dicha en el corazón y este cantarcito popular en la memoria:

*Vida de dos amantes,  
Vida penosa,  
Vida desesperada,  
Pero sabrosa.*

En la esquina de la Catedral hallábanse a la sazón, en sendos grupos de mozos, Alberto y Adolfo, devorando con los ojos las grandes puertas del templo, creyendo que la señorita Albani estaba en el Lavatorio, ceremonia que ya había concluido.

Celsa salió sola, a paso precipitado. No podían imaginarse siquiera que en aquellos momentos la bella italianita se hallaba en la solitaria Capilla del Seminario, alumbrando con el intenso fulgor de sus miradas el oscuro camarín, donde el joven Viana hacía oficios de sacristán improvisado, *Chi va piano, va lontano*.

\*  
\*

A esta momentánea dicha siguieron largos días de honda tristeza para Horacio. Tras este rayito de sol primaveral, persistente niebla volvió a oscurecer el cielo de sus tiernos amores. La separación de Lucila oprimía su corazón con una pesadumbre nunca imaginada.

Solía verla algunas veces muy de paso, cuando iba para la Universidad, rápida mirada a que ella correspondía, según las circunstancias, desde la tienda de ropas donde asistía, ora al desenvolver alguna tela a los ojos del comprador, ora por entre los balaustres de la reja que defendía el escritorio de la propia tienda. ¡Cuántas veces erraría alguna cuenta con estas súbitas y ocasionales distracciones! También Horacio, por pensar en ella, olvidaba las lecciones en el banco de los estudios.

La prohibición hecha a Lucila de volver a la casa del Canónigo, no había sido absoluta. Ello habría dado motivo a un rompimiento entre las dos familias, ligadas de antiguo con relaciones de amistad y confianza muy estrechas, rompimiento que estaba muy lejos del ánimo de la familia Albani.

Permitíasele ir de cuando en cuando, muy brevemente, a horas en que no pudiese verse con Horacio. La joven volaba entonces, como avecilla que recobra la libertad. Recorría toda la vieja casa, sin tomar asiento, evocando aquí y allá los dulces recuerdos de su vida, cabe el pozo, en la repostería, en la sala de labor, donde estaba su sillón favorito; por las galerías y patio del espacioso claustro. ¡Oh! y cuántos suspiros ahogados se escapaban de su pecho.

—Por aquí estuvo hoy la niña Lucila —solía decir Marta a Horacio, llena de satisfacción y alegría—. La misma de siempre. No se ha estado quieta un solo instante. Ha recorrido toda la casa como si no la conociera. ¡Pobrecita! Si por ella fuera, vendría todos los días como antes. ¡Y la falta que nos hace!

Horacio oía estas cariñosas referencias con el alma llena de pesar, e instintivamente imitaba a la adorable niña. No calentaba puesto. Visitaba los sitios más queridos, creyendo hallar algo de ella misma, un algo misterioso, difícil de explicar, que solo los que mucho aman comprenden.

El ambiente, los objetos, el pavimento, todo lo que ha estado en contacto de la mujer amada, todo parece exhalar suavísimos aromas, que penetran hasta lo íntimo del alma. Es la fragancia de los recuerdos. Y en el fresco airecillo que sacudía los rosales, en la musical algazara de los pájaros enjaulados, en el solemne tic-tac del enorme reloj, en el leve ruido del agua al caer en el pozo, en todo percibía Horacio ecos vagos de las voces y risas de la espiritual doncella, notas errantes de su dialecto, dulce y sonoro como el tañido de la porcelana.

Así pasaron tres meses, que parecieron siglos al joven Viana, hasta una noche del mes de junio. Un gran resplandor en forma de semicírculo, embellecía la cumbre de la soberbia montaña. La luna iba a salir, besando las nieves perpetuas, espectáculo de majestad y belleza imponderables.

Son noches raras en el corazón de los Andes, noches espléndidas que pasan en profundo silencio.

Oyese solo el perenne rumor de los cuatro ríos de Mérida: el Chama, desenfrenado e impetuoso; Mucujún, el solitario; Albarregas, el de claras linfas; y Milla, el de fabulosas leyendas; todos parece que arrullan, en tonos graves y profundos, el sueño de la triste y melancólica ciudad de los Caballeros. Ningún otro ruido interrumpe esta quietud nocturna, solemne y conmovedora.

Ni bullicio de gentes, ni crujir de ruedas por las calles. Solo por rareza, llega a los oídos el eco lejano de alguna flauta, las dulces vibraciones de una guitarra o las trémulas notas de algún piano, que en la callada noche saludan a Diana con musicales acentos, como el lenguaje más propio de hablar a los dioses.



Noches serenas de la montaña, noches de inspiración para los poetas y de hondo sentir para los que aman y sufren. Subyugado el joven Viana por tanta belleza, quiso ver brillar la luna desde su querida y espiritual Alhambra. Tal le parecía en sueños de amor la apacible y poética casa del Canónigo.

Sus pasos resonaron lentamente por el amplio zaguán. En aquellos momentos rezaba la familia el santo rosario. El murmullo de las voces a coro, remedaba el ruido doliente y monótono que produce el lejano arroyo entre las guijas del cauce. El joven atraviesa la semioscura galería y sale al patio, donde los rayos de la luna producían visajes de bruñida plata sobre la húmeda fronda de los rosales, dibujando en el suelo caprichosas sombras.

De pronto el mancebo lanza un débil grito y quédase absorto. Lo que veían sus ojos tenía la apariencia de escena preparada por algún fabulista oriental. De pie, melancólicamente recostada a una columna, bella, silenciosa y fantástica, estaba allí la princesita de sus amores. Pintábase también en su lindo rostro el mayor asombro.

—¡Lucila!... ¿Tú aquí?... Me parece un sueño.

—La luna me ha traído. Pedí licencia para venir un momentico apenas, y como están rezando, espero que acaben. Nunca creía que pudieras llegar.

—¡Oh! la luna ha guiado también mis pasos. Paréceme mentira verte después de tanto tiempo, en que suspiraba por tener ocasión de decirte lo mucho que sufro y oír de tus labios lo que quiero me digas ahora. Te lo suplico...

—¿Qué, Horacio? —pregúntale casi temblando.

—Quiero saber si me amas como yo te amo, con toda el alma. Dímelo, por Dios, te lo suplico de rodillas.

Y el joven cae de hinojos ante Lucila, quien lo miraba extasiada, con ojos húmedos y brillantes.

—¿No lo sabes, pues? —dícele a media voz, casi al oído—. Te amo también con toda el alma, y moriría de dolor si tú me olvidaras.

—¡Jamás, jamás! —exclama Horacio, apoderándose de las manos de la niña y cubriéndolas de besos.

En aquel idílico y supremo instante, el dichoso mancebo sintió pasar por sus ojos la fresca de un plumaje, como el ala de un querube; y súbitamente se escaparon de sus manos las sedosas manecitas que oprimía delirante contra su pecho.

Con la agilidad y gentileza de sus movimientos, Lucila había girado sobre los diminutos pies, para huír con gran presteza, echando involuntariamente su hermosa cabellera sobre el rostro del apasionado doncel.

Alejábase en puntillas por la silenciosa galería. Después de corto rodeo, reaparece por entre los rosales en la mitad del patio. La luna iluminaba de lleno su esbelta figura. Estaba hechicera.

Trata Horacio de acercarse a ella nuevamente, pero lo detiene al punto con ademán imperativo. Habíase llevado el dedo índice a los labios, con picaresca sonrisa, y extendido el brazo, con la altivez de una sultanita, mostrándole el zaguán de la calle.

Era aquel un mudo y elocuente mandato, que Horacio comprendió al momento. Dadas las circunstancias, su presencia allí comprometía a la joven y a la familia del Canónigo.

Con la sumisión y humildad de súbdito para su reina y señora, inclinase el joven en señal de despedida, y ambos abandonan el patio.

Ahogada por la emoción, Lucila corre presurosa a esconder su cuerpecito de hada en el viejo sillón abacial, cuando ya rezaban en la vecina pieza las últimas oraciones.

Diez minutos después, despedíase con tristeza de las Carmona, para volver a su casa. Una criada le había traído recado de que la esperaban, porque tenía visita. Adolfo, dominado también por la rara belleza de la noche, esperaba a la señorita Albani en la sala de recibo. ¡Iba en pos de alguna esperanza!

¡Oh, mundo, a lo que obligas! Si la mujer pudiera declarar sus sentimientos de amor con entera franqueza, muy tonto sería el hombre que persistiese, cuando al primer requiebro, le dijese la chica, sin rebozo alguno:

—Pierde usted su tiempo. Mi corazón ya no me pertenece. Amo a Fulano de Tal.

Pero a ello se opone la naturaleza misma, que cubre estos sentimientos con el velo misterioso del pudor, regio manto de la femenil hermosura.

Fue aquella, acaso, una de las últimas veces en que Lucila, obligada por respetos de familia, recibió la visita de Adolfo. El carácter de la joven era enemigo de ficciones. Estuvo cortés, pero triste. Su alma continuaba vagando por el patio de los rosales.

## CAPITULO XIV

### LA TENTACION

Era tiempo de huelga estudiantil. La Universidad estaba desierta, porque corrían días de pascua de navidad. Varios estudiantes de ciencias mayores que, dicho sea de paso, suelen ser los mayores en travesuras, unidos a otros jóvenes parranderos, habíanse procurado la compañía de cinco o seis músicos, gratis los más, para dar algunas serenatas, principalmente al doctor Chaparro, cura del Llano, amable sacerdote, cuyo carácter sencillo y bromista encantaba a los jóvenes.

Había gran pesebre en su casa, un aliciente más para visitarlo en la pascua y pasar el rato agradablemente. Amén de que el obsequio de música era correspondido generosamente con buena chicha, buñuelos u otra clase de dulce, como acontecía entonces en varias casas, en que ponían pesebre, cuando era saludado el Niño con tañido de instrumentos y piadosos villancicos.

Pasadas las nueve, los huelguistas se retiraron de la morada del doctor Chaparro, y en pasando el grupo por frente de una casa, donde vivían ciertas viejecitas, excelentes mujeres, a quienes socorrían las familias como a pobres vergonzantes; en llegando por allí, ocurriósele al más travieso darles una serenata en broma, hecho a la verdad poco caritativo e irrespetuoso en demasía, pero los estudiantes suelen no pararse en pelillos de esta especie.

Estaba en boga un canto lúgubre, terriblemente lúgubre, traído a Mérida no se sabe de dónde, llamado *Los Frailes*. Por la letra juzgará el lector:



*Un fraile, dos frailes,  
Tres frailes en coro  
Hacen las mismas veces  
Que un fraile solo.*

Esto se cantaba ahuecando la voz y añadiendo un fraile más en cada vez, con una música de bajo profundo, impresionante, que rompía el silencio de la noche como si evocara espectros y fantasmas.

Después de poner los instrumentos de viento a la sordina, Teodoro Uzcátegui, nuestro malogrado genio filarmónico, con Juan Ochoa y Hemeterio Alvarado, entonan, frente a la ventana de la casa dicha, el cavernoso canto, que hizo crispár los nervios no solo a las pobres viejecitas, sino a todo el vecindario.

Miguel Olmedo y Horacio Viana, que andaban en el grupo, protestaron en vano contra la pesada broma, retirándose desde luego hasta la próxima esquina. Allí oían el sordo y acompasado són de los instrumentos y las voces gemidoras de aquel canto fatídico y solemne, cuando de pronto, gran desbarajuste y estrepitosas carcajadas. La música había cesado intempestivamente. Uno de los estudiantes fue a parar la carrera a la esquina donde estaban Miguel y Horacio.

—Y bien ¿qué ha sido?

—Poca cosa —dijo sin poder contener la risa. —Abrieron de repente la ventana y... ¡agua va y no de rosas! Bañaron a los músicos y los que estaban más cerca.

El mismo interlocutor llegaba pringado. En este alboroto estaban, cuando vino lo más gordo. Al oír aquel canto de burla, uno de los vecinos, que estaba en pie, había salido sigilosamente a poner el hecho en conocimiento de la policía, cuyo cuartel no distaba mucho.

Sintióse a poco ruido de armas y pasos de gente al trote, que bajaba de la plaza por la calle de la Independencia. Entre los estudiante solo se oyó un grito:

—¡Sálvese el que pueda!

Y todos pusieron pies en polvorosa. El grueso del grupo tomó hacia la calle Bolívar, desapareciendo en un abrir y cerrar de ojos por un portillo de la tapia que cerraba los potreros que allí tenía el doctor Arellano; y Miguel y Horacio tomaron por el lado opuesto, cruzando en dirección a la calle de Lora, por la cual descenden, a todo correr, hasta más abajo de la plazuela del Llano, donde hicieron alto para descansar y tomar providencia. Era bochornoso amanecer arrestados, percance inevitable si caían en manos de la ronda, pues no había lugar a distinguos en aquellos momentos.

La noche estaba nebulosa, de claridad indecisa, y reinaba por allí silencio completo, apenas interrumpido por el sordo rumor de Albarregas, cuyas barrancas no distaban mucho. En estos breves instantes, de irresolución y expectativa para ambos jóvenes, sonaron no muy lejos algunos instrumentos de cuerda: violín, tiple y guitarra. Era un bailecito de barrio, al cual se dirigieron, orientados por la música. El refugio tenía que ser momentáneo, pues tratándose de reuniones de esta índole, de suyo peligrosas, la patrulla rondaría por allí con más frecuencia.

Bailaban a la sazón una especie de bolero español, llamado en Mérida *galerón* corrido, muy en boga todavía en campos y arrabales. La reunión era mixta, mitad urbana y mitad rústica, a juzgar por los trajes de las parejas. No pasaban estas

de ocho o nueve, sin contar a la dueña de la casa, mujer simpática, de cuarenta años, más o menos, que zapateaba una polca en los bailes con la misma agilidad de una muchacha de quince.

Llamábase Tomasa, despierta y animosa, de oficios múltiples, pues, alternando en quehaceres, aplanchaba y cosía para el campo, fabricaba almidón de yuca y, dos veces por semana, prendía el horno para hacer pan, bizcochuelos, merengues y otros artículos de repostería.

Con buena clientela y fama de servicial, su casa estaba siempre abierta para tristes y alegres. Con muy buena voluntad velaba toda una noche a la cabecera de un enfermo desvalido, cual si fuera hermana de la caridad; y con la misma buena voluntad, trasnochaba de claro en claro en un baile o jolgorio, sin que decayesen su alegría y entusiasmo. Era viuda, y preciábase de no haber dado qué decir en punto a honradez. Tipo demasiado común en las mujeres del pueblo, de aquel tiempo, de que aún quedan algunos ejemplares.

Volvamos al baile, que los estudiantes miraban por la ventana. Una araña de hojalata, con cuatro bujías, derramaba luz suficiente por los contornos de la sala, donde hombres y mujeres, sentados en sillas y banquetas, miraban con vivo interés los movimientos y piruetas de la pareja que dominaba el círculo bailando el *galerón*.

Era el galán un mozo albañil bien formado. Vestía pantalón negro, camisa roja garibaldina y finas alpargatas colombianas. Frisaba la compañera en los diez y ocho años, vestida a la moda reinante, con funda blanca, de listas color rosa, chaquetilla bien entallada y botines muy chicos, tan guapa y airosa en los movimientos, que a cada paso resonaban en la rueda hurras y palmadas de entusiasmo.

A falta de castañuelas, instrumento característico de este baile español, maneja-ba la chica el pañuelito de manos con singular donaire, ora haciendo elegantísimas combas, para que el pareja tomase la punta que ella le ofrecía picarescamente, ora huyendo de él, con los brazos en jarra, balanceándose sobre los diminutos pies, con una zandunga y un salero, que no habría desdeñado Lola Montes, la clásica bailarina sevillana de mediados del siglo XIX, cuando enloquecía al público en los teatros del viejo mundo.

Ya brillaba sobre la frente de la danzarina, cual chispas de diamante, menudas gotitas de sudor, cuando cesó la música entre una salva de aplausos para la gentil muchacha, la que corrió a sentarse, o mejor dicho, a dejarse caer, con dejo oriental, sobre una silla de suela. Si no la más bonita, era por lo menos la más graciosa y espiritual de las parejas. De ojos parleros, cabello castaño claro y cuerpo elegante y flexible, propio para los movimientos rítmicos de la danza. Ninguna otra quiso competir con ella en el baile suelto, por lo que se resolvió bailar en seguida valeses y polcas a la moderna.

Ocupábase Tomasa en el obsequio, ayudada por una rolliza moza de campo. Oíase el ruido peculiar de los molinillos de madera al batir innumerables huevos en amplias camazas barinesas, para preparar un ponche-crema a la merideña, calientico, delicioso y sobre todo abundante pues se servía en tazas y jarros de casi medio litro de capacidad.

¡Oh, tiempos de feliz atraso! Harina del país, a cinco reales la arroba; huevos, a doce por real; leche, a dos y tres centavos la botella; y azúcar, a medio real la libra. El ponche de puro huevo batido en crudo con azúcar, era entonces ali-



mento popular barato; y lo mismo cabe decir del mezclado al fuego con la leche. La carestía de las materias primas lo ha sacado de esta baja esfera, para convertirlo en bebida aristocrática y de lujo. ¡Triunfos del progreso!...

Excitados los estudiantes a pasar adelante, no esperan la segunda invitación. Muerto ¿queréis misa? Dispersa la reunión por los corredores y patio de la casa, solo quedaba en la sala la chica del *galerón*, recibiendo los parabienes que algunos mozos le daban, a los que contestaba con gran despejo, riéndose de los que se iban por las nubes en alabanzas y requiebros, y arrugando el seño a los que salvaban los límites del recato. Era muchacha lista y despreocupada.

En este jaleo andaban, cuando se presentaron los estudiantes. La chica clava sus ojos en Horacio y se demuda al instante. La risa y los desdenes huyen de sus labios, escapándose de la sala con gran presteza.

Los que la rodeaban, conocedores de su carácter inquieto y caprichoso, no extrañaron la rápida mudanza. El joven Viana la vio alejarse, sin comprender por los momentos cuál fuese el motivo, pero a poco, tuvo ocasión de verse con ella en un ángulo del corredor principal de la casa. Contestóle el saludo visiblemente cortada, diciéndole con timidez y asombro:

—¿Usted por aquí?... ¡Qué milagro!

—Hemos entrado por un momento, entre otras cosas, para felicitarte. Bailas con mucho estilo.

—Gracias— le dijo, bajando los ojos avergonzada. ¿Me conoció usted desde el principio?

—Al instante, aunque te he visto pocas veces.

—¡Ah! luego sí recuerda la tarde en que le recogí el sombrero de la acequia —dijo con alegría la muchacha.

—Todavía te agradezco el servicio —contestóle el joven con su genial galantería.

—Yo jamás lo olvido. ¡Qué tarde tan linda! Cuando veo el sol de los venados, se me representa usted lo mismo que aquella vez, en un caballo moro, de saco azul y pantalón blanco. Así andaba ¿no es verdad?

—Tienes muy buena memoria.

—Al revés. Soy muy desmemoriada, pero yo no sé porqué se me ha quedado grabada tanto aquella tarde.

Y al decir estas palabras, los ojos de Cecilia brillaban de un modo dulce y penetrante. Horacio era su ideal. Ninguno como él había llenado las secretas aspiraciones de su alma. Y sin embargo, ninguno tan distante de su trato ni de sus esperanzas.

Mimada desde la niñez por su propia madre, pobre lavandera, que vivía enamorada de las gracias y talentos de su hija, no recibió de ella sino contemplaciones y caricias. Estas manifestaciones de maternal complacencia, nada tienen en sí de malo, cuando las modera la discreción y se circunscriben a estimular con ellas las buenas inclinaciones de los hijos, o sus dotes naturales de inteligencia, procurando encaminarlas por el sendero de la virtud y hacerlas fecundas en el campo de honestas labores, con doble motivo en familias de humilde condición y reconocida pobreza.

Cecilia, por el contrario, siempre vivió alejada de las faenas domésticas, sirviendo de pretexto a las contemplaciones, ora el estudio de las materias de escuela, o las lecciones de música, ora el temor de que enfermase o se le curtiesen las manecitas en las rudas labores de lavado y cocina. Crióse, pues, por allá en el arrabal, para dama de salón y no para mujer hacendosa.

Muerta la madre, vióse privada de los recursos que ella arbitraba, con trabajo excesivo, para atender a la subsistencia de la casa, quedando a cargo de la tía Ursula, inválida que no podía llevarle sino pan de limosna. Cecilia no se acobardó, sin embargo. Cosía y aplanchaba con ánimo varonil, pero con escaso fruto. No estaba acostumbrada a trabajar todas las horas del día.

Llegó, con gran dolor, a verse asediada por toda clase de necesidades, en particular por las de ropa y objetos de femenil presunción. Había vestido hasta allí con esmero, a costa de sacrificios y personales privaciones de la madre. Pero ¡ay, desdichada de la que nace hermosa! Pronto empezaron las visitas, los cortejos, los regalos y todas las artes que la seducción emplea contra la debilidad femenina.

Trajes, cintas, flores y perfumes, de todo se vio abastecida cuando menos lo esperaba. Y, al cabo, entre flores y músicas, la seducción triunfa, y Cecilia cae, más por vanidad que por amor, víctima de una educación funesta desde la infancia.

Sorda desesperación apoderóse entonces de su ánimo, al verse de pronto al nivel de otras infelices mujeres que antes despreciaba; honda tristeza que acentuó en su carácter los rasgos del desdén y habitual descontento. Había puesto ya el pie en un plano resbaladizo, inclinado hacia el deshonor, y una fuerza fatal e irresistible la empujaba hacia el abismo. Cuando la presentamos de nuevo al lector, tan elegante y hermosa, era ya algo más que una virtud marchita: era un vicio en flor. ¡Pobre Cecilia!

Alejóse de ella Horacio, para atender a su compañero Miguel, quien deseaba que bailasen una pieza siquiera antes de partir. Era apasionadísimo por el baile, y aunque no era prudente prolongar allí la permanencia, convínose en que Horacio haría de centinela, para escapar a tiempo de la ronda, la que debía andar a caza de los autores de la tétrica serenata.

El joven Viana estaba más inquieto que su compañero. Era más joven, y no tenía licencia sino hasta las diez de la noche, hora que ya se acercaba. A lo que se unía el temor de ser arrestado, la mayor de las calamidades que podían sobrevenirle. ¡Oh! al pensar en el justo enojo de su padre, el muchacho se estremecía de pies a cabeza. De suerte que, dominado por esta angustia, sacrificó desde luego el placer del baile, ofreciéndose más bien para servir de centinela.

Allí mismo sonaron los instrumentos, llenóse la sala y empezó el baile con un bambuco sentimental y triste, sello característico de la música colombiana, muy popular en Mérida. El joven Viana salió a la calle, dio un vistazo por la próxima esquina y volvió al frente de la casa, con ánimo de ver el baile por fuera de la ventana, como habían visto el bolero.

La casa tenía otra ventana, contigua a la de la sala, que correspondía a un aposento. Allí había una mujer, observando atentamente los pasos de Horacio. Este la reconoce al momento.

—¡Hola, Cecilia! ¿Por qué no bailas? No creo que te dejen comiendo pavo, siendo tan buena pareja.

—Me han invitado mucho, es cierto, pero no he querido bailar más. Estoy cansada.



—Pues yo pensaba sacarte si hubiera bailado. Es la única muchacha que conozco.

El joven no pudo contener la risa, y acercándose más a la reja, le dijo a media voz casi en secreto:

—Te va a sorprender la causa. Andamos huyendo. La ronda nos persigue.

—¡Santo Dios! ¿A ustedes?

—Como lo oyes. Por eso, mientras mi compañero baila, yo vigilo.

—Y Horacio contóle, de manera expresiva, la chistosa aventura. Cecilia lo oía con embeleso, interesada en el relato, a la vez que complacida en extremo por aquella inesperada confidencia.

—Por tal motivo —agrególe el joven— no te solicité como pareja, aunque habría salido con cajas destempladas, porque me habrías dicho que no, como a los demás.

—Decirle a usted que no? Eso jamás. Aunque hubiera estado con los pies tronchados habría salido a bailar.

—Gracias, Cecilia. No olvido la palabra que me das, para cuando haya ocasión. ¿Pero sí te gusta el bambuco que están bailando?

La muchacha cambió repentinamente de expresión, exhalando un suspiro.

—Me parece demasiado triste. Esta noche me punza aquí —dijo, señalándose el corazón—. Quisiera huir para muy lejos, estar sola, en fin, yo no puedo explicar lo que siento.

—Pero no estabas así cuando bailabas el *galerón*. ¿Has tenido algún disgusto?

—Ninguno. Voy a confesarle la verdad. Lo que tengo es vergüenza de mí misma al verlo a usted. ¡Ah, soy una desgraciada!...

Dos lágrimas ardientes rodaron por sus mejillas, y tras breves instantes, agregó con infinito desconsuelo:

—¿No es verdad que soy para usted una mujer despreciable?

—No, Cecilia. ¿Por qué me dices eso? Nunca te he tenido en ese concepto. Es ahora cuando te trato de cerca.

—¡Ah! bien sé que lo dices por consolarme, porque tiene usted un corazón muy bueno, pero quién sabe cuántas cosas habrá oído de mí... No he debido ponerle más la cara.

Esto dijo, lanzando suspiros de pesar profundo, a tiempo que en el lampo de sus ojos, entre dormido bajo largas pestañas, descubría Horacio, con singular asombro, toda una pasión largo tiempo reprimida.

En medio del sincero arrepentimiento de sus locuras, la zagala estaba más seductora, que cuando lucía sus gracias en los vaivenes de la danza. El amor primero, el amor de los sueños y los ideales, surgía de pronto en la mitad de su alma, como lirio hermoso, condenado a marchitarse en la sombra del infortunio, sin haber podido recibir, siquiera por un instante, la consoladora luz de la esperanza.

Los melancólicos sonos del bambuco, la tenue claridad de la estancia, alumbrada por una sola bujía; la hora silenciosa y solemne, todo contribuía a realzar los encantos de Cecilia, quien suspiraba y sonreía de amor al través de la sugestiva reja.

Razón tenía el joven Viana para estar como hechizado. El genio de la tentación le decía al oído mil cosas placenteras y voluptuosas.

—He aquí una florecita de barrio, una hermosa que te ama con el amor primero, imborrable en el corazón de la mujer. El destino te la presenta, sin que la solicites. Abrele los brazos, y será tu esclava y tu odalisca.

Así le hablaba el maléfico genio, con la dulzura de las sirenas, infiltrando en todo su organismo de diez y nueve años un néctar suavísimo, delicioso y embriagante. El joven parecía subyugado.

Sin embargo, tras la momentánea ofuscación producida por el halago de los sentidos, surge luminosa la noción del deber y la entereza del carácter. ¡Oh, poder de una educación severa y santa! El joven mide la profundidad del abismo, la magnitud del escándalo, y se recoge en sus adentros heroicamente. Sería aquello gran ofensa a Dios y a la sociedad, negra mancha en la historia de su vida, un motivo de honda amargura y terrible cólera para su idolatrado padre; y lo que era más decisivo, tratándose de un apasionado amante: un golpe alevoso y fiero, que haría pedazos el corazón de Lucila!

Distaba ya mucho su ánimo de la tentadora ocasión, cuando vino a alejarlo también de ella, de un modo material, el término del bambuco y la consiguiente dispersión de los danzantes.

—Hasta luego, Horacio. No quiero que me vean aquí —díjole Cecilia, levantándose atemorizada, al cesar la música.—Podrían imaginarse otra cosa. ¡Ah, solo leyendo en mi corazón creerían lo cierto!...

Y como una gacela, escapóse hacia el interior de la casa, con la ironía en los labios y la tristeza en el alma. La pobre muchacha tenía delante la tremenda inscripcón dantesca: *¡Lasciate ogni speranza!*

Ciertamente al verlos allí, en solitario coloquio, tampoco respecto a Horacio habrían creído la verdad. Tal es la humana malicia, siempre pronta a creer lo malo y dudar de lo bueno.

Terminado el bambuco, sirvieron el apetitoso obsequio: escudillas llenas de ponche-crema, con ricos trozos de bizcochuelo, amén de aromáticas tazas de café tinto, y peligrosos vasitos de mistela, que se servían a voluntad, antes y después del sabroso ambigú.

Además de esto, oíase por los lados de la cocina, el excitante y solemne ronquido de una gran olla de hayacas, en continuo hervor, plato de reserva para la media noche, en que se serviría con excelente encurtido del país y pan blanco en abundancia, acompañado todo con sorbos de vino Málaga; y, como obligado remate, café tinto en dosis escandalosas.

Miguel había salido a relevar a Horacio en su oficio de centinela, precaución salvadora, porque allí mismo descubrió, a la escasa claridad de la luna, un grupo de hombres que venía por la misma calle de Lora. Grita en el acto a su compañero, quien sale al instante. Cecilia, que no perdía de vista a Horacio, sospechando la causa del llanto, salió también presurosa hasta el portón de la casa.

—¡La ronda! —exclamaron los estudiantes.

—No hay temor —díceles Cecilia, dispuesta a favorecerlos. Yo me encargo de entretener aquí al oficial, para que ustedes ganen terreno. Ahora me toca a mí la vigilancia. Pueden irse tranquilos.



Agradecidos los jóvenes, rápidamente se despidieron de la simpática muchacha, la que se reía anticipadamente del chasco de los perseguidores; pero al estrechar la mano a Horacio, se le ahogó la palabra en la garganta y se le nublaron los ojos, sin poder decirle adiós. ¡Pobrecilla! Era digna de mejor suerte.

Los jóvenes salieron desalados, para cruzar por la próxima esquina y dirigirse a la calle de la Independencia o a la que mejor les conviniera, sin despedirse de más nadie. El plan de Cecilia era muy acertado, porque el oficial de la ronda andaba a caballo, y podía anazarlos, guiado por informes que le dieran en la misma casa del baile, pues nunca falta en estos casos un soplón o mal intencionado.

Pero Cecilia era mujer de cautivadora simpatía y ánimo resuelto. No se movió del portón, esperando a la ronda; y cuando el oficial averiguó por los dispersos de la serenata, díjole, con simulada indiferencia, que por allí habían estado algunos, pero lo desorientó por completo respecto al rumbo que habían tomado. ¡Sólo ella los había visto partir!

Como la soga revienta siempre por lo más delgado, solamente tres músicos habían caído en manos de la patrulla, entorpecidos para escapar por la incómoda carga de los instrumentos. Desde luego protestaron, alegando su inocencia.

—Nosotros no somos los culpables. Fuimos mandados a tocar —dice el de la bombardita, apoyado por los otros.

—Yo también soy mandado —les contesta con sorna el oficial, intimándoles en el acto la incorporación en la fila.

No los llevó a la cárcel, pero los hizo andar de la seca a la meca por toda la ciudad hasta más de media noche. Este castigo policial y el ingrato asperjes de que fueron víctimas los menos culpables, dio por resultado la definitiva proscripción del lúgubre canto de *Los Frailes*, que desde entonces pasó a la historia.

Algunos meses después, Cecilia abandonó a Mérida para siempre. El único hermano que tenía, desde muy joven había levantado vuelo para irse a Cúcuta. Hecho hombre y acomodado por allá, quiso llevarse a Cecilia, para que viviese a su lado, alejándola así de la extraviada senda que trillaba.

En uno de los barrios de la cálida ciudad del Pamplonita, cuando el sol bañaba con sus últimos resplandores las lejanas colinas, la hermosa cuanto infeliz serrana tenía momentos de completa abstracción, momentos de profunda melancolía.

Pensaba entonces en su querida tierra nativa, en la callecita traviesa del barrio merideño, donde habían corrido las horas placenteras de su infancia, y volvía a ver al gallardo mancebo, que en caballo moro, llegaba a la puertecita de su casa, como príncipe extraviado, en momentos de suprema belleza, cuando el sol de la tarde convertía en gigantescos rubíes los niveos picachos del soberbio monte. ¡Era la dulce visión de sus primeras y más puras ilusiones!

## PRIMERA AUSENCIA

La escena cambia de teatro. Vamos a dejar la ciudad triste y romántica, la reina pensativa de las montañas, para subir por las márgenes del Chama, el monarca de los ríos merideños, hasta la solitaria región de los páramos.

Es Chama el río más atronador y turbulento de la República, cuyos bramidos se oyen a distancia de leguas y en cuyas aguas, puras y diamantinas, descargan los deshielos de las Sierras Nevadas, río que pone espanto en los pacíficos habitantes de sus riberas, cuando ruge furibundo en las grandes avenidas, socavando peñas, derribando puentes y convirtiendo las cultivadas vegas en desiertos y estériles playones.

Desde la época precolombiana, el camino que hoy conduce de Mérida a Trujillo, va por el fondo del valle, paralelo al Chama, casi hasta coronar la cumbre del gran páramo de Timotes, la imponente soledad de las leyendas fantásticas, antiguo teatro de famosos bandidos, una incrustación de la Sierra Morena hispana en los Andes venezolanos. Allí tiene sus fuentes el Chama, fuentes minúsculas, hilillos de agua, de un centímetro de diámetro, que se reúnen y van gradualmente engrosando la corriente, al través de la Cordillera, hasta formar en la parte llana, antes de su desembocadura en el lago de Maracaibo, una ciénaga inmensa, de varias leguas de extensión.

Cuando el autor de este libro atravesó en 1881 el páramo de Timotes, tuvo ocasión de ver la fuente más elevada de este impetuoso río, desviada un poco del camino real. Llamóle la atención, al efecto, un compañero de viaje, ya vaqueano, en momentos en que un arriero, después de haberse comido con deleite un trozo de papelón, aplicaba a la peña de donde surtía el agua, un cascarón de plátano, a modo de canal, con el fin de que el chorrillo pasase íntegramente del manantial a la boca del sediento caminante. ¡Aquel cristiano se sorbía el Chama en su nacimiento sin perder una gota!

Antes de llegar a Mucuchíes, dominando el paisaje desde una altura, hállase *El Cenicero*, antigua finca agrícola y de cría, perteneciente entonces a don José María Parra, distinguido patricio, en quien concurrían nobles rasgos de patriarca bíblico y señor feudal. Era su casa un venerable asilo, a la vez que un hospedaje encantador, donde se prodigaban al viajero los más solícitos cuidados. Solía ser entonces lugar de posada, en particular para familias, por las comodidades y finas atenciones de que gozaban en aquella mansión, donde se practicaba la hospitalidad de manera franca, generosa e inolvidable.

Reanudando la historia, diremos que era una mañanita clara, pero intensamente fría y silenciosa, como son en los páramos los días serenos. Por el camino, descendían de Mucuchíes hacia Mérida algunos indios e indias, con borriquillos cargados de papas y harina. Venían cubiertos con cobijas de lana de colores oscuros, tejidas en la comarca, abrigadas también las mujeres con grandes pañuelos de Madraz, puestos encima de los sombreros y recogidas las puntas a modo de barboquejo, toldillo que les tapaba la cabeza y el cuello, dejando apenas descubierto lo principal del rostro, con las mejillas siempre encendidas, como si estuvieran en continuo rubor o azoramiento.



Y qué tipos tan hermosos suelen verse entre estas parameñas, por lo regular de ojos negros, cutis arrosquetado, facciones bien delineadas y espléndidas dentaduras. Es en las tierras más frías de la Cordillera, donde puede admirarse el tipo índico-hispano, o sea mestizo, en sus formas más puras y atraentes.

Al paso de estos grupos típicos, sentíase la fragancia del frailejón, en cuyas hojas velludas y resinosas traen envueltos el queso, la mantequilla y los huevos destinados al mercado de Mérida, fragancia mezclada muchas veces con la que despiden los manojillos de otras plantas aromáticas, de que son también portadoras, como la manzanilla, el malvabisco y el misterioso dictamo.

Los trigos empezaban a levantarse en las lomas y mesetas de la serranía. Más que sembrados, parecían prados de pastaje natural. Todo se presentaba suave y tranquilo en aquellos parajes solitarios a los ojos de varios jinetes que regresaban de Mucuchíes, después de haber acompañado hasta allí a varios caballeros que se ausentaban para el centro de la República.

Detuviéronse algunos momentos en *El Cenicero*, donde ya habían pasado un rato a la ida, para despedirse del noble anciano don José María Parra, grato deber que cumplen en el patio de la casa, sin desmontarse, urgidos por seguir la marcha, como la siguen, en efecto, perdiéndose a poco en las vueltas de la escarpada cuesta que allí existe para caer a las poéticas vegas del Chama. El sol matinal doraba en lo alto los desnudos riscos y los trigales de las lomas, mientras que el fondo del valle permanecía en la penumbra.

A la salida de la casa, habíase hecho el remolón uno de los jinetes, el más joven de la partida, dando tiempo a que los compañeros se adelantasen. Notábase en su semblante la más viva ansiedad. Había algo que lo atraía irresistiblemente, impidiéndole alejarse de la apacible morada. Ese algo era un secreto, que no quería descubrir a los de la casa ni a sus compañeros de viaje.

En desapareciendo estos por el primer recodo de la cuesta, el joven refrena el caballo, volviendo atrás los ojos con insistencia. El frente de la casa estaba solitario en aquellos momentos, pero su corazón no lo engañaba. De súbito apareció al través de los balaustres de estrecha ventanilla la graciosa cabeza de una niña, gentilmente abrigada con una andaluza, dejando apenas entrever un palmito lleno de encantos. En su intensa mirada para el joven, se leía la más tierna y dolorosa despedida. Era un adiós silencioso y triste, a la vez que angustiado, porque miraba con inquietud en contorno, temerosa de ser sorprendida en aquella actitud.

Adivinando el joven los sentimientos y temores de la chica, quédase perplejo entre acercarse a la ventana o seguir la marcha. ¡Estaba a pocos pasos de ella, después de amargos días de ausencia!

La había visto el día antes, de paso para Mucuchíes; y aunque obligado a tratarla como a señorita extraña, en breve conversación sostenida con la honorable familia de la casa, había sentido en la mitad del alma el furtivo saetazo de sus lindos ojos, y leído en sus miradas que lo esperaba con anhelo. ¡Oh, y qué tristes quedarían ambos al separarse de nuevo, sin haber podido cruzarse una palabra de amor ni depositar en algún objeto el recuerdo de tan anhelada entrevista!

Todo esto pasaba por la mente de Horacio, que no era otro el joven viajero. Sentía impulsos de volver riendas con presteza, acercar el caballo a la ventanilla y decir adiós a la que tanto amaba, estrechando su manecita al través de la reja. Los instantes eran preciosos, pero el lance era arriesgado e imprudente. Podían ser descubierto. El amor lo lanzaba, los respetos sociales lo contenían.

Tras esta momentánea lucha entre los arrebatos de la pasión y los dictados del deber, el joven toma una resolución sencilla, pero heroica. So pretexto de apretar la cincha al caballo, por si extraños ojos lo observaban, echa pie a tierra, saca del pecho un pequeño objeto, que llevaba prevenido, y besándolo repetidas veces, se inclina para colocarlo con cuidado sobre el verde y húmedo tapiz de verdura que bordaba las orillas del camino. Monta de nuevo, y, agitando la mano en señal de despedida hacia la atrayente ventanita, desaparece a rienda suelta por la escabrosa cuesta.

El Chama entonaba abajo, entre las peñas, la monótona e interminable canción de los ríos torrentosos, a tiempo que la brusca despedida arrancaba trémulas notas en las fibras más hondas del corazón de los amantes.

*Dicen que no es muy triste  
La despedida,  
¡Dile al que te lo dijo  
Que se despida!*

Cuando el joven alcanza a sus compañeros, Miguel Olmedo, que iba entre ellos, quedóse un poco atrás, para decirle a media voz, con maliciosa sonrisa:

—Te portas como un valiente.

—¿Por qué?

—Tú miras *El Cenicero* como un castillo enemigo.

—¿Enemigo?

—Así parece. Tanto a la ida como a la venida, he observado que ocupas la vanguardia en los momentos de entrar, y la retaguardia, a la salida. El primero en el asalto y el último en la retirada. ¿No es verdad?

A pesar de la tristeza que dominaba a Horacio, no pudo contener la risa ante la chistosa observación de su compañero. Y como la soledad del camino y la compañía de tan íntimo y leal amigo, eran propicias para desahogar su corazón, así lo hizo Horacio, depositando por primera vez sus impresiones en el pecho de Miguel Olmedo, como si las guardara en un cofre de tres llaves.

Con hondo desaliento empezó, pintándole la imposibilidad en que estaba para pedir francamente la mano de Lucila, no obstante haberse cruzado secretamente los anillos de esponsales.

—Ha tenido tantos partidos ventajosos —le dice dolorosamente convencido— que la solicitud de un muchacho sin fortuna ni esperanza de adquirirla, por fuerza ha de ser, si no rechazada rotundamente, recibida a lo menos con alguna frialdad por la familia. Esto solo basta para que me retraiga de presentarme sin rebozo como su pretendiente, tal como otros lo han hecho, y lo harán en lo sucesivo, porque las gracias y virtudes de Lucila tienen particular atractivo.

—¿Y Adolfo insiste todavía? He observado que ya no visita la casa.

—Adolfo estaba mal informado. Habíanle hecho creer que Lucila cedería con el tiempo; y por ello redoblaba sus instancias, sin dar paso atrás en sus aspiraciones, casi seguro de triunfar a la larga. Pero al convencerse, al cabo, de que la tenaz negativa de ella no era efecto de indiferencia ni de capricho, sino de otra impresión imborrable, entonces ha desistido del empeño, y retirándose caballerosamente, dejándome libre el campo.



—Pero no te verá con buenos ojos, de seguro.

—¡Oh, no! Admiro la hidalguía de su corazón. Adolfo me ha tratado siempre con cariño. Natural era suponer que al descubrir mis aspiraciones, la rivalidad enfriase o extinguiese por completo ese cariño del todo espontáneo. Pero no ha sido así. Ninguna alteración ni desabrimiento he notado en su trato. Verdad que jamás en nuestras conversaciones nos hemos referido ni por pienso a la señorita Albani. Habría saltado la chispa.

—Mira —dijo Miguel— para mí tengo que ni Mario ni Héctor te harían oposición, si francamente te dirigieses a ellos. Es muy natural que siendo tú tan joven duden de la firmeza de tus impresiones, tanto más viéndote remiso en comunicarte tus propósitos. ¿Has meditado alguna vez sobre esto?

—Francamente no he abrigado tales intenciones, por la sencilla razón de que siempre han tratado de desviar la inclinación de Lucila, casi compeliéndola a aceptar otros pretendientes. La oposición es, pues, manifiesta.

—Tratan de desviarla, en efecto, por tu misma reserva. Dudan de ti, dudan de tus pocos años, dudan de unos amores de muchacho, que creen efímeros, y con razón, porque no tienen prueba en contrario, y tu absoluto silencio para con ellos, los confirma en sus dudas. Francamente te digo, que en el caso de los Albani, te haría oposición, aunque fueses mi mejor amigo, pues antes que la amistad están los fueros de la sangre.

Estas razones tan claras, tan sencillas y tan ingenuas produjeron su efecto en el ánimo de Horacio. Lamentos de haber extremado su silencio, no solo con Mario y Héctor, sino con el mismo Miguel Olmedo, cuya discreción corría parejas con la bondad de su carácter, y quien, por ser mozo de más años, bien podía aconsejarlo con toda imparcialidad en asunto tan expuesto a erradas apreciaciones, como es la pasión amorosa, cuando llega a dominar todas las potencias del alma.

Además, siempre oímos con más agrado el consejo que se amolda a nuestros deseos, que el que los contraría. ¡Dime, lector, si ardería Horacio en deseos de verse aceptado por los Albani como novio de Lucila!

En aquellos momentos iban a cruzar por un recodo del camino, de donde se divisaba *El Cenicero* como un castillo solitario, sentado en el primer escalón del cerro.

—¡Míralas! ¡Allá están! —exclamó Horacio, quien no dejaba de volver los ojos hacia la antigua casa.

—¡Ellas son! —exclamó también Miguel, mirando hacia el paraje que le indicaba su compañero.

Por aquellos días vivían en *El Cenicero* tres distinguidas señoritas: la dulce y angelical Teresita Parra, que perfumaba la solariega casa con el delicado aroma de sus virtudes, y una prima suya, graciosa, gentil y muy espiritual en el trato, a quienes acompañaba transitoriamente la señorita Albani.

Había ido esta en pos de los beneficios del clima y la amena sociedad de tan buenas amigas, para reparar su salud quebrantada, debido a múltiples labores domésticas, no menos que por largos desvelos y crueles amarguras con motivo de la seria enfermedad de su padre y los sinsabores que hallaba en el sendero de sus íntimas aspiraciones.

Era el grupo de las Tres Gracias. Miguel Olmedo las trataba con especial cariño en las reuniones sociales. Eran ellas, en efecto, las que se divisaban a lo lejos, en una vuelta de la escarpada cuesta. Los dos jóvenes agitaron en el aire sus pañuelos, deteniendo los caballos; y al punto vieron allá, en el fondo del solitario valle, que sobre el poético grupo se movía algo como blancas mariposas. Era que ellas contestaban el adiós, agitando también en alto sus perfumados y sutiles pañuelitos.

Pero debemos volver atrás en el relato. En alejándose Horacio, la señorita Albani había dejado la ventanilla y corrido apresurada a invitar a sus compañeras para salir de paseo por los contornos de la finca, como solían hacerlo en las mañanas serenas.

Dicho se está el gran interés que la movía aquel día. Hay circunstancias en la vida en que todas nuestras facultades se dirigen a un solo objeto, por insignificante que sea. Para la señorita Albani este objeto era desconocido, pero existía a corta distancia, en la orilla del camino, y hacia él se dirigían todas sus ansias. No se atrevía, sin embargo, a salir sola. Necesitaba que la acompañasen, y por eso ocurría a sus queridas compañeras.

—¡Ah, picaruela! —contéstale una de ellas—. Quieres ver de lejos a los viajeros. ¿No es verdad?

—No es por eso —dice Lucila, en cuyas mejillas asomó al instante el más vivo carmín—. En prueba de ello, iremos para otra parte, si ustedes quieren salir.

—Esto sería una gran crueldad. Vamos a la cuesta. La mañana está linda, y desde allí podemos ver todavía lo que tú deseas.

Y las tres señoritas pusieron prontamente en marcha. Entre amigas íntimas, desde luego se penetra en la significación de ciertos suspiros involuntarios, de repentinas tristezas o de lágrimas furtivas. Las dos compañeras de Lucila estaban en el secreto de los amores de ésta, pero moderaban sus bromas por lo delicado del asunto, pues sabían que las aspiraciones de Horacio aún no tenían el consentimiento de la familia Albani.

Ya hemos visto cómo llegaron a tiempo al punto de mira, creyendo fuese este el único móvil de Lucila, y cómo tuvieron ocasión de contestar con los pañuelos el último adiós de los dos jinetes que iban retrasados; pero lo que Horacio no pudo ver a distancia de tantas cuadras, por más que lo adivinase, fue el objeto que ya Lucila tenía en sus delicadas manos, objeto hallado *casualmente* a la vera del camino: ¡Un hermoso clavel rojo, cuyo exquisito aroma aspiraba con delicia!

\*  
\* \*

Hay para los enamorados dos clases de ausencia. La de simple vista, viviendo en un mismo lugar, en que dejan de verse una semana, un mes y hasta mayor tiempo, pero siempre con la esperanza de volverse a ver de un momento a otro, lo que les entretiene el dolor de la separación. La otra es la verdadera ausencia, la ausencia a distancia, que echa en realidad un manto de tristeza sobre el corazón de los amantes, porque la lejanía es siempre causa de angustias e inquietudes.

Horacio no pensaba sino en la tierra fría. Aquella naturaleza silenciosa, pobre de fauna y de vegetación, ofrecía para él los paisajes más poéticos de la comarca. Todas las faenas del cultivo del trigo, le parecían de indecible encanto. La aventada del rubio grano en los fértiles barbechos; las mejillas sudorosas y encendidas de las zagalas, bajo los haces de doradas espigas en los días de la siega; el ruido



peculiar de las piedras del molino, y la blanca polvareda que suele levantar la harina al ser recogida en los sacos, polvareda que se adhiere a todos los objetos del contorno, sin excluir los cabellos de las molineras, que semejan pelucas empolvadas del tiempo de Luis XV. Pensaba en los numerosos rebaños, en los rústicos pastores, en el lejano balido de la oveja extraviada, firmando todo esto en su fresca y lozana fantasía un armonioso conjunto de belleza incomparable.

Así pensaba cuando Lucila estaba en *El Cenicero*. Antes había pensado de otro modo. Ciertos días en que estuvo ella de temporada en una hacienda aledaña de Ejido, su ideal fue la tierra caliente, con sus extensos cañaverales espigados; con sus grandes huertas, cruzadas por torrentosas acequias y cuajadas de árboles frutales con el crujir solemne y quejumbroso de sus trapiches de piedra, y el aire tibio, embalsamado día y noche con el grato perfume de los caldos en ebullición y las ricas mieles de continuas molindas.

¡Oh, prodigios del amor! Donde quiera que está la mujer amada, allí la luz y la belleza. Es como misteriosa avecilla, que comunica las melodías de su canto a los ríos, a los prados y a los montes. Todo canta donde ella asiste.

En cambio ¡qué desolada y triste parecía a Horacio la ciudad nativa! Hasta las cosas más bellas carecían para él de atractivo. Todo se presentaba a sus ojos descolorido e indiferente. La honda tristeza de su alma, le hacía ver las cosas como a través de vidrios ahumados. La misma espléndida Sierra Nevada había perdido a sus ojos mucho de su brillo y hermosura.

Así vivía el pobre muchacho hasta una noche inolvidable. Las siete serían, cuando llegó, según costumbre, a la venerable casa del Canónigo. Del sardinel del oscuro zaguán levantóse al punto una mujer rebujada en negro pañolón, saliendo resueltamente al encuentro del joven. Era Marta.

—Por suerte llega a tiempo, niño Horacio.

—¿Qué sucede?

—Lo esperaba aquí para ganarle las albricias.

—¿Albricias de qué, Marta?

—¡Ya la tenemos aquí!

—¿Ha venido ella? —pregúntale el joven, palideciendo de gozo.

—Llegó hace poco, casi al anochecer. Si usted viera lo repuesta que está y qué lindo color trae. La pobrecita vino al momento a saludarnos; y yo me había plantado aquí para darle la noticia, si lo veía pasar.

En aquellos momentos oíanse voces y ruido de pasos en el fondo del claustro, velado por los rosales del patio. Era la señorita Albani, que ya tornaba a su casa, después de haber abrazado efusivamente, una a una, a todas sus antiguas amigas.

—¡Niña Lucila! —grítale Marta, antes de que desapareciese—. Aquí está el niño Horacio. Ha llegado muy a tiempo.

Detúvose la niña como tocada por un resorte, y retrocedió, caminando lentamente. Ya el joven se dirigía a ella con la emoción que puede imaginarse. A la mitad de la galería se encuentran, dejando escapar de sus pechos, casi simultáneamente dos voces:

—¡Lucila!

—¡Horacio!

Luego, el silencio, la muda y conmovedora escena de manos trémulas que se enlazan y ojos húmedos y brillantes que se hablan con honda y sentimental elocuencia.

El sencillo claustro y la baja techumbre de los corredores, tomaron como por ensalmo formas maravillosas de arte en la mente del enamorado mancebo. Creyose trasportado a espléndida galería, donde se rendían homenajes a la reina del alcázar. Orquestas invisibles resonaban bajo la fronda de los rosales, creyendo además oír, en lo alto, clamoreo de campanas y sonido de trompetas, a tiempo que aparecían por todas partes fantásticas luminarias y se perfumaba el ambiente con ricas esencias.

No obstante la mutua y poderosa atracción de sus almas, la presencia de Marta no les permitió sino articular palabras entrecortadas de mera cortesía. La entrevista tenía que ser momentánea. La señorita Albani, a su pesar, despidióse en seguida.

—Siento separarme tan pronto —dijo a Horacio; y volviéndose a Marta, agregó—: Ya estaba de marcha, cuando me llamaste. No puedo detenerme más. Me esperan en casa.

—Pero volverá usted mañana más despacio. ¿No es cierto? —díjole la criada en tono de cariñosa súplica—. ¡Hacia tanto que no la veíamos por aquí! Ojalá nunca olvide esta su vieja casa.

Lucila, que ya había dado la espalda, vuélvese con presteza hacia Marta, pero con sus ojos seductores clavados en Horacio, que la miraba extático, exclamando con la voz argentina y juguetona de otros tiempos:

—¿Olvidarme de esta casa? No, Marta. ¡Eso jamás!

Y desapareció, siguiéndola Marta, quien iba a alumbrarle, desde la ventana de la repostería, el paso por la sombría arboleda del huerto.

La hermosa visión había desaparecido por completo. El claustro, las columnas, la techumbre, todo volvió a su natural apariencia de soledad y tristeza. De las fantásticas luminarias, solo quedaba la luz indecisa del farol que alumbraba el patio desde un intercolumnio.

Tan súbita vuelta a la realidad exterior de la vida, no contristó a Horacio en lo más mínimo. La ilusión duraba en su mente soñadora, y tenía la alegría en la mitad de su alma. Ya la hermosa avecilla había tornado al solar nativo, y de nuevo vendría a posarse en las frondas de aquellos rosales tan queridos desde su infancia.

\*  
\* \*

Pero el destino suele ser alevoso e implacable. Cada hilo blanco o rosado que pone en la misteriosa tela de la vida, va siempre tramado con otros hilos grises y negros. Un incidente inesperado, de carácter íntimo, por causa de la demencia rematada de don Francisco Albani, vino a precipitar en Horacio la resolución de comunicar a Héctor sus formales aspiraciones a la mano de Lucila.

La demencia de don Francisco era silenciosa. Entreteníase a veces, de modo inconsciente, en jugar al escondite, como un chiquillo, acompañado de sus hijos más tiernos y de otros niños allegados. Vestíase con cuantas ropas hallaba a la mano, poniéndose una pieza sobre otra, hasta no poder resistir más. Había retrocedido a la edad de las travesuras infantiles y perdido, además, la memoria, al



grado de olvidarse de hechos recientes, casi actuales. En levantándose de la mesa, después de haber comido lo suficiente, porfiaba y se enardecía, reclamando el desayuno, el almuerzo o la ración correspondiente, según las horas, alegando con firmeza no haber tomado nada. Tales eran las tristes escenas que ocasionaba el lastimoso estado del noble y honorable anciano.

En la planta baja de la hermosa casa de los Albani había varias piezas con puertas para la calle, destinadas a establecimientos industriales. En una de ellas, comunicada con el claustro, tenía la tienda de ropas el mismo Héctor. Había también en el mismo claustro, hacia el interior, otra pieza, que servía de repostería, por hallarse el horno en la parte baja del edificio.

La señorita Albani bajó un día de las habitaciones altas a dirigir en esta pieza la labor del amasijo, por haber tenido doña Angela que salir de visita a una casa de familia. Hallándose allí con Celsa y una criada, sintió ruido de pasos en la escalera, descubriendo luego a su padre, que, contra costumbre, se aventuraba a bajar solo del alto. Iba vestido de un modo estrafalario, y se dirigía a la calle.

Sin decir palabra, la joven deja el oficio y sale de la pieza donde estaba. Corre velozmente, y alcanza a su padre en el zaguán de la casa. Trata de disuadirlo del intento de salir, suplicándole aplazar la salida, mientras se cambiaba el traje y podían acompañarlo.

Pero don Francisco no oye razones y avanza. Entonces la joven, en la tribulación de ver a su padre expuesto a las miradas del público con aquellos vestidos tan impropios, adelantase rápidamente, tira las enormes hojas del portón y les echa cerrojo.

Don Francisco llegaba en aquellos momentos con los brazos extendidos, a impedir que cerrase la puerta, y en viendo que la joven se le interponía, arrebatóse en un acceso de locura declarada.

Fulgura en sus pupilas la cólera de la insania, y con mano hercúlea, prende a Lucila por el cuello, recostándola violentamente contra el mismo portón. Da ella un grito de dolor y de espanto, forcejeando en desigual lucha. Seguidamente, el silencio, interrumpido solo por los débiles quejidos de la niña y algo como sordo rugido de fiera, que se escapaba del pecho del anciano.

Nadie en el interior de la casa advirtió a tiempo la trágica escena que se desarrollaba en el extremo ya oscuro del zaguán. Pero el recio portón se estremeció de súbito, por fuertes empujones que le daban del lado de la calle. ¡La Providencia venía en auxilio de la joven!

Miguel Olmedo asistía una tienda de comercio, situada frente a la casa de los Albani. Hallándose casualmente en una de las puertas del establecimiento, sintió el golpe de las hojas del portón al cerrarse con violencia, hecho inusitado a aquella hora. En seguida, oyó el crujido del cerrojo, el forcejeo y gritos ahogados de mujer.

Rápidamente atravesó la calle, con ánimo de abrir el portón, dándole los empujones que hemos dicho. En la imposibilidad de abrir, vuela a la tienda de Héctor, lo impone de lo que ocurre y ambos se lanzan hacia el claustro por la puerta interior, llegando al teatro del suceso, en momentos en que Lucila, amoratada y con los ojos saltados sobre sus órbitas, apenas alcanzaba respiración.

Casi exánime cayó en brazos de Héctor, cuando lograron arrancarla de las féreas manos de don Francisco, quien era de complexión fuerte y bien musculado.

Seguía a esta escena de indescriptible angustia y oportuno socorro, otra por extremo conmovedora. Pasado el acceso de locura, quedóse don Francisco como atónito. Miraba silencioso a los jóvenes, en particular a Lucila, como si acabase de caer una venda de sus ojos. Pasóse la mano por la frente sudorosa y lloró como un niño.

¡Ah! Vuelta la niña de su desmayo, lloraba también, al ver la congoja de su infortunado padre, cuyo corazón nobilísimo acaso se estremecía de dolor, dentro de la incoherencia de sus recuerdos y el desequilibrio de sus facultades, ante la tremenda idea de haber podido extrangular a su propia hija, al ser que tan entrañablemente amaba!

El relato circunstanciado de este suceso, produjo tan honda impresión en el alma sensible y apasionada de Horacio, que vino a sacarlo del estrecho círculo de su reserva. Era necesario estar cerca de ella, compartir sus amargas íntimas y prestar también sus servicios a la familia en aquel estado de permanente angustia.

## CAPITULO XVI

### ROSAS Y ESPINAS

Una dificultad, al parecer baladí, pero muy importante para cualquier muchacho, más si es tímido por naturaleza, vino a poner en torturas a Horacio, ya resuelto a comunicar a la familia Albani sus pretensiones a la mano de Lucila. Este paso requería indispensablemente la previa autorización de su padre, a quien nunca había dicho lo más mínimo en tan delicado asunto, como bien se comprende.

Aquí el aprieto. Detenía la natural vergüenza de confesar los hijos a sus padres las impresiones amorosas. Este pudoroso sentimiento era invencible en Horacio, agravándolo sobre manera las condiciones de carácter que distinguían al doctor Viana, muy parco y discreto en el trato familiar con sus hijos, no obstante el cariño entrañable que les profesaba. Ajeno de mimos y melifluidades, había sabido inspirarles profundo respeto y absoluta sumisión a la autoridad paterna, sin emplear para ello rigurosos castigos, sino con sabias prevenciones y oportunas reprimendas, unidas a la energía del carácter.

Con un papá de estos quilates tenía que habérselas Horacio. Empezó por velar las ocasiones en que pudiera hallarlo completamente solo, sobre todo de noche. En la oscuridad no se ven los colores, y estaba cierto de que le saldrían todos a la cara. El doctor solía descansar en una silla poltrona, que había en la pieza de su escritorio, pieza que en horas de receso se mantenía a media luz, iluminada apenas por el reflejo de una lámpara de querosén, colgada del lado fuera, en el corredor de la casa.

Cierta noche, en que la ocasión era propicia, quiso el joven salir del atolladero, y resueltamente se lanza; pero en llegando a la semi-oscura pieza, decayó su momentánea valentía ante el grave continente del doctor Viana, cortándose de tal modo, que, para justificar su intempestiva visita, optó por proponerle, como solía hacerlo, un punto de derecho civil, relacionado con la lección del día en la clase universitaria, consulta que el doctor le resolvió en el acto, con la claridad y



precisión de consumado maestro en la materia. Y a esto se redujo la conferencia, quedando indefinidamente aplazado el negocio principal.

Así corrían los días, en vanas tentativas por parte del mancebo, hasta que un nuevo y poderoso motivo, que adelante sabrá el lector, vino a comunicarle aliento para romper definitivamente contra el encogimiento y la vergüenza que lo detían en el cumplimiento del sagrado deber de consultar con su padre un asunto de tal entidad. Bien comprendía que sin la autorización paterna, ningún éxito podían tener sus pasos cerca de la familia Albani.

Acércase otra noche, temeroso y vacilante; encomiéndose a los santos de su devoción, santiguase de prisa, pone el pie en el dintel de la puerta, y... ¡hombre al agua!

Si el escritorio hubiera estado plenamente iluminado, el doctor Viana habría tenido motivo para alarmarse a vista de su hijo, que se le presentaba temblando y perdido el hermoso color de su lozana juventud.

—Papá —le dijo, tartamudeando— desde hace días deseaba hablar con usted un asunto...

Aquí se le entorpeció más la lengua. Tras largo silencio, angustioso para Horacio, y de viva curiosidad para el doctor, éste le pregunta sorprendido.

—¿Pero qué es, hijo?

—Quería decirle que yo tengo ciertas aspiraciones...

Segunda parada. El susto no le permitía sino soltar a poquitos la importante revelación.

—Y no me he atrevido a decirle nada a la familia de la niña —agregó— sin consultarlo con usted, como es natural. Yo deseo visitar la casa.

—Olvida decirme lo principal ¿Quién es la niña?

—Usted la conoce mucho: Lucila Albani —dijo Horacio con voz trémula.

Reinó otra vez el silencio. El doctor parecía sumido en honda meditación, aunque su mutismo reconocía una causa distinta de la que se imaginaba Horacio. Era el primer hijo que le hacía una declaración semejante, y hallábase hondamente conmovido, en tanto que el joven se consumía de ansiedad por la respuesta, torciendo y destorciendo maquinalmente en sus manos la cadenilla del reloj. Suprema expectativa, que fue interrumpida por la voz reposada, casi solemne del doctor Viana.

—Nada, hijo, tengo que objetar a la elección que usted ha hecho. Es muy acertada, pero...

Y se contuvo, recapacitando. Otro instante aún más crítico para Horacio, a quien le daba vuelcos el corazón y se le escapaba el alma por los oídos. Tras aquel *pero* debía venir el fallo decisivo de su felicidad. De serle adverso, no tenía más recurso que el que pudiera interponer, con lágrimas y sollozos, en el dulce regazo de su abuelita.

—Muy acertada, ciertamente —continuó el doctor— pero prematura, en atención a sus pocos años y a la falta de medios para realizar sus aspiraciones. ¿Con qué cuenta usted para ello?

Otra pausa comprometedora para el mancebo.

—Sólo cuento, en realidad, con muy poco al presente: un salario insignificante como cajista de imprenta; y para más adelante, con la carrera que sigo en la Universidad.

Estas palabras, dichas por el joven con cierto dejo de resignación y tristeza, hicieron dolorosa impresión en el ánimo del doctor Viana. Vínosele a la memoria la antigua riqueza de su casa, tristemente devorada en los llanos de Barinas por el monstruo de la guerra federal. No podía brindar a Horacio, en tan importante ocasión de su vida, bienes de fortuna necesarios para llegar con prontitud a la meta de sus naturales aspiraciones. El joven se mantenía con la cabeza baja, humillado ante la inflexible lógica de su padre, quien acabó por preguntarle con cariñoso interés.

—¿Tiene usted motivos para creer que la familia Albani lo acepte, sabiendo que carece de medios para realizar inmediatamente sus pretensiones?

—Estoy en esa duda. Por lo mismo quiero pedir autorización para visitar la casa, porque mi abstención puede ser mal interpretada. Lucila ha desechado varios partidos ventajosos, y ya sospecha la familia que la causa principal es el afecto que me profesa desde hace algún tiempo.

El doctor, que ya había oído algo en las tertulias sobre estas pretensiones y conocía la buena calidad de los pretendientes, hizo a Horacio muy justas observaciones.

—Esas pruebas inequívocas de fidelidad que ella le ha dado, muy satisfactorias para usted, comprometen más su situación, desde luego que no puede usted ofrecerle de presente las comodidades que ella gustosamente sacrifica, bajo el influjo del afecto con que lo favorece.

—¿Y qué hacer, papá? Hay cosas que no pueden evitarse. Ella es inteligente y de carácter. Lo ha resuelto así, libre y espontáneamente, sin que jamás haya oído de mis labios ni una palabra siquiera en desdoro de sus otros pretendientes.

—Conducta muy plausible, que debe observar siempre. No me opongo al paso que va a dar, pero juzgo conveniente, por otras razones, que espere unos días más. Acaba de triunfar el bando político a que pertenecen los Albani. El manifestar sus deseos de visitar la casa en estas circunstancias, pudiendo haberlo hecho mucho antes, puede considerarse como medio indirecto de que se vale usted para ganar auge y ventajosa posición en el partido triunfante, cuando toda nuestra familia está afiliada en el otro partido. Ante el público no basta tener rectas intenciones, si las apariencias dicen lo contrario.

¡Cuánto vale un buen consejo! Efectivamente, era inoportuno el paso. Los bandos políticos de la localidad estaban a la sazón enardecidos y en plena lucha electoral. El general Carlos A. Salom, delegado de Guzmán Blanco, acababa de tomar posesión de la presidencia del Estado. Ambos partidos lo recibieron con agasajo, porque ambos cifraban en él sus esperanzas; pero la cosa varió de especie al organizarse el nuevo gobierno. Salom volteó la tortilla.

En los nombramientos para el régimen político y civil, tanto en la ciudad como en los distritos, predominaron los partidarios del general Avelino Briceño, quedando de hecho en el suelo los que proclamaban al candidato contrario, que era el general José T. Arria, partido en cuyas manos estaban las riendas del poder a la llegada de Salom. El inesperado encumbramiento de aquéllos y la súbita caída de éstos, mantenía chispeante el fuego de las pasiones políticas. Tal era la situación.



Prolongóse buen rato la conferencia entre padre e hijo. El doctor Viana aprovechó el momento para pintar a los ojos de Horacio los bajos y asperezas que aún podían dificultarle el camino de sus aspiraciones, haciéndole ver, además, la grave responsabilidad que pesa sobre el caballero que formalmente promete a una señorita su corazón y su mano.

Es propio de los muchachos no parar mientes en estas honduras, embargada toda su atención con la atrayente perspectiva de las cumbres risueñas y luminosas que el amor les ofrece, tras las cuales corren, como mariposas, ávidos por bañarse en la luz de felicidad que les prometen, sin pecar que antes de esas radiosas cumbre suele haber hondos y oscuros precipicios, que hay que salvar con especial cuidado.

¿Cual el nuevo motivo que tuviera Horacio para precipitar sus pasos a fin de acercarse a Lucila? Un suceso imprevisto, un hecho que no estaba en sus cálculos. Pesaban sobre la antigua casa del Canónigo varios créditos de plazo vencido, y en la imposibilidad de pagarlos, la familia Carmona se vio en el duro trance de sacrificar la finca. Con lágrimas y sollozos abandonaron el querido techo. ¡Qué golpe para Horacio y Lucila!

En aquella dulce mansión se habían conocido y tratado desde niños; allí se habían cruzado las primeras miradas de tierno amor. Todos los sitios de la vieja y poética morada, estaban consagrados por vivísimos recuerdos. Más de una vez, en horas tristes, habían humedecido aquel suelo con lágrimas ardientes; y también habían soñado con la dicha, en idílicos coloquios, bajo la fronda perfumada de sus rosales. Era un cruelísimo destierro a que los condenaba el destino.

Pasaron algunos meses. Caballerosamente fue oída la manifestación de Horacio por Mario y Héctor, quienes, en perfecto acuerdo con su bondadosa madre doña Angela, brindaron al joven pretendiente franca entrada a la casa. Mucho influyó en ello la actitud de don Lope, el noble anciano, quien se había declarado en favor del mancebo, defendiéndolo cada vez que se tocaba el asunto en los consejos de familia.

Demás estará pintar el infinito gozo de los amantes. La misma Celsa, que tan hostil se mostrara con el bachiller Viana, le sonrió agradecida al verlo subir la escalera por primera vez. Como fiel y celosa dueña, veíase ya libre de zozobras, aliviada de la continua vigilancia que ejercía sobre Lucila, por causa de aquel estudiante, que le había dado buenos chascos, sin dejarse sorprender jamás en sus galantes aventuras.

\*  
\* \*

Llegaba para los estudiantes uno de sus grandes días: la fiesta patronal de la Purísima, en que se repartían los premios con gran solemnidad en la Capilla universitaria, siguiendo luego la vacante. Esta fiesta se hacía por lo común el domingo más próximo después de la conmemoración ritual, que es el ocho de diciembre, fecha en que de antiguo se celebra en la Catedral emeritense con gran pompa.

La Capilla de la Universidad nunca pudo contener el concurso de gente que solía asistir a esta fiesta mixta, mitad religiosa y mitad académica. Los estudiantes ayudaban a exornar no solo el templo, sino todo el edificio de su vieja casa escolar, con un entusiasmo indescriptible. Veían la vacante detrás de la gran fiesta.

Reuníase el cuerpo académico en el salón de exámenes, que era el más vasto, revestido cada doctor con las insignias correspondientes, que consistían en toga

negra de seda, muceta de raso, blanca para los teólogos, verde para los canonistas, roja para los abogados y amarilla para los médicos, con la borla del respectivo color, en figura de bonete, plano arriba, como un sombrero de copa, cubierto con gran flueco circular de hilos de seda, y coronado con la borla, en forma de bellota, levantada sobre un entorchado de oro fino.

En los eclesiásticos, la borla tenía la forma del clásico bonete de cuatro picos, provisto del mismo flueco, pero en vez de bellota de seda en la cimera, ostentaba un ramito con hojas y flores de buen oro.

Organizado el cuerpo académico en dos filas, por riguroso orden de antigüedad, precedido por la banda de música, los grupos de estudiantes y el tropel de espectadores, salía del claustro y recorría un trecho de la calle, para ir a la Capilla, donde el Rector, el Vice y el Decano tomaban asiento bajo un solio colocado cerca del presbiterio, por el lado del Evangelio, y los demás académicos ocupaban la sillería en dos alas, al centro de la iglesia.

Era muy viva la expectación del concurso ante el ilustre cuerpo universitario, revestido con aquel esplendor. Iniciábase allí mismo la misa solemne, con sermón, que pronunciaba algún canónigo o eclesiástico titulado. Terminados los oficios religiosos, sentábanse el preste y los otros oficiantes en sus asientos del presbiterio, sin despojarse de las sagradas vestiduras, y sonaba entonces la campanilla bajo el solio del Rector. Quedaba abierto el acto académico.

El maestro de ceremonias, con la varilla de plata en las manos, orientaba a los que debían desempeñar algún papel en el acto. Subía el Secretario a la tribuna, colocada *ad hoc* del lado de la Epístola, y leía en voz alta las actas de examen. Llamados los jóvenes premiados por el mismo Secretario, iban acercándose al solio académico, donde el Rector les prendía en el pecho, a manera de condecoración, el lazo de cinta que correspondía a la clase de premio, esto es: primero, segundo y tercero. El color de los lazos variaba, según la materia de estudio, guardándose en esto el mismo simbolismo de las insignias académicas.

En la solemnidad de aquel año, terminada la repartición de premios, la música saludó a los laureados con alegre pieza de música, y luego fue conducido a la tribuna un joven imberbe, estudiante de Derecho. El bachiller Viana era el orador de orden. En su pecho lucían los primeros premios en Derecho civil y Cánones.

Compromiso arduo y solemne para un muchacho que se estrenaba en la tribuna. Sus primeras palabras, entrecortadas y tímidas, presagiaban el fracaso. Vivo sentimiento de compasión adviértese en el auditorio. El susto del jovencito era manifiesto.

Veíase allí, de pronto, expuesto a las miradas de todos, en aquel templo de la Religión y la Ciencia, donde había tantos doctores y tanta gente conspicua, y donde lucían sus encantos, sentadas a la oriental sobre ricas alfombras, en las naves laterales, considerable número de damas de lo más distinguido, entre ellas la señorita Albani, quien en aquellos momentos estaba con los ojos bajos, en actitud de orar, pero con toda el alma en la tribuna.

Dándose cuenta el joven de que el miedo lo conducía a ruidoso fracaso, secretamente clama al cielo desde lo más íntimo; y el cielo le fue propicio, porque al punto reacciona, arde en su pecho de veinte años la llama milagrosa del entusiasmo, llama que incendia sus palabras y comunica a sus ademanes el despejo y la elegancia que las circunstancias exigían. En pocos instantes señorea la tribuna y



domina al auditorio hasta el final de su discurso. El triunfo fue completo. Un premio gordo en la lotería del buen éxito.

A la salida de la Capilla, los estudiantes lo ovacionan con estrepitosos aplausos; y en llegando al claustro con el cuerpo académico, vióse allí colmado de abrazos y elogios capaces de envanecer al más modesto, porque partían de personas muy autorizadas. Lo felicitaron, entre otros hombres de letras, dos príncipes de la tribuna: el doctor Eusebio Baptista y el Canónigo doctor González.

El discurso mereció un honor raro en aquellos tiempos. Fue publicado en cuaderno por cuenta de un grupo de universitarios, encabezados por el Rector doctor Dávila, el canónigo doctor Carrero y el doctor Monsant.

Horacio se había cuadrado. En la noche fue de visita a la casa de los Albani. Faltábale el laurel que más ambicionaba. La primera en recibirlo, al extremo de la escalera, fue Celsa:

—Mi enhorabuena, niño Horacio —le dijo con gran cariño—. La gente se hace lenguas ponderando lo bonito que habló usted esta mañana. Así se hace.

—Mil gracias, Celsa. ¿Se puede pasar? —preguntó el joven, acatando la venia de la buena señora.

—Adelante, adelante. Don Lope estuvo aquí expresamente a felicitar a Lucila. Y ya me imaginaba que vendría usted sin falta esta noche —le contestó la dueña, torciendo los ojos picarescamente.

Hallábase Lucila en la sala de recibo, leyendo al lado de la mesita central. Una primorosa pantalla, de estilo japonés, amortiguaba la intensa luz del quinqué, manteniendo en sugestiva penumbra la graciosa cabeza de la joven. La rica estancia olía a rosas y violetas.

Desde que resonaron tacones en la escalera, la lectura fue aparente. La atención de la niña quedó pendiente de aquellos pasos. Con dulce sobresalto esperaba oírlos por momentos.

Horacio dio las buenas noches al entrar, y llevándose la mano al bolsillo del pecho, avanzó hasta ella con el corazón palpitante, diciéndole galantemente:

—Esta noche te traigo cintas en vez de flores. Aquí tienes mis premios. Por ti y para ti los he ganado.

Fue tal la emoción de la señorita Albani, que no pudo contestar allí mismo. Trémula y silenciosa recibió los lazos de cinta, rojo uno y verde el otro, que le ofrendaba Horacio. Levantóse luego de la silla, tomando del jarrón de porcelana que adornaba la mesita próxima, un preciosísimo ramo, lo ofreció al joven con voz débil e insegura, pero con una espiritualidad radiante:

—Las flores me tocan hoy a mí. Adorna con estos pensamientos las palmas de tu triunfo.

Y no hablaron más por los momentos. Era necesario el silencio para oír el ritmo de sus corazones y gozar del intenso fulgor de las pupilas, medio más elocuente que las palabras para comunicarse mutuamente hondas emociones y promesas de ventura.

Hay golpes del destino demasiado alevosos. Tres noches después de la anterior entrevista, hallábase otra vez Horacio de visita en la casa de los Albani, repleto el corazón de esperanzas, formando lindos proyectos de bailes, disfraces y paseos para los aguinaldos y pascuas, temporada que siempre ha prometido a los amantes felices ocasiones de acercarse.

Dicho se está que el joven se hallaba bajo el mágico poder de los ojos de Lucila, con quien departía en aquellos momentos, ya libre de amarguras y contrariedades, cuando de pronto se oyeron voces de alarma en el interior de la espaciosa casa. Las daba doña Angela desde uno de los aposentos, presa de la mayor tribulación. El caso era grave.

Los jóvenes se lanzan, como movidos por un resorte, hacia el interior. Detiéndose Horacio en la antesala, en angustiosa expectativa, en tanto que Lucila, desapareció tras la puerta entornada del aposento inmediato, para reaparecer casi en seguida, demudada por completo.

—¡Mi papá se muere, Horacio! ¡Pronto, pronto, un médico y el Padre! ¡Que venga Héctor!...

Horacio no oye más. Toma su sombrero, baja a saltos la escalera y se precipita en la calle. Casualmente se encuentra a Héctor en la plaza Bolívar. Ambos vuelan en busca del médico más inmediato, volviendo a la casa con la presteza que exigían las circunstancias, acompañados del doctor Eladio Alvarez de Lugo, excelente facultativo que a la sazón estaba en Mérida.

Se trataba de un ataque cerebral fulminante. Don Francisco fue metido inmediatamente en un baño caliente de pies, de que hubo que retirarlo en breve, porque estaba ya moribundo. Todo esfuerzo de salvación era ineficaz.

El canónigo doctor González, llamado al efecto, por impedimento del cura, llegaba en aquellos momentos críticos. Extiende sus manos sobre el enfermo con imponente seriedad y recita a media voz las preces de la absolución. Al rumor del rezo, uníanse sollozos reprimidos y el pausado estertor del agonizante, hasta que, tras breve silencio, el sacerdote pronunció con voz solemne la eterna despedida: *¡Requiescat in pace!*

Sobrevino entonces el gran desconcierto, la inevitable confusión que trae consigo un desastre súbito de aquella naturaleza. Las patéticas escenas de la viuda y los hijos sobre el lecho mortuario; el tropel de gente, de todas condiciones, que invade la casa, movidos unos por afecto, y otros por mera curiosidad; y las apremiantes diligencias para organizar, en pocas horas, con el decoro debido, las exequias y enterramiento, diligencias más dificultosas en lugares que carecen de agencias funerarias.

La media noche sería cuando la casa volvió al silencio. Esperábase esta hora de menos concurso, para amortajar con calma al venerable difunto, que aun permanecía en el lecho mortuario. La pieza en que se hallaba era contigua al aposento donde devoraba su pena doña Angela, acompañada de Lucila, sus hijos más pequeños y otras damas de la familia.

Reinaba en la alcoba el mayor silencio. La dolorida niña, cuyo temperamento era por extremo sensible, sintiendo de pronto ruido de pasos, creyó que ya se llevaban el cuerpo de su padre para velarlo en la sala. Levantóse entonces, fuera de sí, para huir hacia el jardín y desahogar allí su oprimido pecho, lejos de la alcoba, pues no quería agravar su llanto y sus gemidos la aflicción de su querida madre, ni despertar a sus hermanitos, que ya dormían tranquilos.



Rebujada en un pañolón, salió precipitadamente hacia el interior, descendiendo luego por la escalera, para dirigirse al corredor del jardín, en la planta baja del edificio, solitaria en aquellos momentos. Celsa y una amiga, que advirtieron su escape y la excitación nerviosa que se pintaba en su semblante, la siguieron a distancia, temerosa de que pudiera sobrevenirle algún accidente.

Había que atravesar un largo zaguán, casi oscuro, para salir al jardín. La joven se detiene de súbito, paralizada de espanto, a la mitad del sombrío y silencioso pasadizo.

¡Oh, coincidencia terrible! En tanto llegaba la hora de amortajar el cadáver, la urna había sido colocada en aquel zaguán, poco frecuentado de noche. Estaba allí el ataúd, sin tapa, a media luz, listo para recibir el cuerpo de don Francisco, como enorme boca abierta, fría, muda e implacable!

La joven dio un grito desgarrador ante el cuadro sepulcral con que tropezaron sus ojos. Trata de retroceder, pero el terror la enajena, sobreviene el vértigo, vacila como débil caña que el vendaval azota, y se desploma sin sentido, cayendo fatalmente sobre el destapado ataúd, cuyas negras tablas, heridas por el delicado cuerpo de la niña, sonaron de un modo ronco, impresionante y lúgubre.

Celsa y la otra dama, que la seguían, llegan horrorizadas, sin poder evitarle la caída. Piden socorro, y en el acto vuelan sus hermanos y otras personas al teatro del suceso. Trasladada en peso al aposento donde se hallaba la familia, llamóse al médico con urgencia, porque la joven tardaba en recobrar el conocimiento y se trataba de una impresión demasiado fuerte, por lo inesperada y tétrica.

Cuando volvió en sí, después de activo tratamiento, sus primeros recuerdos fueron vagos e incoherentes. No tenía plena conciencia de la dramática escena. Recordaba lo sucedido, no como una realidad evidente, sino como un sueño, como una pesadilla espantosa.

¡El pobre Horacio! Las justas alegrías de su triunfo, los risueños proyectos de pascuas, sus visitas periódicas a Lucila, apenas iniciadas, todo el mundo de cosas bellas y emocionantes con que soñaba en aquellos días, todo, todo desaparecía en un momento, fulminado por aquella repentina desgracia.

Compartiendo desde lo más íntimo el acerbo dolor de su amada, resignóse a esperar que pasase el rigor del duelo, negro nubarrón que venía a eclipsar la estrella de su felicidad, cuando apenas apuntaba en el horizonte.

## CAPITULO XVII

### NOTICIA DESCONCERTANTE

Corrieron varios meses. Miguel Olmedo y Horacio Viana, amigos inseparables, platicaban cierta tardecita, echando afuera las impresiones recibidas en la Octava de Corpus, efectuada ese día en la iglesia del Llano. Esta fiesta atrae mucha gente a la parroquia donde se celebra. Por riguroso orden la hacen en Milla, Llano y Belén los domingos que siguen a la Octava de Catedral.

Las familias extreman los recursos de ingenio en la hechura de los altares, a fin de que luzcan los baldaquinos en medio de primorosas obras de arte, levántán-

dose también a trechos, en la carrera que ha de seguir la procesión, hermosísimos arcos de flores naturales y variadas frutas, traídas expresamente de los campos, lo mismo que animales silvestres, de rara adquisición, como armadillos, lapas, aves montaraces, etc., cazadas al intento. La plaza de la parroquia ofrece ese día un aspecto risueño y pintoresco, a la vez que una concurrencia extraordinaria.

Las merideñas lucen en estas fiestas todo el lujo que les permite su posición, desde la dama de campanillas hasta la rústica aldeana de los páramos. Entiéndase que hablamos de lujo en el vestido, porque lujo de gracias y belleza, todas lo gastan de continuo, aunque vistan de zaraza en el interior de sus casas.

Suelen habilitarse algunos zaguanes en la plaza y sus alrededores, para instalar expendios de dulces secos y de plato, artículos de abundante producción en la ciudad de la Sierra, lo mismo que horchatas, aguas frescas y sorbetes. Los licores espirituosos había que buscarlos en las bodegas y pulperías, porque eran materia prohibida en estos improvisados ventorrillos.

Agregase a esta oferta de dulces y bebidas, la variada y abundante cantidad de frutas y verduras que cuelgan de los arcos, apetitosa provisión que se detalla a precios más altos que los del mercado, cuando termina la función religiosa, ocasionándose más de una pelotera, por competencia entre los compradores de los frutos, que se apiñan y gritan con impaciencia bajo estos arcos singulares, que son una espléndida y popular exhibición de la riqueza agrícola de los Andes.

En una palabra, es fiesta de grandes atractivos: los niños dan un ojo de la cara por ir a las octavas; los dos ojos, que se les van tras la primera chica que los cautiva; y los padres y madres de familia, que son los menos, tienen que andar, sin embargo, a cuatro ojos, de aquí para allá, cuidando a los niños, celando a las chicas y viendo de sí mismos, para no ser atropellados por el gentío.

Tal era la crónica que comentaban nuestros jóvenes ya nombrados, cuando acertó a pasar Héctor Albani, quien los saludó cariñosamente, continuando su camino a paso acelerado.

—¿En qué andaré Héctor tan de prisa? —preguntó Horacio.

—No será extraño que ande ya en diligencias de viaje. No piensa en otra cosa. —dijo Miguel, sonriéndose.

—¿Qué viaje? —pregúntale Horacio sorprendido.

—¡Cómo! ¿No te lo ha comunicado? Un viaje a Europa.

—Primera noticia que tengo.

—Pues creía que lo supieras mejor que nadie, desde luego que no va solo.

—Nada sé, te lo juro —dijo Horacio, sin salir de su asombro.

—Va acompañando a persona que te interesa demasiado. Irá con su hermana Lucila.

—¡Con Lucila! —exclamó Horacio estupefacto.

—La ha llamado de Italia una tía millonaria que por allá tiene, con motivo de la muerte de don Francisco.

Fue tan manifiesta la conmoción de su compañero, que Miguel hubo de arrepentirse de lo dicho.

—¿Estás cierto de lo que dices? preguntóle Horacio, demudado por completo.



—No, chico, no te apures tanto. Digo lo que he oído de labios del mismo Héctor, pero como éste, tú lo conoces, es un excelente muchacho, aunque iluso e inexperto, acaso dé por hecho el viaje, sin contar con el parecer de doña Angela ni de Lucila. Es imposible creer que dejen de comunicártelo, si fuera ya un asunto resuelto.

Estas consideraciones, con que el joven Olmedo trató de atenuar la noticia dada a quema ropa, no tranquilizaron a Horacio, quien continuaba aturdido por el golpe. Inesperadamente veíase despeñado de la risueña altura, donde acariciaba el ideal más bello de su vida, para hundirse en la negrura del desengaño, en el abismo de un dolor inmenso.

¿Lucila de viaje para Europa, sin comunicárselo, sin decirle la más mínima palabra? ¡Oh! el caso era para trastornarle el juicio y hacerle pedazos el corazón. Había antecedentes ignorados por Miguel Olmedo, que agravaban tan infausta noticia. Horacio venía observando, desde hacía días, cierta tristeza invencible en la señorita Albani. Manifestábase con él atenta y solícita, pero su trato no era expansivo.

Era sensible la mudanza que en ella se advertía, aunque sin atinar en la verdadera causa. A veces se abstraía melancólicamente, como dominada por un pensamiento amargo; pero negábase siempre a confesar esta alteración en su modo de ser, achacando su tristeza a causas frívolas o momentáneas. La intempestiva noticia de su largo viaje fue, pues, para Horacio como la clave del enigma que secretamente venía atormentándolo.

Efectivamente tenía la señorita Albani en Italia una tía de su mismo nombre, casada con un caballero distinguido, a quien suponían millonario, dueño de un palacio en Constantinopla, a donde solía ir de temporada con la familia. Doña Lucila y don Francisco eran hermanos y se habían amado entrañablemente. De aquí el nombre puesto a su primera hija, para tener presente a su lado a aquella otra Lucila, de quien lo separaba la inmensidad del Océano.

Sabía Horacio, además, el gran cariño que la señora italiana profesaba a su sobrina, y los vivos deseos que manifestaba en sus cartas por conocerla y ayudarla a granjearse un porvenir ventajoso. Estas relaciones de familia, que el joven recordaba haber oído alguna vez de labios de la misma Lucila, tomaban ahora cuerpo y proporciones exageradas en su imaginación exaltada, sirviendo de fundamento a conjeturas lógicas y terribles, que despedazaban su corazón.

Llegó a pensar que acaso doña Lucila llamase a su sobrina, para brindarle en el seno de la misma familia algún partido brillante, que asegurase no solo el porvenir de la joven, sino también el bienestar de doña Angela y los menores hijos de don Francisco. Así se explicaba Horacio la tristeza y el silencio de Lucila. Efecto de la irresolución, del conflicto, de la angustia, en fin, en que debía estar la joven. ¿Sacrificaría su amor por los suyos?

Era de imperiosa necesidad salir de tan violenta incertidumbre, hablando con Lucila cuanto antes. En estos casos la duda es más terrible que la misma realidad. Aunque Horacio iba a la casa de los Albani tres veces por semana, aquella noche no era de visita. Sin embargo, bien merecía el asunto romper la costumbre; y así lo hizo resueltamente el joven, con el sobresalto que puede imaginarse.

Pero volvamos atrás. ¿Qué causa entristecía a Lucila? Aunque muy otra de la que se imaginaba Horacio, podía llegar, sin embargo, a tener decisivo influjo

para precipitar a la niña en la resolución de dejar el nativo suelo y emprender aquel largo viaje por tiempo indefinido.

A oídos de la señorita Albani había llegado, con alguna vaguedad, cierta crónica de galanteos, en que figuraba el joven Viana; y esto la mantenía cavilosa, profundamente preocupada y en secreta ansiedad por saber lo cierto. Pero el asunto era de suyo delicado y difícil de esclarecer por tratarse de meras sospechas. Ahora lo sabrá el lector.

\*  
\* \* \*

Hallábanse de paseo en Mérida dos señoritas de lejanas tierras, parientes de distinguida familia, cuya casa solía frecuentar el bachiller Viana, atraído por el trato franco y expansivo que allí le brindaban desde niño los jefes del hogar y la familia toda. La llegada de las nuevas muchachas, como acontece de ordinario, fue motivo de animadas tertulias en la casa. Amén de las gracias juveniles y el exquisito trato, circundaba a las recién venidas la atrayente aureola de la novedad, en que influía no poco la cadencia exótica del dialecto.

Para amenizar las tertulias, vinieron sin esfuerzo alguno, las tradicionales *vueltecitas* en confianza, so pretexto de ensayar la mazurca, baile poco usado entonces en los salones y que las chicas sabían a maravilla, con la circunstancia de que al propio tiempo sabían de música y canto.

A la edad de veinte años, estos entretenimientos vienen siempre a pedir de boca. La presencia de muchachas hermosas en una sala de recibo, donde resuenen piezas de músicaailable, produce en los jóvenes un cosquilleo particular en todo el cuerpo, que no pasa sino lanzándose en el torbellino de un valse o en la locura zapateada de una polca.

—¡Arriba, Horacio! —exclamó cierta noche doña Beatriz, la matrona de la casa, relativamente joven y de genio alegre—. Todos han bailado menos tú. Estas muchachas no saben todavía como mueves los pies.

—Tiempo llegará —contestóle el joven, riéndose—. Hasta ahora no han tocado sino mazurcas, baile que no conozco sino de vista.

—Por lo mismo debes sacar pareja para aprenderlo. Lola es muy hábil y te enseñará con poco esfuerzo.

—¡Oh, no! —dijo la aludida, que era la menor de las recién llegadas—. No lo comprometa de ese modo. Sus razones íntimas tendrá para no bailar.

—Francamente, no he bailado por la razón dicha —dijo el imberbe caballero con presurosa galantería—. Pero si la señorita es tan amable que se resigne a soportar los brincos y saltos de un aprendiz, daré gusto a doña Beatriz de mil amores.

Horacio estaba a la sazón rojo como una amapola, porque las intencionadas palabras de Lola habían provocado risas y bromas en la rueda, a que él no estaba acostumbrado. No había más recurso que bailar, único medio de ampararse por los momentos contra la lluvia de indirectas sobre sus amores, con que lo quemaban sin piedad las muchachas y los mozos.

Sonaron los instrumentos, tiple y guitarra. Horacio y Lola salieron al centro de la sala, entre voces de aliento y de alegría. Hacían buena pareja.



—Aquí se invierten los papeles, señorita. Usted bailará y yo procuraré seguirla dócilmente. Le pido anticipado perdón por el duro trabajo en que la ha puesto doña Beatriz.

—Pierda cuidado. Tengo mucho gusto en contribuir en algo para que aprenda. ¿No baila polca? Vea usted, es muy parecida la mazurca.

Y empezaron: ella con gran donaire y maestría, y Horacio con muchas dificultades al principio. Ora echaba hacia adelante el pie que no era, ora lo volvía hacia atrás cuando no era tiempo, lo que motivaba encantadoras advertencias de la chica y risas de los espectadores.

—Cantaré los pasos para que no se pierda —díjole con graciosa solicitud—. Atención: derecha, uno, dos, tres. Izquierda: uno, dos, tres. Vuelta rápida. ¡Muy bien!

Y así cantando y bailando, la simpática Lola fue adiestrando a Horacio con tanto estilo y elegancia, que el joven estaba encantado de los atractivos que le brindaba aquel aprendizaje suavemente voluptuoso.

Y aunque pronto se sintió capaz de regir por sí mismo la mazurca, se dejaba estar a la pasiva, como principante, subyugado por el delicioso impulso y repetidos tironcitos de mano, que por fuerza tenía que darle la niña, gobernando a voluntad los pasos y vueltas de la mazurca.

En las noches siguientes, hubo segunda y tercera lección. Ya Horacio bailaba correctamente, pero ella siempre cantaba a media voz los principales movimientos, embriagándolo con el perfume de su aliento y las sonrisas de aplauso que le dedicaba.

—Esta noche no me ha hecho usted ninguna observación— díjole el joven muy quedado en medio del baile.

—¿Qué puedo observarle? Ya baila usted perfectamente.

—¡Ah! mil gracias. Si supiera que siento mucho haber hecho tan rápidos progresos.

—¿Por qué dice eso? —preguntóle Lola sorprendida.

—Sencillamente, porque es muy dulce la condición de aprendiz.

La chica se sonrojó visiblemente y le torció los ojos.

—Si esas tenemos, baile como maestro, que ya puede serlo.

Y se dejó estar a la pasiva en la mazurca, de suerte que Horacio tuvo que regir los movimientos, sin que los circunstantes advirtieran el cambio.

En cesando la música, el joven dio las gracias a Lola de manera expresiva.

—En cada mazurca que baile, tendré un vivo recuerdo de estas bellas lecciones.

—No tan bellas como usted desearía —contestóle con picaresca sonrisa.

—¿Por qué?

—Porque no soy la llamada a enseñarlo como usted quisiera. Lo he hecho a la varsoviciana.

—¿Y eso qué tiene qué hacer?

—Mucho, mucho —díjole con mirada honda e inquisitiva—. A usted le habría gustado más aprenderla a la italiana.

El tiro daba en el blanco. Horacio optó por reírse y la condujo cortésmente de brazo al asiento en que debía descansar. No había otra salida. Contestarle afirmando, no era galante, a tiempo que la negativa o disimulo era tanto como pagar con un peligroso engaño la ingenua fineza con que la joven se había prestado a servirle de profesora de baile.

Además, allá *in pectore* comprendía Horacio que esta clase de pasatiempos no debían caerle en gracia a la señorita Albani, porque aunque no fueran poderosos a romper el cristal de la fidelidad, sí lo empañaban de seguro.

La galantería en el trato con el bello sexo tiene límites insalvables. Cuando degenera en dolosos galanteos, se rebaja y vulgariza. Nunca puede ser hidalgo explotar la debilidad e inocencia de la mujer honesta, ofrendándole, como legítimas, prendas de amor falsificado.

\*  
\* \*

Reanudemos el hilo de la historia por lo más gordo para el joven mazurquista: el fardo aplastante que lo agobiaba días después de estas escenas. ¡Lucila de viaje para Europa!

Tan luego cerró la noche, dirigióse a la casa de los Albani. Una encantadora pequeñuela, de pelo rubio, hermanita de Lucila, lo recibió en lo alto de la escalera. Al punto lo condujo a la sala, donde lo dejó solo, mientras anunciaba la visita.

Rara será la mujer que no extreme las habilidades en el tocado para recibir al prometido. La natural presunción las obliga a cuidar de su hermosura y a realzarla con arte y elegancia; pero sobre estos ciudadanos, de suyo habituales, viene siempre algún toquecito o gala extra, cuando se trata de recibir al príncipe de los ensueños.

En el presente caso faltó la regla, pues, sorprendida la señorita Albani con la intempestiva visita de Horacio, prontamente salió a la sala, sin cambiar de traje ni detenerse en el tocador, luciendo sus largos cabellos, sueltos sobre la espalda, ahorcados tan solo con una cinta, sencillamente vestida de blanco, sin ningún adorno de flores, blondas ni prendas que disputase el triunfo a sus naturales atractivos.

¡Y qué hermosura de cabellos! Cuando libres de todo ligamen, se esparcían por el aire, cubriéndole el rostro, sus bellas facciones surgían entre los negros rizos, como brotan en la tiniebla las rosas de la aurora. Horacio la había sorprendido cierta vez haciéndose el tocado en la casa del Canónigo.

*Con natural gentileza  
Ante el espejo, solita,  
Bella labor que acababa  
Trenzábase muy de prisa  
La abundante cabellera;  
Con un vaivén de cabeza,  
Lanzando la regia trenza  
Sobre el nácar de su espalda.*



Tal como solía aparecer por las solitarias galerías de la vieja mansión, así se presentó esta vez a los ojos del joven, casi de improviso, como si dejara en suspenso la labor doméstica para acudir a urgente llamado.

—No te esperaba —díjole con alguna inquietud al salir.

—Deseaba hablar hoy mismo contigo. Por eso vengo, quebrantando fórmulas.

—¿Qué hay? ¿Qué te ha sucedido? —preguntóle con ansiedad, clavando sus ojos en Horacio, cuyo semblante nada bueno anunciaba.

—Vengo con el alma traspasada de dolor, por una noticia que me han dado.

—¿Te han dicho algo de mí? ¡Habla, Horacio, habla por Dios!

—Me han dicho que me abandonas, que te han llamado de Italia, que partirás pronto con Héctor...

—¿Abandonarte yo? ¡Eso jamás! —dijo la joven de manera rotunda, sin salir de su asombro, con la más viva exaltación.

—¿Luego no hay tal viaje? —articuló Horacio, en la súbita expansión de su alegría.

—¿Y has creído semejante cosa?

—Parecióme que por eso venías triste desde hace algunos días. Creí que devorabas en silencio la pena que te causaría decirme adiós, quizá para siempre. Y como era doña Lucila la que te llamaba, y Héctor se alista para el viaje, ¿qué más quieres? Ponte en mi lugar. He sufrido horriblemente en pocas horas. ¡Oh, luego no me abandonas! Gracias, gracias, Lucila —exclamaba el joven transportado de gozo.

—¿Tanto me quieres? —preguntóle con radiante mirada la niña.

—¿Puedes dudarle? Ese viaje me habría matado.

—Nada te había dicho del llamado de mi tía, por inadvertencia, pero pensaba decírtelo mañana, en vista del tenaz empeño de Héctor para que me resolviera a ir, aunque de paseo, pues mi tía, con mucha generosidad, nos ofrece hacer todos los gastos. Héctor no piensa en otra cosa. Pero mi resolución es irrevocable. No me separaré de mi mamá ni de ti.

—¿Entonces por qué has estado tan triste en los últimos días?

—Una tontería, que ya me ha pasado —dijo la señorita Albani, algo tranquilizada, respecto a la fidelidad de Horacio, después de la inequívoca prueba de amor que acababa de darle.

—No me ocultes la verdad. ¿Te he dado, acaso, algún disgusto?

La joven guardó profundo silencio.

—Mi conciencia no me acusa de nada.

—No es caso de conciencia.

—¿Entonces de qué?

—Caso de mucha alegría y entusiasmo.

—No comprendo, Lucila.

—Yo comparto de todo corazón tus tristezas y alegrías, pero ahora se me ha hecho muy duro compartir contigo cierta clase de alegrías.

—¿A qué te refieres? Estoy en ascuas.

—Al entusiasmo con que has aprendido a bailar la mazurca.

—¡Por Dios! ¿Acaso has creído?...

—No, no: yo no he creído nada, nada. No tengo pruebas para condenarte ni para absolverte. Pero al pensar en eso, me pongo triste, muy triste...

Y en diciendo esto, brillaron dos lágrimas en sus ojos, a tiempo que reía de manera nerviosa, sin que Horacio pudiera saber qué impresión la dominaba. Si quería burlarse de su propio llanto, o anular la risa con la elocuencia de las lágrimas.

Simultánea expresión de opuestos sentimientos muy común en corazones femeninos de tierna sensibilidad. Placidez y disgusto, halago y reproche, risa y llanto, todo a la vez, sin que sea posible adivinar el verdadero estado de ánimo.

Como el terreno estaba abonado, Horacio pudo, al fin, disipar las sospechas que preocupaban a la niña, motivadas por la croniquilla galante de la escuela de mazurca, quedando el joven advertido, para lo porvenir, de que podía tener consecuencias amargas el aprendizaje de baile con muchachas de tentadora hermosura.

\*  
\* \* \*

Algunas semanas después, una escena conmovedora, de carácter íntimo, tenía lugar en el mismo salón de la casa de los Albani. Lucila recibía la visita de Horacio, pero notábase en la conversación de ambos largos intervalos de silencio. Un pensamiento fijo, lleno de amargura, oprimía sus corazones. Trataban de alejarlo, hablando de cosas muy extrañas, pero aquel pensamiento volvía sobre ellos, martirizándolos más y más, a medida que corrían las horas.

Pausadamente resonaron en la torre de Catedral las nueve de la noche. Aquel tañido lejano y solemne, produjo en ellos una conmoción profunda. Señalaba un momento fatal. Pálido y silencioso levántase el joven de su asiento, para acercarse a Lucila, con la mano extendida. Ella se había llevado el pañuelo a los ojos, deshecha en llanto.

—Consuélate, Lucila. Volveré pronto. Contigo queda mi corazón.

La niña estalló en sollozos, sin poder hablar, alargando su delicada manecita al joven, quien la estrechó con frenesí entre las suyas, pronunciando con voz ahogada la última palabra de despedida.

—¡Adiós, adiós!...

Y huyó con presteza, desgarrado por el dolor de Lucila, con los ojos irritados también por las lágrimas.

Partía en la mañana del siguiente día, acompañando a su padre en honrosa comisión del servicio público. El viaje no traspasaba los límites del Estado, ni era de larga duración, cuarenta días lo más; pero para nuestros protagonistas, no acostumbrados a separarse, el dolor de la despedida era tan intenso, como si se tratara de darle la vuelta al mundo.

¿Qué tal, si la señorita Albani se hubiera despedido para Europa? La ausencia es el terror de los amantes.



## SACRIFICIO POR SACRIFICIO

La unión de los Estados Trujillo, Mérida y Táchira para formar uno solo, con el nombre de Los Andes, conforme a la Constitución Nacional de Venezuela de 1881, fue realizada por la notable Asamblea Constituyente reunida en Timotes en agosto del mismo año.

El general Santana Saavedra fue el primer Presidente Provisorio de la nueva y vasta entidad política, pero entregó el mando en Timotes, por virtud de renuncia, al Licenciado Francisco de Paula Vásquez, a quien tocó instalar la capital en Mérida, haciendo su entrada a dicha ciudad el 23 de noviembre, en medio de gran concurso y del más vivo entusiasmo, engalanada la ciudad como para una fiesta.

Este primer magistrado del grande y poderoso Estado de la Cordillera, debido a sus prendas personales de carácter, talento e ilustración, supo captarse desde luego muchas simpatías en el seno de la sociedad emeritense. Era por extremo simpático en el trato. La naturaleza había negado a su cuerpo toda clase de atractivos, pero en cambio lo había dotado de una espiritualidad exquisita y de un ingenio sagaz, inclinado al chiste delicado y agudo. Como abogado, era habilísimo y de justa reputación. Había sido discípulo aventajado del gran Sanojo.

Pocos días después de instalado en Mérida el tren gubernativo del Estado, en noche muy serrana, por lo fría y nebulosa, pasada ya la hora de la queda, en que no aparece alma viviente por las calles, paseábase el doctor Viana por el corredor de su casa, esperando a Horacio para cerrar el portón, cuando llamaron a la puerta apenas entornada. Era un oficial de la guardia del Estado.

—¿Se encuentra aquí el joven Horacio Viana? —preguntó al doctor desde el dintel de la puerta.

—Aún no ha llegado. ¿De parte de quién lo solicita usted? —averigüóle el doctor en el acto, sorprendido ante aquella solicitud intempestiva por parte de la autoridad.

—De orden del señor Presidente del Estado.

—¡Ah! —exclamó el doctor—. Se lo diré al llegar. Puede informarlo así al señor Presidente.

—Tengo orden de esperarlo aquí y acompañarlo luego —dijo el oficial, acomodándose como un centinela del lado fuera del portón.

Casi en seguida, se oyeron tacones por la acera de la calle. Era Horacio. Al punto el oficial le comunicó la orden de comparecencia. El joven se sorprendió no menos que su padre, a quien interrogó silenciosamente con la mirada. No tenía él dares ni tomares con la política.

—Algo ocurre, hijo, cuando lo llaman a esta hora. Vaya al instante.

El joven y el oficial se alejaron prontamente, ocultándose allí mismo entre la espesa niebla que llenaba la calle, mientras el doctor entrejuntaba el portón, cavi-

lando sobre lo ocurrido. Por las apariencias, habríase creído que aquello era una prisión política, y así lo creyó de primeras el mismo oficial, en vista de las instrucciones reservadas que se le dieron. Pero mediaba la circunstancia favorable de existir nexos de amistad muy firmes y sagrados entre el doctor Viana y el Licenciado Vásquez.

La casa presidencial estaba ya cerrada, pero el oficial dio su nombre por el ojo de la llave, y la puerta se abrió en seguida. Había en el zaguán otros individuos de guardia, de pie unos y sentados otros.

—Sígame, joven —dijo a Horacio el oficial que lo conducía.

Todas las habitaciones estaban cerradas, pero oíase rumor de voces en el salón principal. Avanzaron por el corredor hasta una puerta, que el oficial abrió, invitando al joven a que entrase, puerta que cerró otra vez por fuera, quedando Horacio adentro, como prisionero a quien bonitamente dejan guardado, sin haber oído más explicación que estas cortas palabras:

—Espere aquí.

Se hallaba en un aposento alumbrado por un quinqué, cubierto con antifaz. Los muebles que allí había, cama, velador, hamaca, roperos etc., indicaban que era la alcoba del Presidente. Aún no había acabado el joven de pasar revista al lujoso menaje de la pieza, cuando se abrió otra puerta y apareció el Licenciado.

—Has caído como ratón en trampa. Ni remotamente sospechas para qué te he llamado de este modo.

—Estoy a sus órdenes —dijole Horacio, tranquilizado con aquel amistoso recibimiento.

—Para un muchacho de tus dotes y aspiraciones, que nunca ha perdido de vista el campanario de su pueblo, un viajecito a la capital de la República, es un sueño dorado, un deseo permanente e inquietante. ¿No es cierto?

—¿Quién lo duda, Licenciado?

—Pues bien, esta noche se realiza el sueño para ti, como si fuera con varita mágica. El viaje depende de tu sola voluntad, sin que tengas que gastar ni un céntimo de tu bolsillo. ¿Estás dispuesto a partir para Caracas dentro de pocas horas?

El joven escuchaba atento, y miró al Licenciado sonriéndose, con manifiesta incredulidad. Conocía su carácter festivo.

—¿Lo crees una broma? Te hablo en serio —dijole el respetable caballero, sentándose en la hamaca y haciendo una señal al joven para que acercase la silla.

—Oye en absoluta reserva. En alta madrugada debe partir un comisionado especial del Gobierno a poner en manos del general Guzmán Blanco pliegos de suma importancia. Llevará escolta para su seguridad hasta La Ceiba y carta blanca para las autoridades del tránsito. Me he reservado nombrarlo, y por eso el llamado urgente, para ver si tú aceptas la comisión. Te daremos, además, bestia de silla, asistente y trescientos pesos en oro para el viaje, a reserva de cubrir otros gastos indispensables. ¿Aceptas?

El joven estaba confuso, casi aturdido.



—Francamente, Licenciado, creo que esa comisión es demasiado grave para mí. No tengo ninguna práctica en el manejo de los asuntos públicos. Podría pecar por inexperto.

—Si lo ideal de la comisión está precisamente en que no tienes que hacer casi nada. Poner los pliegos en manos del Ilustre Americano y esperar la contestación, trasmitiéndonos fielmente lo que él te diga de palabra. Negocio manso, y para ti, brillante, porque el general Guzmán te recibirá con agasajo, en vista de recomendaciones personales que llevarás. Así es que los días que allá pases, vivirás en los cogollitos.

No era tan lerdo Horacio que no apreciase desde luego todas las ventajas de aquel inesperado nombramiento. La emoción lo embargaba hasta el punto de no poder coordinar bien las frases para contestar al Presidente, acabando por decirle:

—No puedo resolverme inmediatamente. Necesito pensar un poco y consultar con mi padre, quien esperará con inquietud saber la causa del urgente llamado.

El Licenciado se levantó silenciosamente de la hamaca, para acercarse al quinqué, y pegando casi los ojos al reloj de bolsillo, porque era miope, contestó a Horacio autoritariamente.

—Veinte minutos apenas de plazo para resolver. Volverás a decirme si o no, como Cristo nos enseña. En la inteligencia de que solo a tu padre podrás comunicar el asunto. Secreto de Estado.

Y le indicó la puerta. El joven salió con prontitud. Llevaba un volcán en la cabeza.

Es necesario saber que por aquel tiempo no era muy trillado el camino de la Sierra Nevada a la ciudad del Avila. Fuera de los senadores y diputados al Congreso Nacional, no iban sino muy contadas personas. Entre los jóvenes, era señaladísimo el que lograba dar un vistazo a la seductora metrópoli, porque habiendo Universidad y Seminario en Mérida, en ella misma podían hacer sus estudios profesionales, a tiempo que el escaso movimiento industrial de la población, no permitía, salvo raras excepciones, alargarse más allá de Maracaibo por razón de negocios. En dos palabras, era Mérida una ciudad sedentaria, de letrados, eclesiásticos y agricultores, en que abundaban los misterios de romántica belleza tras las celosías, y los grupos de estudiantes andariegos, propensos siempre a la aventura.

¿Un viaje a Caracas, como llovido del cielo? El caso era para trastornarle la cabeza a cualquier jovencito por apagado que fuera. En la torre de sus ideales, había para Horacio una campana misteriosa, que no tañía, sino que hablaba con voz argentina, diciéndole a toda hora: ¡A Caracas, a Caracas!

La ciudad ilustre, brillante estrado de las letras y las artes, el amplio teatro de la vida pública, donde en no lejano tiempo habían figurado sus mayores en primera línea, dejando un caudal de valiosas relaciones; Caracas, la ciudad espiritual y alegre, de costumbres deliciosas, con sus teatros, sus paseos y el clásico donaire de sus mujeres, presentábasele no ya como una ilusión querida, sino como próxima realidad. Y la misteriosa campana, con voz de sirena, volvía a decirle: ¡A Caracas, a Caracas!

Pero al salir a la calle y verse de nuevo envuelto en la niebla, abandonado a sí mismo en la oscuridad y el silencio, sintió aguda e íntima punzada en la mitad del pecho. Había pensado en Lucila, quien en aquellos momentos dormiría tranquila, acariciando dulces ensueños. Pensó en el repentino dolor de la pobre niña, cuan-

do supiese que su prometido se había fugado, que había partido sigilosamente, sin saberse por qué ni para dónde; que nadie daba de él más razón que su intempestiva marcha, en alta madrugada, sin despedirse de nadie ni dejar siquiera explicación escrita de su conducta.

¿Cómo despedirse de ella a aquellas horas? ¿Quién podría descubrirle la verdad? Caso imposible era, para el carácter del joven, confiar este encargo al mismo Licenciado o al doctor Viana, únicos que discretamente podían desempeñarlo, desde luego que no era prudente exponer el delicado secreto a las contingencias de una carta.

Así fue que, tras el momentáneo entusiasmo por la perspectiva de aquel soñado viaje, un presentimiento triste vino a nublar la mente del joven. Creía ver a Lucila transida de dolor, herida de súbito por la terrible sorpresa. Parecíale oír sus gemidos desgarradores y los apóstrofes con que lo recriminaba por aquel hecho, para ella inexplicable. Repasó toda la historia de sus amores, detúvose en el recuerdo de las pasadas ausencias, oprimiósele el pecho, suspiró apasionadamente por ella y... triunfó el amor.

De suerte que al llegar a su casa y empujar la puerta, ya el caso estaba resuelto definitivamente.

—Lo esperaba con ansiedad. ¿Qué ocurre? —preguntóle el doctor Viana, saliéndole al encuentro.

—No hay motivo para alarmarse, papá. Vengo por breves instantes a imponerlo del objeto del llamado.

Y con suma brevedad le comunicó lo que nuestros lectores saben.

—Es una prueba de gran cariño, pero debe meditar un poco antes de contestar —dijole el doctor.

—Ya he meditado por la calle.

—¿Y qué ha resuelto?

—No aceptar la comisión. Un viaje tan repentino no permite arreglar nada, ni siquiera despedirse de la familia y amigos. Parecerá una fuga misteriosa, que usted mismo no podrá justificar satisfactoriamente, sin violar el absoluto secreto que nos encarga el Presidente. Además, no se trata de un servicio público ineludible, sino de un favor que quiere hacerme el Licenciado. Sobrarán personas que desempeñen la comisión a ojos cerrados. ¿No lo cree usted así?

—Soy de su mismo parecer. Tampoco me agrada ese viaje tan festinado. Usted está joven, y acaso más tarde tenga ocasión de conocer a Caracas sin estos inconvenientes.

Rápidamente volvió el joven a la casa presidencial. Como la vez primera, lo condujeron al aposento, donde quedó solo algunos momentos, hasta que se presentó el Licenciado.

—Aplaudo tu puntualidad. Quizá no han pasado los veinte minutos. ¿Qué dice tu padre?

—Me ha dejado en libertad de resolver.

—¿Luego vienes dispuesto a ir?

—No, señor, no puedo aceptar la comisión.

El Licenciado hizo un movimiento de sorpresa, mirando atentamente al joven.



—Vengo a darle las gracias por esta gran prueba de cariño, y a suplicarle me excuse. No puedo truncar bruscamente mis estudios ni algunos trabajos tipográficos de compromiso, aparte otros inconvenientes. Es un viaje muy precipitado.

—Me dices las accesorias y te guardas la causa principal, que es de carácter muy íntimo. ¿No es cierto? Temes que la chica pueda juzgarte como desertor. Ya había pensado en ello, considerando que no tendrías tiempo de prevenirla. Mucho la quieres, en realidad.

Azoróse visiblemente el joven ante la penetrante comprensión del Licenciado, quien ciertamente sabía algo de aquellos amores, pero no protestó, limitándose a decirle con ingenuidad, ya que había adivinado el verdadero motivo:

—Espero que no dudará usted, ni por un momento, de mis deseos de servirlo en cualquier otra cosa.

—No tengas cuidado, muchacho. Nada has perdido en mi aprecio. Por el contrario, admiro tu abnegación. Eso sí, haste el cargo de que no nos hemos visto ni cruzado palabra alguna esta noche. ¿Comprendes?

—Perfectamente. Cuente usted con mi absoluta reserva en el particular.

Y se despidieron cordialmente.

Tres o cuatro días después, comentábase en los corrillos de la ciudad el viaje a deshoras de un joven cubano, empleado de confianza en el Gobierno del Estado, haciéndose sobre ello mil conjeturas, todas fuera de quicio, ventajosas unas y desfavorables otras para el joven viajero. Horacio oía en silencio, e *in pectore* se felicitaba por su rotunda negativa ¡Cuánto puede el amor!

No poco había influido en el ánimo del Licenciado para fijarse de primeras en el joven Viana, la grata impresión recibida días antes en el gran torneo literario con que la antigua Universidad de Mérida celebró el Centenario de don Andrés Bello. El discurso de orden fue un gran triunfo para el doctor Federico Salas Roo, talento de primera magnitud y palabra de oro, de que justamente se gloria la ciudad de la Sierra. También el joven Viana recitó desde la tribuna una composición de que era autor, captándose las simpatías del selecto auditorio y provocando nutridos aplausos. Cayó en gracia al Presidente el éxito alcanzado por el estudiante, y quiso premiarlo luego con aquel viaje, creyendo que le vendría de perlas.

\* \*

Aunque era el doctor Viana, por la austeridad de su carácter, ajeno de divertimientos, deseaba vivamente, sin embargo, ofrecer al Licenciado Vásquez algún obsequio íntimo, en su casa o en el campo, pero lo detenía la consideración del elevado cargo que ejercía el distinguido caballero, temiendo que el público pudiera confundir tal demostración de amistad y compañerismo en el Foro, con los agasajos de esta índole que frecuentemente reciben los que ejercen el poder público.

Pero en surgiendo de la Legislatura el nuevo Presidente, que lo fue el bravo y prestigioso general Juan Bautista Araujo, el doctor Viana puso en práctica sus deseos, invitando al notable abogado trujillano para un paseo de familia hacia los poéticos campos de Milla, paseo a que fue invitada también la señorita Albani, con gran contento del joven Viana.

Era la primera salida al campo que haría la joven después del duelo. Durante un año había permanecido como una monjita, a puertas y ventanas cerradas, en su

espaciosa casa solariega, sin salir más que a misa y a casas de familia de la mayor intimidad. Ya hemos dicho que los lutos eran tan rígidos para las mujeres, que equivalían a una clausura, sobre todo en el primer año del duelo.

Nunca más encantadora Mérida que en los días serenos de diciembre y enero. Aire fresco y purísimo, bajo un cielo diáfano; centelleante la nieve sobre los campos. Todo canta y sonríe, a donde quiera que se vuelvan los ojos en estos días serenos y luminosos de la montaña.

A las ocho de la mañana, lucida cabalgata dejaba las calles centrales de la población, sorprendiendo a los vecinos del extenso barrio de Milla por el amplio camino que conduce al Valle de Cucujún, río solitario que baña por cabecera la hermosa meseta andina en que descansa la vieja ciudad, cubriendo con sus edificios y sus huertos de frutas y flores una extensión de más de una milla.

Eran siete damas e igual número de caballeros más o menos. El sitio elegido para centro de la excursión, era la hacienda de *El Tejar*, al extremo superior de la mesa, pero antes debía darse una recorrida por el próximo valle, allende el *Mucujún*, con el fin de visitar a caballo los poéticos cortijos de las faldas del Escorial, en que los cultivos de azucenas y claveles alternan con los del maíz y otros frutos de sustento.

En cierto paraje, los de la comitiva tuvieron que desfilar de uno en uno, porque lo angosto del sendero no permitía más. El camino cortaba una ladera de violento declive. Rompía la marcha el doctor Viana. Seguíanlo el Licenciado Vásquez y la señorita Albani, quienes habían simpatizado desde el primer instante e iban en animada y chispeante conversación, siguiendo las vueltas de la estrecha senda, embargada gran trecho por los cuerpos de los caballos. El día, espléndido, risueños los paisajes, prontos los ánimos y alegres los corazones.

Pero ¡oh, repentina mudanza! Gritos de horror y de angustia resonaron de súbito en el fondo del valle, a tiempo que todos los semblantes de plácidos se tornaron lívidos. ¡Habíase despeñado una de las damas!...

El caballo que montaba Lucila era un animal de bríos. Iba inquieto por el montes esmeraldinos; limpio de nubes el horizonte; rumorosas y cristalinas las aguas; variados y pintorescos los paisajes; y festiva la gente en el poblado y desfiladero, pugnando por pasar adelante, lo que intentó hacer en cierto punto, echando de improviso por el borde del barranco, con tan mala fortuna, que le faltó el firmamento y se hundió de lado.

La joven, que advierte el peligro, suelta el estribo con extrema ligereza, para tirarse sobre la senda, a fin de no irse al precipicio con el caballo; pero este había hallado un punto de resistencia en algunos tronquillos de maleza adheridos a la peña, y reaccionado al punto, saltó hacia atrás con un movimiento instintivo de salvación; de suerte que, al arrojarse la joven hacia el camino, el salto simultáneo del caballo desvió la dirección de la caída, lanzándola como una pluma hacia el abismo. Dio un grito agudo y desapareció, rompiendo la maleza que cubría la falda de la peña, a tiempo que el caballo se ponía en salvo, volviendo espantado a terreno firme.

El nombre de la infortunada niña, acompañado de exclamaciones de horrible sorpresa, corrió de boca en boca por toda la fila de jinetes, hasta llegar a los que cerraban la marcha, entre los cuales venían Horacio, un hermano de éste y también un hermanito de Lucila, todavía adolescente, que era su compañero en



la excursión. Los jóvenes se arrojan al instante de los caballos y corren a pie por entre las otras bestias, hasta llegar al lugar del siniestro.

Solo vieron allí al doctor Viana, quien se había desmontado en el acto, y púes- tose boca abajo en el suelo, con medio cuerpo fuera del desfiladero, extendidos los brazos, apartando malezas, ayudado por el Licenciado, quien también había echado pie a tierra, viendo ambos de descubrir, con indecible angustia, el sitio en que se hallase la joven, cuyas voces se percibían no muy lejos, pidiendo socorro.

Como a cuatro o cinco varas abajo del camino, la violenta falda ofrecía un escalón, un descanso, donde se había detenido la niña, favoreciéndola la ligereza de su cuerpo, pues cayó sobre la fronda de algunos arbustos y trepadoras, que crecían en aquel punto, impidiéndole que pasase de largo hasta el fondo del barranco.

En el primer impulso, el joven Viana quiso descolgarse por el mismo sitio del desastre, con peligro de que no resistiesen las ramas y verse precipitado también, sin poderlo evitar; pero lo contuvo su padre, gritándole al punto:

—¡Está en salvo! Espere un momento. Ya viene aquí.

Efectivamente, repuesta la joven del aturdimiento producido por la violenta caída, empezó a trepar con alguna dificultad por la pendiente, agarrándose aquí y allá de las plantas que resistían, animada por las voces de aliento e indicaciones que de arriba le daba el doctor Viana, cuyas manos logró alcanzar, al fin, y quien la subió al camino, casi en peso, con inmensa alegría de todos.

La joven tenía apenas un rasguño en la frente, del cual brotaban como rubíes algunas gotitas de sangre. Estaba por extremo pálida. Sueltas las ligaduras del tocado, el viento dispersaba sus negros rizos, cubriéndole en parte el rostro. Este aire trágico, realizaba sus encantos de un modo singular.

En aquellos momentos, los caballos que los jóvenes habían dejado sueltos, para volar al socorro de la niña, armaron un alboroto de relinchos y coces, con peligro de atropellar a las otras damas. El hermano de Horacio y el jovencito Albani corrieron a contenerlos, a tiempo que el doctor Viana y el Licenciado montaban de nuevo para despejar la vía y dar lugar a que Lucila fuese atendida por una de las señoras, a fin de restañarle la herida, levísima por fortuna, y ayudarla a rehacer el tocado. Horacio tenía de la brida el caballo de la joven, esperando que estuviese en disposición de utilizarlo nuevamente.

Serenos ya los ánimos y lista la señorita Albani para continuar el interrumpido paseo, surgió una pequeña dificultad de carácter femenino. ¿Cómo montar de nuevo la niña? No había por allí piedra ni tronco apropiados, donde pudiera subirse para tomar el estribo, siendo ella pequeña y el caballo muy alto, con la circunstancia de que urgía seguir la marcha, alejándose del ingrato desfiladero.

—No hay otro medio, Lucila —dijole Horacio, hincando galantemente una rodilla al lado del caballo, y brindándole la otra pierna, doblada en ángulo recto, como punto de apoyo.

La joven se cubrió el rostro con ambas manos, avergonzada, pero allí mismo se oyó la voz del Licenciado, quien miraba la escena a corta distancia:

—¡Arriba, señorita! Ese estribo fue inventado para montar reinas y princesas.

Todos celebraron el dicho, pero Lucila continuaba indecisa, mirando azorada a las otras damas, quienes también le dieron voces de aliento. Agarrándose en-

tonces del gancho de la silla con una mano, y atendiendo a la falda con la otra, levantó uno de sus piecitos sobre la pierna del joven, y en seguida el otro, tomando luego el estribo y subiendo de un salto a la montura con encantadora destreza. Al punto, picó el caballo, para disimular el sonrojo.

Las suelas empolvadas de sus diminutas boticas habían quedado pintadas sobre el pantalón del caballero, a quien no se le ocurrió, ni por pienso, sacudirse con el pañuelo. ¡Aquellas manchitas de polvo valían un Potosí!

Y continuaron la marcha, comentando todos, con vivas expresiones, la salvación providencial de la joven, en cuya caída más culpa tenía la fogocidad del caballo que lo escabroso de la senda.

Después de un rodeo por aquellos campos, volvieron riendas para tornar a la hacienda. Al coronar la mesa, Horacio procuró colocarse al lado de Lucila y, excitándola a picar el caballo, ambos se adelantaron a trote largo por el amplio camino, alejándose un poco de la comitiva. Necesitaban comunicarse a solas las fuertes impresiones recibidas.

No copiaremos aquí todo lo que el joven le dijo. Bien lo adivina el lector. El diálogo terminó de este modo.

—¿Sabes de qué me hablaba el Licenciado cuando la bestia pisó en falso? —díjole Lucila.

—Algo muy interesante sería, cuando iba el animal casi de su cuenta.

—En realidad, lo oía con mucho interés. Hablaba de un viaje a Caracas que te propuso una noche con grandes ventajas para ti. Nada me habías dicho.

—El secreto no era mío, sino del Licenciado. Si ya te lo reveló, cuanto mejor.

—¿Y por qué no aceptaste, teniendo tantos deseos de conocer la capital? Ocasiones como estas no se presentan todos los días.

—¿No lo adivinas? De seguro que él te lo dio a entender. Yo no le descubrí la verdadera causa, pero la sospeché al vuelo.

—¿De veras? —dijo Lucila con picaresca sonrisa, comprendiendo al punto en las miradas del joven, cuál había sido el motivo—. ¿Y has sacrificado solo por mí el placer de conocer a Caracas —agregó con pena, a la vez que llena de satisfacción.

—¿Y por quién sacrificaste tú la feliz ocasión de visitar a Italia, que es la tierra de tus mayores?

La joven lo miró ruborizada, con hondo reconocimiento, sin mover los labios.

—Sacrificio por sacrificio, Lucila. Amor con amor se paga.

En aquellos momentos llegaban a la hacienda, donde la selecta comitiva pasó el resto del día entre variados obsequios y francas expansiones, siendo agasajada de modo especial la señorita Albani como heroína del paseo.

\* \*

Aquí acaban estas *Memorias*, no por falta de material para otros capítulos, sino porque no hubo más azares ni contratiempos en la historia de Horacio y Lucila; y la condición humana es tal, que, en materia de lecturas, más nos interesan



siempre los trabajos y desventuras del prójimo, que la suma de todos sus goces y triunfos, por colmados que sean.

En resumen. El doctor Viana pidió formalmente para su hijo Horacio la mano de Lucila a doña Angela de Albani, fijándose el plazo en que debía efectuarse el matrimonio. Durante este plazo, el joven multiplicó sus energías en el taller y el escritorio, hasta que hubo de ver premiados sus desvelos, permitiéndole el cielo celebrar sus bodas, a pleno contentamiento de ambas familias, y ofrecer a Lucila una pintoresca casita, construída *ad hoc*, en que se realizaba el ideal soñado por el poeta:

*Una heredad en el campo,  
Una casa en la heredad,  
Y en la casa pan y amor,  
¡Esa es la felicidad!*

No era rural la casita, sino urbana, pero tenía frondoso huerto, a la merideña, o sea un parque de árboles frutales, que le daban en el interior el risueño aspecto de un campo en miniatura, poética residencia que Lucila embelleció desde luego con el mágico poder de sus gracias y virtudes.

\*  
\* \*

Algún tiempo después, ocupábase cierto día la joven señora Lucila de Viana en buscar una prenda extraviada, registrando, al efecto, las gavetas y cofres de su escaparate. Al lado de ella jugaba una preciosa chiquilla, que apenas masculaba las palabras y empezaba a caminar sin andadores.

Volvióse de pronto Lucila hacia la pequeñuela, con un paquetico en las manos, objeto que había hallado en el fondo de un cofre poco trajinado.

—Ven acá, hijita. Llévale esto a tu papá con mucho cuidado.

La chiquilla, de genio muy vivo, como la madre, tomó el paquetico con presteza, lo comprimió contra el pecho y partió de carrera, dirigiéndose a la pieza del escritorio, sin saber lo que llevaba. Lucila la siguió en puntillas, reprimiendo la risa.

—¡Papá, papá! —gritó al llegar, mostrándole a su padre el pequeño lío de papel.

Horacio, que estaba de espaldas, giró inmediatamente el cuerpo en la silla, para recibir a la chiquilla, la que se precipitó en sus brazos, sin soltar el paquetico. Tanto lo apretaba en sus manecitas, que Lucila exclamó al entrar a la pieza:

—¡Quítaselo, porque lo rompe!

Horacio examinó entonces el objeto, en las propias manos de la chicuela. Solo contenía un comprimido de hojitas secas y descoloridas.

—¿Qué es esto, Lucila? —preguntóle con sorpresa.

—Una flor disecada. El primer clavel rojo que tú me diste.

—¿El de la cestica de costura?

—El mismo. Era mi flor predilecta.

—¿De suerte que ya no lo es?

—No te disgustarás si te digo que ahora he puesto toda mi predilección en otra flor mucho más bella.

—¿En otra flor?

—Si, mírala aquí —dijo Lucila, en un arrebató de maternal amor, levantando en brazos a la pequeñuela— ¡Esta es hoy la flor de mis amores!

Virtualmente, no había cambio, sino una espléndida metamorfosis. ¡Era el mismo clavel transformado en ángel!

Y mientras, llenos de orgullo, cubrían de besos a su primogénita, admirando sus gracias y perfecciones, la adorable criatura, adueñada en absoluto del paquetico, deshojaba sobre ellos, con candoroso entusiasmo, los áridos pétalos de la extinta flor, como mariposa que dispersa con las tiernas alas los despojos de su propia crisálida.

Un cuadro vivo sublime. ¡La apoteosis del clavel rojo!



## COLECCION DE CUENTOS

### INDICE

	<i>Pág.</i>
Prospecto .....	5
Prefacio de la Segunda Edición .....	7

### PRIMERA PARTE

Prólogo de la Primera Edición .....	11
La regla del carpintero .....	13
Episodio casero .....	15
Las vocales en congreso .....	16
Lo que son las preocupaciones .....	17
Los anteojos maravillosos .....	18
Un discurso por un queso .....	20
Un congreso infantil .....	21
Historia de una A .....	23
Las paredes hablan .....	25
La mata de centavos .....	27
Un cántaro ilustre .....	29
Historia de un grito .....	31
La lluvia de oro .....	33
La viuda de Pedro .....	35
Un cuartillo de culantro .....	38
¡Le compro la bombardita! .....	40
El silbido de las balas .....	43
El catire Estanislao .....	44
El plato azul .....	46
Los recados .....	48
Pleito de compadres .....	50
El violinista popular .....	51
Los apuros del abuelo .....	53
Un remedio ingenioso .....	54
La cuestión del pollo .....	57
El cuarto del tesoro .....	58
¡Usted me oye el cuento! .....	61
Historia de un rótulo .....	62

## SEGUNDA PARTE

Partida de nacimiento .....	67
El secreto de mi amigo .....	68
El cirujano y la india .....	70
La maleta del recluta .....	72
El clavel de la capachera .....	73
El turpial y la golondrina .....	75
¿Me compra el gallo? .....	76
El garrafón de absintio .....	77
Por no quebrar el tubo .....	79
El birrete de Judas .....	81
Alhaja maldita .....	82
A gran subida, gran caída .....	84
La venganza del alcalde .....	86

### MINIATURAS

El laurel y la violeta .....	87
Las tres lágrimas .....	88
Avecilla errante .....	88
Por tierra y por agua .....	89
Misteriosa estrella .....	90
La leyenda del papel .....	90

### TERCERA PARTE

El collar de Salomé .....	93
Medio real de premio .....	100
Educación del eco .....	102
Cada cosa en su lugar .....	104
El progreso entre los dioses .....	106



# MEMORIAS DE UN MUCHACHO

## INDICE

	<i>Pág.</i>
Fases del Libro .....	113
Capítulo I.      Secreta excursión .....	117
Capítulo II.     Primeras impresiones .....	120
Capítulo III.    Idilio de la adolescencia .....	123
Capítulo IV.    En torno de un periódico .....	128
Capítulo V.     Noche de insomnio .....	134
Capítulo VI.    Bajo una lluvia de flores .....	140
Capítulo VII.   En aguinaldos y pascuas .....	147
Capítulo VIII.  Nubes en el horizonte .....	155
Capítulo IX.    Reaparece el clavel rojo .....	162
Capítulo X.     Tres serenatas .....	170
Capítulo XI.    Complicaciones imprevistas ...	182
Capítulo XII.   La intervención de Marta .....	193
Capítulo XIII.  Resignación y constancia .....	205
Capítulo XIV.   La tentación .....	215
Capítulo XV.    Primera ausencia .....	223
Capítulo XVI.   Rosas y espinas .....	231
Capítulo XVII.  Noticia desconcertante .....	238
Capítulo XVIII. Sacrificio por sacrificio .....	246

*Este libro, Tomo VI de las  
Obras Completas del doctor  
Tulio Febres Cordero,  
se terminó de imprimir  
el 5 de agosto de 1960, año del  
Sesquicentenario de la Independencia,  
en los Talleres Antares, Ltda.,  
Bogotá, D. E., Colombia*

**BIBLIOTECA NACIONAL  
CARACAS  
FONDO BIBLIOGRAFICO ESPECIAL  
DE AUTORES VENEZOLANOS**

<b>BIBLIOTECA NACIONAL - CARACAS</b>
Reg. V. ser 2-11399
Clas. V/B-1753.





LTDA.

IMPRESA - FOTOGRAFADO - ROTOGRAFADO  
BOGOTÁ, D. E.